

Fundada en 2001, *Historia del presente* es una revista semestral dedicada al corto siglo XX de la Historia de España. Además, se interesa por la historia desde una perspectiva internacional y comparada, dedicando un espacio de la revista a otros países europeos y americanos

Equipo editorial

Director: Abdón Mateos (UNED/CIHDE)

Secretario de redacción: Gutmaro Gómez Bravo (U. Complutense)

Consejo de Redacción: Juan Avilés (UNED); Montserrat Duch (U. Rovira i Virgili); Ángeles González (U. Sevilla); Abdón Mateos (UNED/CIHDE); Javier Muñoz Soro (U. Complutense/CIHDE); Gutmaro Gómez Bravo (U. Complutense); Ismael Saz (U. Valencia); Xosé M. Núñez Seixas (U. Santiago); Rosa Pardo (UNED); Ricardo Martín de la Guardia (U. Valladolid) Álvaro Soto (U. Autónoma de Madrid/CIHDE);

Comité asesor (2011-2012) Enrique Moradillos (U. Extremadura); Rubén Vega (U. Oviedo); Julio Aróstegui (U. Complutense); Ángel Bahamonde (U. Carlos III); Martín Bausmeister (U. Ludwig-Maximilian Munich); Alfonso Botti (U. Modena); Rafael Quirosa (U. Almería); Julián Casanova (U. Zaragoza); Ángel Castro (UNED Melilla); Francisco J. Capistegui (U. Navarra); José Luis de la Granja (U. País Vasco); Jesús de Juana (U. Vigo); Encarna Lemus (U. Huelva/CHIDE); José María Marín (UNED/CHIDE); Carmen Molinero (UAB); Coxita Mir (U. Lleida); Feliciano Montero (U. Alcalá); Mary Nash (U. Barcelona); Carlos Navajas (U. Rioja); Manuel Ortiz (U. Castilla la Mancha); Paul Preston (London School of Economics); Raanan Rein (U. Tel Aviv); Glicerio Sánchez (U. Alicante); César Tcach (U. Nacional de Córdoba); Lola de la Calle (U. Salamanca); Julio Pérez Serrano (U. Cádiz); Antonio Cazorla (U. Michoacana); Carmen González (U. Murcia)

Asistente Secretaría: Luis Hernando (UNED/CIHDE) Y Emanuele Treglia (LUISS/CHIDE)

Editan: Asociación de historiadores del presente y Editorial Eneida

www.editorialeneida.com

www.historiadelpresente.blogspot.com/

Colabora: Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española (UNED)

La redacción no comparte necesariamente las opiniones de los autores

Depósito Legal: M-29600-2002

ISSN: 1579-8135

Historia del Presente es indexada por: HISTORIAL ABSTRACTS, LATINDEX, ULRICH, DICE, DIALNET, ISOC.

Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual



EXPEDIENTE: <i>Eurocomunismo</i> . Emanuele Treglia (ed.)	
Emanuele Treglia: <i>Las vías eurocomunistas. Introducción</i>	5
Philippe Buton: <i>El Partido Comunista Francés frente al eurocomunismo: un partido en la encrucijada</i>	9
Emanuele Treglia: <i>Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español (1975-1982)</i>	25
Andrea Guiso: <i>La vía italiana al eurocomunismo. Una reflexión sobre PCI y cultura de gobierno</i>	43
Marc Lazar: <i>El eurocomunismo, objeto de historia</i>	59
EGOHISTORIA	
Abdón Mateos: <i>El pasado como problema. Entrevista a Santos Juliá sobre la historia del socialismo español</i>	67
EL PASADO DEL PRESENTE	
Pablo Rubio Apiolaza: <i>La lealtad al líder. El plebiscito de 1988 y la derecha en la transición democrática chilena.</i>	75
DEBATE	
Pedro C. González Cuevas: <i>Politique d'abord. Respuesta al señor Ismael Saz Campos</i>	87
Ismael Saz: <i>Cosas de la historia, cosas de la historiografía</i>	93
MISCELÁNEA	
Jordi Guixé: <i>El regreso forzado y la persecución contra los exiliados en Francia</i>	101
Manuela Aroca: <i>La Unión Sindical Obrera (USO): del nacimiento del Nuevo Movimiento Obrero durante el franquismo a la búsqueda de espacios sindicales en la Transición</i>	113
António Simões do Paço: <i>Topos rojos: un retrato de los comunistas portugueses en la lucha contra el Estado Novo a través de sus memorias</i>	133
Luisa Marco Sola: <i>La Oficina de Propaganda Católica de París. Propaganda crisitana antifascista para la II República durante la Guerra Civil española</i>	149
LECTURA	161
AUTORES	183
RESUMENES	185

LAS VÍAS EUROCOMUNISTAS. INTRODUCCIÓN

A principios de marzo de 1977 se reunieron en Madrid Enrico Berlinguer, Santiago Carrillo y Georges Marchais, secretarios generales de los Partidos Comunistas Italiano (PCI), Francés (PCF) y de España (PCE), respectivamente. El encuentro suscitó un enorme interés en la opinión pública internacional, dado que estos tres partidos llevaban años intentando elaborar un nuevo modelo de comunismo que se adaptase a los profundos cambios experimentados por la sociedad, la economía y la política de los países occidentales en las décadas de los sesenta y setenta. Esta tendencia común había empezado a surgir a raíz de la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia en 1968, y había tomado una forma más concreta mediante algunos encuentros bilaterales (por ejemplo, el encuentro PCF-PCI en mayo de 1973, la cumbre PCI-PCE en julio de 1975 y los mítines PCI-PCF en noviembre del mismo año y en junio de 1976) y la adopción de posturas afines en dos Conferencias de Partidos Comunistas de la Europa capitalista (Bruselas en 1974 y Berlín en 1976). Los periodistas, antes que sus propios protagonistas, habían bautizado la nueva corriente heterodoxa en el seno del movimiento comunista internacional con el término de *eurocomunismo*.¹

A comienzos de los setenta, el mito de la URSS había entrado ya en su fase de declive definitivo. Acontecimientos como la represión de la Primavera de Praga y la difusión creciente en Occidente de las voces de disidentes soviéticos, entre otras cosas, evidenciaban cada día más el carácter totalitario del sistema vigente en los

países del «socialismo real» y lo desacreditaban ante los ojos no sólo de la opinión pública y de las otras fuerzas políticas, sino también de las nuevas generaciones de izquierda, que empezaron a orientarse más hacia las nuevas y heterogéneas tendencias florecidas alrededor de Mayo del 68. De hecho, entre las filas de los jóvenes comunistas empezaron a extenderse las posturas tercermundistas y maoístas: a este respecto no hay que olvidar que la ruptura entre Moscú y Pekín había quebrantado irremediabilmente la imagen del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) como guía única de la revolución mundial.

Por su parte, PCE, PCI y PCF se encontraban en un momento especialmente delicado, dado que sus respectivos sistemas políticos, cada uno a su manera, estaban atravesando una fase de grandes transformaciones, y los PPCC esperaban influir en estos cambios para aumentar su influencia en los nuevos equilibrios que se iban dibujando. El éxito de esta perspectiva requería necesariamente una modificación sustancial de su relación con la «casa madre» soviética, en un doble sentido. Tenían que romper con la subordinación ciega a Moscú que había caracterizado su desarrollo hasta entonces, para acreditarse como actores realmente independientes y nacionales. Pero eso no era suficiente: debían aparecer no sólo como partidos autónomos, sino también como promotores de un comunismo «diferente», capaz de impulsar un camino hacia el socialismo que no incurriese en deformaciones totalitarias y que se desarrollase respetando las reglas de la democracia liberal.

Efectivamente, como escribía Norberto Bobbio, el reto consistía en la elaboración de una teoría que llevase a la plena «integración de la experiencia comunista en el desarrollo de la civilización liberal», de la que según el filósofo italiano el comunismo era «ciertamente hijo», aunque todavía le quedaba por demostrar que era «heredero de pleno derecho».² En este sentido, el eurocomunismo fue un proyecto de secularización de los PPCC dirigido a librarlos del lastre de dogmas y rígidas costumbres que los había caracterizado desde la creación de la III Internacional. Se puede afirmar también que fue un intento de modernizar la cultura de la revolución o, dicho en otras palabras, de adaptar las teorías, estrategias y mentalidades revolucionarias a las dinámicas de las sociedades posindustriales. El abordar esta tarea de alcance histórico llevó al PCF, al PCI y al PCE a encarar sus señas de identidad fundamentales, a ponerlas en discusión, a rechazarlas en algunos casos y, en otros, a tratar de reelaborarlas en una clave compatible con el sistema sociopolítico y de valores de los países occidentales de las décadas de los sesenta y setenta. La dictadura del proletariado, la vigencia del leninismo, el modelo de internacionalismo, el tipo de transición del capitalismo al socialismo, la actitud a adoptar hacia el Mercado Común y el proceso de integración europea, eran sólo algunas de las viejas y nuevas cuestiones cruciales a las que los eurocomunistas debían hacer frente.

Hay que subrayar brevemente que la aparición del eurocomunismo estuvo estrechamente ligada al contexto de la «distensión», dado que el nuevo clima de las relaciones entre Estados Unidos y URSS sugería que era posible salir de la lógica bipolar. Sin embargo, ninguna de las dos superpotencias acogió favorablemente el proyecto promovido por los PPCC italiano, español y francés: en efecto, la URSS y los comunistas «ortodoxos» de todo el mundo lo condenaron como una herejía; en cambio, Washington consideraba que, independientemente de la autenticidad de las profesiones de fe democrática de

los partidos eurocomunistas, su eventual crecimiento constituía inevitablemente un elemento de inestabilidad para los equilibrios del bloque occidental y un factor de debilitamiento del vínculo atlántico de sus respectivos países.³

El objetivo de este monográfico, treinta años después del cierre de la época del eurocomunismo, es analizar, al menos de manera parcial, los logros y límites de aquel proyecto. Los casos de PCF, PCI y PCE son tratados, respectivamente, por Philippe Buton, Andrea Guiso y Emanuele Treglia, mientras que como clausura Marc Lazar traza un balance comparativo del fenómeno eurocomunista. Cabe subrayar que, a pesar de lo que dejaban presumir la propia palabra y la retórica de los protagonistas, el eurocomunismo nunca llegó a desarrollarse como una verdadera «estrategia común», en el sentido de que nunca se elaboró una línea compartida por los tres PPCC más allá de declaraciones genéricas. Ni se estableció, entre los tres partidos, ninguna forma de coordinación que permitiese actuar conjunta y efectivamente en el ámbito europeo o en el seno del movimiento comunista internacional. Además, como se verá a continuación a lo largo de este número, cada uno de los tres partidos interpretó e intentó aplicar los principios generales del eurocomunismo de manera sensiblemente diferente respecto a sus «hermanos». Si se toman en cuenta estos factores, se puede considerar el eurocomunismo como una «tentación común»⁴ que dio lugar a varios caminos y, por lo tanto, se puede hablar de vías eurocomunistas.

El eurocomunismo considerado como «tentación común» acabó al final de los setenta cuando, entre otras cosas, se cerró la etapa de la distensión y el PCF, a diferencia de PCI y PCE, aprobó la intervención soviética en Afganistán. Sin embargo, el PCE, y en menor medida el PCI, en sus respectivos ámbitos, siguieron hablando de eurocomunismo unos años más.

Annie Kriegel, en 1977, se preguntaba acerca del porvenir del eurocomunismo si unos par-

tidos antiguos, «con unas particularidades muy marcadas», tenían efectivamente la capacidad «de subvertirse, de autoconvertirse», de extraer de sí mismos «la lógica vital que asegure su persistencia, para dar un salto e incorporar otra lógica distinta a partir de algunas ideas y sentimientos básicos».⁵ En los siguientes artículos veremos que PCE, PCF y PCI no tuvieron esta capacidad, o por lo menos no en medida suficiente: el punto común fue la resistencia al cambio intrínseca a la cultura política de los partidos comunistas que, de manera diferente en cada uno de los tres casos analizados, sometió a la fórmula eurocomunista a una tensión irresoluble entre lo viejo y lo nuevo, entre la continuidad y la renovación, reduciendo drásticamente sus potencialidades innovadoras y constituyendo probablemente el factor último de su ocaso. Fue necesario un evento tan traumático como la disolución de la URSS para que la cuestión comunista quedase planteada definitivamente sobre bases nuevas.

Emanuele Treglia

NOTAS

- ¹ Hay que señalar que, si bien PCI, PCE y PCF fueron los partidos eurocomunistas por antonomasia, hubo partidos de talante eurocomunista incluso fuera de Europa, como el PC japonés. El eurocomunismo fue objeto de numerosos estudios de carácter politológico y periodístico entre el final de los setenta y el comienzo de los ochenta. Ver, por ejemplo: GODSON, Roy, HASELER, Stephen, *Eurocommunism: Implications for East and West*, Londres, MacMillan, 1978; KINDERSLEY, Richard (ed.), *In Search of Eurocommunism*, Londres, MacMillan, 1981; CHILDS, David (ed.), *The Changing Face of Western Communism*, Londres, Croom Helm, 1980; BOGGS, Carl, PLOKE David (eds.), *The Politics of Eurocommunism: Socialism in Transition*, Londres, MacMillan, 1980; SCHWAB, George (ed.), *Eurocommunism*, Londres, Greenwood, 1981; MACHIN, Howard (ed.), *National Communism in Western Europe. A Third Way for Socialism?*, Londres, Methuen, 1983. Tras eso, el fracaso del proyecto eurocomunista conllevó también un declive del interés académico y de la opinión pública, y durante tres décadas las investigaciones sobre el tema han sido muy escasas. Entre las contribuciones más recientes cabe señalar: PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006.
- ² BOBBIO, Norberto, «Estado y poder», en VV.AA., *Gramsci*

y el eurocomunismo, Barcelona, Materiales, 1978, p. 124.

- ³ Ver los volúmenes 2 y 3 de VV.AA., *The Cambridge History of the Cold War*, Cambridge, CUP, 2010. Ver también: TÖKÉS, Rudolf (ed.), *Eurocommunism and Détente*, Nueva York, New York University Press, 1979; WALL, Irwin, «Les États Unis et l'eurocommunisme», *Relations Internationales*, 119, 2004, pp. 363-380; Id., «L'amministrazione Carter e l'eurocomunismo», *Ricerche di Storia Politica*, 2, 2006, pp. 181-196.
- ⁴ A propósito de la definición del eurocomunismo como una «tentación», véase el artículo de Philippe Buton en este monográfico.
- ⁵ KRIEGLER, Annie, *¿Un comunismo diferente?*, Madrid, Rialp, 1979 (la edición original francesa fue publicada en 1977).



EL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS FRENTE AL EUROCOMUNISMO: UN PARTIDO EN LA ENCRUCIJADA

Philippe Buton
Université de Reims

Desde el punto de vista de la historiografía francesa, el PCF sería el demiurgo del eurocomunismo. No tanto del término, como del concepto en sí, es decir, de la aparición progresiva de un escalafón regional europeo dentro de la cadena organizativa del movimiento comunista internacional. Si bien los observadores coinciden en evocar algunos antecedentes virtuales, principalmente el «policentrismo», preconizado por Togliatti, el paso decisivo se habría dado en Roma, en mayo de 1973, con motivo del encuentro entre los secretarios generales del Partido Comunista Francés (PCF) y del Partido Comunista Italiano (PCI), Georges Marchais y Enrico Berlinguer, respectivamente, cuando el primero propuso al italiano convocar una conferencia reservada exclusivamente a los Partidos Comunistas (PPCC) de la Europa capitalista.¹ Fue el nacimiento de la aventura eurocomunista, una aventura que, en el caso del PCF, se prolongó hasta 1978-1979.

La principal dificultad para estudiar esta problemática radica en una cuestión muy simple: esta denominación no es originariamente comunista. Durante muchos años, la dirección del PCF no recuperó para sí este vocablo de origen periodístico hasta que Georges Marchais dio el paso en 1977, en un primer momento sólo de cara a la prensa extranjera:

Un determinado grupo de partidos pertenecientes a países desarrollados capitalistas se encuen-

tran en una situación análoga en lo referente a multitud de cuestiones y proponen para estas cuestiones respuestas afines. Si es eso a lo que nos referimos con eurocomunismo, entonces se trata de una realidad. A pesar de que la palabra es restrictiva.²

Con posterioridad, el Secretario General volvió sobre el término en un libro publicado a finales de 1977:

La palabra eurocomunismo está mal elegida. Pero lo que pretende designar existe [...] designa un esfuerzo de búsqueda genuina, la elección de una vía pacífica y democrática al socialismo, el pluralismo de partidos y de corrientes de pensamiento, la unión de todas las fuerzas populares en un movimiento ampliamente mayoritario.³

Seguía así el ejemplo del verdadero iniciador de la línea eurocomunista francesa, el responsable de la sección de política exterior del PCF, Jean Kanapa, que subrayaba: «En vez de revolverse contra el «eurocomunismo», sería más positivo dilucidar las aportaciones novedosas, enriquecedoras, que este término aproximativo puede esconder».⁴

De hecho, el término periodístico se impuso antes incluso de que su uso fuese legitimado por las instancias dirigentes del PCF. Resulta sorprendente leer los índices de los catálogos de las grabaciones sonoras de las sesiones del Comité Central del PCF. En el índice, la palabra «eurocomunismo» aparece en cuatro ocasiones,

en referencia a cuatro sesiones del Comité Central, celebradas entre 1974 y 1977. Pero cuando se acude a los documentos originales, en este caso a los 56 CDs que recogen las grabaciones de estas cuatro sesiones del Comité Central, uno se percató de que el término no aparece en los resúmenes efectuados por los documentalistas, sencillamente porque el término no había sido pronunciado por los oradores. Resulta evidente, por ello, que el redactor del índice se tomó libertades con la letra del documento para respetar lo que él consideraba que era el espíritu del mismo.⁵

Así, por mucho que el apelativo fuese asumido por la dirección del Partido de forma imperfecta y tardía, el concepto no dejaba de representar una realidad. Faltaba solamente caracterizarlo. En una destacada ponencia ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el 22 de noviembre de 1976, Annie Kriegel se preguntaba acerca de la naturaleza de ese «objeto político no identificado» y reflexionaba en torno a si se trataba de una nueva variedad de la familia comunista o de una nueva estrategia de conquista del poder a escala regional. Finalmente, suscribía una estimulante fórmula: la de la tentación.⁶ Esta expresión cuenta con una gran ventaja, la de subrayar hasta qué punto la noción es algo más vacilante, menos coercitiva, que un modelo o una estrategia. Pero, por ello precisamente, no resuelve todos los problemas de definición, puesto que queda una cuestión fundamental: ¿la tentación de qué?

Y, ¿la tentación de quién? Puesto que la segunda dificultad para acotar nuestro objeto de estudio nos remite a su naturaleza de puro fenómeno de representación. Esta palabra proveniente de la esfera mediática es ambigua, y la dirección del PCF ha jugado conscientemente con esta ambigüedad, con esta dimensión de representación. El no desmentir a los periodistas posibilitaba a la dirección el verse etiquetada de este modo, sin tener por ello que definir el objeto así denominado por los periodistas. La cuestión, entonces, es saber si la «tentación

eurocomunista» es aquella de los periodistas al soñar con un Partido Comunista nuevo –con la dirección del partido contentándose con cultivar la ambigüedad para lograr un beneficio en términos de imagen– o si la tentación proviene más bien de la dirección del partido, que se debate entre la tradición y la renovación.

Para iniciar la reflexión, y dado que es imposible recurrir a una definición de la cuestión elaborada por el propio partido, partiremos de la tentación entendida como ilusión óptica de los observadores al proyectar sus deseos sobre la realidad comunista francesa. Esta tentación sería aparentemente triple: una nueva relación con la libertad, con la Nación y con Europa.

Libertad, independencia, europeísmo

Decir que el comunismo es sinónimo de libertad es una banalidad desde los orígenes mismos del comunismo. A lo sumo, se puede observar que se produjo –en el campo de los escritos teóricos– una tensión entre dos concepciones: la de una libertad restringida al pueblo (la dictadura del proletariado) y la de una libertad sin límites (al liberarse, el proletariado liberará a toda la Humanidad). Esta tensión quedaba generalmente resuelta por un espacio cronológico: tras la toma del poder, la inmediata restricción de las libertades sería la condición para su futuro desarrollo máximo. Pero todas las construcciones teóricas se volvían cada vez más débiles, conforme la experiencia del socialismo real llevaba décadas y no mostraba más que un incremento muy pequeño de las libertades reales. De allí la primera tentación inducida por el término eurocomunismo: abandonar el discurso general sobre las libertades para entrar en el ámbito de las garantías formales como la libertad de creación de los artistas, el derecho de expresión de los opositores, la alternancia en el poder, la no irrevocabilidad del socialismo, etc.

El segundo aspecto de la tentación sería una nueva relación con la Nación. En efecto,

una vez más, decir que el socialismo ha de ser «aux couleurs de la France» es una banalidad mantenida durante décadas. Y, una vez más, la cuestión es juzgar la coherencia al llevar a cabo tal idea. Ahora bien, la historia del PCF, desde el pacto germano-soviético en 1939 hasta los acontecimientos de Hungría de 1956, no dejaba constancia precisamente de una verdadera capacidad para oponerse a la Unión Soviética. Básicamente, el PCF se encontraba desde tiempo atrás con un déficit de credibilidad en lo relativo a la definición de la doble dimensión del socialismo: franceses libres en una Francia independiente. Y la razón de esta doble suspicacia es evidente: la pertenencia del partido al sistema comunista mundial y sus estrechas relaciones con el corazón de este sistema comunista, la Unión Soviética.

Así descifrada, la cuestión del eurocomunismo se convierte en la cuestión de la toma de distancia respecto a la Unión Soviética, respecto al modelo del socialismo real, y la naturaleza del prefijo «euro» es perfectamente esclarecedora. Este prefijo no puede ser sinónimo de europeo, dado que tres países del sur de Europa (España, Francia, Italia) no pueden resumir la totalidad de Europa, ni siquiera de la Europa del Oeste. No podría tampoco ser sinónimo de adhesión a la causa europea. Claro que la percepción europeísta comporta dos etapas: el reconocimiento de un marco europeo de trabajo, como precedente a la voluntad de avanzar en la construcción europea. Si el PCI ya había efectuado su mutación europeísta, el PCF se encontraba todavía en la primera etapa: en 1973, únicamente había reconocido la Comunidad Económica Europea como una realidad, aunque ya no a destruir, sí a transformar, y, en abril de 1977, aceptaba el principio de elección del Parlamento europeo por sufragio universal.⁷ Por lo tanto, se encontraba todavía lejos de estar adherido a la causa europea y mantenía por ello una estricta oposición a la construcción de la «Europa de los monopolios». Tal y como dijo el responsable de la política exterior del PCF,

Jean Kanapa, durante la sesión del Comité Central de enero de 1974, Europa era «la filial del bloque atlántico bajo dirección americana».⁸ De hecho, el término «euro» solamente significaba de modo informal (y sobreentendido) que los partidos denominados eurocomunistas ya no estaban vinculados principalmente a la pirámide comunista dominada por Moscú, sino que se convertían en miembros de otro sistema comunista alternativo alimentado por las tradiciones europeas de libertad y de democracia.

La dificultad del PCF para hacer creíbles sus antiguas y numerosas proclamas a favor de la libertad, de la democracia y de la independencia de Francia, se incrementaba por el hecho de que se enfrentaba a un adversario en el terreno de las representaciones: el Partido Socialista. Desde 1971, la estrategia de François Mitterrand era la de moldear el Partido Socialista: culturalmente, alimentándolo de todo un discurso radical y marxistizante; y políticamente, ligándolo estrechamente al PCF. Pero todo ello bajo una apariencia diferente, dando a entender que el Partido Socialista sería un partido «tan a la izquierda», tan «social» como el PCF, pero más «libre» en tanto que más moderno y sin vínculos con Moscú.

Conscientes del peligro, los dirigentes comunistas ya no podían contentarse por más tiempo con el discurso tradicional: habían de elaborar uno nuevo. Pero *lo nuevo* podía ser real o virtual: el Partido Comunista podía intentar usar las representaciones de los periodistas y la opinión pública; o bien podía dar garantías reales criticando los ataques contra las libertades, la democracia o la independencia nacional en los países socialistas. Tales eran los retos de la aventura eurocomunista.

Esta cuestión ha dado lugar a estudios de enorme calidad.⁹ Para tratar de profundizar en la cuestión de la tentación eurocomunista, yo he elegido recurrir a una fuente original: las grabaciones sonoras de las sesiones del Comité Central del PCF entre 1974 y 1977. La

dirección del PCF, en efecto, había adoptado la costumbre de grabar el contenido de las sesiones: no solamente la lectura de los informes, llevada a cabo generalmente por los miembros del Buró Político, sino también del debate que estos suscitaban.¹⁰ En este artículo, me limitaré a estudiar la aportación de estas fuentes a ese problemático pilar del eurocomunismo que es la relación con la Unión soviética. Hay que decir que al consultar estos documentos la impresión dominante es la de la improvisación. Me parece, sin embargo, que la breve aventura eurocomunista del PCF puede ser dividida en dos etapas: la primera sería la de la «distancia en la proximidad», mientras la segunda daba inicio a la marcha hacia la heterodoxia.

La «distancia en la proximidad»

El carácter contradictorio de los términos del encabezamiento remite al también contradictorio carácter de las señales emitidas por la dirección del PCF. Esta contradicción proviene de la yuxtaposición de dos registros diferentes. En esencia, en ese momento, la distancia hace referencia a la cosmética mediática, mientras que la proximidad resulta de la cultura política del partido. Durante este periodo, me da la impresión de que los dirigentes comunistas esperan que algunos gestos simbólicos sean suficientes para asentar esta imagen de modernidad y libertad, sin disgustar a los soviéticos.

Si iniciamos la búsqueda de rupturas efectivas con la ortodoxia comunista, la primera que encontramos es la introducción del escalafón regional en la pirámide del comunismo mundial. Efectivamente, en la historia del sistema comunista mundial, si se dejan a un lado las escalas intranacionales (local, regional, profesional, etc.), dos escalafones han gozado de un verdadero reconocimiento: el nacional, encarnado por cada PC, y el mundial del sistema comunista. Pero si el escalafón nacional se encontraba atomizado (siendo cada partido independiente de los demás), el escalafón mundial sufrió una rápida

concentración: exceptuando los primeros años de la Tercera Internacional, la norma mundial quedó fijada rápidamente en Moscú por la dirección del partido bolchevique. De tal forma, el modo relacional, salvo excepciones marginales, permaneció conforme al modelo centro-periferia, de manera que los eventuales conflictos se producirían entre la acción de un Partido Comunista y la voluntad de la dirección moscovita.

Asimismo, durante décadas, todas las tentativas para introducir una interfaz o un nivel intermedio habían fracasado por voluntad de los dirigentes rusos. Quienes, frente al curso tomado por la Revolución rusa, creyeron poder utilizar la autonomía de la Internacional comunista, habían fracasado pronto. Muy rápidamente, la Internacional se convirtió en uno de los instrumentos de la política estalinista, disponiendo del mismo grado residual de autonomía que los demás aparatos especializados. Y los órganos regionales que la Komintern constituyó (por ejemplo el Buró para Europa occidental o la Sección para Oriente) no funcionaron más que como instancias regionales para la aplicación de la línea general fijada por Moscú. Tras la Segunda Guerra Mundial, la Federación Balcánica planeada por Georges Dimitrov fue abortada por Stalin antes de ver la luz. En cuanto a la Kominform, nunca tuvo el papel organizativo que correspondía a la Komintern. Como su propio nombre indica, desempeñó una labor de información, dicho de otra manera, una función propagandística, y fue inmediatamente controlada por la URSS estrechamente, puesto que no tenía otra misión que la de uniformar los discursos políticos e ideológicos de los partidos-Estado socialistas y de los dos principales Partidos Comunistas de Europa del Oeste (PCF y PCI).

Por lo tanto, las tensiones centro-periferia no cesaron en ningún momento, y adoptaron a veces formas espinosas, siendo los más conocidos los casos de la Yugoslavia de Tito, y posteriormente los de la China de Mao y la Albania de Enver Hoxha. Todas estas experiencias incrementaron la vigilancia del Kremlin hacia las

veleidades de autonomía de cualquier PC del mundo, e igualmente hacia el surgimiento, incluso virtual, de otro centro de impulso del movimiento comunista diferente del suyo propio. De allí la gran desconfianza de los dirigentes soviéticos al ver emerger ese objeto políticamente no identificado que los periodistas llamaban eurocomunismo.

Y es que el PCF avanzaba rápidamente en la construcción de un verdadero escalafón intermedio, europeo. Habiendo logrado la aprobación de Berlinguer para organizar un encuentro de todos los Partidos Comunistas de la Europa occidental, se contactó con todos los partidos hermanos y estos aceptaron, expresando únicamente algunas reservas el partido holandés. Se celebró en Estocolmo una reunión preparatoria en septiembre (el partido holandés tenía el estatus de observador), convocándose entonces una conferencia general en Bruselas para enero de 1974. Fueron los partidos francés e italiano quienes pilotaron esta iniciativa y Jean Kanapa puso de relieve la excelente relación entre ambos partidos. Para iniciar la construcción de este escalafón intermedio, se convocaron coloquios que agruparan a diferentes Partidos Comunistas de la Europa del Oeste (se celebraron cuatro en un año) y algunas reuniones entre representantes de varios partidos, por ejemplo en Bolonia o en Dortmund. Sobre todo, se intentó que la conferencia de Bruselas se clausurara con la adopción de un documento programático. Ante los miembros del Comité Central, en enero de 1974, Jean Kanapa subrayaba que el PCF quería elaborar un documento lo más detallado posible, pero que, ante las diferentes apreciaciones, había tenido que limitar su ambición. El análisis de este episodio (Kanapa hace ver que este aspecto no aparecerá en el informe de la sesión del Comité Central hecho público) es interesante a dos niveles. En primer lugar, a la vista de los archivos, el PCF aparece como partidario de la construcción de este polo comunista europeo, objetivamente diferente, potencialmente alternativo al único polo existente hasta entonces, el

dirigido por Moscú, todavía en esplendor con la conferencia mundial de PPCC de 1969. En segundo lugar, es importante poner de relieve las razones –según Kanapa– de las diferentes opiniones de los diferentes Partidos Comunistas. El dirigente francés destaca que la mayoría de los partidos se mostraron reticentes hacia un texto detallado al tratarse de partidos pequeños, que ejercían por ello poca influencia en la vida política, y sin política de alianzas con la social-democracia. De hecho, se trataba de partidos que se contentaban con grandes proclamaciones revolucionarias pero sin ambición de modificar realmente la situación de su país y que, según Kanapa, vivían «en la obsesión del peligro revisionista». A esta predilección por refugiarse en las «comodidades del dogmatismo», Kanapa añadía una segunda motivación, que inspiraba a los partidos alemán, berlinés, austriaco, danés y portugués: el temor a que «la acción común equivaliera a un distanciamiento del PCUS y de los partidos hermanos de los países socialistas».¹¹

Implícitamente, esto confirma el hecho de que el PCF se comprometió con una doble política: una voluntad realista de alianza con el Partido Socialista para llegar al poder e iniciar la transformación socialista de Francia, por un lado, y una consciente toma de distancia del gran hermano soviético, por el otro. A modo de ejemplo, el PCF hizo rechazar la proposición de los partidos más pro-soviéticos de invitar a la Conferencia a un representante de la revista *Problemas de la Paz y del Socialismo*, muy ligada a Moscú en cuanto que heredera de la Kominform, con el pretexto de que ningún órgano de prensa estaba invitado a seguir los trabajos de la conferencia.

Aunque estaba decidido a avanzar dentro de esta doble política, me parece verosímil que la dirección del PCF pensara que este pequeño paso fuera de la ortodoxia no suscitaría la oposición frontal de los soviéticos, procurando además considerables dividendos en términos de imagen dentro de la escena francesa. Ade-

más, el PCF había informado a los soviéticos acerca de su plan de organizar un encuentro internacional y se había asegurado de que no se opusieran.¹² Asimismo, paralelamente a este encuentro de los únicos Partidos Comunistas de la Europa capitalista, el PCF había aceptado la idea de una reunión de todos los Partidos Comunistas europeos (incluyendo, por supuesto, a los partidos-Estado en el poder), lo que desembocaría en el encuentro de Berlín-Este de junio de 1976.

Desgraciadamente para la dirección del PCF, la coyuntura del momento hacía difíciles las posturas intermedias, mientras que la cultura política de sus dirigentes provocaba dudas y reticencias para dar el paso de un verdadero distanciamiento con la URSS. Para ilustrar esta frase, continuemos con el análisis de los debates del Comité Central de enero de 1974.

La sesión se abría con una modificación en el orden del día, porque la dirección del partido decidió emprender una gran campaña contra el anticomunismo que inundaba Francia tras la publicación de *Archipiélago Gulag*, de Solzhenitsyn. Existen dos explicaciones posibles para esta reacción de la dirección del PCF, explicaciones que, además, no son contradictorias. Si me baso en el orden seguido por el presentador de la resolución, la motivación primera de esta campaña sería la de «asegurar nuestra responsabilidad revolucionaria, nuestra responsabilidad internacional frente al socialismo, frente al movimiento comunista». Conscientes de la probable irritación de los soviéticos ante las iniciativas antes mencionadas, los dirigentes comunistas franceses querían evitar cualquier malentendido y mostrar que todo ello no ponía en entredicho sus vínculos con Moscú. Sobre ello, me remito a unas declaraciones del dirigente histórico del partido, Étienne Fajon:

En el momento en que la campaña antisoviética tomó ese cariz, si un partido como el nuestro mantenía a su Comité central sin afirmar una postura clara, esto podía hacer plantearse dudas

a las jerarquías del movimiento internacional, no cumpliríamos con nuestro deber internacional.

Y considero que ésta fue la misma voluntad con la que el PCF trataba de marcar distancias respecto al Partido Comunista de España (PCE). Kanapa consideraba que se podía «hablar al respecto de un deslizamiento grave hacia el antisovietismo». El jefe de la sección de política exterior del PCF condenaba especialmente un artículo publicado en *Nuestra Bandera* por el responsable de la sección internacional del PCE, Manuel Azcárate, artículo calificado de «verdadera agresión zafia contra el PCUS». Por otra parte, el Buró Político del PCF protestó oficialmente contra este escrito del dirigente comunista español y contra el hecho de que éste dejaba entender que el PCF compartía sus apreciaciones. En la sesión del 4 de enero de 1974, el Buró Político tomó la decisión de «dirigir una carta a la dirección del Partido Comunista Español para hacerle partícipe de nuestra reacción al artículo del camarada Escarate [sic], subrayando que no puede apoyarse en el Partido comunista francés para justificar una actitud antisoviética que condenamos». ¹³ Por lo demás, Kanapa informaba de que todas aquellas propuestas del PCE que iban «más o menos subrepticamente en la dirección de este deslizamiento» antisoviético fueron rechazadas en las reuniones preparatorias para la conferencia de Bruselas. Siempre para asegurar que la protesta del PCF contra la campaña antisoviética quedara bien patente, Georges Marchais propuso que se tiraran varios millones de ejemplares de la declaración oficial del PCF¹⁴ y el Buró Político decidió en su sesión de 11 de enero preparar específicamente un cartel sobre esta cuestión.¹⁵

Sin embargo, esta explicación —en principio muy importante— centrada en engatusar a los soviéticos, creo que se conjuga con una segunda que nos remite a la cultura política de los dirigentes comunistas. Es sorprendente ver cómo estos comparten todavía la visión mítica del socialismo en construcción, y cómo toda ofensa contra este mito es denunciada y lo es con gran-

des dosis de sinceridad. Fijémonos en particular en las intervenciones del secretario general del partido. Intervino en dos ocasiones. Desde la apertura de la sesión del Comité Central, rechazó emprender la defensa de Solzhenitsyn —y sabe que ello le puede costar caro frente a la opinión pública— porque está impactado por lo que ha leído (o dice haber leído):

Sería un error para el partido continuar discutiendo, debatiendo: se publica, no se publica; Solzhenitsyn tiene razón, no tiene razón; por lo que se refiere a Solzhenitsyn, su último libro *Archipiélago Gulag*, con lo que dice, esclarece de modo preciso la naturaleza del personaje; se trata en todo caso de mi opinión, cada uno dará la suya.¹⁶

Y el secretario general recibió el apoyo de un eminente representante de la vieja guardia del partido, Étienne Fajon, quien observaba «un cambio de naturaleza» en esta campaña antisoviética con Solzhenitsyn; ya «no se centra solamente en los errores o las faltas o los crímenes etc., de eso que se llamó el periodo de culto a la personalidad, sino que se centra en el propio socialismo, la revolución de Octubre, es decir, el ideal por el que nosotros luchamos».¹⁷

Tras la aportación de Jean Kanapa, Georges Marchais intervenía de nuevo en la discusión, y ofrecía a sus camaradas un alegato a favor del socialismo soviético cuya ingenuidad no hace sino testimoniar su sinceridad. Particularmente, Marchais evocaba supuestas dificultades de la agricultura soviética y afirmaba:

[Hubo] dificultades de la agricultura soviética el último año, pero ese año la Unión Soviética bate todos los records, y ese éxito de la agricultura soviética genera problemas considerables, Breznev me dijo: nuestros campesinos se han vuelto ricos, y tienen dinero y plantean exigencias, va a ser necesario por ello que construyamos más coches, más garajes, más viviendas, etc.

Unos minutos más tarde, Georges Marchais intervenía de un modo igualmente sorprendente con un análisis comparado de las democracias soviética y francesa:

El Soviet supremo acordó derechos nuevos para los trabajadores de las empresas, es fantástico, fantástico, y no se ha escrito una sola palabra sobre ello. En el cuadro de la reforma, concedieron nuevos e importantes derechos a los soviets en todas las áreas, incluidos los diputados, lo cual no funciona como en nuestra Asamblea nacional. Yo no era diputado antes y lo soy ahora, la Asamblea nacional no tiene ninguna función. Se pronunciaban discursos, pero eso es todo. Los diputados soviéticos tienen infinitamente más derechos que los diputados franceses, y no se ha escrito una sola palabra sobre ello.¹⁸

El otro aspecto interesante de esta sesión del Comité Central es que demuestra que la gran mayoría de los militantes ya no comparte la visión tradicional del socialismo en construcción. No solamente porque en los primeros momentos de la discusión del Comité Central hay una proposición de Henri Fizbin (el dirigente reformador de la Federación de París del PCF) para pedir la libertad de expresión para Solzhenitsyn, sino, sobre todo, porque el ponente, René Piquet, subrayaba el decaimiento del filosovietismo entre los militantes comunistas:

Ya no se dan, como se daban, reacciones encendidas contra los ataques antisoviéticos, existe por una parte —quizá mis palabras son excesivas— pero existe un cierto escepticismo entre los militantes comunistas ante esta campaña que ahora mismo se desarrolla. Y el espíritu crítico respecto a las experiencias socialistas, espíritu crítico que nosotros no discutimos a los comunistas, no puede de ninguna manera ser sustituido por la propaganda del socialismo como tal, con todos sus aspectos extraordinariamente positivos.¹⁹

Y, adentrándose en los detalles de las dudas políticas de los militantes, observaba que éstas se centraban principalmente en la cuestión de la democracia política: «Se reconoce con relativa facilidad la democracia económica, social, se reconoce con bastante facilidad el éxito en estos campos, es casi una evidencia, admitida como tal. Pero cuando se trata de democracia política, allí encontramos más dificultades». El dirigente co-

munista se adentraba entonces en explicaciones alambicadas que, achacando todo a la ausencia de modelo (de un modelo ruso, pero también de un modelo francés), llegaba a justificar la falta de libertad política en la URSS: «Nosotros nos pronunciamos por el pluripartidismo en nuestro país (pero ello) no debe conducirnos a pensar que en otros lugares y por ejemplo en la Unión soviética la existencia de un único partido es un freno al desarrollo de la democracia política en ese país».²⁰

Sin embargo, esta política de equilibrista —denunciar el antisovietismo a la vez que se favorecen las veleidades de autonomía hacia Moscú— se fue volviendo más y más delicada a medida que el Partido Comunista, en el marco de su pragmática política de alianzas, quiso conformar una imagen de partido moderno y democrata. Y también a medida que el desarrollo de la disidencia en la Unión soviética multiplicaba las interrogantes entre la opinión pública y los medios de comunicación. El apogeo del *aggiornamento* virtual del comunismo francés se produjo en 1976, con una doble concesión democrática y simbólica dada por el PCF. En el plano interior, el XXII Congreso del PCF abandonaba, en febrero de 1976, la noción leninista de dictadura del proletariado. Ahora bien que, en 1968, Leonid Brézhnev había puesto en guardia a la dirección del PCF (y en particular a Waldeck Rocher y Georges Marchais): «Los partidos comunistas no deben perder de vista el peligro reformista, oportunista de derechas [...]. Algunos partidos están preparados para pasar por encima de nuestros principios, a atenuar la lucha de clases, a abandonar el termino dictadura del proletariado».²¹ Y, en el plano exterior, en octubre del mismo año, el dirigente comunista Pierre Juquin estrechaba la mano de Leonid Plioutch, el disidente soviético recientemente expulsado de la URSS, con ocasión de un mitin en la Mutualité. El discurso pronunciado en esa ocasión alcanzó una difusión de seis millones de ejemplares. Escuchando las sesiones del Comité Central posteriores al XXII Congreso, parece

evidente que la dirección del PCF asumía conscientemente el riesgo de una ruptura con el partido soviético. De hecho, a finales de febrero el secretario general del partido no acudió —como era costumbre— al congreso del PCUS: Georges Marchais envió a Gaston Plissionnier. Pero, consciente del riesgo de escisión que se corría, la dirección quiso que esta ruptura fuera asumida por la totalidad del partido francés.

La marcha hacia la heterodoxia

A partir de las sesiones de los días 30 y 31 de marzo de 1976, Jean Kanapa informó a los mandos del partido de que se multiplican en el país los artículos que cuestionan la política definida por el XXII Congreso. Estamos en la víspera del encuentro general de todos los Partidos Comunistas europeos, que debe tener lugar en Berlín-Este en junio de 1976, encuentro que se prepara «en condiciones que suscitan serios problemas», prosigue el dirigente de la sección de política exterior. Al mismo tiempo, el Buró Político tomaba una iniciativa de envergadura: elegía informar con precisión al Comité Central acerca de la degradación de las relaciones PCF-PCUS. Precisaba que el contenido de esta comunicación se mantendría en secreto pero, y eso es lo esencial, deseaba que «dicha información trascienda a todo el partido».²²

Ante un auditorio muy atento, Jean Kanapa expuso una crítica a la URSS perfectamente argumentada. La primera de las críticas se fijaba en el aspecto ofrecido por el propio XXV Congreso del PSUC. Subrayaba la elevada edad media de los delegados y, sobretodo, el hecho de que su elección al congreso no se debiera tanto a su situación de responsables políticos, sino a una especie de recompensa por su estatus de trabajadores de élite. Kanapa revelaba también la presencia de once cosmonautas entre los delegados. Ello explicaría la inanidad ideológica de las intervenciones, su carácter estereotipado, estrictamente organizativo y económico. Kanapa evidenciaba además la amplitud de las

medidas de seguridad que aislaban el congreso de la población, así como la confusión entre el partido y el Estado por la intervención de diez ministros en el congreso. Pero, sobre todo, se centró en la vuelta del culto a la personalidad:

Una delegada mujer incluso ha agradecido a Brézhnev la atención hacia las mujeres soviéticas manifestada en su informe [...]. Más preocupante es la avalancha de elogios sistemáticos, a veces ditirámicos dirigidos a Brézhnev. El nombre de éste no podía ser pronunciado en el congreso sin desembocar en una ovación. Es difícil imaginar la impresión que este tipo de elogios incesantes termina por provocar.

Kanapa precisaba que, voluntariamente, se habían incluido ejemplos de estos elogios en el informe publicado por *L'Humanité* dado que era «indispensable informar, y diría incluso alertar, a nuestro partido. Cualquier síntoma de reaparición de culto a la personalidad es demasiado grave para que podamos silenciarlo». ²³ Y, recordando que «todo comenzó con el culto a la personalidad de Stalin; no aceptaremos jamás que tal cosa se reproduzca», Kanapa subrayaba que en la URSS nadie hablaba ya ni del XX Congreso, ni de Krushev, mientras que los homenajes a Jdanov se multiplicaban, y concluía: «Todo esto puede llevarnos a preguntarnos si el PCUS ha extraído realmente del XX Congreso todas las lecciones consecuentes».

Paralelamente, Kanapa criticaba una característica en concreto de la política exterior de la URSS. Ésta era, a su parecer, demasiado favorable al *statu quo* en Europa, lo que la empujaría a preferir la permanencia de la derecha en el poder antes que una victoria de la izquierda. Kanapa criticaba un pasaje del informe de Brézhnev apuntando que «la política exterior de Giscard d'Estaing es contra toda evidencia una prolongación de la de De Gaulle». Kanapa recordaba así la visita del embajador soviético al candidato Giscard d'Estaing durante la campaña presidencial de 1974, y subrayaba otros hechos recientes de inspiración similar: por ejemplo, que *Pravda*

había reproducido el discurso del presidente soviético ante el congreso soviético pero tras haber expurgado el pasaje contra Giscard a propósito de la cuestión de Djibouti. Igualmente, recordaba cómo el órgano soviético había solicitado un artículo a Marie-Claude Vaillant-Couturier, pero pidiéndole que no criticara a Giscard d'Estaing.

Los meses siguientes las relaciones se encaron: los artículos críticos se multiplicaban en la prensa soviética y, a principios de enero de 1977, la dirección del PCF había de prepararse para fuertes turbulencias en sus relaciones con el partido soviético. El 12 de enero, el PCF consagraba una gran parte de la reunión de su Buró Político a examinar dicha cuestión y resumía así su postura:

Con los Partidos Comunistas de los países socialistas, mejor mantenerse dentro de la línea del XXII Congreso. Nos encontramos ante una prueba difícil con ellos en lo relativo a esta cuestión. Estad en guardia para no «cruzar la línea». Perseguid el doble objetivo de hacerles aceptar la existencia de divergencias y continuar las relaciones normales. Eventuales encuentros políticos (en particular con el PCUS) significarían de antemano un reconocimiento público de la existencia de divergencias. ²⁴

En consecuencia, es obvio que la ofensiva contra la tentación eurocomunista del PCF no tomó totalmente por sorpresa a la dirección del partido francés.

La hora de los ukases

Entre febrero y marzo de 1977, la ofensiva soviética se desarrolló en dos tiempos. En la víspera de lo que los observadores llamaron «el punto álgido del eurocomunismo», es decir, el encuentro en Madrid a comienzos de marzo de 1977 de los tres secretarios generales (Berlinguer, Carrillo y Marchais), la dirección soviética transmitió a la dirección del PCF un mensaje verbal –«de intimidación», dijo Kanapa– cuyo contenido tal y como lo transmitió Jean Kana-

pa a los miembros del Comité Central era el siguiente:

El PCUS ha tenido conocimiento a través de *Le Figaro* y *Le Monde* del 7 de febrero de la reunión de los tres secretarios generales de los partidos comunistas italiano, francés y español. Encontramos normal que tres partidos se reúnan. Pero la información que se daba acerca de cuáles serían las intenciones de este encuentro no puede sino alarmarnos. Se querría elaborar un manifiesto del eurocomunismo que estaría caracterizado por las críticas a la Unión soviética y que supondría una división de principio entre nuestros partidos. La entrevista a Santiago Carrillo en la revista americana *Newsweek* del 24 de enero otorga credibilidad a esta información. Si esto es verdad, los camaradas franceses deben comprender que se trataría de algo grave que supondría un paso hacia la división del movimiento comunista. Esperamos que el PCF encontrará la forma de evitar esto y las consecuencias que supondría.²⁵

A esta amenaza respondía el secretariado del PCF con una carta –aprobada por el Buró Político el 24 de febrero de 1977–²⁶ que se articulaba en torno a tres elementos. En primer lugar, la sorpresa de ver presentados como referentes a periódicos tales como *Newsweek* o *Le Figaro* en lugar de *L'Humanité*. En segundo término, afirmaba de nuevo que el PCF rechazaba cualquier condena colectiva de un PC –además, recordar la voluntad de no criticar pública y colectivamente al partido soviético era recordar también la misma voluntad de abstención frente a las presiones de los partidos filo-soviéticos para condenar el partido comunista chino–, mientras que el partido soviético había «multiplicado las presiones en este sentido en el último periodo, incluso en el seno de organizaciones internacionales democráticas –se trata de alusiones a la Federación Mundial de la Juventud Democrática y a la Federación Sindical Mundial–, causando así graves perjuicios a la cohesión y eficacia de éstas». Finalmente, el secretariado del PCF consideraba inadmisibles que los soviéticos «pretendan indicarnos nuestra línea de conducta y ponernos en guardia contra los peligros de una

división del movimiento comunista. La línea de nuestro partido ha sido definida soberanamente por nuestro XXII Congreso y pretendemos mantenernos dentro de estos parámetros».²⁷

La firme respuesta del PCF aumentó el tono del ataque soviético, lo cual quedó plasmado en la carta, extremadamente encendida, que el Comité Central del PCUS dirigió a su homólogo francés el 18 de marzo de 1977. No es improbable que esta fecha fuera elegida expresamente, puesto que se trataba de una de las fechas clave de la liturgia simbólica comunista que todo militante debía conocer, el inicio de la Comuna de París, lo que permitía quizá recordar a todos a la vez las tradiciones revolucionarias del proletariado francés y la necesidad de permanecer fieles a las mismas.²⁸ Esta carta, extremadamente extensa (la transcripción literal ocupa 18 páginas), fue leída íntegramente en la tribuna del Comité Central durante sus sesiones de 31 de marzo y 1 de abril de 1977. Se trataba de una violenta requisitoria contra la política reciente del partido francés. Pero, a pesar de su extensión, la carta de los soviéticos únicamente se refería a una cuestión: la denuncia del cuestionamiento por parte del PCF de la democracia política en la URSS. Este leitmotiv, recalcado durante toda la misiva, aparecía ya desde el primer párrafo, donde se hablaba de «hostiles críticas a la Unión Soviética y a su política, notablemente acerca de la cuestión de la democracia soviética». Sólo se citaba un ejemplo, la participación de un dirigente (el nombre de Pierre Juquin no aparecía citado) en un encuentro de solidaridad con los disidentes antisoviéticos en la Mutualité, siendo el resto una disertación acerca de la inconsistencia de las nociones de «libertad» o de «democracia», quedando todo supeditado a la lucha de clases. Pero lo más importante fue que, bajo esta lección elemental de leninismo, los dirigentes soviéticos dejaban entrever la amenaza de una escisión: aclamaban a algunos Partidos Comunistas (británico, holandés, austriaco, portugués, griego y finlandés) y, sobre todo, criticaban sis-

temáticamente, no a la dirección del PCF, sino a «algunos dirigentes comunistas franceses».

Esta carta soviética a la que nos referimos fue conocida gracias a un libro de Jean Fabien publicado en 1985. Lo que se conocía menos era el vigor de la protesta de los dirigentes del PCF y la contraofensiva capitaneada por los soviéticos. Ésta se desarrolla en dos tiempos: en el Buró Político el 30 de marzo, y en el Comité Central el 1 de abril de 1977.

El acta de decisiones del Buró Político indica, algo poco habitual, los nombres de los miembros del Buró que intervinieron: Jean Kanapa, Georges Séguy, Gaston Plissionnier, Roland Leroy, Henri Krasucki, Étienne Fajon, Charles Fiterman, Paul Laurent y Georges Marchais; dicho de otra manera, había destacados dirigentes sindicales (Séguy y Krasucki), representantes de la tradición *kominterniana* (Fajon) y el máximo representante de la línea ortodoxa (Leroy). El Buró Político adoptaba una resolución que constituiría la base de la intervención de Jean Kanapa dos días después.²⁹

A la hora de la sesión del Comité Central, la dirección del PCF era ya consciente del riesgo de escisión –los soviéticos las habían dispuesto recientemente en Finlandia, Suecia y Japón, recordaron algunos intervinientes– y preparó un cortafuegos. Esta parte de la sesión del Comité Central, que se prolongó más de tres horas, se desarrolló en cuatro tiempos. En la primera etapa, oficialmente, el Buró Político optó, de forma excepcional, por no dar su opinión sobre la carta y dejar a los miembros del Comité Central expresar libremente su opinión. No estoy seguro de que algunos responsables no hubieran sido informados, incluso requeridos a intervenir, con anterioridad. En cualquier caso, varios responsables intervinieron inmediatamente para condenar la misiva soviética (Marcel Rosette, Pierre Sotura, Francette Lazard, Pierre Pranchère), a menudo con palabras extremadamente duras, como hizo Jean Fabre señalando «el carácter absolutamente intolerable, inad-

misible, de la llamada a la división que hay en este mensaje, provisto además de un toque de chantaje. Otra cosa que es muy angustiada es la ceguera, la esclerosis, el desconocimiento que revela esta carta de la situación en nuestro país y de lo que ocurre en el suyo propio». Este último aspecto resulta el más sorprendente. Lejos de la retórica de 1974 sobre la necesaria solidaridad recíproca, fue la crítica sistemática de la realidad soviética la que dominó en esta sesión del Comité Central. La segunda etapa se concretó en una intervención de Jean Kanapa que, en nombre del Buró Político, recogía las críticas suscitadas por la carta de los soviéticos. Después, en un tercer momento, varias figuras relevantes del PCF tomaron la palabra para afirmar su solidaridad con la dirección: dos dirigentes de la CGT (Georges Séguy, a través de una carta y anunciando su intención de rechazar la condecoración de la Orden de la Revolución de Octubre, y Henri Krasucki), varios responsables del partido (René Andrieu, Jean Burles, Pierre Jensus, etc.), y viejos representantes de la tradición *kominterniana* (François Billoux y Raymond Guyot). Finalmente, en la cuarta etapa, el secretario general del partido, Georges Marchais, extrajo las conclusiones generales.

Hay muchos puntos a destacar de esta larga cuarta sesión. En primer lugar, la aplastante unanimidad en rechazar la presión soviética y la amenaza de escisión. Tomaré como ejemplo solamente la intervención de Kanapa, aunque todos se mueven en el mismo registro: «Es una labor que hay que llamar por su nombre, es la labor de carácter escisionista, es claramente intolerable... [Es] un intento de intimidación contra nuestro partido y hay que rechazarlo con la mayor firmeza».³⁰

El otro elemento determinante fue la crítica a la situación interna de los países socialistas (la URSS y Checoslovaquia son los únicos ejemplos citados) en lo referente a la libertad y la democracia. A modo de ejemplo, el informe de Henri Krasucki a propósito del reciente congreso de los Sindicatos Soviéticos, a que

acababa de asistir, fue extremadamente crítico. Habló de la «reducción del papel de los sindicatos», del «papel del partido [que] se hace más y más pesado», de «discursos estereotipados», de «aspecto caricaturesco». Los sindicatos no aparecían «como defensores de los derechos y los intereses de los trabajadores sino como un engranaje del Estado y de la política de partido». Observó también el surgir de «un nuevo culto a la personalidad, organizado desde arriba», y que «todos los discursos tenían un comienzo obligado: varios minutos de elogios de la figura histórica de Brézhnev». Henri Krasucki se refirió a la «pobreza de los argumentos, a menudo claramente primitivos, y no muy meritorios», y tomó como ejemplo el discurso del presidente de los sindicatos de Ucrania, quien «tronó contra los trotskistas y los anarcosindicalistas que preconizan la independencia de los sindicatos». Bajo las risas de la sala del Comité Central, Krasucki dijo: «¡Se trata de nosotros!». Y, a su vez, el dirigente cegetista evocó el problema de las libertades y subrayó que, en cambio, «[el presidente de los sindicatos de Ucrania] ha rechazado la idea de que puedan existir violaciones de los derechos humanos en Ucrania».³¹

El tercer elemento que conviene destacar es la relación con la Historia. El pasado soviético estuvo en segundo plano en las intervenciones y salió a la luz en algunas ocasiones, con el fin de recordar la dolorosa experiencia de la época estaliniana y de reprochar a la dirección soviética una especie de vuelta atrás olvidando el informe pronunciado por Krushev en 1956, en el XX Congreso del PCUS. Tres dirigentes se mostraron especialmente incisivos sobre esta cuestión: Jean Kanapa y los viejos kominternianos François Billoux y Raymond Guyot.

Jean Kanapa resumió a la tribuna una carta del partido checoslovaco dirigida al Comité Central del PCF. Era una carta cuyo contenido era evidentemente muy cercano al de la de los soviéticos. Leyendo un pasaje de la carta de los checoslovacos acerca de los autores de la *Carta* 77, Kanapa se interrumpió y precisó a la audien-

cia: «Llamo vuestra atención sobre el siguiente pasaje, y en particular a los camaradas que han hablado del XX Congreso del PCUS, del pasado y del hecho de que sin duda los camaradas soviéticos no han tenido en cuenta su propio congreso. Esto es sin duda verdad para los checoslovacos». Luego, Kanapa continuó su lectura: «El lenguaje de los autores de la *Carta* —afirmaban los dirigentes checoslovacos— es el lenguaje de esos que se han desvinculado de la patria socialista, la detestan, y su sentimiento cosmopolita les hace pensar de modo cosmopolita». Kanapa comentó que «para los que tienen memoria, hay para estremecerse de terror», subrayando así la resonancia histórica de las purgas sangrientas y antisemitas realizadas por los partidos-Estado de las democracias populares en los comienzos de los años cincuenta.

Algunos minutos más tarde, llegó el turno del exministro comunista François Billoux y éste volvió a referirse al XX Congreso: «Comparto las apreciaciones de los camaradas y de Jean Kanapa, y debo decir que estoy muy preocupado, aunque no por nuestro partido, sino por el PCUS [...]. El XX Congreso ha quedado nulo y sin valor, se desvanece». Pero el más incisivo sin duda fue Raymond Guyot, quien realizó una intervención cuanto menos heterodoxa, que suscitó numerosos murmullos en la sala. Afirmó: «Es evidente que se ha borrado toda huella del XX Congreso. Estos días he releído el folleto con el informe secreto que tengo, al igual que todos vosotros imagino, he releído hace varios días el informe secreto de Khrushchev. Es una verdadera lástima que no haya sido leído por el gran público del partido y del movimiento obrero. Aquellos que no lo hayáis hecho, releedlo». Nos encontramos en abril de 1977 y, tan sólo tres meses antes, la dirección del PCF todavía seguía hablando de «el informe atribuido al camarada Khrushchev», negándose a reconocer que había tenido conocimiento de ese informe desde 1956 y, por lo tanto, mintiendo al respecto durante 21 años.³²

Después de esta sesión, la dirección del PCF decidió, según la expresión empleada por

Georges Marchais en la intervención final, seguir teniendo «un pie en dos zapatos». Es decir, mantenerse firmes frente a los soviéticos sin dejar de mantener por ello una relación lo más fraternal posible. La carta soviética se mantuvo por lo tanto en secreto, al igual que la respuesta de la dirección francesa.

Sin embargo, no cambiaron...

A pesar de todas sus críticas, de todas las referencias al pasado, el PCF no rompió con Moscú y, entre 1978 y 1979, abandonó la frágil barcaza eurocomunista para convertirse nuevamente en una nave de la flota imperial soviética. Este viraje se debía a varias razones, evocadas abundantemente.³³ Me gustaría destacar aquí una, basándome en la consulta de las grabaciones sonoras: la dimensión de la cultura política comunista.

Por cierto, al escuchar a los dirigentes del PCF, se percibe esta profunda evolución que se produjo en apenas tres años y que he tratado de describir en este artículo. Además de los elementos fácticos que he mencionado, una de las evoluciones más notables fue el cambio de percepción a propósito de las repercusiones en Francia de la experiencia soviética. En enero de 1974, en el Comité Central René Piquet presentaba las cosas como sigue:

Hay camaradas que piensan que no somos lo suficientemente críticos frente a la realidad de los países socialistas y que piensan que ser más críticos en esos aspectos nos ayudaría sin duda en el terreno nacional. En cambio, yo pienso de manera firme que lo que más y mejor nos puede ayudar es la defensa del socialismo tal y como es en la actualidad. Debemos, creo, decirlo claramente: el progreso del movimiento revolucionario y el progreso de las ideas del socialismo no pasa por la crítica –incluso cuando estamos en la obligación de hacerla y la hacemos–, no pasa por la crítica sino por tratar de demostrar la superioridad del régimen socialista en todos los campos. Y ello es cierto, creo, en el campo de la democracia, incluido el de la democracia política.³⁴

Tres años más tarde, el tono del discurso oficial era radicalmente diferente y es el posible desencadenamiento de sucesos graves en los países socialistas, y sus consecuencias para la imagen del PCF, lo que inquietaba a los dirigentes comunistas, como Jean Kanapa, quien declaraba:

Es tan necesario que nuestro partido adopte al respecto una posición clara y firme como es preciso que la evolución de los acontecimientos en la URSS suscite nuestra inquietud. Los fenómenos insanos, los atentados contra las libertades son un ejemplo, pero hay otros, los fenómenos insanos se multiplican. No es posible que, sesenta años después de la instauración del socialismo, formas estereotipadas de vida política, ideológica e incluso social se sigan manteniendo de modo artificial sin que se vaya hacia crisis que pueden presentar rasgos graves y preocupantes. Es importante por ello que nuestra actitud sea tal que los acontecimientos imprevisibles no nos pongan en dificultades ante los miembros del partido, ante los trabajadores, ante millones de franceses que confían en nosotros, y ante los millones que todavía nos hacen falta para marchar hacia el cambio revolucionario, el socialismo.³⁵

Esta evolución es, en consecuencia, innegable. Sin embargo, queda la impresión de que se trató de concesiones a la coyuntura del momento. Las críticas contra la URSS formuladas por los responsables comunistas aparecen como los ecos de las críticas elaboradas por la opinión pública, una recuperación parcial de las críticas a la ausencia de libertades y de democracia, y fueron una solución que persistió largo tiempo tanto en el plano retórico, como en el orden formal (en el sentido de las libertades formales). Pero en ningún momento asistimos, al menos en los materiales que hemos consultado, a un verdadero cuestionamiento de dos elementos del núcleo duro de la cultura política comunista que son, por un lado, la asimilación de la propiedad colectiva al «Bien» y, por otro lado, la identificación entre partido y clase, que según los comunistas determinaba la superioridad

ontológica del PC sobre todas las demás formaciones socio-políticas. Se trataba de lo que Georges Marchais, implícitamente, declaraba durante su discurso el 30 de junio de 1976 en Berlín durante el encuentro internacional de los Partidos Comunistas europeos:

El socialismo por el que luchamos será un socialismo profundamente democrático, pues se apoyara en la propiedad de la sociedad sobre los grandes medios de producción e intercambio y en el poder político del pueblo trabajador, dentro del cual la clase obrera juega un papel fundamental.³⁶

Incluso Henri Krasucki, tan severo respecto a la relación sindicato-partido en la Unión Soviética, informó de que, con ocasión del congreso de los Sindicatos Soviéticos, tuvo entrevistas políticas con los dirigentes del PCUS «en calidad de miembro del Buró Político» del PCF. Incluso Jean Kanapa, ansioso de no tirar al bebé socialista con las aguas del baño burocrático, en la sesión del Comité Central del I de abril hizo un elogio de las instituciones checoslovacas:

La carta del PCUS constituye una verdadera agresión contra nuestro partido. Acusado no solo de zozobrar en el antisovietismo, sino incluso de abandonar las posiciones de clase y de dar la espalda a los intereses de los trabajadores de nuestro propio país. Es indigno y es grotesco. La argumentación de los autores de la carta es además de una debilidad que consterna. La carta está visiblemente destinada a ser difundida [...] dentro del Partido Comunista de la Unión soviética. Nos atribuye alegremente posiciones que jamás fueron nuestras, por ejemplo el cuestionamiento del sistema político de la Unión Soviética, a pesar de que el secretario general del partido [...] dijo expresamente lo contrario, y de que, en la respuesta al Partido Comunista Checoslovaco, lo habéis visto en el pasaje, decimos: los mecanismos, las instituciones existentes, hacedlas funcionar, mejorad su funcionamiento.³⁷

Esta persistente exaltación de las instituciones socialistas sólo puede arrojar fuertes dudas acerca de la verdadera aculturación democrática de la dirección comunista francesa de la

época. Dicha aculturación sólo fue esbozada, lo suficiente para distanciarse de la URSS, pero insuficientemente para comprender que una democracia socialista o soviética no era más que un oxímoron. Esta incompreensión permitió a la dirección del PCF creer que podía seguir conjugando, incluso tras 1979 y la invasión de Afganistán, proclamaciones democráticas y amistades soviéticas, poniendo así fin a la tentación eurocomunista y favoreciendo ampliamente el rápido descenso del PCF a los infiernos electorales.

Traducción: Luisa Marco Sola

NOTAS

- ¹ «[La conferencia de Bruselas de los Partidos Comunistas de la Europa occidental] representa una responsabilidad muy importante para nuestro partido. Fue efectivamente nuestro partido quien tuvo la idea de esta conferencia, al adelantarla Georges Marchais en el curso de su reunión con Berlinguer en Roma en mayo de 1973, nuestro partido y el PCI se pusieron de acuerdo para consultar a los partidos hermanos concernientes»: KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, Archives départementales de la Seine-Saint-Denis (en adelante AD-SSD), 4 AV 2009-2018.
- ² Citado por FABIEN, Jean, *La guerre des camarades*, París, Olivier Orban, 1985, p. 174.
- ³ MARCHAIS, Georges, *Parlons franchement*, París, Grasset, 1977, pp. 189-190.
- ⁴ KANAPA, Jean, *Le mouvement communiste international hier et aujourd'hui*, París, Editions du PCF, s/f (probablemente 1977), p. 28. Se trata de la publicación de una conferencia pronunciada por Jean Kanapa ante la Escuela Central del PCF en noviembre de 1977.
- ⁵ *Réunions du Comité central du PCF 1921-1977. Etat des fonds et des instruments de recherche*, Bobigny, Conseil général de la Seine-Saint-Denis/Fondation Gabriel Péri, 2010.
- ⁶ KRIEGEL, Annie, «L'eurocommunisme», *Revue des travaux de l'Académie*, 1977, pp. 687-707.
- ⁷ *Réunion du Bureau politique du 18 avril 1977. Décisions*, AD-SSD.
- ⁸ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ⁹ Las dos obras de referencia son la crónica detallada y argumentada elaborada por los opositores comunistas -FABIEN, Jean, cit.— y la excelente síntesis de Stéphane COURTOIS y Marc LAZAR, *Histoire du Parti Communiste Français*, París, Presses Universitaires de France, 1995, 2e ed. 2000, pp. 380 y ss. A completar con las estimulantes reflexiones de Annie KRIEGEL: la ponencia ya citada ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas, así

- como sus *Un autre communisme? Compromis historique, eurocommunisme, union de la gauche*, París, Hachette, 1977, y *Le Communisme au jour le jour*, París, Hachette, 1979.
- ¹⁰ Hemos consultado estos documentos sonoros en los Archives départementales de la Seine-Saint-Denis, y hemos completado nuestro estudio con los informes de las decisiones de las reuniones del Buró Político del PCF, conservados en los mismos archivos. Doy las gracias al personal de los Archives départementales de la Seine-Saint-Denis, y especialmente a Pascal Carreau por su disponibilidad y su competencia.
- ¹¹ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹² KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹³ *Réunion du Bureau politique du 4 janvier 1974. Décisions*, AD-SSD.
- ¹⁴ MARCHAIS, Georges, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹⁵ *Réunion du Bureau politique du 11 janvier 1974. Décisions*, AD-SSD.
- ¹⁶ MARCHAIS, Georges, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹⁷ FAJON, Etienne, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹⁸ MARCHAIS, Georges, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ¹⁹ PIQUET, René, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ²⁰ *Ibidem*.
- ²¹ Citado en *Kremlin-PCF Conversations secrètes*, París, Olivier Orban, 1984, p. 193.
- ²² KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 30-31 mars 1976*, AD-SSD, 4 AV 2160-2171. Esta decisión de hacer circular la información había sido tomada por el Buró Político durante su reunión del día 9 de marzo de 1976: *Réunion du Bureau politique du 9 mars 1976. Décisions*, AD-SSD. Según Jean Fabien, esta decisión habría sido saboteada por los defensores de la línea prosoviética (FABIEN, Jean, cit., p. 117). No podemos, de momento, confirmar o negar tal afirmación, pero la comparación que hemos podido realizar entre las afirmaciones de J. Fabien y el contenido de los archivos apunta su verosimilitud.
- ²³ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 30-31 mars 1976*, AD-SSD, 4 AV 2160-2171.
- ²⁴ *Réunion du Bureau politique du 12 janvier 1977. Décisions*, AD-SSD.
- ²⁵ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244.
- ²⁶ *Réunion du Bureau politique du 24 février 1977. Décisions*, AD-SSD.
- ²⁷ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244.
- ²⁸ Esta carta fue publicada en 1985 en el trabajo de Jean FABIEN, cit., pp. 147-164. La transcripción de la carta se ajusta a la lectura realizada en el Comité Central, excepto una ligera diferencia a propósito de la participación de Pierre Juquin en la reunión de la Mutualité: el texto escrito se refiere a «los representantes de la dirección del PCF», mientras que en la tribuna la frase pronunciada fue «algunos representantes de la dirección del PCF».
- ²⁹ *Réunion du Bureau politique du 30 mars 1977. Décisions*, AD-SSD.
- ³⁰ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244. Las citas anteriores y sucesivas provienen de la misma sesión del Comité Central.
- ³¹ KRASUCKI, Henri, *Intervention à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244.
- ³² Fue el Buró Político quien, el 5 de enero de 1977, decidió reconocer una parte de la verdad (la delegación francesa estuvo bien al corriente) pero mantuvo una versión poco creíble: la delegación no habría transmitido la información a la dirección del PCF (*Réunion du Bureau politique du 5 janvier 1977. Décisions*, AD-SSD). *L'Humanité* del 13 de enero de 1977 publicó la nueva versión oficial.
- ³³ La mejor síntesis sigue siendo la de COURTOIS, Stéphane, LAZAR, Marc, cit., pp. 380 y ss.
- ³⁴ PIQUET, René, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 18-19 janvier 1974*, AD-SSD, 4 AV 2009-2018.
- ³⁵ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244. *L'Humanité*, 1-VII-1976.
- ³⁷ KANAPA, Jean, *Rapport à la session du Comité central du PCF des 31 mars-1er avril 1977*, AD-SSD, 4 AV 2229-2244.



UN PARTIDO EN BUSCA DE IDENTIDAD*. LA DIFÍCIL TRAYECTORIA DEL EUROCOMUNISMO ESPAÑOL (1975-1982)

Emanuele Treglia
LUISS-CIHDE

Divergencias, abandonos, expulsiones y un sinfín de polémicas fueron los rasgos que caracterizaron la vida del Partido Comunista de España (PCE) entre 1980 y 1982. Las manifestaciones y mítines multitudinarios que habían acompañado su salida a la superficie durante el final de la dictadura y el comienzo de la Transición parecían ya imágenes de un pasado lejano. Se ha dicho que Carrillo, tras el Sábado Santo Rojo, logró en cinco años algo que Franco no había conseguido en cuarenta: la destrucción del PCE. Esta afirmación, correcta por múltiples razones, resulta sin embargo demasiado simplista, ya que atribuye exclusivamente al secretario general las responsabilidades de la profunda crisis que, después de 1979, afectó al que había sido «el partido del antifranquismo». Se trató de un fenómeno más complejo y multidimensional.

En efecto, a lo largo de las décadas de clandestinidad y exilio, en el interior del PCE habían tomado forma proyectos que implicaban modelos ideológicos y organizativos muy distintos y que se fundaban en culturas políticas aparentemente inconciliables y antagónicas. La imposibilidad de alcanzar una síntesis, que se fue haciendo manifiesta después de la legalización y aún más con el cierre de la etapa del *consenso*, determinó el ocaso del eurocomunismo español.

Aunque dicha denominación surgió sólo a mitad de los setenta, en realidad fue el resultado

de un proceso de renovación cuyos orígenes se remontan al cambio de rumbo de la política del PCE, que se produjo veinte años antes y cristalizó en 1956 con la fórmula de la Reconciliación Nacional.¹ Como se sabe, el planteamiento de esta nueva línea del partido propugnaba la necesidad de superar la división de los españoles entre vencedores y vencidos, y, en consecuencia, la formación de un amplio frente interclasista capaz de derrumbar el régimen franquista y restablecer las libertades. Con el fin de presentarse como un aliado creíble y responsable, el PCE empezó a construirse paulatinamente una nueva imagen, dejando de lado las posturas más ortodoxas propias del movimiento comunista internacional y acercándose al universo de valores y principios vigente en las democracias occidentales. En esta óptica, después de haber renunciado al comienzo de los cincuenta a la lucha armada con la apuesta por formas pacíficas de oposición, el partido llegó a la aceptación del parlamentarismo y del pluripartidismo; en los años siguientes su programa se fue caracterizando por una creciente moderación. La instauración del socialismo seguía siendo su objetivo, pero tenía que lograrse mediante la vía democrática y respetando los derechos y libertades de las otras fuerzas políticas y capas sociales.²

La fidelidad ciega hacia la URSS ensombrecía las profesiones de fe democrática del PCE: los

comunistas españoles, por lo tanto, se encontraron ante la disyuntiva de las exigencias de su estrategia de lucha antifranquista y de la búsqueda de alianzas para la misma, por un lado, y la aceptación de la disciplina dictada por Moscú, por el otro. Dado que las dos dimensiones, nacional e internacional, se hacían cada día más incompatibles, el PCE optó por la primera. El comienzo de los enfrentamientos entre el partido de Carrillo y la «casa madre» soviética se produjo en 1968, cuando los comunistas españoles condenaron duramente la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. Desde entonces, el PCE no sólo reivindicó la necesidad de una total independencia de cada partido en la elaboración de su propia política y reclamó un movimiento comunista internacional «unitario en la diversidad»; empezó también a criticar la excesiva burocratización del modelo sociopolítico vigente en los países del telón de acero.³ Estos factores explican por qué, a la altura de 1974, las relaciones de los comunistas españoles con los «camaradas» del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) parecían ya visiblemente «deterioradas».⁴

Desde la década de los veinte, la identidad de los Partidos Comunistas se había fundado sustancialmente en dos pilares: la adopción del marxismo-leninismo y el apoyo incondicional a la URSS. El PCE llevaba años socavando ambos, y en las próximas páginas veremos cómo y en qué medida acabó de derrumbarlos con la adopción y desarrollo de la fórmula eurocomunista. Abandonadas las viejas señas de identidad, ante el partido de Carrillo se presentaba la necesidad de sustituirlas por otras que sintetizaran su nuevo proyecto político. Este proceso de redefinición coincidió con la puesta en marcha de la democratización del sistema político español. La superposición de las dos transiciones requería que los comunistas no sólo llevaran a cabo un cambio de identidad sin precedentes para un P. C. de aquellos años, sino también que adoptasen nuevas modalidades organizativas y prácticas políticas capaces de fortalecer la frágil

democracia naciente y, al mismo tiempo, asegurar al partido un espacio político significativo en el nuevo sistema. El intento de satisfacer estas diferentes exigencias, a menudo contrapuestas, llevó el PCE a acumular múltiples contradicciones que acabaron por sacar a la luz la heterogeneidad de posturas y planteamientos presentes en sus filas y producir su cortocircuito.

Configuración del eurocomunismo español

En el momento de la muerte de Franco el PCE constituía el elemento más fuerte y organizado de la oposición ilegal.⁵ Su evolución ideológica y su gran capacidad movilizadora lo habían acreditado como un aliado viable y le habían permitido romper gradualmente su aislamiento y tomar parte en varios organismos unitarios, como la Asamblea de Catalunya y la Junta Democrática. Entre finales de 1975 y comienzos de 1976, al mismo tiempo que su dirección exiliada volvía de forma clandestina a España, el partido intentó imponer su ideal *rupturista* mediante una dinámica de movilización controlada, a cargo, principalmente, de las Comisiones Obreras (CC OO). Cuando en la primavera de 1976 dicha perspectiva se desvaneció, el PCE rebajó sus objetivos máximos y, temeroso de verse excluido del proceso de cambio, centró sus esfuerzos en lograr algún tipo de negociación con las élites procedentes del franquismo que se hallaban en el poder.⁶

En ese contexto, aproximadamente entre la celebración de la Conferencia de los Partidos Comunistas y Obreros de Europa (junio de 1976) y la publicación de la obra de Carrillo *Eurocomunismo y Estado* (mayo de 1977), se produjo la primera enunciación explícita de la fórmula eurocomunista española, que sistematizaba las teorías elaboradas en las últimas dos décadas y esbozaba a la vez algunos elementos nuevos. A nivel internacional, el punto de partida consistía en el rechazo de todo centro dirigente del movimiento comunista.⁷ Esta afirmación iba acompañada por la consideración de la URSS

como una potencia que trataba de imponer su sistema a otros países, y que no basaba sus relaciones con los partidos «hermanos» en los principios de la solidaridad internacionalista, sino en su razón de estado, es decir, utilizaba a los otros partidos comunistas esencialmente como instrumentos al servicio directo de sus intereses particulares.⁸ Las críticas del PCE no se limitaban al ámbito de actuación exterior de Moscú: su principal novedad era que, por primera vez, llegaban hasta el punto de negar la misma naturaleza socialista del modelo soviético.

Con este propósito, el secretario general español escribía que el Estado nacido de la Revolución de Octubre presentaba «una serie de rasgos formales similares a los de las dictaduras fascistas»: la clase obrera no disponía de libertades básicas y no podía participar realmente en el proceso de toma de decisiones, mientras que una reducida «capa burocrática» poseía «un poder político inmoderado y casi incontrolado». La fusión a todos los niveles entre el partido único, dominado por dicha élite, y el aparato institucional, daba como resultado un Estado que se colocaba «por encima de la sociedad», impidiendo «el desarrollo de una auténtica democracia obrera».⁹ La URSS, por lo tanto, presentaba un sistema sociopolítico que obviamente no era capitalista, pero que tampoco era socialista, y que no podía llegar a serlo sin modificaciones radicales.

Constatados los profundos defectos inherentes al modelo soviético, que de hecho estaban provocando su creciente descrédito a escala mundial, el PCE concebía el eurocomunismo como un intento de crear un nuevo esquema teórico-práctico capaz de promover una mayor adaptación de los partidos comunistas al contexto de los países capitalistas desarrollados, y con ello favorecer su integración sistémica y permitir una revitalización del ideal comunista. En el ámbito internacional, aprovechando el nuevo clima fruto de la distensión, ya analizado en la introducción de este monográfico,¹⁰ se propugnaba la superación de la lógica de los

bloques. Consecuentemente, se preconizaba el no alineamiento de España y, más en general, una Europa plenamente independiente y libre de bases extranjeras. A este propósito, cabe subrayar que el PCE en su VIII Congreso (1972) se había pronunciado a favor de la integración europea.

Esta toma de posición se entrelazaba con el progresivo alejamiento de Moscú, que requería la creación de un nuevo modelo de internacionalismo para sustituir al anterior, surgido en la III Internacional. La nueva concepción internacionalista elaborada por los comunistas españoles en los setenta se basaba en una inversión radical de las prioridades tradicionales: ya no tenía como piedra de toque la defensa de las necesidades de la «patria del socialismo», sino que tomaba como punto de partida las exigencias propias del ámbito territorial más cercano, incluso en el caso de que se opusieran a las soviéticas. Postulaba que la eficacia de la acción desarrollada por la libre coordinación de los partidos comunistas a escala mundial fuese directamente proporcional al grado de enraizamiento de cada uno de ellos en su específica realidad local, nacional y continental. Suprimido, pues, el principio de obediencia al PCUS, los españoles empezaron también a restablecer relaciones con algunos partidos comunistas disidentes, como por ejemplo el chino. El nuevo tipo de internacionalismo propugnado por el PCE se extendía más allá de los límites del movimiento comunista, ya que aspiraba a incluir también a las otras fuerzas revolucionarias para concretar un «frente antiimperialista mundial» más amplio. El alcance de este cambio se comprende si se observa, por ejemplo, que en la vecina Portugal el PCE prefería mantener relaciones con los socialistas de Soares que con los comunistas ortodoxos de Cunhal. Bajo esa óptica, la colaboración con los partidos comunistas italiano y francés en el marco del eurocomunismo no estaba concebida como algo cerrado, sino como el primer paso necesario hacia la convergencia de los comunistas con los otros elementos progresistas del Viejo Continente para democratizar la «Europa

de los monopolios» hasta convertirla en una «Europa socialista».¹¹

La búsqueda de legitimación dentro de España requería que el PCE renovase ulteriormente su discurso y principios ideológicos. En este sentido, finalmente llegó a rechazar la dictadura del proletariado: si en 1972 Carrillo todavía intentaba defender dicha fórmula, con su contradictoria afirmación de que «la concepción marxista de la dictadura de las fuerzas revolucionarias socialistas en el período de transición se identifica, dialécticamente, con la más amplia democracia»,¹² cinco años más tarde declaraba que «la dictadura del proletariado no es el camino para llegar a establecer y consolidar la hegemonía de las fuerzas trabajadoras en los países democráticos de capitalismo desarrollado», dado que en estos países la vía para llegar al socialismo era la «de la democracia, con todas las consecuencias», y eso conllevaba «la negación de toda concepción totalitaria de la sociedad».¹³

El eurocomunismo, a partir de la renuncia definitiva a los métodos insurreccionales y la adopción de una perspectiva de cambio más gradualista y a largo plazo, se replanteaba la revolución como una «guerra de posiciones» y no como una de «movimientos».¹⁴ En primer lugar se situaba el problema central de la conquista del poder, que no debía alcanzarse mediante un «asalto al Palacio de Invierno», sino por la vía electoral. Según el PCE, la victoria en las elecciones llegaría como resultado de la «hegemonización» de la sociedad civil, es decir, mediante la progresiva ocupación de sus «fortalezas y casamatas». De esa forma, la puesta en marcha de las transformaciones en sentido socialista se configuraría como una «revolución de la mayoría». La inspiración gramsciana es evidente, y aún más si se considera que esta labor tenía que llevarse a cabo gracias a la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura (AFTC). La AFTC era un concepto enunciado por los comunistas españoles en la segunda mitad de los sesenta bajo el influjo del 68 y, sobre todo, del crecimiento de las movilizaciones obreras y

estudiantiles en el interior. Como deja intuir su nombre, preconizaba la estrecha colaboración y vinculación entre los trabajadores manuales y los sectores intelectuales progresistas, que para el PCE sería el eje que permitiría penetrar profundamente en los diferentes ámbitos del tejido social, y plantar allí las semillas de la conciencia socialista.¹⁵ Conforme a esta perspectiva, a la muerte de Franco el PCE contaba en sus filas con numerosos profesionales incorporados durante las dos últimas décadas, como Cristina Almeida, Ramón Tamames o Eugenio Triana.

Hay que añadir otro elemento que, según ha dicho Pilar Brabo, constituía «la clave de la política eurocomunista»: la creación de una «nueva formación política», definida también como un «bloque sociopolítico de progreso» y compuesta por todas las fuerzas interesadas en la edificación del «socialismo en libertad». En su marco, adquiriría una importancia crucial la reunificación de comunistas y socialistas o socialdemócratas. El PCE la consideraba posible en la medida en que los primeros se librarán de los rasgos dogmáticos y antidemocráticos de su política anterior y los segundos recuperasen la voluntad revolucionaria dejando atrás su excesivo reformismo. El eurocomunismo se configuraba así como una tercera vía entre el modelo soviético y el socialdemócrata. Cabe subrayar que de esta manera se aspiraba explícitamente a reparar la fractura producida por la III Internacional.¹⁶ Sin embargo, precisamente la III Internacional, con las 21 condiciones aprobadas en 1920, había creado los partidos comunistas propiamente dichos: el PCE, por lo tanto, con la propuesta eurocomunista, pretendía anular los efectos de lo que había sido el acta fundacional de su identidad histórica. El apego al pasado tenía que dejar paso al intento de refundar la izquierda adaptándola plenamente a una sociedad española moderna. En este sentido, al núcleo central de la nueva formación, compuesto por comunistas y socialistas, tenían que sumarse tanto los exponentes de los sectores más dinámicos (la AFTC iba en esa dirección) como los movimientos de

nuevo cuño (ecologista, feminista, pacifista, etc.), para lograr así una presencia ramificada en todo el tejido social.

Ésta representaba una condición indispensable para el éxito del proyecto transformador postulado por el eurocomunismo del PCE, que fundamentalmente consistía en propiciar y diversificar las formas de control democrático de la sociedad sobre la gestión del poder público:

Se trata [escribía Triana] de estructurar progresivamente lo que podíamos llamar un *sistema integrado de democracia*, donde el papel esencial del sufragio y la soberanía del Parlamento se complementa con mecanismos diversos de control democrático que van incorporando a la gran mayoría de la población a un papel activo y protagonista en la política de todos los días. [...] La introducción de las formas autogestionarias, la descentralización de las funciones que corresponden a las administraciones públicas, son parte de esa línea de aproximar los centros de decisión a la vida real de las personas. Es el contenido de la práctica del eurocomunismo.¹⁷

El PCE con su evolución ideológica había llegado a juzgar el sistema europeo como esencialmente válido en lo político: la afirmación del socialismo, por lo tanto, no tenía que producirse mediante su destrucción, sino por medio de una reorientación de los aparatos ideológicos del Estado y de una ampliación de los derechos, libertades y canales representativos a disposición de los ciudadanos. Sobre todo, debía lograrse la extensión de la democracia también al ámbito económico, a través de mecanismos de participación efectiva de los trabajadores en las decisiones concernientes la producción. Con la constatación de la imposibilidad de derrumbar de un día para otro el capitalismo sin provocar graves traumas, se aceptaba la convivencia durante un largo período del sector privado con el público. Estas transformaciones, impulsadas por los comunistas y las otras fuerzas de vanguardia, ya desde la oposición, y puestas en marcha definitivamente después de la llegada de la «nueva formación» al Gobierno, permitirían

el primer paso a la democracia político-social, y luego al socialismo.¹⁸

Desarrollo del eurocomunismo en la etapa del *consenso*

Desde 1968, la progresiva delineación de los elementos que definían el eurocomunismo había constituido una fuente de continuas fricciones entre el PCE y el PCUS. Después de la publicación de *Eurocomunismo y Estado* se produjo la «rendición de cuentas» definitiva entre los dos partidos. La revista soviética *Novoie Vremia* publicó dos artículos que acusaban Carrillo de revisionismo y de haber roto con la solidaridad internacionalista, así como de «denigrar el socialismo que realmente existe» y rechazar el comunismo científico teorizado por Marx y Lenin y, por lo tanto, favorecer «los intereses del imperialismo y de las fuerzas de la agresión y la reacción». El partido español reaccionó con una declaración que afirmaba la necesidad de desterrar de las relaciones entre los PPCC las prácticas del «anatema y la excomunión».¹⁹

Los artículos de *Novoie Vremia* representaban el ataque más duro lanzado por Moscú contra el eurocomunismo hasta entonces. Según Semprún, Brezhnev había elegido al secretario español como blanco principal de su ofensiva contra la corriente «herética» no sólo porque era quién había ido más lejos en sus críticas hacia el socialismo real y en sus propuestas renovadoras, sino también por razones tácticas:

En primer lugar, porque considera que el partido español es el eslabón más débil del frente eurocomunista. [...] Además, el ensayo de Carrillo, 'Eurocomunismo y Estado', se presenta taxativamente como un trabajo personal, que no implica automáticamente el acuerdo del resto del grupo dirigente del PCE. Concentrar el fuego sobre Carrillo por parte de los jerarcas de Moscú tiene, pues, una doble intención: romper el frente eurocomunista de los tres grandes partidos de Europa Occidental y meter una cuña entre Carrillo y algún sector del grupo dirigente español.²⁰

El PCUS obtuvo en parte los efectos esperados. En el frente eurocomunista se abrió una primera grieta, pues los partidos comunistas italiano y francés adoptaron una actitud contradictoria: no se pusieron claramente al lado de Carrillo, sino que intentaron desempeñar una difícil labor mediadora entre PCUS y PCE, auspiciando que los contenidos de *Eurocomunismo* y *Estado* pudieran discutirse libremente, pero evitando a la vez avalarlos explícitamente.²¹ Esto evidenció las dificultades que subyacían bajo la perspectiva de desarrollar una efectiva política común por parte de los tres partidos eurocomunistas.

En el PCE ya se habían producido abandonos prosoviéticos como los de Lister, García y Gómez. Sin embargo, en el interior del partido quedaban relevantes sectores aún fieles al modelo de internacionalismo tradicional que fueron emergiendo paralelamente al avance de la fórmula eurocomunista. Así, en 1977 la Oposición de Izquierda (OPI)²² se escindió del PCE fundando el Partido Comunista de los Trabajadores (PCT), que en 1980 se fusionó en el Partido Comunista de España Unificado (PCEU). También en 1977, como reacción a la Cumbre Eurocomunista de Madrid, doscientos militantes difundieron un comunicado con el que, en defensa de la URSS y del movimiento comunista internacional, expresaban su deseo «de destituir a la dirección carrillista».²³

La polémica en torno a *Eurocomunismo* y *Estado* tuvo el efecto de acentuar las fricciones dentro del PCE y crear las condiciones que dieron pie a las crisis posteriores. De hecho, no sólo en la militancia seguía habiendo un prosovietismo larvado e insidioso, sino también en la dirección del partido: Pasionaria, por ejemplo, no ocultaba sus simpatías hacia «los logros de la URSS» y no hay que olvidar que el KGB llevaba unos años financiando secretamente a Ignacio Gallego.²⁴ Además, para fomentar el desarrollo de corrientes prosoviéticas, desde 1978 el Kremlin empezó a publicar también en España *Novoie Vremia*, con el título de *Tiempos Nuevos*.

Por otro lado, el eurocomunismo constituyó un poderoso factor de legitimación para el PCE. Su esfuerzo en desarrollar teorías orientadas a conciliar socialismo y valores occidentales; su alejamiento de Moscú, y una práctica política cada día más moderada, que lo había llevado de posiciones rupturistas a otras pactistas, lo habían dotado de una nueva imagen que consiguió reducir la desconfianza hacia él. La elección de la vía nacional había dado sus frutos, y había permitido que la dimensión objetiva de la evolución comunista fuese reconocida también por la percepción subjetiva de los otros actores.²⁵ Esto, junto a su capacidad movilizadora, permitió al partido de Carrillo alcanzar un objetivo que había representado una de las mayores incógnitas de la primera fase de la Transición: su legalización en abril de 1977. En efecto, como se hizo evidente con ocasión de la Cumbre Eurocomunista de Madrid, en marzo de 1977, buena parte de la opinión pública española e internacional aceptaba las profesiones de fe democrática y la independencia del PCE.²⁶ Resulta curioso señalar que Kissinger, aun coincidiendo *grosso modo* con esa valoración, aconsejase dejar a los comunistas españoles por el momento fuera de la legalidad, con base en razones geopolíticas.²⁷

En las primeras elecciones democráticas el PCE obtuvo el 9,2% de votos, configurándose así como el tercer partido después de la Unión de Centro Democrático (UCD), con el 34,7% y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), con el 29,2%. Estos resultados acababan de invalidar las dos grandes esperanzas cultivadas por los comunistas a propósito del posfranquismo: no se había producido ruptura, ni el PCE había logrado afirmarse como la primera fuerza de izquierda.

La llegada de las libertades requería que el partido de Carrillo tradujera en práctica política concreta y diaria las teorías eurocomunistas. La extrema precariedad de la nascente democracia aconsejaba que las cuestiones de carácter fundacional se abordasen mediante la estrecha colaboración de las principales fuerzas políticas.

Esta exigencia, generalmente reconocida, llevó al llamado *consenso*, cuyos principales frutos fueron el pacto constitucional y los acuerdos de la Moncloa.²⁸ Pero los actores tenían visiones muy diferentes al respecto. El PCE, por su política de amplias alianzas, sus perspectivas de concreción de un bloque de progreso, y la influencia que acusaba del compromiso histórico italiano, aspiraba a desarrollar una política tripartidista con UCD y PSOE que desembocase en un gobierno de concentración democrática. Dicha propuesta tenía como objetivo inmediato y explícito asegurar la estabilidad del cuadro económico-político. Al mismo tiempo, sin embargo, constituía un intento de los comunistas de ejercer un poder mayor del que les habían otorgado las urnas para empezar su gradual instalación en el aparato institucional y poner en marcha un proyecto de carácter hegemónico.²⁹ En este marco, los pactos se consideraban no sólo la antecámara del gobierno de concentración, sino también el primer paso hacia la democracia político-social. Si la Constitución debía afirmar las libertades fundamentales, que luego tenían que extenderse y en las que habría que profundizar, a los acuerdos de la Moncloa también se les asignaba un papel trascendental: al mismo tiempo que reparaban la economía, prevenían una ampliación de la intervención estatal y una reestructuración del gasto público que, según la lectura del PCE, creaban las premisas para una progresiva socialización de la producción.³⁰

Los deseos del PCE chocaron con la realidad. En efecto, UCD y PSOE concebían el *consenso* sólo como algo circunstancial; se consideraban a sí mismos los dos pilares de un sistema bipartidista o de bipartidismo imperfecto, lo que significaba que estaban en competición directa para ser la única fuerza de gobierno. Además, el anticomunismo presente en las filas de ambos partidos permitía una colaboración puntual con el PCE, pero hacía inviable una alianza gubernamental con él.³¹

A pesar de estos factores, los comunistas siguieron defendiendo su línea de concentración

democrática, incluso cuando este intento exigió importantes sacrificios. En este sentido, la tarea principal del PCE relacionada con los pactos de la Moncloa consistió en hacer que CC OO lograra que los obreros aceptasen los recortes salariales, evitando con ello huelgas y protestas. Mas, en general, la necesidad de presentar una imagen responsable, el impacto del golpe de Estado en Chile y el fantasma de la Guerra Civil aconsejaban prudencia y empujaban hacia el compromiso, lo cual condujo a los comunistas no sólo a la desmovilización, sino también al abandono de las reivindicaciones republicanas y a la renuncia a utilizar el carácter de «partido del antifranquismo» como recurso de identidad y de lucha política. Ésta fue la contribución del PCE al llamado «pacto del olvido». Hay que añadir que la voluntad del PSOE de correr en solitario como alternativa de poder invalidó la perspectiva eurocomunista de reunificación entre socialistas y comunistas, pero también hizo que el PCE, en su búsqueda de la unidad entre los partidos mayoritarios, se constituyera hasta 1979 en principal sostén de Suárez, al mismo tiempo que acusaba al PSOE de irresponsabilidad y miopía política.

En la situación española, por lo tanto, las teorías eurocomunistas fueron privadas de sus elementos más dinámicos y transformadores, y desembocaron, así, en una práctica política extremadamente moderada.³² El PCE a nivel retórico pretendía ser un «partido de lucha y de gobierno», sin embargo, su actuación concreta lo convirtió en un partido que ni luchaba ni gobernaba.³³

Estas contradicciones, además de deberse a la correlación de fuerzas y al contexto general, fueron también producto de los cambios organizativos adoptados por los comunistas en el tránsito de la clandestinidad a la legalidad. En el verano de 1976 el partido había decidido dejar de utilizar las células como unidad de base, y reemplazarlas por las agrupaciones con la finalidad de permitir la integración en sus filas de los numerosos afiliados nuevos: se pasaba así del

reducido número de personas que componían cada célula, a las ciento cincuenta o doscientas de cada agrupación. Al mismo tiempo, se determinó que las agrupaciones debían basarse en el criterio territorial, no sectorial, para lograr la homogenización del partido.³⁴ Estos cambios conllevaron dos graves problemas: las dimensiones excesivas de las agrupaciones dificultaban enormemente una discusión efectiva y dinámica en su interior; por otra parte, la territorialización debilitaba la presencia comunista en los movimientos sociales diferentes del sindical e impedía abordar eficazmente las cuestiones sectoriales, como se hizo evidente en el caso de los profesionales, los cuales no disponían de lugares de encuentro alternativos, como podía ser la fábrica.³⁵ Estas dificultades imposibilitaban aquella hegemonía en el tejido social que constituía la piedra de toque del proyecto eurocomunista, lo que minaba sus posibilidades de éxito.

Hay que añadir otro elemento al análisis: la vuelta de los dirigentes exiliados. Eran «veteranos de la revolución» que, una vez en España, pretendieron tomar el control de todos los procesos de toma de decisión y elaboración teórica, imponiéndose así sobre los aparatos locales preexistentes.³⁶ Considerando, además, que la lógica de los pactos entre las élites concentraba la mayoría de las tareas políticas en manos del grupo parlamentario, se comprende por qué las actividades de las agrupaciones quedaron reducidas por un lado a la aceptación pasiva y ejecución acrítica de las líneas establecidas por arriba, y, por el otro, al trabajo oscuro, es decir, pagar cuotas, «pegar carteles o barrer la sede».³⁷ Los dirigentes realizaban así una explotación de los militantes: les impedían participar en el proceso de toma de decisiones del partido al mismo tiempo que efectuaban una «extracción de plusvalía» de su trabajo de base, utilizándola como capital político y electoral.³⁸ Estos problemas, relacionados con las agrupaciones, pero, como veremos más adelante, también con el centralismo democrático, afectaban gravemente a la fórmula eurocomunista. Su elaboración a lo lar-

go del franquismo había sido el producto de la interacción constante entre «abajo» y «arriba», es decir, entre las culturas militantes del interior y la política esbozada en París: en cambio, las nuevas modalidades organizativas rompieron con este círculo y el resultado fue un progresivo anquilosamiento tanto a nivel teórico como práctico.

A finales de 1977, mientras empezaban a manifestarse las primeras dificultades relativas a la adaptación de los comunistas a la nueva situación española, durante un viaje a EE. UU. Carrillo anunció que en su próximo congreso el partido abandonaría el leninismo. Con la áspera polémica que había seguido a la publicación de *Eurocomunismo y Estado*, el PCE había acabado de derrumbar definitivamente uno de los dos pilares básicos de la identidad tradicional de los PP. CC.: la supeditación a la URSS. Ahora estaba a punto de renunciar oficialmente también al otro, es decir, a la adopción del marxismo-leninismo. La argumentación fundamental aducida para justificar esta elección era que las teorías de Lenin, aunque fueran justas en su época, no eran aplicables al contexto de los años setenta. Sánchez Montero, por ejemplo, escribía:

No se trata de abandonar o no el leninismo. Se trata de que la vida, el desarrollo económico, político y social, sobre todo en los países de capitalismo desarrollado como España, han superado muchos planteamientos fundamentales de Lenin. [...] ¿Es posible elaborar hoy la estrategia y la táctica del Partido partiendo de la idea fundamental de que las guerras mundiales interimperialistas son inevitables, de que esas guerras provocarán una gran crisis revolucionaria que debe ser aprovechada por el proletariado para transformar la guerra imperialista en guerra civil, tomar el poder a través de la insurrección armada, destruir el Estado burgués y establecer férreamente la dictadura del proletariado? Está claro que eso no es posible hoy. [...] No es posible la insurrección armada. No es posible la destrucción completa del Estado burgués. No es posible, ni necesario, ni conveniente, el establecimiento de la dictadura del proletariado para construir el socialismo.³⁹

Se deducía que ya no era posible «basar en el leninismo una voluntad comunista realmente operante en la transformación de la realidad».⁴⁰ Así, en su IX Congreso, celebrado en abril de 1978, el PCE pasó a definirse simplemente como «marxista revolucionario». La especificidad de la identidad comunista quedaba notablemente difuminada. Con esta operación de redefinición de sus referencias el partido intentaba afirmar la idea de que las deformaciones que se habían producido en la URSS no eran algo consustancial a la doctrina marxista, sino que se habían debido a las contingencias históricas en que se produjo la Revolución de Octubre. Se deducía, por lo tanto, que el eurocomunismo, al desarrollarse en un contexto totalmente diferente, en el que el capitalismo se encontraba en un estadio avanzado y ya estaban garantizados los derechos y libertades básicas, sería inmune a los aspectos dogmáticos y antidemocráticos del modelo vigente en los países del socialismo real. Esta postura encerraba múltiples contradicciones, como demuestra el hecho de que la dictadura del proletariado, que los comunistas españoles presentaban como una fórmula leninista, en realidad era un concepto elaborado por el propio Marx.⁴¹ Al mismo tiempo, el partido de Carrillo mantenía un principio organizativo clásico de Lenin: el centralismo democrático.

El abandono del leninismo causó protestas entre la militancia. En numerosas cartas enviadas a la dirección a este propósito se afirmaba que de esta forma se creaba en el partido «un vacío de identidad y de contenido» que dejaba «el barco sin brújula».⁴² Más en general, se evidenciaba su falta de oportunidad, incluso por parte de quien estaba de acuerdo con dicha medida, dado que el PCE estaba atravesando una fase en que ya había pedido a sus miembros bastantes renunciadas. Efectivamente, con ocasión del IX Congreso empezó a manifestarse la existencia en diferentes sectores comunistas de un malestar debido a la trayectoria desarrollada por el partido durante la primera parte de la Transición.⁴³ El informe de Carrillo, al mismo

tiempo que defendía la política realizada por el PCE, señalaba proféticamente que se estaban creando movimientos divergentes en el interior del partido: por un lado, los que temían que cambiasen demasiadas cosas y que eso supusiese perder las señas de identidad; y por el otro, los que temían que las cosas no cambiasen lo bastante.⁴⁴

Balkanización del PCE y ocaso del eurocomunismo

Las elecciones de 1979, celebradas después de la entrada en vigor de la Constitución, cerraron la etapa del *consenso*.⁴⁵ La UCD y el PSOE, que obtuvieron respectivamente el 35,1% y 30,5% de los votos, se configuraron aún más como fuerza y alternativa de gobierno. El resultado conseguido por el PCE (10,8%), a pesar de ser un avance respecto al de 1977, supuso una decepción para los comunistas, que esperaban que su esfuerzo en favor de la estabilización sociopolítica y sus repetidas pruebas de responsabilidad conllevaran un progreso más significativo. Sin comprender que las otras fuerzas habían enterrado la lógica de pactos con que se habían abordado las cuestiones fundacionales del nuevo régimen, el partido de Carrillo siguió defendiendo en su práctica política la línea de concentración democrática hasta 1982. Sin embargo, a diferencia del período anterior, intentó conseguirlo mediante un alejamiento de UCD y un acercamiento al PSOE, tanto a causa de la mayor inclinación del partido gubernamental hacia la derecha, como por la perspectiva de unidad de la izquierda intrínseca a la propuesta eurocomunista.⁴⁶ Los pactos municipales constituyeron quizás el producto más significativo de la colaboración entre comunistas y socialistas y permitieron a la izquierda conseguir buenos resultados en las elecciones locales celebradas también en 1979. El PCE pudo así contar con numerosos alcaldes y concejales a lo largo de la geografía española y eso, según la perspectiva eurocomunista, permitía constituir un contrapoder y aumentar los espacios de democracia

de base.⁴⁷ Sin embargo, como era previsible, el PSOE no quiso extender la alianza con los comunistas más allá de los pactos municipales, como también se puso de manifiesto en el plan sindical con la divergencia a propósito del Acuerdo Marco Interconfederal. La postura de los socialistas, por lo tanto, hizo inviable el camino hacia la concreción de uno de los puntos cruciales del proyecto eurocomunista.

Desde un punto de vista más general, el fin del *consenso* puso al PCE ante la necesidad de definir con más precisión su identidad y su espacio en el sistema. Hay que tener en cuenta que, a pesar del progreso electoral, el partido estaba experimentado una caída vertiginosa de su nivel de afiliación: en Madrid, por ejemplo, a finales de 1979 se contaban 23.022 carnets, mientras que en 1977 su número alcanzaba los 31.895.⁴⁸ Era el síntoma de problemas profundos. Aflojaron, así, las debilidades y contradicciones relativas al desarrollo del eurocomunismo hasta entonces. El resultado fue la balcanización del PCE, es decir, su división en tres macrogrupos que podemos definir esquemáticamente como ortodoxo, eurocomunista oficialista y eurocomunista renovador.

Los ortodoxos rechazaban el eurocomunismo porque lo identificaban con «derechización, pérdida de sustancia comunista y política internacional 'vacilante'». ⁴⁹ Representaban la reacción previsible por parte de la tradición a la evolución experimentada por el PCE. Arraigados sobre todo en la clase obrera, se hacían portavoces del descontento de una base comunista que durante la Transición, por un lado, había sido privada de referencias claras y casi ancestrales de identidad, y por el otro, había realizado muchos sacrificios sin que éstos condujesen a los resultados prometidos por la dirección del partido. El blanco principal de sus críticas en este sentido eran los pactos de la Moncloa que, lejos de abrir las puertas a la democracia político-social, simbolizaban la renuncia del PCE a la lucha de clases en favor de una «lucha de frases» que apenas enmascaraba la ansiedad de

Carrillo por participar en el gobierno, incluso a costa de ser el mejor aliado de la derecha y en detrimento de las exigencias de los militantes comunistas.⁵⁰

Los ortodoxos no eran un grupo homogéneo, sino que se dividían en dos tendencias: los prosoviéticos y los leninistas. Aunque la diferencia entre ellos no siempre era neta y definida, se puede decir que los primeros reivindicaban la validez de la identidad comunista tradicional en cuanto a tal y pertenecían sobre todo a la «vieja guardia». ⁵¹ Los segundos, procedentes en muchos casos de la militancia obrera surgida en los sesenta, tenían una visión menos dogmática que los anteriores, sobre todo porque se centraban más en la práctica. Por lo general, defendían la necesidad de desarrollar una política auténticamente de clases, abandonar la lógica de los pactos e impulsar las movilizaciones con renovado vigor. En el ámbito internacional proclamaban la independencia del PCE; sin embargo, diferían de los eurocomunistas en que consideraban que la perspectiva de la lucha de clases seguía siendo válida a nivel mundial.⁵²

A este propósito, hay que tener en cuenta que al final de los setenta la política de distensión había llegado a su fin y las dos superpotencias habían reemprendido una dura confrontación. A pesar del cambio en el contexto internacional, los eurocomunistas continuaron denunciando con fuerza las actuaciones soviéticas, como la invasión de Afganistán y, sobre todo, los acontecimientos en Polonia: basta señalar que la instauración de la junta militar de Jaruzelsky fue calificada de «aborto de la historia» y juzgada como el enésimo «irrefutable testimonio del carácter no socialista, no comunista, del tipo de Estado que, a partir de la deformación burocrática y autoritaria del estalinismo, ha ido cristalizando en una serie de países». ⁵³ Los leninistas no se ponían incondicionalmente al lado de la URSS, pero creían que, sobre todo después del fin de la distensión, era absurdo, e incluso contraproducente para todos los comunistas, centrarse más en criticar los errores de la

URSS en Polonia o Afganistán que en condenar la actuación estadounidense en Latinoamérica.⁵⁴ Dicho de otra forma: mientras que Carrillo llegaba a sostener que EE UU, a pesar de sus grandes defectos, presentaban un *way of life* más democrático que la URSS,⁵⁵ la concepción de los leninistas era exactamente la contraria.

Hay que subrayar, finalmente, que en algunos casos, como por ejemplo el madrileño, los leninistas se opusieron al principio del centralismo democrático: después de haber luchado contra la dictadura en el interior con una creciente dosis de autonomía, eran reacios a someterse acriticamente a las directivas emitidas desde arriba y a callarse sus opiniones en nombre de la disciplina partidista.

La afirmación más clamorosa de las posturas ortodoxas tuvo lugar en Cataluña cuando, en el V Congreso del PSUC (enero de 1981), los prosoviéticos y los leninistas conquistaron en el partido respectivamente la presidencia (Pere Ardiaca) y la secretaría general (Francisco Frutos). La línea oficialista quedaba derrotada, hasta el punto de que el cambio de dirección conllevó nada menos que el abandono oficial del eurocomunismo.⁵⁶ Aunque al cabo de unos meses las maniobras de Carrillo lograron restablecer el «orden» en las filas catalanas, tanto a nivel de dirección como de militancia, las disidencias de matiz ortodoxo en todo el país se hacían cada día más visibles e insistentes. La consecuencia fue que muchos de sus exponentes fueron expulsados o abandonaron el PCE.⁵⁷ Así, por ejemplo, Ardiaca promovió la creación del Partit dels Comunistes de Catalunya (PCC), que en 1984 confluirá con el PCEU y otros sectores comunistas ortodoxos en el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE) impulsado por Ignacio Gallego y apoyado por Moscú.

Las fracturas llegaron a producirse también dentro del propio campo eurocomunista. A finales de los setenta Carrillo y sus fieles juzgaban que el PCE había completado su evolución ideológica y organizativa y creían, por lo tanto, que la simple aplicación de la línea dibujada hasta

entonces había permitido superar las dificultades momentáneas y, además, había garantizado el crecimiento del partido. Frente a esta postura «oficialista» empezaron a levantarse voces que consideraban el eurocomunismo como algo *in fieri*, y que exigían más cambios. La tendencia «renovadora», que tomó forma a lo largo de 1980,⁵⁸ por lo general evaluaba positivamente los planteamientos ideológicos y políticos defendidos por el PCE durante su salida a la superficie y la etapa del *consenso*: sus críticas se centraban más bien en las modalidades organizativas y métodos de trabajo que, según su opinión, tenían que adecuarse coherentemente a los principios del eurocomunismo. Como escribió Pilar Brabo, destacada representante de los renovadores, si «el Partido es un instrumento para hacer la revolución», consecuentemente «la estrategia de la revolución condiciona el tipo de organización del Partido».⁵⁹

Según esta tendencia, las profesiones de fe democrática hacia el exterior, así como los objetivos de hacer «la revolución de la mayoría» y de ampliar las libertades a todos los niveles de la sociedad, contrastaban irremediamente con la adopción de una estructura partidista que, de hecho, impedía que la política del PCE fuera fruto de una verdadera elaboración colectiva. Eso se debía, en primer lugar, a la vigencia del centralismo democrático, que prohibía el mantenimiento de posturas contrarias a las de la dirección, consideradas cánceres para la vida orgánica del partido.⁶⁰ Otras causas residían, como hemos visto, en los caracteres de las agrupaciones y en la posición predominante de los veteranos. Como resultado, los procesos de toma de decisiones y de elaboración teórica quedaban concentrados en manos de Carrillo, quien actuaba como un *Urvater*,⁶¹ y del reducido «círculo interior» de sus colaboradores.⁶² Los renovadores, la mayoría profesionales e intelectuales de las nuevas generaciones, criticaban la imposibilidad de promover soluciones alternativas a las sostenidas por la dirección, como había quedado claro, por ejemplo, con ocasión del I

Congreso del PC del País Valenciano, celebrado en 1978: a pesar de que había sido elegido como secretario general Ernesto García, apoyado por Pilar Brabo, Carrillo impuso una rectificación de dicho resultado de forma que el cargo recayó finalmente en su fiel Palomares.⁶³ El eurocomunismo de «puertas afuera» dejaba espacio en el interior del partido a la persistencia de métodos autocráticos.

Los renovadores, además, denunciaban la decadencia del papel desempeñado por los intelectuales, que, después de la legalización, tanto por las nuevas modalidades organizativas como por el aumento del «obrerismo» en las filas del PCE, habían sido privados de sus facultades de proposición, y habían quedado reducidos a meros técnicos al servicio de una plana mayor que pretendía el monopolio de la teoría. Por estas razones, muchos habían abandonado el partido, de forma que su número bajó de 3000 en 1977 a 400 en 1981.⁶⁴ La dinámica prevista por la AFTC quedaba así gravemente comprometida.

Según los renovadores, por lo tanto, con el eurocomunismo el PCE había abandonado el modelo de «partido-iglesia» en el discurso ideológico, pero con su rígida disciplina en el ámbito organizativo seguía siendo un «partido-cuartel». Eso había determinado su pérdida de atractivo para mucha gente y, consecuentemente, el constante descenso de sus tasas de afiliación.⁶⁵ La revitalización del PCE requería como condición básica el abandono del monolitismo en favor del pluralismo y del libre desarrollo de los debates internos, incluso mediante la difusión de las posiciones minoritarias. Las propuestas renovadoras, además, preveían la transformación del PCE en un partido federal en cuyo marco las organizaciones de los diferentes niveles, aun aceptando un programa general común, gozasen de la más amplia autonomía. De esa forma se mejoraría el enraizamiento del partido en los distintos contextos locales, y ello facilitaría su perspectiva hegemónica. Hay que considerar también que, para los nuevos «herejes», el PCE debía ser el embrión de la futura sociedad pos-

tulada por el eurocomunismo y, por lo tanto, tenía que emprender su descentralización, sobre todo después de la puesta en marcha del Estado de las autonomías, así como establecer mecanismos de toma de decisiones horizontales y cercanos a los militantes. Asimismo, debían disponerse nuevos cauces para una participación efectiva de las fuerzas de la cultura y corregir los defectos de las agrupaciones, combinando la territorialización con la organización por sectores profesionales. Por lo general los renovadores no consideraban necesaria la dimisión de Carrillo, al que habían apoyado en su lucha contra la ortodoxia. Sólo Tamames propuso fijar un límite de edad para el cargo de secretario general (65 años), lo cual, de hecho, implicaba su relevo. El economista llegó hasta el punto de sugerir la creación de una secretaría colegiada compuesta por los secretarios de las nacionalidades y regiones.⁶⁶

Carrillo rechazó totalmente las propuestas renovadoras, reafirmando la necesidad de la disciplina interna y describiendo al PCE como un partido de masas pero «también un partido de cuadros».⁶⁷ Este oxímoron sintetizaba una contradicción fundamental del eurocomunismo oficialista: a pesar de la retórica de la «revolución de la mayoría», todavía consideraba a las masas no como un sujeto consciente y mayor de edad, sino como mano de obra que debía ser guiada por los revolucionarios profesionales.

El X Congreso, previsto para el verano de 1981, fue un momento clave para el futuro del partido. Tamames había abandonado el PCE poco antes, juzgando la situación irreparable. Ya en las conferencias preparatorias se produjo una aproximación entre los oficialistas y los ortodoxos que se habían quedado en el partido: juntos cerraban ahora filas ante los renovadores, cuyos planteamientos parecían una amenaza para la supervivencia del PCE como tal. Efectivamente, el modelo propuesto por los renovadores implicaba el abandono definitivo de toda identidad comunista y la creación de algo totalmente nuevo, tanto que incluso llegó

a plantearse la perspectiva de un cambio de nombre. Para Carrillo eso no era tolerable, porque la renovación debía terminar donde rompía totalmente con la continuidad y se convertía en «liquidación».⁶⁸ La alianza de oficialistas y ortodoxos logró limitar la presencia de los renovadores en las delegaciones asistentes al X Congreso. Sin embargo, hay que subrayar que en la conferencia preparatoria de Madrid se produjo un hecho extraordinario: los leninistas respaldaron la enmienda propuesta por los renovadores a los estatutos, que preveía nada menos que la admisibilidad de las corrientes de opinión. De todas formas, fue una vitoria pírrica, dado que el X Congreso no sólo ratificó la línea oficial, sino que en los nuevos órganos dirigentes allí elegidos la presencia renovadora fue reducida drásticamente: en el PCE, por ejemplo, quedaron sólo Azcárate y Lertxundi.⁶⁹

Las polémicas internas continuaron, y en el otoño de 1981 llegó la rendición de cuentas final. La ocasión fue propiciada por el proceso de convergencia puesto en marcha por el PC de Euskadi (EPK) y Euskadiko Ezkerra, un partido marxista y nacionalista. El objetivo era su fusión en una nueva formación unitaria de la izquierda vasca. Esa perspectiva era inadmisibles para la dirección del PCE porque implicaba, entre otras cosas, la disolución del EPK y no incorporaba el eurocomunismo en el programa de la nueva organización. Además, se consideraba la unificación demasiado repentina y se dudaba acerca de la contradictoria relación de Euskadiko Ezkerra con ETA. Lertxundi, secretario general de EPK, después de cesar en su cargo y ser expulsado del partido, siguió impulsando la creación de la nueva formación. Los renovadores lo apoyaron, coherentemente con su proyecto de descentralización y con la idea del «bloque sociopolítico de progreso». Así, en noviembre, seis miembros del Comité Central (Azcárate, Brabo, Arroyo, Jaime Sartorius, Segura y Alonso Zaldívar) y cinco concejales del Ayuntamiento de Madrid (Almeida, Mangada, Villalonga, Larroque y Martín Palacín) asistieron a un acto de presentación del

proceso de convergencia de la izquierda vasca en el CSIC. Más allá del caso concreto, de esa forma defendían el derecho a expresarse libre y públicamente. Esa posibilidad les fue negada por la dirección que, después de haber pedido una rectificación y no obtenerla, destituyó a los once de sus cargos. Quienes se solidarizaron con los sancionados compartieron su mismo destino. A mediados de 1982, después de numerosas purgas y abandonos, la tendencia renovadora había sido extirpada del PCE.⁷⁰

Con la adopción de métodos autocráticos que negaban definitivamente la posibilidad del pluralismo interno y evidenciaban la presencia en el partido de un estalinismo residual, las esperanzas generadas por el proyecto eurocomunista habían sido enterradas y sustituidas por un profundo desencanto. Como escribió Vázquez Montalbán: «¿Cómo se hace creíble el proyecto de revolución de la mayoría y de vía plural hacia el socialismo? ¿Qué hubiera ocurrido si la dirección del PCE fuera a la vez dirección del Estado y de sus aparatos represivos?».⁷¹

Conclusiones

La crisis acentuó aún más el descenso del nivel de afiliación del PCE, que en 1982 pasó a ser casi la mitad respecto a 1977 (110.000 frente a 200.000). Eso también se debió al hecho de que los ásperos debates internos, además de transmitir falta de confianza hacia el exterior, impidieron al partido centrarse adecuadamente en su trabajo en las instituciones y en la sociedad, lo cual disminuyó considerablemente su eficacia y dificultó la ocupación de un espacio en el nuevo sistema precisamente cuando la progresiva moderación del PSOE abría un vacío a su izquierda. Además, las exigencias diarias hicieron perder de vista al PCE la necesidad de elaborar un proyecto de sociedad alternativo más completo y que llenase de contenido concreto la propuesta eurocomunista. Incluso los renovadores se centraron esencialmente en las cuestiones organizativas del partido y no en la

delineación efectiva de un nuevo modelo social por el que luchar. De esa forma, faltó un elemento fundamental para forjar una nueva identidad y el eurocomunismo acabó asumiendo rasgos tan indefinidos y contradictorios que cesó de ser el poderoso factor de legitimación que había sido antes, para aparecer cada día más como una fórmula propagandística vacía. En ese marco, las elecciones de 1982 fueron una derrota ampliamente anunciada para los comunistas. El PCE obtuvo sólo el 4,1% de los votos y cuatro escaños.⁷² El fracaso electoral llevó a la dimisión de Carrillo y puso fin a una época.

En junio de 1981, Ricardo Lovelace escribió: «La esperanza que a finales de los años sesenta parecía abrirse, en el sentido de que era posible desde las clásicas formaciones comunistas la configuración de partidos de nuevo tipo, capaces de romper con la aberración estalinista, está rotundamente en juego: la cancelación de esa esperanza plantearía la cuestión comunista definitivamente sobre nuevas bases». Poco antes el mismo autor había afirmado que si el PCE no hubiera logrado salir de la crisis, se habría evidenciado «que desde dentro de los viejos instrumentos conformados en la III Internacional no cabía una auténtica transformación».⁷³

Efectivamente, la trayectoria del eurocomunismo español puso de relieve la extrema resistencia al cambio intrínseca a los PPCC. En los cincuenta el PCE había puesto en marcha una «trampa de la democratización» que, llevada a sus consecuencias lógicas, requería la adopción integral de principios contrapuestos no sólo a sus pilares de identidad tradicionales y formales sino también, y aquí está quizás el elemento más importante, a los pilares factuales de su identidad, es decir, a los hábitos que habían caracterizado la cultura y la práctica política de los comunistas durante décadas. El eurocomunismo español logró derrumbar los primeros, relativos esencialmente a la dimensión externa, pero encalló cuando llegó el momento de hacer lo mismo con los segundos, que afectaban directamente las dinámicas internas del partido y su

estructura de poder. La dirección del PCE, con la vista puesta en su legitimación a los ojos de la opinión pública, quería que el eurocomunismo fuera una «democratización a medias». Sin embargo, la «trampa de la democratización» no podía pararse fácilmente y, con los renovadores como agentes, estalló provocando el colapso del partido. No fue posible forjar una identidad eurocomunista definida y compartida, y, por lo tanto, se perdieron los viejos apoyos sin lograr conquistar un público nuevo.

Esa obra de redefinición se vio dificultada, además, por la superposición de la transición del PCE con la transición del régimen político español, durante la cual el partido, por responsabilidad o por el intento de ampliar sus cuotas de poder, no sólo actuó de manera que contradecía sus proposiciones teóricas, sino que renunció también a algunas identidades contextuales como, por ejemplo, la de «partido del antifranquismo». De todas formas, hay que subrayar que, independientemente de la conducta del PCE, el éxito del proyecto eurocomunista requería un clima político propenso a la colaboración, que se echó en falta con el fin del *consenso* en España y de la distensión en ámbito internacional.

Después de unos años de reajuste, en 1986 el PCE fue la mayor organización fundadora de Izquierda Unida, con diferentes partidos y grupos progresistas en su interior y que puede considerarse en cierto sentido la concreción de aquella nueva formación política postulada por el eurocomunismo más de una década antes.

NOTAS

- * Agradezco a Blanca Villa Jiménez la revisión del español de este artículo
- ¹ PRESTON, Paul, «The PCE's long road to democracy», en KINDERSLEY, Richard (ed.), *In search of Eurocommunism*, Londres, MacMillan, 1981, pp. 36-65. Sobre la Política de Reconciliación Nacional: *Estrategias de alianzas y políticas unitarias en la historia del PCE*, monográfico de *Papeles de la FIM*, 24, 2006.
- ² Véase por ejemplo: CARRILLO, Santiago, *Después de Franco, ¿Qué?*, París, Editions Sociales, 1965; «Un pacto para la libertad que ponga en manos del pueblo el poder de decisión», *Mundo Obrero (MO)*, 2-IX-1969; *Resoluciones aprobadas en el VIII Congreso*, 1972, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Documentos (Doc.), Actas Congresos (AC).
- ³ PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso, «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la Primavera de Praga», en Id. (eds.), *El inicio del fin del mito soviético*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, pp. 139-201; TREGLIA, Emanuele, «La elección de la vía nacional. La Primavera de Praga y la evolución política del PCE», *Historia del Presente*, 16, 2010, pp. 84-96.
- ⁴ *Pleno del CC del PCE*, abril 1974, p. 34, AHPCE, Dirigentes (Dir.), caja (c.) 6.
- ⁵ *Overview of Spanish Political Forces*, 4-VI-1975, National Archives and Records Administration (NARA), Central Foreign Policy Files.
- ⁶ SARTORIUS, Nicolás y SABIO, Alberto, *El final de la dictadura*, Madrid, Temas de Hoy, 2007; GALLEGU, Ferrán, *El mito de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2008; TREGLIA, Emanuele, *Fuera de las catacumbas*, Madrid, Eneida, 2011 (en prensa).
- ⁷ *Informe presentado al pleno del CC del PCE*, julio 1976, p. 32, AHPCE, Dir., c. 6.
- ⁸ Los puntos principales de este tipo de crítica habían sido desarrollados por Azcárate unos años antes y provocado graves fricciones con el PCUS: *Dossier Azcárate-Partinaia Jisn*, 1973-1974, AHPCE, Dir., c. 1.
- ⁹ CARRILLO, Santiago, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 199, 207-208.
- ¹⁰ Para la interpretación del PCE a propósito de la distensión y sus implicaciones: *II Conferencia nacional del PCE. Informe de S. Carrillo*, septiembre 1975, pp. 14-16, AHPCE, Doc., carpeta (carp.) 56; AZCÁRATE, Manuel, «Los bloques y la distensión», *El País*, 16-XII-1978.
- ¹¹ Véanse las resoluciones sobre política internacional del VIII y IX Congreso del partido, en AHPCE, Doc., AC. Ver además: *Intervención de Santiago Carrillo en la Conferencia de los PP. CC. y OO. de Europa*, junio 1976, suplemento de *MO*; AZCÁRATE, Manuel, *Crisis del eurocomunismo*, Barcelona, Argos Vergara, 1982.
- ¹² CARRILLO, Santiago, *Hacia la libertad*, 1972, p. 82, AHPCE, Doc., AC.
- ¹³ *Id.*, *Eurocomunismo y Estado*, cit., p. 195.
- ¹⁴ LOVELACE, Ricardo, «La Revolución como problema», *Nuestra Bandera (NB)*, 92, 1978, pp. 67-71.
- ¹⁵ CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, París, Editions Sociales, 1967, pp. 168-179; *Id.*, *La lucha por el socialismo, hoy*, París, Editions Sociales, 1968; LÓPEZ SALINAS, Armando, *La Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura*, Madrid, Forma, 1977.
- ¹⁶ BRABO, Pilar, «Comunistas y socialistas ante la perspectiva del socialismo en Europa», *NB*, 91, 1978, p. 28; *Manifiesto Programa del PCE*, septiembre 1975, AHPCE, Doc., carp. 56; CARRILLO, Santiago, «La nueva formación política», *NB*, 111, 1982, pp. 6-9; SARTORIUS, Nicolás, «Los sujetos de la revolución y la política de alianzas», en VV.AA., *Vías democráticas al socialismo*, Madrid, Ayuso, 1981, pp. 195-210.
- ¹⁷ TRIANA, Eugenio, «La práctica del eurocomunismo», *El País*, 10-XI-1977.
- ¹⁸ VV.AA., *Un futuro para España*, París, Editions Sociales, 1967; CARRILLO, Santiago, *Eurocomunismo y Estado*, cit.; INFANTE, Alberto, «Sobre la teoría política del eurocomunismo», *NB*, 97, 1979; PLÁ, Rafael, «Comunismo y libertad», *Argumentos*, 16, 1978.
- ¹⁹ Los artículos de *Novoie Vremia* y la declaración del CC del PCE se encuentran en *Dossier. Sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética Tiempos Nuevos*, Barcelona, Crítica, 1977.
- ²⁰ SEMPRÚN, Jorge, «Moscú y el PCE», *Triunfo*, 2-VII-1977.
- ²¹ Ver los artículos de *L'Unità* y *L'Humanité* en *Dossier. Sobre la polémica...*, cit.
- ²² MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 472 y ss. Ya, 19-III-1977.
- ²³ ANDREW, Christopher y MITROKHIN, Vasili, *The Sword and the Shield*, Nueva York, Basic Books, 2001, pp. 301-302; *Arriba*, 24-V-1977.
- ²⁴ BOSCO, Anna, *Comunisti*, Bolonia, Il Mulino, 2000, pp. 49 y ss.
- ²⁵ Ver los recortes de prensa nacional e internacional sobre la cumbre eurocomunista en AHPCE, Doc., carp. 58. La evolución de la opinión pública hacia el PCE en VARELAGUINOT, Helena, *La legalización del Partido Comunista de España*, Madrid, Juan March, 1990.
- ²⁶ *The Spanish Communist Party Then and Now*, 14-IV-1976, National Archives and Records Administration (NARA), Central Foreign Policy Files.
- ²⁷ GUNTHER, Richard, SANI, Giacomo y SHABAD, Goldie, *El sistema de partidos políticos en España*, Madrid, CIS, 1986, pp. 130 y ss.
- ²⁸ *Informe de Carrillo al CC*, abril 1977, AHPCE, Dir., c. 6; «Intervención de Santiago Carrillo en el Congreso el 27 de julio de 1977», *MO*, 3-VIII-1977; LOVELACE, Ricardo, «La Revolución como problema», cit.; «Propuesta de un programa de mayoría», *MO*, 31-V-1978.
- ²⁹ TAMAMES, Ramón, *Una explicación de los acuerdos de la Moncloa*, octubre 1977, AHPCE, Doc., carp. 58; CARRILLO, Santiago, «La Moncloa, el Eurocomunismo, el Partido», *NB*, 90, 1977, pp. 29-42.
- ³⁰ ALONSO-CASTRILLO, Silvia, *La apuesta del centro*, Madrid, Alianza, 1996; JULIÁ, Santos, *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 469 y ss.
- ³¹ Sobre pactos de la Moncloa y desmovilización en general: *Pleno del CC. Informe sobre política organizativa*, junio 1977, AHPCE, Doc., carp. 58; ARAYA, Rodrigo, «Asegurar el pan

- y la libertad. La postura de Comisiones Obreras ante el Pacto de la Moncloa», *Historia del Presente*, 14, 2009, pp. 151-164. Para la influencia del golpe chileno: SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE*, Madrid, FIM, 2004, pp. 173 y ss. Sobre moderación y apoyo a Suárez: *Diario de sesiones del Congreso de los Diputados*, 6-IV-1978, pp. 1329-1334; BOTELLA, Joan, «Spanish communism in crisis», en WALLER, Michael y FENNEMA, Meindert (eds.), *Communist Parties in Western Europe*, Londres, Blackwell, 1988, pp. 69-85.
- ³³ De todas formas, hay que señalar que según Carrillo en el otoño de 1978 Suárez solicitó al PCE para hacer un acuerdo de mayoría que luego no fue viable: *Diario de sesiones del Congreso de los Diputados*, 28-V-1980, p. 6107.
- ³⁴ «Las agrupaciones comunistas», *MO*, 8-XI-1976; DÍAZ CARDIEL, Víctor, «Adaptar el partido al territorio», *MO*, 27-VII-1977.
- ³⁵ «Aspectos críticos de funcionamiento interno», en *Tribuna del III Congreso del PC de Euskadi*, agosto 1977, AHPCE, Doc., carp. 58; RODRÍGUEZ, Marta y SEGURA, Julio, «Los problemas de las agrupaciones de base», *NB*, 96, 1978, pp. 30-31.
- ³⁶ VEGA, Pedro y ERROTETA, Peru, *Los herejes del PCE*, Barcelona, Planeta, 1982, pp. 15 y ss.
- ³⁷ Testimonio de Miguel Naveros, del Comité Universitario del PCE de Madrid, recogido en ELORDI, Carlos, «El PCE por dentro», *La Calle*, 21-I-1980, p. 26.
- ³⁸ VILAR, Sergio, «La explotación del militante por el dirigente», *El Viejo Topo*, extra/4, 1979, pp. 40-43.
- ³⁹ SÁNCHEZ MONTERO, Simón, «Ante un congreso histórico», *MO*, 1-II-1978.
- ⁴⁰ GARCÍA, Ernesto, «Las revisiones de Lenin», *NB*, 92, 1978, p. 14. A este propósito ver también los otros artículos del mismo número.
- ⁴¹ HARNECKER, Marta, *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2007.
- ⁴² *Carta de Jesús López Varela*, 25-III-1978, y *Carta de Pedro Robles*, 22-III-1978, ambas en la Tribuna del IX Congreso, AHPCE, Doc., AC. Ver también las otras cartas contenidas en esta carpeta y en la Tribuna Congresual de *MO*.
- ⁴³ *V Conferencia de Madrid. Debates sobre las propuestas de tesis para el IX Congreso*, 17-19 marzo 1978, AHPCE, Nacionalidades y Regiones (NyR), Madrid, c. 65; *Debates pre-congresuales*, abril 1978, AHPCE, Doc., AC; CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 293-294.
- ⁴⁴ *Informe de S. Carrillo*, abril 1978, p. 45, AHPCE, Doc., AC.
- ⁴⁵ JULIÁ, Santos, «Sociedad y política», en TUÑÓN DE LARA, Manuel, *Transición y democracia*, Barcelona, Labor, 1992, pp. 109 y ss.
- ⁴⁶ *Pleno del CC del PCE*, 11-XI-1979, y *VI Conferencia Provincial de Madrid*, diciembre 1979, pp. 9-10, ambos en AHPCE, Doc., carp. 60; «La izquierda, unida, debe hacer sentir su peso», *MO*, 26-IV-1979. La propuesta de un gobierno de concentración encontró renovado vigor después de las dimisiones de Suárez y del 23-F: *Comunicado del CE del PCE*, enero 1981, y *Declaración del CE del PCE*, 25-II-1981, ambos en AHPCE, Doc., carp. 62.
- ⁴⁷ ZALDÍVAR, Carlos, «La actividad de los comunistas en los municipios», mayo 1978, AHPCE, Doc., carp. 60; ZALDÍVAR, Carlos, BORJA, Jordi y CASTELLS, Manuel, «La política municipal hoy en la estrategia eurocomunista española», *NB*, 101, 1979, pp. 9-16; *MO*, 11-IV-1979.
- ⁴⁸ *Conferencia de organización*, mayo 1982, AHPCE, NyR, Madrid, c. 65.
- ⁴⁹ SEMPERE, Joaquín, «Un malestar en busca de coordenadas», *NB*, 106, 1981, p. 31; GARCÍA SALVE, Francisco, *Por qué somos comunistas*, Madrid, Penthalon, 1981.
- ⁵⁰ VILAR, Sergio, *Por qué se ha destruido el PCE*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986, p. 23. Véase la intervención de Alfredo Clemente en *Reunión de militantes obreros comunistas*, 17-18 mayo 1980, pp. 30-32.
- ⁵¹ Para las diferencias generacionales del PCE en esta fase: LINZ, Juan, «A sociological look at spanish communism», en SCHWAB, George, *Eurocommunism*, Londres, Greenwood, 1981, pp. 217-268.
- ⁵² *Ante la crisis de nuestro Partido, a todos los comunistas*, 25-I-1982, cit. en VEGA, Pedro y ERROTETA, Peru, cit., pp. 317-328; «La crisis del PCE (IV)»; *Diario I 6*, 25-IX-1980.
- ⁵³ «Un aborto de la historia», *MO*, 7-I-1982; *Resolución del CC del PCE sobre la situación en Polonia*, 9-10 enero 1982, AHPCE, Doc., carp. 63; «Resolución del CE del PCE, 10-IX-1980», *MO*, 18-IX-1980. Sobre Afganistán: *Informe de S. Carrillo al CC*, febrero 1980, AHPCE, Doc., carp. 61; «Ante la intervención en Afganistán», *MO*, 18-I-1980.
- ⁵⁴ Se expresaban en este sentido también muchas cartas de militantes sobre el caso polaco publicadas en *MO* entre el 4-II-1982 y el 11-III-1982.
- ⁵⁵ Declaración citada en ANDREW, Christopher y MITROKHIN, Vasili, cit., p. 302.
- ⁵⁶ Recientemente estos acontecimientos han sido analizados detalladamente en MOLINERO, Carmen e YSÁS, Pere, *Els anys del PSUC*, Barcelona, L'Avenc, 2010, pp. 305 y ss. Véase por ejemplo: *Pleno del CC del PCE*, 7-V-1981, AHPCE, Dir., c. 1.3.
- ⁵⁸ Cabe subrayar que la crisis abierta en el P. C. de Asturias en 1978 anticipó muchos de los rasgos del enfrentamiento entre renovadores y oficialistas: VEGA, Rubén, «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la Transición», en ERICE, Francisco (ed.), *Los comunistas en Asturias*, Gijón, Trea, 1996, pp. 169-213.
- ⁵⁹ BRABO, Pilar, «Eurocomunismo y partido», *NB*, 106, 1981, pp. 21-23.
- ⁶⁰ WALLER, Michael, *Democratic centralism. An historical Commentary*, Manchester, MUP, 1981.
- ⁶¹ TAMAMES, Ramón, *Memorias*, inédito (se agradece al autor).
- ⁶² Sobre el concepto de «círculo interior»: DUVERGER, Maurice, *Los partidos políticos*, Madrid, FCE, 1981, pp. 181 y ss.
- ⁶³ MORÁN, Gregorio, cit., pp. 576-577.
- ⁶⁴ MUJAL-LEÓN, Eusebio, *Communism and political change in Spain*, Bloomington, IUP, 1983, pp. 196-200; «Eugenio Triana abandona el PCE», *MO*, 9-IV-1981; *Diario I 6*, 26-III-1980.
- ⁶⁵ «Mesa redonda sobre problemas organizativos en el PCE», *NB*, 96, 1978, pp. 10-20; «El debate en el CC (II)», *MO*, 27-XI-1980.

- ⁶⁶ «El debate en el CC», *MO*, 20-XI-1980; AZCÁRATE, Manuel, «¿Qué tipo de partido?», *La Calle*, 22-VI-1981; TAMAMES, Ramón, *Memorias*, cit.; GARCÍA, Ernesto, «Sobre el partido», *MO*, 18-VI-1981.
- ⁶⁷ CARRILLO, Santiago, «Un partido eurocomunista con disciplina común», *MO*, 14-VIII-1980.
- ⁶⁸ *Intervención de Carrillo en el CC del PCE*, 2-VII-1982, AHPCE, Dir., c. 28.
- ⁶⁹ *Actas del X Congreso del PCE*, julio 1981, AHPCE, Doc., AC; AZCÁRATE, Manuel, *Crisis...*, cit., pp. 329-343.
- ⁷⁰ «Dossier sobre el proceso de convergencia en Euskadi», *MO*, 12-XI-1981; «¿Qué pasa en el PCE?», diciembre 1981, AHPCE, Doc., carp. 62; *Reunión del CP de Madrid*, noviembre 1981, AHPCE, NyR, Madrid, c. 65; «Reunión del CC, 10-11 noviembre», *MO*, 26-XI-1981; «El calvario de Ca-

- rrillo y las purgas comunistas», *Diario 16*, 2-I-1982; VEGA, Pedro y ERROTETA, Peru, cit., pp. 256 y ss.
- ⁷¹ VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, «Entre la purga y la disciplina», *La Calle*, 23-XI-1981.
- ⁷² Las variaciones de los resultados electorales del PCE entre 1979 y 1982, provincia por provincia, en GUNTHER, Richard, «Los Partidos Comunistas de España», en LINZ, Juan y MONTERO, José (eds.), *Crisis y cambio*, Madrid, CEC, 1986, p. 504.
- ⁷³ LOVELACE, Ricardo, «La cuestión comunista en España», *La Calle*, 1-VI-1981, y «Contradicciones comunistas», *Diario 16*, 12-I-1981.





LA VÍA ITALIANA AL EUROCOMUNISMO. UNA REFLEXIÓN SOBRE PCI Y CULTURA DE GOBIERNO

Andrea Guiso
Università La Sapienza

Historia y antropología del PCI berlingueriano: consideraciones sobre una década de estudios

El discurso historiográfico sobre el Partido Comunista Italiano (PCI) durante la fase del liderazgo de Berlinguer ha avanzado recientemente de manera decisiva en Italia. En los últimos años, nuevas evidencias documentales han permitido verificar hipótesis interpretativas que, hasta ese momento, habían sido fruto, sobre todo, de las polémicas políticas acerca de la relación entre PCI y modernización, o de un debate cultural dominado ampliamente por los problemas ligados a la construcción de una izquierda de gobierno. Sin embargo, para el historiador, aquella experiencia política sigue siendo una cuestión abierta.

De hecho, en sustancia, las nuevas aportaciones proponen, aunque de manera más articulada y problemática, las dos clásicas y antitéticas lecturas de la controvertida etapa berlingueriana: la que se puede definir como una «historia de los profetas», y la que podría denominarse como una «historiografía de los límites». La primera ha buscado en la «cuestión moral» y en la obstinada reafirmación de una «diversidad ontológica» del PCI respecto a los otros partidos la única salida a la crisis italiana de los años setenta.¹ El PCI, según esta corriente interpretativa, ha formado parte integrante de una historia italiana leída en términos «excepcionalis-

tas», como «anomalía virtuosa» o, si se prefiere, como «tercera vía» capaz de señalar un modelo de desarrollo democrático diferente respecto al capitalismo occidental o al comunismo soviético. La «historiografía de los límites», en cambio, ha sido muy crítica respecto a la capacidad de aquel partido de adquirir un perfil plenamente reformista, y ha subrayado la importancia de los factores culturales para explicar la crisis del comunismo italiano y las dificultades del PCI a la hora de hacer frente a los desafíos impuestos por los radicales cambios políticos, estructurales y sociales surgidos a lo largo de los años setenta y los primeros ochenta.²

Estas dos lecturas todavía siguen alimentando dos interpretaciones antitéticas de la reciente historia republicana y dos visiones opuestas de la izquierda italiana. Sin embargo, ambas muestran cómo la experiencia berlingueriana ha representado un intento ecléctico y extremo de regenerar la idea comunista y el comunismo como «cultura de la revolución». De esto se deriva una consideración de carácter más general relativa a la importancia que el tema de la identidad adquiere en la política comunista, tanto en Italia como en los restantes países. Esta consideración puede ser reformulada en los siguientes términos: no se puede hacer una historia política del comunismo sin hacer al mismo tiempo una historia antropológica.

Para comprender plenamente la fuerza de los vínculos de identidad que han impregnado la política del PCI puede ser útil hacer referencia a la noción de «memoria cultural», introducida por la sociología cultural y aplicada al estudio de las civilizaciones antiguas. Memoria cultural entendida como una estructura conectiva que actúa, según Jan Assman, instituyendo enlaces y vínculos en el interior de dos dimensiones diferentes, la social y la temporal, conectando a las personas y creando, en cuanto universo simbólico, un espacio común de experiencias, acciones y expectativas. Un espacio que produce confianza y orientación y enlaza el pasado con el presente, modelando y manteniendo actuales todos los recuerdos y las experiencias fundacionales e incluyendo las imágenes y las historias de otros tiempos en «el horizonte progresivo del presente». La memoria cultural desempeña así dos funciones esenciales, la normativa y la narrativa, y establece los fundamentos de la pertenencia y de la identidad, permitiendo al individuo decir «nosotros».³

La reelaboración por el PCI berlingueriano de estos fundamentos, a partir de la puesta en discusión de la centralidad de la política del estado soviético, ha cargado aún más de importancia el estudio y análisis de la clásica relación entre la dimensión nacional y la internacional del comunismo.⁴ Sin embargo, los estudios recientes más importantes y documentados han escindido la dimensión de la estrategia política nacional de la reformulación contextual del «vínculo externo», considerando los dos ámbitos como distintos y casi no comunicantes.⁵

La clave de lectura que aquí intentaremos proponer, sin pretensiones de exhaustividad, se deriva de la siguiente consideración de carácter más general: el «desafío de gobierno» y la sedimentación cultural que lo sostiene adquieren especial relevancia durante las fases de gran transformación de los equilibrios estructurales de la sociedad y de las relaciones de interdependencia supranacional. En este sentido, los años setenta representaron un reto que las culturas políticas, las instituciones y las fuerzas organiza-

das tuvieron necesariamente que afrontar. El enfoque del análisis, por lo tanto, debe centrarse en el problema de qué ha representado para la historia de la República italiana y de sus instituciones políticas *la relación entre el PCI y la función de gobierno*, en un contexto dominado por la transición hacia nuevos equilibrios y reglas del orden político y económico internacional.

El cierre del ciclo reformista del centro-izquierda y la apertura de una nueva etapa marcada finalmente no por la *conventio ad excludendum*, sino por la *conventio ad includendum* del PCI en el proceso de formación de las líneas políticas nacionales representaron, bajo este punto de vista, un experimento decisivo para una partida mucho más amplia que se estaba jugando a nivel planetario en las relaciones entre economías nacionales, mercados internacionales y políticas de potencias tradicionales. Berlinguer tuvo el mérito de conducir el PCI a la cita con la historia, gracias a una profunda y ambiciosa revisión de la doctrina comunista y de sus consignas. Fue una revisión tan profunda y ambiciosa que puso en discusión la propia naturaleza del nexo «nacional-internacional» plasmado en el contexto del internacionalismo bolchevique y de la Guerra Fría.

Eurocomunismo y compromiso histórico marcaron efectivamente una profunda ruptura con el planteamiento tradicional del «vínculo externo» y de la relación «centro-periferia» que había determinado toda la estrategia política del comunismo italiano hasta el liderazgo de Longo.⁶ Fue Berlinguer quien puso en juego estos valores, considerando Europa como un terreno fundamental que podía permitir la convergencia de la iniciativa de los partidos comunistas en una «posición distinta, pero no antagónica, respecto a la socialdemócrata».⁷ Se puso así de relieve la cuestión del «comunismo de gobierno», aunque en términos menos lineales y seguros respecto al planteamiento dado al problema por Giorgio Amendola a mitad de los años sesenta.

El enfoque de Amendola prefiguraba una variante en el interior del paradigma togliatiano de la «renovación en la continuidad». Según

Amendola, la elaboración de una vocación de gobierno por el PCI no implicaba abandonos traumáticos de irrevocables principios organizativos y de identidad: asumía de hecho formas estalinistas, sobre todo a través de la defensa intransigente del vínculo con la Unión Soviética, considerado como el principio de orden de la política de los comunistas.⁸

Con Berlinguer, en cambio, el vínculo externo empezó a difuminarse en el marco de una visión del escenario internacional más fragmentada, que ya no se centraba en la noción rígida de bloque y en una dicotomía de tipo clasista. Europa adquiriría para Berlinguer una importancia central, como catalizador de procesos orientados a una transformación profunda del sistema existente y de la estructura capitalista de la sociedad occidental. Pero la reconceptualización positiva de Europa, antes condenada como producto del capitalismo monopolista y ahora magnificada como cuna de una revolución pacífica hacia el socialismo —un socialismo «diferente», ni de tipo soviético ni paleo-reformista— evidenciaba la persistencia de una concepción profunda de la identidad del comunismo como cultura de la regeneración, que transfiguraba totalmente la propia idea de Europa en sentido antiamericano y anticapitalista.

La lectura de las profundas mutaciones debidas a la disgregación del sistema de Bretton Woods, que había regulado el crecimiento occidental en la «larga posguerra» en un marco de interdependencia y estabilidad política,⁹ revelaban además la persistencia en el ADN ideológico del PCI de una visión catastrófica del capitalismo. Este factor hizo que durante mucho tiempo el PCI se mantuviera culturalmente impermeable a los problemas ligados a la reestructuración de las economías de mercado y a la reconfiguración del papel de Europa en los escenarios abiertos por la internacionalización de los mercados financieros, la crisis petrolera y la creciente interdependencia macroeconómica entre las políticas estatales.¹⁰ Problemas que estaban cada día más en el centro de los

esfuerzos conjuntos de los gobiernos europeos, dirigidos a establecer formas de integración de las políticas públicas y macroeconómicas de la Comunidad.¹¹

Para comprender plenamente el contexto en que se desarrolló el eurocomunismo del PCI, hay que considerar también la «cultura de gobierno» que había madurado en la clase política y dirigente italiana y sus repercusiones a nivel económico-financiero. Estamos hablando de aquella cultura política «asociativa» ampliamente institucionalizada ya a comienzos de los setenta, que habría permitido al PCI replantear de manera original el problema del «vínculo externo» influyendo en el gasto público, la redistribución fiscal de los recursos y la aplicación de un modelo integral de democracia redistributiva con base asamblearia, descentralizada y corporativa.¹²

En este sentido se puede avanzar la hipótesis de que la ruptura del «vínculo externo», que había determinado la *conventio ad excludendum* en los enfrentamientos de los comunistas, fue concebida coherentemente por el PCI no como una improbable subversión de las alianzas internacionales, sino a través de una práctica «autárquica» de redistribución de los recursos estatales y de la deuda estructural, ya entonces en claro contraste con los esfuerzos de saneamiento de los presupuestos estatales, necesarios para relanzar la competitividad europea en los nuevos escenarios abiertos por la globalización; y la de que, a medio o largo plazo, condujo a un empeoramiento de la situación del déficit y de la deuda pública del país. Las dos partes siguientes analizarán estas cuestiones centrándose, la primera, en la génesis y evolución de la idea de Europa en el PCI en el contexto de las mutaciones culturales y estructurales del poder mundial, intentando evidenciar cómo esa idea se convirtió en una «ideología de reemplazo», para sustituir la decreciente ligazón con la URSS; la segunda se centrará en la reelaboración del «vínculo externo» mediante la palanca del gasto público y de la cultura «asociativa» de gobierno, intentando

aclarar cómo la cultura de gobierno comunista fue ajena a los fundamentos ideales y estructurales del proceso de integración comunitaria.

La Europa del PCI: semántica histórica de una nueva religión política

La atención del Partido Comunista Italiano hacia Europa constituía, al menos en parte, el reflejo de una evolución interna del partido.¹⁴ Ya desde el final de los cincuenta había empezado a manifestarse en los sectores más «modernizadores» del partido una creciente propensión a encarar la realidad objetiva del proceso de integración europea. Alrededor de las posiciones más innovadoras del sindicato, sostenidas sobre todo por Silvio Trentin y Vittorio Foa,¹⁵ se habían desarrollado en aquellos años los análisis de las Camere del Lavoro y de los intelectuales-técnicos como Silvio Leonardi, Luciano Barca, Peggio, Manzocchi, Spesso, Romagnoli, Grano.¹⁶

Con estas premisas se puso en marcha un debate cuyos primeros frutos significativos fueron dos congresos organizados por el Istituto Gramsci en 1962 y en 1965, dedicados respectivamente a las *Tendencias fundamentales del capitalismo italiano* y a las *Tendencias fundamentales del capitalismo europeo*, y entrelazados con las posturas que había ido asumiendo Giorgio Amendola acerca del tema de una izquierda europea de gobierno ampliada a los PPCC.¹⁷ A pesar del carácter novedoso representado por la entrada del tema del europeísmo en el seno del PCI, las posturas comunistas no iban todavía más allá de los tradicionales axiomas anticapitalistas de la polémica contra la «Europa de los monopolios».

Efectivamente, en su elaboración estratégica, el PCI siguió privilegiando un enfoque de la integración europea de tipo esencialmente ideológico: la intención de contribuir a la gestación de una Europa que fuera una «tercera fuerza», en realidad no implicaba el abandono del anti-imperialismo/antiamericanismo como elemento

preponderante y estructural de la cultura de la política internacional del partido.¹⁸ Estas viejas actitudes iban a insertarse en el núcleo de una estrategia que los comunistas italianos querían hacer más permeable a la complejidad asumida por el sistema político de la Guerra Fría en la primera mitad de los sesenta. Un sistema que la dirección del PCI consideraba cada día menos aprehensible en una rígida lectura dicotómica:

La coexistencia —había declarado Luigi Longo a la dirección el 30 de marzo de 1965— ha nacido de un estado de necesidad creado por el poder destructivo atómico. Esta condición no ha cambiado. Pero se ha ido debilitando la condición estratégica que delegaba la coexistencia sobre todo al encuentro entre URSS y EE UU en calidad de representantes de los dos campos. Hoy en día, ni la política de EE UU ni la de la URSS representa plenamente la política de cada campo.¹⁹

Fue durante el liderazgo de Longo cuando el secretario general, con la aportación decisiva de Berlinguer, reformuló el compromiso, cada día más frágil, entre la tradición unitaria del bolchevismo internacional, que aparecía ya en crisis, y la elaboración de una perspectiva que justo entonces estaba tomando cuerpo, es decir, «la superación de la lógica de los bloques». Las raíces del europeísmo del PCI, por lo tanto, se fundaban en la percepción de una dinámica multipolar del poder que, pese a todo, la dirección del partido no dudó en interpretar mediante la utilización del imperialismo como categoría fundamental para explicar las relaciones y tensiones entre los Estados del Occidente capitalista.²⁰

A contener el análisis de los comunistas en este dispositivo teórico contribuyó de manera decisiva el contexto histórico caracterizado por la primera crisis seria de las relaciones entre Estados Unidos y Europa, madurada entre la segunda mitad de los sesenta, en el marco de las repercusiones políticas e ideológico-culturales de la descolonización y de la crisis del Vietnam, y la primera mitad de la década siguiente, en un escenario caracterizado por la decisión estadounidense de suspender la convertibilidad

del dólar y poner fin al sistema de cambios fijos nacido en Bretton Woods.²¹

La crisis del sureste asiático dejó vislumbrar al PCI la posibilidad de desempeñar un papel internacional inédito, como interlocutor privilegiado de un posible «gobierno en la sombra» de la política exterior italiana, especialmente de aquellos sectores laicos y católicos que preferían superar el esquema bipolar y los rígidos vínculos que éste imponía también a la política nacional.²² La escalada de la guerra de Vietnam en el contexto más general de la descolonización y la posibilidad, real o sobrevalorada, de que el PCI ejerciera una función de mediación entre las intrincadas diplomacias paralelas de los dos bloques (véase por ejemplo la visita de Berlinguer a Hanoi),²³ animó la búsqueda de una política antiimperialista y antiamericana más articulada y policéntrica.²⁴

Cabe observar que ya entonces se echaban en falta muchas de las bases de la vieja «lucha por la paz» de impronta estalinista. Este concepto, claro producto de la cultura clausewitziana presente en la tradición bolchevique internacional, se podía considerar al final de los sesenta como un residuo del pasado. La descomposición del viejo marco ideológico marxista-leninista, cuyos síntomas habían aparecido a mediados de la década, había contribuido a modificar la propia naturaleza del antiimperialismo como doctrina política de las relaciones entre estados. Este principio ideológico fue perdiendo su estatus tradicional, basado en la naturaleza esencialmente «política» de la guerra, para transformarse en una prerrogativa moral acerca de la naturaleza del poder, que no habría permitido más distinciones entre las dos superpotencias.²⁵ Estaba llegando el momento de «romper las cadenas de Yalta».²⁶

La crisis checoslovaca aceleró esta dinámica, empujando a Berlinguer y su equipo dirigente hacia una reflexión estratégica que anticipaba el tema de la crisis del modelo soviético como un problema de naturaleza política,²⁷ inscribiendo-

lo, sin embargo, en el horizonte de su necesaria «reforma» y, por lo tanto, de un diseño global de regeneración del comunismo como alternativa radical a la sociedad capitalista. Empezaba así un proceso de atenuación del tradicional vínculo internacional del PCI que, de todas formas, la dirección del partido evitó que llegara hasta las últimas consecuencias, es decir, a la ruptura.²⁸

Dentro de este marco conceptual y operativo, la idea de una Europa como sujeto autónomo y dinámico en el sistema político internacional resultaba un cuerpo ajeno. De hecho, la dirección brezhneviana excluía la idea de la distensión como dinámica de co-participación de actores regionales. La fricción del PCI con los soviéticos, por lo tanto, dependía de las diferentes visiones del significado que se debía atribuir al proceso de distensión y al papel que dentro de dicho proceso podía desempeñar un tercer polo europeo, en el que podía desarrollarse un poder autónomo de iniciativa de los partidos comunistas occidentales. La expansión tentacular e irrefrenable del PCI en la sociedad y en el tejido institucional de Italia, un país fundamental de la Alianza Atlántica y de la Comunidad Europea,²⁹ hacía apremiante el problema de la definición de un nuevo paradigma de política exterior congruente con la reivindicación de participación gubernamental que se derivaba inevitablemente de estos hechos y reflexiones.

Ante estos escenarios hipotéticos, la política del PCI manifestó una tensión irresuelta, debida a la simultánea presencia en su estrategia internacional de dos visiones opuestas de naturaleza intelectual. La primera, sostenida con diferentes matices por destacados dirigentes e intelectuales como Bufalini, Segre, Napolitano y Somaini, se inscribía en la corriente de la tradición togliatiana y, evocando un paradigma de realismo político, se demostraba propensa a asumir el bipolarismo como dato constitutivo y elemento duradero del escenario internacional. En cambio la segunda, sostenida fuertemente por los exponentes más influyentes del área católico-comunista como Franco Rodano y Antonio Tatò, se

inspiraba en una visión «idealista» de la historia y atribuía al PCI la enorme tarea de regenerar el comunismo moralmente, ideológicamente y en su propuesta política.³⁰ Esta visión, como había intuido el filósofo Augusto Del Noce, retomaba elementos propios de la tradición cultural que remontaba al mito giobertiano de la «primacía» italiana, y los amalgamaba en una nueva mezcla teórica que llegará a tomar el nombre de euro-comunismo.³¹

Berlinguer no expresó una clara preferencia hacia ninguna de las dos opciones. Llevó adelante su diseño combinando un sentido realista, que se tradujo en la fórmula de una Europa «ni antisoviética, ni antiamericana» —es decir, en la aceptación de la OTAN y en la voluntad de contener el disenso con los soviéticos—, con reflexiones de alcance más amplio inspiradas por los vientos de la distensión y por la crisis orgánica de la República italiana. El rechazo berlingueriano a fundar el análisis de la realidad internacional en los tradicionales esquemas dicotómicos y clasistas, se conjugaba con el intento de salvaguardar la esencia palingénica del comunismo y de reproponer sus razones ideales y políticas en un contexto histórico en plena transformación. El diálogo entre el PCI y las socialdemocracias fue marcado así por un vicio de fondo que evidenciaba hasta qué punto estaba enraizada en Berlinguer la idea de una «diversidad ontológica» del comunismo.³² Una postura, como han revelado los apuntes de Tatò,³³ el más cercano colaborador de Berlinguer, que se basaba en una lectura del Occidente capitalista todavía impregnada de catastrofismo, y en un juicio indulgente hacia el socialismo real, considerado como una barrera frente a las degeneraciones del capitalismo y del consumismo.

Estas sugerencias, cabe repetirlo, reelaboraban de manera unilateral elementos conflictivos de la dialéctica entre Europa y Estados Unidos surgidos en el marco de las profundas transformaciones experimentadas, al final de los sesenta, por la estructura del comercio internacional, por la percepción de los problemas ligados a

la seguridad y por el tipo de consideración de la naturaleza del poder y de las guerras. El desequilibrio de la balanza comercial y de la de pago estadounidense era leído por Washington como un elemento crítico para la relación estratégica entre Europa y EE UU y sus perspectivas a medio y largo plazo.³⁴ el crecimiento económico y comercial del viejo continente y del Japón representaban ahora un factor competitivo para la economía americana. Entre las dos orillas del Atlántico las relaciones se hacían más tensas, también porque el proceso de integración europea no se estaba configurando como un simple elemento orgánico de la Alianza Atlántica, sino como un verdadero modelo alternativo a la coalición entre Europa y EE UU, surgida en clave antisoviética.

De estas premisas nacía el mito, pronto asumido como una verdadera religión política, de una Europa «potencia civil» frente a unos Estados Unidos considerados como una «potencia indispensable» en el contexto del bipolarismo militarizado. La misión de esta Europa en el ámbito de las relaciones internacionales tenía que consistir en el desarrollo de una nueva cultura de la cooperación, de la interdependencia y de la multilateralidad, como alternativa radical a la lógica de la Guerra Fría y de la contención.³⁵

Estas sugerencias fueron alimentadas por las profundas transformaciones que se produjeron, casi a nivel de inconsciente colectivo, acerca del problema de la seguridad en la época de las armas nucleares. Fue a través de la amenaza de una destrucción total de la humanidad como, y así lo había intuido Hannah Arendt en un profético ensayo de 1950, el «prejuicio contra la política» pudo radicalizarse y difundirse al nivel de la sensibilidad común,³⁶ entrelazándose con un tipo de pacifismo que aspiraba a una verdadera refundación ética de la política internacional.³⁷

Las matrices «europeístas» se juntaron así con un antiamericanismo de ascendencias culturales remotas y ya desprovisto de aquella connotación instrumental ligada a la «lucha por la paz» de inspiración soviética.³⁸ Un antiameri-

canismo casi ontológico, distante del anti-mito difundido por la propaganda soviética durante los primeros años de la Guerra Fría. En aquel contexto, EE UU había sido un enemigo, pero al mismo tiempo también un modelo que se tenía que llegar a imitar en cuanto a niveles de crecimiento, abundancia y productividad.³⁹ Al final de los sesenta esta actitud ambigua de los comunistas italianos hacia la modernidad capitalista se había disuelto en una mezcla ideológica donde prevalecían los tonos antioccidentales y la crítica radical de los modelos consumistas, en una relación de fuerte ósmosis con las tesis del radicalismo evangélico y de la teología católica posconciliar. En el plano político las implicaciones de este nuevo «clima ético» eran notables, dado que contribuía a persuadir al PCI de que era efectivamente posible reelaborar el vínculo externo de la política interna italiana y modificar en profundidad su naturaleza y valor estratégico.

De estas premisas nació finalmente la conciliación de una necesaria soldadura entre el proyecto del «compromiso histórico» y el eurocomunismo como nueva forma de la política comunista en los países capitalistas de Occidente.⁴⁰ Este planteamiento suponía sin duda una ruptura con la tradicional noción comunista de «campo» y un contextual acercamiento a la perspectiva «europea» de la distensión trazada por la *Ostpolitik* de Willy Brandt,⁴¹ sin embargo, cabe subrayar nuevamente que se apoyaba sustancialmente sobre una reducción ideológica, en clave prevalentemente neutralista y anticapitalista, de los procesos reales a través de los cuales, a comienzos de los setenta, estaba tomando forma la dialéctica entre Europa y Estados Unidos. Era un planteamiento que se fundaba en una falta de comprensión de la realidad histórica representada por la ligazón entre Europa y Estados Unidos, que a lo largo de las décadas había generado una amplia comunidad de valores, instituciones, experiencias y objetivos estratégicos que difícilmente podía sufrir cambios radicales en el contexto de la Guerra Fría.⁴²

Los problemas del desarrollo y del creci-

miento en el ámbito de la economía globalizada, en efecto, no podían prescindir de la lógica de la seguridad y del equilibrio bipolar instaurada después de la II Guerra Mundial. Ésta era la conclusión sugerida por la cumbre de Puerto Rico de junio de 1976, que de hecho estableció una especie de tutoría internacional sobre las dinámicas internas de la política italiana y sobre la probable incipiente inserción del PCI en el área gubernamental.⁴³

Además, como han observado varios autores, el análisis comunista de las profundas transformaciones que se estaban produciendo en la organización posfordista de las empresas y en el sistema monetario internacional era totalmente insuficiente.⁴⁴ ¿Tiene sentido hablar de «límites» desde el punto de vista historiográfico? La respuesta tiene que ser cauta. En efecto, aquel análisis proponía, con un discurso quizás menos explícito, una parafernalia ideológica anticapitalista madurada en el clima incandescente de los sesenta y en buena parte transversal a los partidos y a las diferentes áreas político-culturales.⁴⁵ La historia del reformismo italiano todavía tiene que ser escrita: sin embargo, las investigaciones más específicas realizadas hasta ahora no parecen desmentir la conclusión de un relevante desfase, en la larga posguerra, entre la experiencia italiana y la de las socialdemocracias contemporáneas europeas en cuanto a finalidades, contenidos e instrumentos de una política de concertación de apoyo al consenso, a la estabilidad política y al crecimiento económico.⁴⁶

¿Eurocomunismo o vía autárquica al socialismo? La estrategia de debilitamiento del «vínculo externo» italiano mediante el endeudamiento y el gasto público

De hecho, en lugar de entrar en el mérito de las reformas y de los grandes proyectos de política económica, durante los sesenta el PCI consideró oportuno ver el reformismo del centro-izquierda como una fase de ampliación ulte-

rior del sistema político, propedéutica para la inclusión de los comunistas en el área de gobierno, según una lógica que todavía seguía ligada a la estrategia de la democracia progresiva elaborada por Stalin y Togliatti en los años treinta y cuarenta: por lo tanto, el problema gubernamental se configuraba esencialmente como el problema de la «legitimación de gobierno» y de la sustitución de la hegemonía moderada por una hegemonía de signo «democrático» organizada estructuralmente alrededor del Partido Comunista.

La idea seguía siendo la de dar forma a un régimen transitorio liderado por los tres grandes partidos populares (comunista, socialista y demócrata-cristiano), que desembocase en una duradera dirección política del Estado de signo comunista. Sin embargo, la propuesta del compromiso histórico postulaba la conquista de este resultado a través de una relación privilegiada con la Democracia Cristiana (DC), en un marco institucional que ya entonces se había configurado plenamente según esquemas asociativos y prácticas gubernamentales neocorporativas (mediante la reforma de los reglamentos parlamentarios y la creación de las regiones con un estatuto ordinario).⁴⁷

La ausencia de una verdadera relación programática con los socialistas como alternativa de gobierno a la DC, que tenía que ser uno de los elementos determinantes de la estrategia eurocomunista, reflejaba un dato originario de la cultura de gobierno del PCI que ahora se esperaba concretar en un contexto más general de repliegue de la clase política, administrativa y productiva italiana hacia una línea autárquica de elaboración de las decisiones macroeconómicas, en función de la estabilidad social y política (punto único de contingencia y reforma de las pensiones).⁴⁸

Así, la vía autárquica al socialismo tomaba cuerpo a través de un complejo conjunto de reformas y micromedidas dirigidas, en sustancia, a ampliar las bases del consenso social mediante el gasto público y la descentralización, en la línea de una antigua vocación «panadministrativa» del

sistema político italiano (verdadero hilo conductor de la experiencia institucional de la Italia unida).

Con respecto a estas dinámicas concretas, el eurocomunismo estaba destinado a asumir un carácter preeminentemente retórico-enunciativo de escenarios y procesos históricos de largo alcance que, sin embargo, no encontraban correspondencia ni elaboración congruente en el plano político concreto. La creación en Europa de un terreno de convergencia para las fuerzas históricas de la izquierda, en el contexto del debilitamiento, aunque no la ruptura total, del vínculo con la URSS, acababa desempeñando sobre todo la función de una estrategia de legitimación del PCI, más que la de trazar una hipótesis de gobierno compatible con la necesidad de dar una respuesta urgente y concreta a una serie de cuestiones sumamente importantes concernientes al desarrollo, el crecimiento, la tutela de ciudadanos y trabajadores en el contexto de internacionalización de los mercados financieros y de la crisis fiscal del Estado.

La vía italiana al eurocomunismo se configuraba sustancialmente como una variante, ni oportuna ni premonitoria,⁴⁹ de las tradicionales estrategias keynesianas de carácter nacional, cada vez menos adecuadas para afrontar las consecuencias estructurales de la crisis del sistema económico internacional que había acompañado y dirigido el crecimiento y desarrollo de Occidente a través de la «larga posguerra». La compenetración entre eurocomunismo y compromiso histórico, por lo tanto, tenía atrás una cultura de gobierno en buena parte ajena a los problemas políticos y teóricos suscitados por la necesidad de redefinir el papel de Europa y de la izquierda reformista en el marco de la transformada relación entre las macroeconomías nacionales y las instituciones de la *governance* económica internacional.

Eso no es todo. En el Partido Comunista maduraba la convicción de que la especificidad de la vía italiana, y más en general europea, al socialismo consistía precisamente en la capa-

cidad del país y de las fuerzas de gobierno de *resistir y sustraerse* lo más posible a la creciente internacionalización de las decisiones económicas y al papel ya preponderante desempeñado por los bancos centrales en el proceso de *governance* de los mercados. En el momento en que el PCI aceptaba asumir la responsabilidad de dar su apoyo a medidas coyunturales audaces e impopulares, orientadas hacia el sacrificio y el imperativo de la lucha contra la inflación, el partido terminaba por practicar su ambición hegemónica en un nuevo terreno estratégico, de forma patente mediante un intento de *rescisión por vía financiera* del «vínculo externo» que para el país se derivaba de su inserción en las principales instituciones económicas supranacionales, en primer lugar el FMI y la CEE.⁵⁰ De hecho, por lo menos hasta que el marco de la distensión se mostró sólido, el «vínculo externo» que según el PCI se tenía que eliminar necesaria y prioritariamente para consolidar la penetración y el enraizamiento comunista en la sociedad italiana no era el vínculo del partido con el socialismo real, sino el vínculo económico-financiero de Italia con los organismos capitalistas occidentales.

Las complejas vicisitudes de las negociaciones entre el Gobierno italiano y estas instituciones en 1977, con objeto de obtener ingentes préstamos internacionales para hacer frente al déficit de la balanza de pagos del país, revelaban las características de la cultura de gobierno «asociativo» con tendencias «autárquicas» que había sido elaborada por influyentes sectores de la clase dirigente italiana y que ahora aparecía consolidada: el PCI ya se adhería sin reservas, ante la perspectiva de poner en marcha profundas transformaciones de las estructuras socioeconómicas del país o, como afirmaban los documentos programáticos del partido, con el fin de introducir en la sociedad italiana «elementos de socialismo».⁵¹ Así las cosas, la formalización de préstamos con el FMI y con socios de la CEE no podía carecer de un visible cariz político. De hecho, habría cundido el temor entre socios y aliados de Italia de que, sin esos préstamos, el

gobierno se habría encontrado en dificultades muy serias, superables sólo con una participación más directa de los comunistas en el poder.

Por un lado, los préstamos «estaban destinados a hacer más controlable [para los aliados] la evolución política italiana, consolidar las interdependencias entre Italia y los otros países occidentales, y promover una mayor conformidad de la política interior de Italia y la exterior con los fines comunes». Por otro lado, las condiciones que acompañaban esos préstamos, «mucho más rigurosas y detalladas que en pasado, parecían hacer finalmente ineludible la necesidad de adoptar medidas de saneamiento capaces de reducir a niveles razonables la inflación y la expansión del gasto público».⁵² Sin embargo, ya poco tiempo después de la concesión de los préstamos, era evidente la falta de empeño de las fuerzas políticas y sociales italianas en la observancia de conductas que testimoniasen la capacidad del país de reformar las tendencias malsanas presentes en la economía y en las políticas públicas del país.

Durante los años de la llamada «solidaridad nacional», a menudo sin una *ratio* predeterminada, en el gobierno de la economía y en las políticas de gasto se superpusieron y entrelazaron tendencias contradictorias destinadas a respaldar una más general «política del consenso». Por un lado, con la complacencia del PCI, se desarrolló una línea gubernamental de «administración sin política» recurriendo, cada vez con más frecuencia, a «técnicos», en el intento de poner en marcha medidas de saneamiento eficaces. En efecto, en el primer Gobierno monocolor de Andreotti (1976-1978) fueron nombrados ministros de Comercio Exterior y de Tesorería, respectivamente, Rinaldo Ossola y Gaetano Stamatì, procedentes, el primero, del Banco de Italia y el segundo del Banco Comercial. Se ha observado que quizás no haya sido una simple casualidad que los primeros pasos de la «bancarización» del poder ejecutivo hayan coincidido con el primer Gobierno apoyado por el PCI.⁵³ A su vez, Guido Carli, exgobernador del

Banco de Italia, había sido elegido presidente de la Confindustria con la finalidad, según algunas voces del mundo de la industria, de «negociar la rendición con los comunistas», ¿o la devolución?⁵⁴

Por otro lado, sin embargo, surgió una clara tendencia al aumento incontrolado del gasto público corriente y a su transformación en un componente rígido del presupuesto público: era el resultado de una política que tenía como finalidad no sólo respaldar el ciclo económico, sino también asegurar la estabilidad política del país mediante la expansión del gasto social. El PCI secundó estas tendencias contradictorias elaborando una línea de política económica deliberadamente ambigua, que resultaba rentable en términos electorales a corto plazo y, sobre todo, servía para evidenciar la concreta disponibilidad del partido para desempeñar el papel de «mediador» entre las instancias más radicales de la base sindical y el *establishment* empresarial, político y monetario del país. En esta ambigüedad se manifestaban las aporías irresueltas surgidas en el seno del partido con ocasión de la nueva coyuntura social y política abierta en el 68.

Estas aporías se remontaban esencialmente a dos tendencias opuestas que se habían delineado entonces en el partido. Una presionaba para que los comunistas desempeñasen con determinación su tradicional papel de dirigentes de las luchas obreras y sociales poniéndose a la cabeza de las masas, «para conducir las hacia un sistema en que se mezclaban formas de representación obrera dotadas de poder en los lugares de trabajo con una especie de jacobinismo asambleario en las instituciones republicanas». En cambio la otra, que tenía en Giorgio Amendola a su representante más prestigioso, se preocupaba de asegurar la consolidación de las bases de las conquistas reivindicativas de los movimientos de masas, dotándolas de un respaldo a nivel político mediante la formación inmediata de una «nueva mayoría» que incluyera a los comunistas⁵⁵ y, como prueba del carácter responsable

del PCI, se mostraba favorable a una «tregua social que permitiera cerrar las brechas económicas abiertas por un crecimiento tumultuoso».⁵⁶

Ni una ni otra tendencia fueron seguidas con coherencia. Además, la de Amendola, que consideraba la «lucha contra la inflación» como el terreno principal donde el PCI podía acreditarse definitivamente como un miembro aceptable de la mayoría gubernamental y de una hipotética izquierda europea de gobierno, fue claramente derrotada y aislada durante una sesión del Comité Central del partido en el otoño de 1976. Finalmente, se decidió optar por una solución intermedia, que partía de la convicción cultural según la cual el saneamiento de la economía y las relacionadas políticas «coyunturales» constituían un interés prioritario para los trabajadores.

La «austeridad», consigna de Berlinguer, y sobre todo la *Proposta di progetto a medio termine per il rinnovamento e la trasformazione della società italiana*, elaborada bajo la dirección de Giorgio Napolitano, condensaron estas aporías fundamentales. Aporías que, a nivel macroeconómico, se tradujeron en una posibilidad de expansión del gasto social⁵⁷ que debía funcionar como oferta política alternativa a las subidas salariales; y que, dentro del contexto de la forma «asociativa» de gobierno donde esta acción tuvo que desarrollarse concretamente, acabó configurándose como un mecanismo omnívoro de adquisición del poder a través de la inflación y mediante ingentes transferencias monetarias del Estado a las entidades intermedias y locales (municipios, regiones, consorcios, unidades sanitarias locales, etc.).

Si por un lado, bajo este aspecto, se puede interpretar el ciclo de reformas realizadas gracias al apoyo de la fuerza parlamentaria del Partido Comunista como una integración, en el plano programático, del ciclo reformista del centro-izquierda de los primeros sesenta, por el otro hay que evidenciar que el imponente esfuerzo legislativo puesto en marcha en 1977-1978 acabó traduciéndose en un perfeccionamiento de los instrumentos y métodos de la política

«asociativa» delineados durante el ciclo abierto por el 68, con el trasfondo de los problemas relativos a la crisis de la participación y a la legitimación del sistema de los partidos.⁵⁸ En efecto, fue entonces cuando la institucionalización de una relación ambigua entre mayoría y oposición, unidas en el Parlamento cada día con más frecuencia en la aprobación de las leyes de gasto y en la financiación en déficit de la «virtuosa anomalía» italiana, recibió el impulso decisivo. Y fue de esta manera como el gasto global, que a principio de los setenta constituía el 36% del PIB, al final de la década había pasado a ser el 43%, a causa, sobre todo, de la expansión del gasto corriente.⁵⁹

Si la finalidad del PCI era, en sentido gramsciano, lograr la hegemonía a través de la ampliación y la descentralización de la «participación democrática» *dentro de y mediante* el Estado, la manera en que fue desarrollada esta dinámica acabó reproduciendo y multiplicando a escala reducida la «clonación partidista de la democracia» que ya funcionaba a nivel parlamentario,⁶⁰ con consecuencias graves para la balanza de pago estatal. Dos leyes de la etapa de la llamada «solidaridad nacional» incidieron en esta dinámica de manera notable: fueron los llamados *Decretos Stammati*, aprobados en 1977 con el pleno acuerdo del «ministro sombra» del PCI Fernando Di Giulio,⁶¹ con la finalidad de reducir las deudas de los municipios y disminuir el recurso de las entidades locales a deudas bancarias para financiar los gastos corrientes.⁶² Semejante objetivo se fijó poniendo en marcha al criterio del «gasto histórico», es decir de la determinación de la repartición estatal a favor de las corporaciones locales en proporción al gasto realizado el año anterior.

La lógica de la medida consistía en asegurar el equilibrio obligatorio de los presupuestos provisionales de dichas entidades mediante transferencias de recursos del erario financiadas, de hecho, por el Estado, que así acababa pagando en forma de reembolso la diferencia entre los gastos corrientes y los ingresos propios de los

municipios.⁶³ Desde entonces entró en vigor un «sistema negativo», que preveía una agencia única y centralizada para los ingresos y alrededor de treinta mil agencias autónomas para los gastos (municipios, provincias, regiones, consorcios, hospitales, unidades sanitarias, comunidades de montaña, entidades de la seguridad social, etc.), descentralizadas y exentas de cualquier responsabilidad en cuanto a sus ingresos. Se ha observado que con los *Decretos Stammati*, de hecho, eran «castigados los administradores honestos y parsimoniosos que mantenían sus presupuestos en equilibrio, mientras que se premiaba a los administradores imprudentes y derrochadores». Carlo Donat-Cattin demostró que, gracias a los *Decretos Stammati*, «los ciudadanos de Como, dado que su municipio tenía el presupuesto en equilibrio, no habían recibido ni una lira por parte del Estado, mientras que los de Reggio Emilia y Bolonia habían obtenido, y habrían seguido obteniendo, respectivamente 412 y 650 mil liras per cápita».⁶⁴

La descentralización y la «democratización» de los gastos constituyeron asimismo los aspectos institucionales destacados de la reorganización del sistema nacional de sanidad (Ley 833/18), que suprimió el principio mutualista (expresión tradicional del principio de subsidiariedad), introduciendo en su lugar un sistema centralizado de repartición de los recursos entre las diferentes Unidades Sanitarias Locales (USL) que respetaba criterios sustancialmente políticos: de hecho las USL eran organismos nombrados principalmente por las asambleas electivas locales y, por lo tanto, expresivas de las relaciones de fuerza y de intercambio recíproco tanto entre los partidos políticos, como entre los partidos y sus clientelas políticas.⁶⁵

Conclusiones

De esta breve reconstrucción, podemos concluir que el desarrollo de la estrategia del compromiso histórico y la plataforma del eurocomunismo resultaban elementos cada día más

desconectados e incoherentes de un proyecto esencialmente «autárquico» de reconfiguración del «vínculo externo» nacional.⁶⁶ Esto permitía al PCI esquivar parcialmente el problema de las alianzas internacionales (pero era un problema ineludible, que de hecho volvió a presentarse con las mismas ambigüedades de siempre después de 1979 con la «crisis de los euromisiles»)⁶⁷ actuando en la vertiente paralela del gasto público, en el intento de desenganchar al país de los vínculos de solidaridad macroeconómica derivados de su participación en una comunidad de Estados comprometida en armonizar las políticas de desarrollo y de protección social con los imperativos generados por la revolución financiera que había seguido al fin del sistema de Bretton Woods.

Y no fue una casualidad que, en 1979, el PCI votase también en contra de la creación del Sistema Monetario Europeo (SME), que representaba un paso fundamental hacia el desarrollo de acuerdos regionales dentro del sistema monetario internacional y también el primer intento serio de los países de la Europa comunitaria de diferenciarse de las políticas de EE UU, consideradas «irresponsables». Esto demostraba una vez más que la concepción de Europa del PCI y, por lo tanto, el núcleo de su eurocomunismo, eran ajenos y fundamentalmente antitéticos con la idea de un fortalecimiento de la integración en el marco general de la economía de mercado y en el marco, más específico, relacionado con la exigencia de una mayor armonización de las tradicionales políticas reformistas de ayuda a la ciudadanía social con los estrictos vínculos de presupuesto impuestos por la «crisis fiscal» del Estado y por la transición a la economía globalizada del siglo XXI.

Traducción: Luis Hernando y Emanuele Treglia

NOTAS

¹ BARBAGALLO, Francesco, *Berlinguer*, Roma, Carocci, 2006; FIORI, Giuseppe, *Vita di Enrico Berlinguer*, Roma, Laterza, 1992. Véanse también las siguientes memorias y diarios: BARCA, Luciano, *Cronache dall'interno del vertice*

del Pci, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2005; Id., *L'eresia di Berlinguer: un programma fondamentale non scritto*, Siena, Sisifo, 1992; MINUCCI, Adalberto, *L'ultima sfida: crisi della democrazia e crisi dei comunisti italiani*, Siena, Sisifo, 1992.

² VACCA, Giuseppe, *Vent'anni dopo. La sinistra fra mutamenti e revisioni*, Turín, Einaudi, 1997; GUALTIERI, Roberto, «Il riformismo difficile. Appunti sulla crisi del Pci e la nascita del Pds», *Nuovi Argomenti*, abril-junio 1999; Id., *L'Italia dal 1943 al 1992. Dc e Pci nella storia della Repubblica*, Roma, Carocci, 2006; PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006; CRAVERI, Piero, «L'ultimo Berlinguer e la questione socialista», en Id., *La democrazia incompiuta. Figure del '900 italiano*, Venecia, Marsilio, 2002; DE ANGELIS, Alessandro, *I comunisti e il partito. Dal «partito nuovo» alla svolta dell'89*, Roma, Carocci, 2002. Ver También: FASSINO, Piero, *Per passione*, Milán, Rizzoli, 2003; MACALUSO, Emanuele, *Cinquant'anni nel Pci*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003; NAPOLITANO, Giorgio, *Dal Pci al socialismo europeo. Un'autobiografia politica*, Roma, Laterza, 2008.

³ ASSMAN, Jan, *La memoria culturale. Scrittura, ricordo e identità politica nelle grandi civiltà antiche*, Turín, Einaudi, 1997. El análisis de la persistencia de este fondo antropológico-cultural está hoy bastante presente en la investigación histórica, como demuestran varios trabajos recientes: POSIERI, Andrea, *Il peso del passato*, Bologna, il Mulino, 2007; KERTZER, David, *Politics and Symbols: The Italian Communist Party and the Fall of Communism*, Londres, New Haven, 1996. Véase también: DORMAGEN, Jean Yves *I comunisti: dal Pci alla nascita di Rifondazione comunista: una semiologia politica*, Roma, Koinè, 1996. La dimensión antropológica del comunismo ha desempeñado siempre un papel central en la reflexión del grupo de investigadores colaboradores de la revista *Communisme*. Sobre el valor de la experiencia comunitaria en la tradición política del PCI: GUIISO, Andrea, *La colomba e la spada. «Lotta per la pace» e antiamericanismo nella politica del Pci (1949-1954)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2007; ANDREUCCI, Franco, *Falce e martello. Identità e linguaggi dei comunisti italiani fra stalinismo e guerra fredda*, Bologna, Bologna University Press, 2005; BELLASSAI, Sandro, *La morale comunista. Pubblico e privato nella rappresentazione del Pci (1947-1956)*, Roma, Carocci, 2000; BOARELLI, Mauro, *La fabbrica del passato: autobiografie di militanti comunisti (1945-1956)*, Milán, Feltrinelli, 2007; FLORES, Marcello, GORI, Francesca (eds.), *Il mito dell'Urss: la cultura occidentale e l'Unione Sovietica*, Milán, Franco Angeli, 1990; MARIUZZO, Andrea, *Divergenze parallele: comunismo e anticomunismo alle origini del linguaggio politico dell'Italia repubblicana (1945-1953)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2010.

⁴ Para dos interpretaciones diferentes del nexo «nacional-internacional»: GUALTIERI, Roberto (ed.), *Il Pci nell'Italia repubblicana*, Roma, Carocci, 2001; AGA ROSSI, Elena, QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.), *L'altra faccia della luna. I rapporti tra PCI, PCF e Unione Sovietica*, Bologna, il Mulino, 1997.

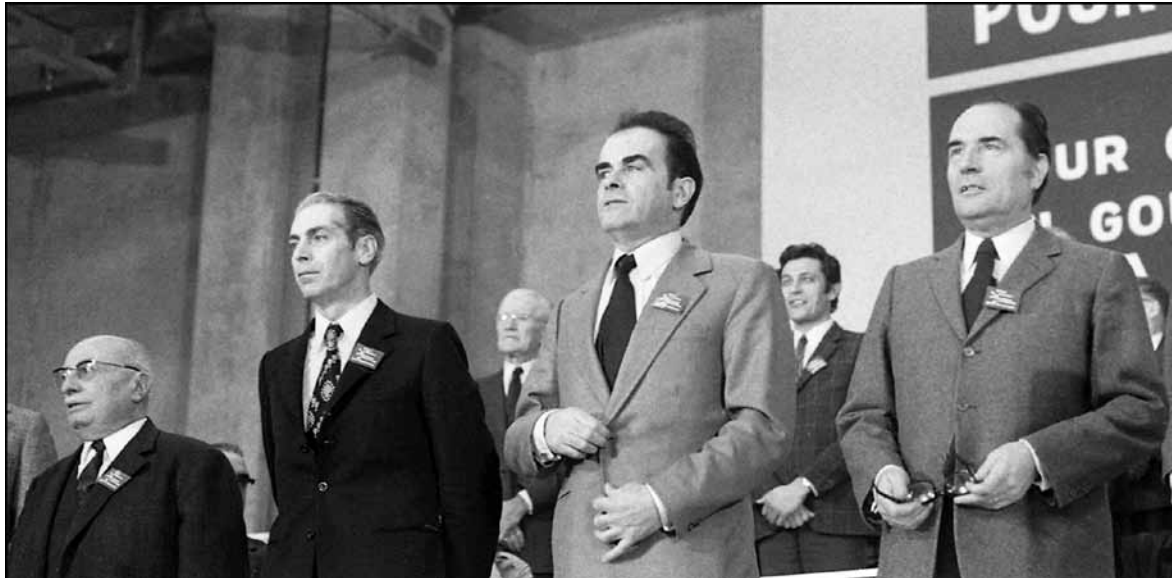
⁵ Una preferente atención a la dimensión internacional del eurocomunismo en PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006; VARSORI, Antonio, *La cenerentola d'Europa? L'Italia e l'integrazione europea dal 1947*

- ad oggi, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2010; LOMELLINI, Valentine, «The failed myth of détente: the sunset of Eurocommunism at the dawn of the Second Cold War», en CALANDRI, Elena, CAVIGLIA, Davide, VARSORI, Antonio (eds.), *The Mediterranean and Southern Europe: crisis and transformation from détente to the Second Cold War*, Nueva York, Tauris, 2012 (en prensa). Prevalente atención a la política interna en BARBAGALLO, Francesco, cit. Importantes excepciones son los trabajos de FLORES, Marcello, GALLERANO, Nicola, *Sul Pci. Un'interpretazione storica*, Bologna, il Mulino, 2002; LAZAR, Marc, *Maisons Rouges: les partis communistes français et italien de la Liberation à nos jours*, Paris, Aubier, 1992; GUALTIERI, Roberto, *L'Italia dal 1943 al 1992...*, cit.
- ⁶ PONS, Silvio, «L'Urss e il Pci nel sistema internazionale della guerra fredda», en GUALTIERI, Roberto (ed.), *Il Pci nell'Italia repubblicana*, cit.
- ⁷ PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit.
- ⁸ AA.VV., *Giorgio Amendola, comunista riformista*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2001; CERCHIA, Giovanni, *Giorgio Amendola: gli anni della Repubblica, 1945-1980*, Turin, Cerna-bona, 2009.
- ⁹ GLENN GRAY, William, «Floating the System: Germany, the United States, and the Breakdown of Bretton Woods, 1969-1973», *Diplomatic History*, XXXI, 2007, pp. 295-323; Sobre la evolución política e ideológica de Europa en la «larga posguerra»: JUDT, Tony, *Dopoguerra. Come è cambiata l'Europa dal 1945 a oggi*, Milán, Mondadori, 2007; MAIER, Charles, «I fondamenti politici del dopoguerra» y MILWARD, Alan, «L'Europa in formazione», ambos en AA.VV., *Storia d'Europa*, vol. 1, *L'Europa oggi*, Turin, Einaudi, 1993.
- ¹⁰ BOSSUAT, Gérard (ed.), *L'Europe et la mondialisation*, Paris, Soleb, 2007.
- ¹¹ LUDLOW, Piers (ed.), *European Integration and the Cold War: Ostpolitik-Westpolitik, 1965-1973*, Londres, Routledge, 2007; VARSORI, Antonio (ed.), *Alle origini del presente: l'Europa occidentale nella crisi degli anni Settanta*, Milán, Franco Angeli, 2007.
- ¹² Para una reconstrucción de estas dinámicas políticas: CRAVERI, Piero, *La Repubblica dal 1958 al 1992*, Turin, Utet, 1995.
- ¹³ Che infatti il Pci non ebbe difficoltà ad accettare sul piano declaratorio.
- ¹⁴ MAGGIORANI, Mauro, *L'Europa degli altri: comunisti italiani e integrazione europea, 1957-1969*, Roma, Carocci, 1998; MAGGIORANI, Mauro, FERRARI, Paolo (eds.), *L'Europa da Togliatti a Berlinguer. Testimonianze e documenti 1945-1984*, Bologna, il Mulino, 2005.
- ¹⁵ COLUCCI, Michele, *Lavoro in movimento: l'emigrazione italiana in Europa 1945-1957*, Roma, Donzelli, 2008.
- ¹⁶ GUIISO, Andrea, «Silvio Leonardi», en AA.VV., *Dizionario dell'integrazione europea*, Soveria Mannelli, Rubbettino (en prensa).
- ¹⁷ CERCHIA, Giovanni, cit.
- ¹⁸ PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit.
- ¹⁹ *Riunione del 30 marzo 1965*, Istituto Gramsci di Roma-Archivio del Partito Comunista Italiano (IGR-APCI), Direzione..
- ²⁰ GUIISO, Andrea, «L'Europa e l'alleanza atlantica nella politica internazionale del Pci degli anni '50 e '60. Tra lealtà sovranazionale e collocazione reale», en CRAVERI, Piero, QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.), *Atlantismo ed europeismo*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003.
- ²¹ GAVIN, Francis, *Gold, Dollars and Power. The Politics of International Monetary Relations, 1958-1971*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003; KUNZ, Diane, *Butter and Guns. America's Cold War Economic Diplomacy*, Nueva York, Free Press, 1997.
- ²² GIOVAGNOLI, Agostino, PONS, Silvio (eds.), *Tra guerra fredda e distensione*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003. Sobre la «Ostpolitik» italiana véase BAGNATO, Bruna, *Prove di Ostpolitik: politica ed economia nella strategia italiana verso l'Unione Sovietica 1958-1963*, Florencia, Olschki, 2003. Sobre la política del Vaticano hacia los países del este, véase BARBERINI, Giovanni, *L'Ostpolitik della Santa Sede. Un dialogo lungo e faticoso*, Bologna, il Mulino, 2007.
- ²³ *Delegazione del Pci in Vietnam*, 5-12 diciembre 1966, IGR-APCI, Fondo Berlinguer, Movimento Operaio Internazionale u.a. 30.2.
- ²⁴ Sobre la política internacional del PCI hacia el área africano y del Mediterráneo: BORRUSO, Paolo, *I comunisti italiani e la decolonizzazione africana, 1956-89*, Milán, Educatt, 2009; RICCARDI, Luca, *Il problema Israele: diplomazia italiana e PCI di fronte allo Stato ebraico, 1948-1973*, Milán, Guerini, 2006.
- ²⁵ Sobre el tema de la guerra y de la paz en la cultura política del PCI: GUIISO, Andrea, *La colomba e la spada. «Lotta per la pace» e antiamericanismo nella politica del Pci (1949-1954)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2006.
- ²⁶ Era el título de un artículo publicado al comienzo de los ochenta por la revista católica *Il Segno*, en el contexto de las movilizaciones pacifistas y transversales contra la instalación de los misiles crucero y Pershing: *Il Segno*, 28, 1981.
- ²⁷ BRACKE, Maude, *Which Socialism, Whose Détente? West European Communism and the 1968 Czechoslovakian Crisis*, Budapest-Nueva York, 2007. Véase también: HÖBEL, Alexander, «Il Pci, il '68 cecoslovacco e il rapporto col Pcus», *Studi storici*, 4, 2001.
- ²⁸ PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit.; ZUBOK, Vladislav, *A Failed Empire: the Soviet Union in the Cold War from Stalin to Gorbachev*, The University of North Carolina Press, 2008.
- ²⁹ GRAZIOSI, Andrea, *L'Urss dal trionfo al degrado*, Bologna, il Mulino, 2008.
- ³⁰ Véanse las notas y apuntes reservados del secretario y consejero de Berlinguer Antonio TATÒ en su *Caro Berlinguer*, Turin, Einaudi, 2003.
- ³¹ DEL NOCE, Augusto, *L'Eurocomunismo e l'Italia*, Roma, Editrice Europa Informazioni, 1976.
- ³² PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit.
- ³³ TATÒ, Antonio, *Caro Berlinguer*, cit. Véanse a este propósito las observaciones de Piero CRAVERI en «L'ultimo Berlinguer e la questione socialista», en Id., *La democrazia incompiuta. Figure del '900 italiano*, Venecia, Marsilio, 2002.
- ³⁴ ROMERO, Federico, *Storia della guerra fredda. L'ultimo conflitto per l'Europa*, Turin, Einaudi, 2009.

- ³⁵ LOTH, Wilfried, HENRY-SOUTOU, Georges (eds.), *The Making of Détente: Eastern and Western Europe in the Cold War, 1965-75*, Londres, Routledge, 2008.
- ³⁶ ARENDT, Hannah, *Che cos'è la politica?*, Milán, Edizioni di Comunità, 2001.
- ³⁷ Sobre el pacifismo italiano véase MARTELLINI, Amoreno, *Fiori nei cannoni: non-violenza e antimilitarismo nell'Italia del Novecento*, Roma, Donzelli, 2006.
- ³⁸ BROGI, Alessandro, *Confronting America: The Cold War Between the United States and the Communists in France and Italy*, The University of North Carolina Press, 2011. Sobre el antiamericanismo, ver las consideraciones histórico-metodológicas de David ELLWOOD, «Gli antiamericanismi in Europa nel Novecento: fasi e temi», en CRAVERI, Piero, QUAGLIARIELLO, Gaetano (eds.), *L'antiamericanismo in Italia e in Europa nel secondo dopoguerra*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2004.
- ³⁹ Véanse las memorias de KOESTLER, Arthur, *La escritura invisible*, Buenos Aires, Emecé, 1955.
- ⁴⁰ Sobre este punto convergen las interpretaciones de PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, cit. y VARSORI, Antonio, *La cenerentola d'Europa?...*, cit.
- ⁴¹ Sobre las implicaciones del nexo entre distensión y Ostpolitik: LOTH, Wilfried, *Overcoming the Cold War. A History of Détente*, Nueva York, Palgrave, 2001; WILKENS, Andreas, «New Ostpolitik and European Integration. Concept and Policies in the Brandt Era», en LUDLOW, Piers (ed.), cit.
- ⁴² IKENBERRY, John, *After Victory. Institutions, Strategic Restraints and the Rebuilding of Order After Major Wars*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- ⁴³ VARSORI, Antonio, «Puerto Rico (1976): le potenze occidentali e il problema comunista in Italia», *Ventesimo Secolo*, 16, 2008, pp. 89-121.
- ⁴⁴ GUALTIERI, Roberto, «Il riformismo difficile. Appunti sulla crisi del Pci e la nascita del Pds», cit.; VACCA, Giuseppe, *Vent'anni dopo...*, cit.
- ⁴⁵ Sobre el clima cultural y político de los años de la contestación: MARWICK, Arthur, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy and United States, 1958-1974*, Oxford, Oxford University Press, 1998.
- ⁴⁶ PINTO, Carmine, *Il riformismo possibile. La grande stagione delle riforme: utopie, speranze, realtà (1945-1964)*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2008.
- ⁴⁷ CRAVERI, Piero, *La Repubblica dal 1958 al 1992*, cit.
- ⁴⁸ Para una buena lectura histórico-política de la relación entre PCI y sistema «consociacional»: GOZZINI, Giovanni, «Il PCI nel sistema politico della repubblica», en GUALTIERI, Roberto (ed.), *Il Pci nell'Italia repubblicana*, Roma, Carocci, 2001.
- ⁴⁹ Esta variante se parecía al modelo «kelseniano» de democracia organizada y consensual que, en la Italia de la Guerra Fría, había estado en función de la inserción gradual y empírica del PCI en los circuitos de la toma de decisiones públicas. Un modelo que, desde la etapa constituyente, ascendía implícitamente los partidos a verdaderos órganos «constitucionales» participantes en la formación de la voluntad del Estado. Los roles parlamentarios llegaban a tener así una importancia secundaria respecto a la amplia
- convergencia que se tenía que buscar en el ámbito de los contenidos programáticos y del proceso legislativo. Véase SCOPPOLA, Pietro, *La repubblica dei partiti*, Bolonia, il Mulino, 1991.
- ⁵⁰ Escenarios en los que se hacía necesario juntar los esfuerzos, más allá de las inevitables controversias entre Estados empeñados en defender cada uno sus intereses particulares, para armonizar los fundamentos macroeconómicos nacionales, redefinir las políticas de los presupuestos estatales, fijar los niveles de las deudas estatales, reformular las reglas de la competitividad internacional entre las grandes áreas económicas. Véase: JAMES, Harold, *Rambouillet, 15 novembre 1975. La globalizzazione dell'economia*, Bolonia, il Mulino, 1999.
- ⁵¹ PCI, *Proposta di programma a medio termine*, Roma, Editori Riuniti, julio de 1977.
- ⁵² ARE, Giuseppe, *Comunismo, compromesso storico e società italiana*, Lungro di Cosenza, Marco Editore, p. 151.
- ⁵³ ACCAME, Giano, *Una storia della repubblica*, Milán, Rizzoli, 2000.
- ⁵⁴ RICOSSA, Sergio, *Come si manda in rovina un paese*, Milán, Rizzoli, 1995.
- ⁵⁵ Era la clásica teoría comunista de la «salida» política según la cual, cuando en una situación en ebullición no se prepara adecuadamente esta salida mediante la inclusión de las fuerzas del progreso en el poder, es posible que la situación encuentre por sí misma una salida ni previsible ni deseable. Véase CAFAGNA, Luciano, «I comunisti e le riforme», en MIELI, Renato (ed.), *Il Pci allo specchio*, Milán, Rizzoli, 1983.
- ⁵⁶ CAFAGNA, Luciano, «I comunisti e le riforme», cit.
- ⁵⁷ Reforma de sanidad, escuela pública, vivienda, etc.
- ⁵⁸ CRAVERI, Piero, *La repubblica dal 1958 al 1992*, cit., p. 746.
- ⁵⁹ Fue una consecuencia también de la decisión de Gobierno y sindicatos de concluir el acuerdo sobre el punto único de contingencia, y de la ley de junio de 1975, que ampliaba el número de jubilados sin una correspondiente ampliación de la masa contributiva. Véase CARLI, Guido, *Cinquant'anni di vita italiana*, Bari-Roma, Laterza, 1993, pp. 339-340.
- ⁶⁰ FLORES, Marcello, GALLERANO, Nicola, *Sul Pci...*, cit., p. 243.
- ⁶¹ DI GIULIO, Fernando, ROCCO, Emmanuele, *Un ministro ombra si confessa*, Milán, Rizzoli, 1979.
- ⁶² Esta era la finalidad sobre todo del D.L. 29 dicembre 1977, n° 946, mejor conocido como *Stammati 2*, que más tarde fue convertido en la Legge 27 febbraio 1978, n° 43.
- ⁶³ MARONGIU, Gianni, *Storia dei tributi degli enti locali, 1861-2000*, Padua, CEDAM, 2001.
- ⁶⁴ GUIISO, Nicola, *Carlo Donat-Cattin. L'anticonformista della sinistra italiana. Intervista a Sandro Fontana*, Venecia, Marsilio, 1999.
- ⁶⁵ FERRERA, Maurizio, *Il Welfare State in Italia*, Bolonia, il Mulino, 1984.
- ⁶⁶ CARLI, Guido, *Cinquant'anni di vita italiana...*, cit., p. 342. Ricossa, al margen de un congreso del CESPE (el Centro de Estudios de Política Económica del PCI), anotaba en su diario: «Visión autárquica de [Eugenio] Peggio. No hay que

exportar capitales, porque sustrae recursos al país; tampoco hay que importar capitales, porque nos humilla y nos esclaviza. «Para obtener el préstamo CEE de mil millones de dólares [dijo Peggio], Italia tuvo que comprometerse a una deflación salvaje». No hay que exportar mercancías, porque nos sustrae recursos, como siempre; tampoco hay que importar mercancías, hay que «desarrollar prioritariamente los sectores industriales que tienen un contenido de importaciones menos relevante». Poco antes, Peggio había incitado a los industriales a ayudar los países en vía de desarrollo: claro, pero sin importar sus materias primas y sus productos». Véase RICOSSA, Sergio, cit., pp. 126-127.

⁶⁷ Con ocasión de la movilización pacifista contra la instalación de los misiles crucero y Pershing, el PCI se comprometió activamente en la organización de la protesta y en el desarrollo de una propaganda marcadamente anti-americana. Sin embargo, los debates internos de la dirección del PCI testimonian una división entre los que juzgaban como ya superada la idea de un movimiento pacifista homogéneo y los que, Cossutta *in primis*, defendían la importancia de un pacifismo de propaganda orgánicamente filo-soviética. Véase IGR-APCI, Direzione, 13 y 30 de diciembre de 1981. Sobre la organización comunista de la lucha por la paz en aquella etapa: IGR-APCI, Sezioni di lavoro, 1983, mf. 0556, 1909-1919. Para un análisis de los movimientos pacifistas durante los ochenta: SALIO, G., «Il movimento per la pace in Italia», en Istituto Italiano di Ricerche sulla Pace (IPRI), *I movimenti per la pace. Vol. II: Gli attori principali*, Turín, Edizioni del Gruppo Abele, 1986; LODI, Giovanni, *Uniti e diversi. Le mobilitazioni per la pace degli anni Ottanta*, Milán, Unicopli, 1984; DIODATO, Roberto, *Pacifismo*, Milán, Bibliografica, 1995; ISERNIA, Pierangelo, «Le mobilitazioni per la pace negli anni Ottanta: precondizioni, caratteristiche ed effetti», en CORTESI, Luigi (ed.), *Democrazia, rischio nucleare, movimenti per la pace*, Nápoles, Liguori, 1989



EL EUROCOMUNISMO, OBJETO DE HISTORIA

Marc Lazar
Sciences Po-LUISS

Como se ha visto por la lectura de los artículos que preceden, el eurocomunismo, neologismo forjado por unos periodistas y que, por cierto tiempo, hicieron suyo los Partidos Comunistas (PPCC) francés, español e italiano, designa el intento de los grupos que dirigían esos mismos partidos en los años setenta de inventar un comunismo diferente del de la URSS y de sus países satélites, teniendo en cuenta tanto las realidades democráticas de los regímenes pluralistas y de las sociedades de la Europa occidental, como el proceso de construcción del espacio europeo y sus consecuentes relaciones entre este y oeste. Este movimiento tuvo una consistencia común pero, al mismo tiempo, estuvo igualmente caracterizado por su gran heterogeneidad. Esta se debió, entre otras cosas, a las trayectorias de estos tres PPCC, a su inserción en sus sistemas políticos y sus sociedades nacionales, a las relaciones que habían tejido y que seguían manteniendo con Moscú, a las desiguales capacidades de elaboración teórica de sus respectivos liderazgos; y, en fin, a la acepción misma que ellos daban al eurocomunismo.

En su cenit, en los setenta, éste suscitó un interés considerable y unas polémicas incesantes. Fue objeto, notablemente, de una enorme cantidad de artículos de prensa, de ensayos periodísticos, de libros de investigación y obras de referencia o de contribuciones científicas debidas esencialmente a politólogos y a algunos historiadores apoyados en el análisis de la ac-

tualidad vista en perspectiva. La abundancia, en detrimento de la calidad, de esta producción fue casi inversamente proporcional a la efímera existencia del fenómeno que facilitó la materia. Por otra parte, para recuperar las categorías de la época, hará falta analizar en el futuro, de manera profunda y comparativa, este animado debate que se apoderó de una parte de los intelectuales y de los medios de comunicación de masas, circulando en Europa tanto del oeste como del este e incluso en EEUU. Las tres grandes posiciones identificadas por Frédéric Heurtebize, quien realizó un primer estudio de las controversias intelectuales americanas, aparecían sin duda también en nuestro viejo continente: se enfrentaban, de hecho, los defensores celosos del eurocomunismo, los escépticos prudentes y los detractores venidos de todos los horizontes.¹

Hoy ha llegado el tiempo de la Historia, que permite volver a abrir esa investigación con nuevos aires, sin por otro lado ignorar la producción contemporánea, particularmente la de las ciencias sociales, que proporciona un precioso material de conocimientos y análisis que los historiadores deben conocer, asimilar y también someter a la crítica metodológica. Varios factores contribuyen a abrir otras vías de reflexión y de estudios.

Casi un cuarto de siglo nos separa ya de la época eurocomunista. Este intervalo de tiempo da lugar a un distanciamiento mecánico bien

conocido que facilita el acercamiento histórico por la desecación *de facto* de las pasiones. No es por otra parte una casualidad, si a menudo son los jóvenes historiadores los que se acercan más fácilmente a este terreno de estudio que constituye a sus ojos un objeto frío, un sujeto entre otros que pertenece a un pasado que no han vivido y que tienen que empezar a descifrar, iniciándose, por ejemplo, en el lenguaje de la época, una jerga hoy en día caída en desuso. No es el caso de los mayores que vivieron esa época e incluso, en algunos casos, estuvieron implicados, y que, por consecuencia, tienen que aplicar con un rigor redoblado las reglas de su disciplina; aunque su memoria les facilita una familiaridad con su objeto de estudio, ella también puede inducirles a una reconstitución deformada, a veces tentada de nostalgia, de una experiencia asociada a su juventud. De todas formas, el historiador debe guardarse de caer en la trampa clásica de la sobredeterminación, ya que conoce el desenlace de esta historia y corre el riesgo de buscar exclusivamente las causas que explicarían su fin, en este caso, digámoslo de antemano, el rotundo fracaso del eurocomunismo.

Este alejamiento en el tiempo permite tener acceso a unos recursos documentales muy abundantes. Están abiertos: los fondos de tres Partidos Comunistas de los más activos e influyentes en el eurocomunismo, los cuales están estudiados en este número (el español, el francés y el italiano); los archivos de otros partidos políticos relacionados con los PPCC u opuestos a estos; los archivos americanos, extremadamente importantes; los de las cancillerías y de los ministerios de asuntos exteriores de las grandes capitales europeas (Londres, París, pero también Bonn) que seguían desde muy cerca, y con una fuerte inquietud, la evolución de los PPCC en la Europa del sur, en particular el desarrollo del partido italiano; y, en algunos casos, las investigaciones de la policía y de los servicios de información que vigilaban la actividad de los PPCC. Desde luego, falta, y es una pena, la aper-

tura completa de los archivos soviéticos, mientras que los fondos documentales de los demás Partidos Comunistas europeos en el poder son accesibles, pero poco explotados.

En fin, el eurocomunismo puede ahora ser aprehendido de manera global, sin limitar su estudio a la matriz de la que procede, la del comunismo que en la época tenía una envergadura política, social y cultural que las jóvenes generaciones de estos comienzos de siglo XXI difícilmente comprenden de forma instintiva, tanto que les parece extraño a su universo. Liberarse de sus fronteras permite insertar la observación del eurocomunismo en una perspectiva más amplia, la de los años setenta, lo que debería alimentar según nosotros unas fructuosas pistas de investigación. Esa década está a punto de constituirse en un campo de investigación histórica pionero, desarrollado por numerosos historiadores. Esa década se revela decisiva ya que señala el fin del ciclo iniciado tras la segunda guerra mundial y el principio de otro mundo, el de hoy día. Los años setenta constituyen un momento crucial, una cesura antropológica esencial, en varios campos. En las relaciones internacionales, con la instauración de una breve fase de distensión en la Guerra Fría, el aumento de la dinámica Norte-Sur que se añade en parte al antagonismo Este-Oeste, la complicación del juego mundial con la emergencia de nuevos actores internacionales que se vienen mezclando a la acción de los Estados-nación, etc. En la economía, por supuesto, con el primer shock petrolero, el fin del ciclo de crecimiento elevado, el paro masivo, el declive de las sociedades industriales y la llegada de las sociedades posindustriales y posfordistas, el agotamiento, en breve, de la *Golden Age* del capitalismo, y, con ello, de la socialdemocracia. En el campo del capitalismo mundial, que al comienzo de la década pareció, una vez más, en el camino del agotamiento, pero que al final de la misma redobló sus fuerzas sobre unas nuevas bases e inventó unas nuevas tecnologías. En el ámbito de Europa, que, por un lado, acabó de retractarse con la pérdida del

último gran imperio colonial tras la Revolución de los Claveles de Portugal y dijo pues adiós definitivamente a esos horizontes perdidos, y que por otro lado profundizó y extendió la dinámica de su integración. Los campos de las sociedades y de las relaciones sociales, de las generaciones y de los géneros, conocieron unas prodigiosas mutaciones, en particular con la afirmación de la individualización y de las reivindicaciones feministas. En la cultura, la cesura se observó una vez más con unas transformaciones de las políticas, de los comportamientos y de las prácticas culturales. También en el ámbito de las ideologías, el pensamiento de izquierda dominante hasta entonces, después de más de treinta años, entra en crisis y cede terreno a partir de los años setenta al liberalismo, tanto en política como en economía.² Hace falta entonces considerar el eurocomunismo como parte integrante de los *Seventies*, desde una doble acepción. Por un lado, porque el eurocomunismo constituyó exactamente una de las respuestas de ciertos Partidos Comunistas a los múltiples retos de los años setenta, o mejor, a la manera en la que los percibieron y asumieron. Por otro lado, porque estos partidos políticos son uno de los componentes de la década, como por ejemplo lo es, al otro lado del espectro político y con unas consecuencias diferentes, el liberalismo económico hacia el final de esos años, con el famoso Consenso de Washington, que influyó de forma duradera numerosos partidos, líderes y culturas políticas, y determinó las orientaciones de las políticas públicas.

Dado que Philippe Buton, Andrea Guiso y Emanuele Treglia en sus estudios se han interesado en el PCF, el PCI y el PCE, nosotros pensamos, para concluir este dossier, ofrecer algunas observaciones de orden general. De hecho, varios acercamientos al eurocomunismo en su globalidad son posibles y aún constituyen unas problemáticas de estudio en las que conviene profundizar. Mencionaremos a continuación seis de ellas, aunque no aparecen enunciadas aquí de forma ordenada, dado que están estrictamente

imbricadas las unas en las otras formando una madeja difícil de desenredar.

El eurocomunismo necesita ser circunscrito en el tiempo. Ahora bien, su cronología siempre ha sido discutida y lo que se puede llamar el momento eurocomunista merece aún en nuestros días ser delimitado con mejor precisión. Ya que su desarrollo cronológico es plural y puede incluso constituir un objeto de interés político para quien reivindica su paternidad. ¿Cuándo fechar el inicio del eurocomunismo? En 1973 con el encuentro entre Enrico Berlinguer y George Marchais en Roma, dice el PCF desde inicios del mes de enero del año siguiente, así como el historiador Philippe Buton, lo que incrementa el papel de los comunistas franceses. En 1975 y 1976, dice Emanuele Treglia con los encuentros PCI-PCE y PCF-PCI y sobre todo el comienzo de la transición española. Mientras el PCI, y un número de sus historiadores, no se privan de recordar su anterioridad en una perspectiva de continuidad, en términos historiográficos discutibles, que une el Memorial de Yalta de Palmiro Togliatti a las primeras declaraciones de Enrico Berlinguer en enero 1973 sobre «una Europa ni antiamericana, ni antisoviética». De alguna manera, el PCI habría practicado el eurocomunismo sin saberlo o, dicho de otra forma, habría producido su sustancia antes de darle un sustantivo. Dicho esto, puede mostrarse útil exhumar los antecedentes del eurocomunismo, aun diferenciados según los partidos; a partir de 1956, en los casos de PCI y PCE, y unos años después en el caso del PCF, los comunistas europeos del oeste toman un camino que les lleva a distanciarse de Moscú para insertarse de la mejor manera en el corazón de las realidades nacionales en las que evolucionan. La condena de la invasión de Checoslovaquia en 1968, que una vez más no tiene exactamente la misma proporción de un partido a otro, representa un momento clave para la evolución de esos mismos PPCC. En esta perspectiva, el eurocomunismo no es pues una tormenta resplandeciente en un cielo despejado, sino más bien una etapa

inserta en un proceso más amplio y en una nueva coyuntura. En realidad, los PPCC entran en momentos diferentes en el eurocomunismo. Los italianos abren la vía, en la cual se meten primero los españoles y luego los franceses. En cambio, el apogeo del eurocomunismo, como conjunto más o menos coordinado entre los tres PPCC, se sitúa entre 1976 y 1977. A continuación y casi inmediatamente, empieza su desestructuración según unas modalidades propias de cada uno de los protagonistas. Sin embargo, lo que es sorprendente, es la casi simultaneidad del declive electoral y militante de los PPCC. El PCF desde 1978, cuando el Partido Socialista le supera por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en las legislativas, y más aún en 1981 con la humillación que representa el resultado de Georges Marchais en la primera vuelta de la elección presidencial (15,5% de los sufragios expresados). Paralelamente sus efectivos registran un retroceso en 1979 (540.557 miembros contra 565.058 el año precedente).³ Ese año señala el primer leve revés electoral del PCI, aún contenido, pero que se acentúa en 1986, mientras que sus efectivos habían empezado a debilitarse en 1977. El PCE, por su parte, registra unos resultados electorales alejados de sus esperanzas en 1977 y 1979, mientras que sus efectivos disminuyen desde 1979. En otros términos, el eurocomunismo tendría pues unos antecedentes relativamente próximos, tomaría forma al principio de los años setenta con unos comienzos diferenciados, conocería su apogeo en 1976-1977, antes de disgregarse rápidamente, mientras que sus protagonistas entrarían en una espiral de declive que toma unas formas particulares de un partido a otro.

Este carácter intenso pero fugaz del eurocomunismo puede explicarse en parte por el hecho de desarrollarse en una fase bien concreta de las relaciones internacionales, la de una breve y relativa relajación. Esta dimensión es esencial. Los tres Partidos Comunistas se apoderan de esa oportunidad para intentar aflojar aún más las tenazas de los bloques que les limitan con-

siderablemente. Pero la paradoja se debe a que ni Washington ni Moscú, los dos principales actores de las relaciones internacionales de la época, sobre todo en el continente europeo, quieren dejar que se abra un espacio de juego. Washington es profundamente suspicaz, aunque se manifiestan diferentes apreciaciones entre las administraciones Ford y Carter, la primera siendo intrasigente hacia los PPCC, la segunda más sutil, abierta pero a menudo confusa.⁴ En París, Bonn y Londres, la hipótesis de una llegada al poder del PC francés pero sobre todo del PCI, el partido comunista occidental más poderoso, provoca una inmensa inquietud.⁵ La opinión al respecto está dividida. Moscú y el campo comunista denuncian la herejía y ejercen una terrible presión sobre los tres PPCC, llegando a tomar represalias. Mientras que el eurocomunismo representa cierta esperanza y un punto de referencia para los disidentes que apelan al socialismo. Algo como una breve oportunidad que se vuelve a cerrar a partir del final de los años setenta con la crisis de los euromisiles iniciada en 1977-1979, la invasión soviética de Afganistán en 1979, y el golpe de estado del general Jaruzelski en 1981. El aire se enrarece para los PPCC, quienes efectuarán unas direcciones opuestas.

El eurocomunismo representa una estrategia de poder entablada por unos PPCC que, en el caso del francés y el italiano quieren salir de la oposición a la que han quedado relegados desde 1947, y en el caso del PCE busca un papel preeminente en la Transición. El punto común de estos PPCC, en los años setenta, consiste en la intención de usar el eurocomunismo para resolver los grandes dilemas, algo paralizadores, de los principales PPCC de la Europa occidental. A saber: ¿Cuáles son sus verdaderos objetivos y, a partir de este hecho, qué funciones cumplen? ¿Pueden contentarse con quedarse como unos simples partidos antisistema y de protesta, fuertes en su base electoral pero con el riesgo de verla progresivamente erosionarse? ¿Cómo concretar su proclamación reiterada de un diseño prometeico y de su identidad revolucionaria?

¿Hace falta esperar para realizar su comienzo oficial (abatir el capitalismo, cambiar el orden de sus países y del mundo) a la inversión completa de la coyuntura internacional y la ayuda de la URSS? Con el eurocomunismo los PPCC intentan diseñar unas estrategias eficaces, incluso creíbles, de conquista del poder, que cada partido desarrolla de manera diferente.

El PC francés está comprometido en la unión de la izquierda, que a mediados de los años setenta se inclina a favor del Partido Socialista de François Mitterrand, lo que desemboca en la ruptura de esta misma unión en 1977-1978: el PCF navega desde entonces a la deriva, oscilando a merced de los vientos cruzados, convertido en un verdadero barco ebrio. El PCI se implica a partir de 1976, tras la puesta en marcha del compromiso histórico en 1973, en una política de solidaridad nacional y democrática. El PCE pasa de una estrategia de ruptura (de 1975 a 1976) a una estrategia de negociación y de búsqueda de consenso por arriba. En los tres casos, el eurocomunismo proporciona una forma de legitimación para encarar, en definitiva, la cuestión del poder y dar credibilidad democrática a esos partidos, mientras que estas estrategias deben dar pruebas de la consistencia del eurocomunismo. Este último sirve para distinguirse de la URSS y de los demás países comunistas pero, al mismo tiempo, tiene también un uso doméstico: intenta desactivar las críticas de la derecha y de los anticomunistas de todos lados mostrando la conversión de los comunistas a la democracia liberal y representativa y su sentido de responsabilidad gubernamental que justificarían detentar carteras ministeriales. El eurocomunismo es también una herramienta para distinguirse de los partidos concurrentes, en particular de los socialistas. En los tres casos, la constatación es amarga. Si el eurocomunismo ha cumplido de manera incontestable una función legitimadora, ya lo volveremos a señalar, sin embargo no ha constituido un recurso para alcanzar la victoria. Peor aún, sin duda ha contribuido a meter en crisis a los tres PPCC,

que declinan y pierden el monopolio que habían poseído durante largo tiempo sobre una iniciativa estratégica que había puesto a los demás partidos de izquierda a la defensiva. El proceso termina por favorecer a los partidos socialistas, que acceden al poder al comienzo de los años ochenta, en Francia (1981), en España (1982) y en Italia (1983), si bien de modos diferentes. Estos partidos predominan sobre los PPCC en Francia y España, mientras que el partido italiano de Bettino Craxi contribuye junto con otros factores a erosionar el poder del partido de Berlinguer sin, por otra parte, lograr invertir la relación de fuerzas. El eurocomunismo cede así el sitio por algún tiempo a lo que ciertos observadores y actores de la época han calificado de «socialismo de la Europa del sur», que tendrá, a decir verdad, una duración de vida aún más efímera.

El eurocomunismo tiene, evidentemente, un carácter estrictamente interior al movimiento comunista, que en el fondo es determinante. Este conlleva varias cuestiones. De entrada, la cuestión, decisiva, de la relación de estos Partidos Comunistas con el sistema comunista mundial. El eurocomunismo se evidencia por una crítica, más o menos fuerte según las fases y las partes consideradas, de las realidades internas de la URSS (su régimen político, principalmente, pero también la estructura autoritaria de la sociedad o aun su historia) y de las relaciones impuestas por el partido soviético a los demás PPCC, en particular a los occidentales. La confrontación ha sido muy virulenta por no decir violenta, tal como lo recuerdan Emanuele Treglia y Philippe Buton. El PCUS, y a veces algunos de los partidos-hermanos, no se han contentado con polemizar públicamente con los PPCC español, italiano y francés. Directamente han intervenido en sus asuntos: enviando ukases; reduciendo o interrumpiendo la ayuda financiera; apoyando a los comunistas favorables a la URSS; incluso, en el partido español, favoreciendo escisiones, y, en el caso de los partidos francés e italiano, amenazando con hacerlo. Sin embargo, la toma de dis-

tancia de los PPCC con respecto a la URSS no ha llegado a traducirse en una ruptura total de los vínculos. Además, su crítica ha salvado algunos dominios, que no han sido tocados más que de manera muy marginal. Eso pasa con la política internacional, por ejemplo. O con la situación de los oponentes a los regímenes comunistas. El PCF, por ejemplo, no los ha sostenido: el célebre apretón de manos de Pierre Juquin, miembro del Buró Político, con el disidente soviético Leonid Plioutch en octubre 1976 representa un acto aislado y sin gran trascendencia.⁶ El PCI se ha interesado por los disidentes, pero con una prudencia extrema. Mientras que representaba una verdadera referencia y esperanza tanto para los contestatarios que se declaran socialistas, como, por otra parte, para los comunistas reformadores de los partidos comunistas en el poder, el PCI se ha andado con rodeos con los primeros jugando más netamente la carta de los segundos, una vez más con ciertos límites, como demuestra el trato incómodo y muy distante que adopta respecto a Jiri Pelikan, comunista checoslovaco, artesano entre otros de la Primavera de Praga, refugiado en Italia y que finalmente será sostenido plenamente por el PSI. Tal como dijo Valentina Lomellini, la cita con la disidencia fracasó.⁷ Sin duda, Santiago Carrillo ha sido objeto de la ira soviética más que Enrico Berlinguer y Georges Marchais. De todas formas, en los tres casos, las direcciones de los PPCC están puestas literalmente bajo presión: dotadas de capacidades de elaboración muy variadas, obligadas a tener en cuenta las reacciones de sus miembros y del aparato intermediario del partido, preocupadas de adaptar sus posiciones a los objetivos perseguidos en sus sistemas políticos nacionales, reaccionarán de manera diferente. El PCF se volverá a alinear desde 1979, manteniendo pese a todo algunos logros sobre su autonomía y siguiendo, a *mezza voce* públicamente, pero de manera más firme en los encuentros bilaterales en secreto, en la emisión de algunas críticas contra los países del «socialismo real». Los dos restantes PPCC

continuarán sus números de equilibristas consistentes en criticar a la URSS, pero considerándola de todas formas como superior al mundo capitalista, y porque los PPCC español e italiano esperan una reforma procedente del interior de la propia URSS: lo que explica porque el PCI, por ejemplo, sostuvo con entusiasmo muy tempranamente la empresa de Gorbachov.

Este distanciamiento no significa en absoluto un corte, un rechazo o una conversión a las posiciones chinas, o a la socialdemocracia, que sigue siendo denigrada, a pesar de los primeros acercamientos entablados por los italianos. Respecto a esto, la gran aportación del eurocomunismo, bien subrayada por Philippe Buton, es la de añadir a la relación clásica entre la nación y el internacionalismo, ya fuente de tensiones en el dispositivo comunista, otro nivel: Europa. Europa representa, sin embargo, un sujeto que hace estallar un gran día las profundas divergencias de apreciación de los tres partidos, que el lector puede reconstruir fácilmente a través de la lectura de los tres artículos que preceden.

Siempre en el seno del mundo comunista, el eurocomunismo introduce un sistema de relaciones complicadas entre los tres protagonistas y en el seno de cada partido. Entre ellos todas las combinaciones de un triángulo amoroso son posibles: relaciones privilegiadas entre dos (PCF y PCI, PCF y PCE, PCE y PCI), y juego de dos contra el tercero. De este hecho se deriva la instauración entre estos PPCC, más bien a nivel de sus esferas dirigentes y de sus intelectuales, de un espacio de confrontación pero también de intercambio y de imitaciones que favorecen, de manera más informal que formal, unas transferencias de ideas, de proposiciones, de reflexiones. A este respecto, el PCI se muestra, en la evidencia, el partido de referencia que inspira a numerosos comunistas franceses y españoles, pero de la misma manera también irrita a otros: lo atestigua el gran impacto de las obras de Gramsci en Francia y en España, y no simplemente en casa de los comunistas sino de toda la izquierda, e incluso más allá.

El eurocomunismo también tiene unas consecuencias en el interior de cada partido, ya que la elección de ir en esta dirección acentúa las divisiones internas, agudiza los enfrentamientos, exagera las rivalidades y provoca profundas heridas. Además, las relaciones entre dirección y base se vuelven complejas, ya que a los militantes más ancianos y aguerridos les cuesta mucho comprender las posiciones de sus dirigentes. De la misma manera se instauran diferencias en el núcleo dirigente del partido, los más ancianos desconfían de los recién llegados por haberse adherido sobre la base de las posturas de los años setenta, formando una verdadera generación eurocomunista, más abierta, crítica con la URSS, incluso indiferente a lo que ésta pudo representar en el pasado. Esta grieta perdurará en los PPCC, en todos los niveles. Pues los PPCC han sido sacudidos y profundamente desestabilizados por este episodio, pero quedándose dentro de ciertos límites que las direcciones velan para no trasgredir. Son los establecidos como elementos sagrados, imposibles, por consiguiente, de discutir: el centralismo democrático, la muestra de unidad del partido, la autoridad de los jefes y, excepto en el caso español, la modalidad de organización. Pero aún nos faltan unos trabajos precisos, a todos los niveles, sobre los tres partidos.

La existencia de temas intocables muestra claramente que una dimensión cultural interviene en el eurocomunismo, pues éste se ha caracterizado por una crítica a la URSS, sin conversión socialdemócrata. Así, ha intentado dar una respuesta a las transformaciones de los países capitalistas y democráticos del oeste europeo, esforzándose por conciliar marxismo y modernidad. Ha reconocido la democracia pluralista, renunciando definitivamente a la dictadura del proletariado. El objetivo principal era permitir a los tres PPCC llegar al poder. Su conversión a este tipo de organización democrática ha puesto en marcha un profundo proceso de aculturación democrática. El eurocomunismo, sin embargo, también quería revitalizar el ideal

comunista, reforzar su identidad y redefinir el internacionalismo, provocando, como ya se ha dicho, unas tensiones considerables en todos los partidos y en toda la opinión marcada por el comunismo. Y, en definitiva, no pudo ser posible: tocar a una de las piezas que formaban el mosaico del comunismo bolchevique significaba provocar la caída del conjunto del edificio. La consecuencia ha sido la rápida marginación del comunismo en Europa occidental, lo que constituye un cambio histórico considerable, dado que el fantasma del comunismo, para retomar la famosa fórmula de Marx, había atormentado el viejo continente.

Precisamente en este sentido, la aventura de estos tres PPCC pertenece plenamente a los años setenta. El eurocomunismo es el producto de los cambios de la época, mientras que su existencia marca el porvenir de este mismo periodo. El apogeo del eurocomunismo en 1976-1977, su disgregación posterior y el inicio del declive irreversible de los PPCC en Europa occidental, demuestran, una vez más, que los años setenta tienen dos vertientes, una perteneciente a un mundo bastante viejo que se termina, otra que engendra un nuevo mundo, el nuestro. El comunismo, siendo un actor importante del primero, ya casi no existe más que como memoria y objeto de historia en el segundo.

Traducción: Renato W. Forlano

NOTAS

- 1 Sobre el debate americano, ver Frédéric HEURTEBIZE, *L'attitude de Washington face à l'eurocommunisme en France et en Italie (1974-1981)*, tesis doctoral bajo la dirección de Pierre Mélandri, Université de Paris III, 2011, pp. 133-145. Es de esperar que este trabajo se publique pronto. Para un vistazo rápido, pero sugestivo, de múltiples trabajos consagrados al eurocomunismo, ver Silvio PONS, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006, pp. XV-XVIII. Emanuele Treglia en su introducción ha señalado las principales obras dedicadas a este tema.
- 2 A título de ejemplo, véase Philippe CHASSAIGNE, *Les années 1970. Fin d'un monde et origine de notre modernité*, París, Armand Colin, 2008; el número especial «European Responses to the Crisis of the 1970s and 1980s», *Journal of Modern European History*, vol. 9, 2, 2011; VARSORI, Anto-

nio y MIGANI, Gaia (eds.), *Europe in the international arena in the 1970s: entering a different world. L'Europe sur la scène internationale dans les années 1970*, Bruselas, Peter Land, 2011.

- 3 MARTELLI, Roger, *Prendre sa carte 1920-2009. Données nouvelles sur les effectifs du PCF*, Pantin, Fondation Gabriel Péri-Département de la Seine Saint-Denis, 2010.
- 4 Además de la tesis de Frédéric Heurtebize ya mencionada, véanse, entre otros: BROGI, Alessandro, *Confronting America. The Cold War between the United States and the Communists in France and Italy*, Chapel Hill, The University of North Caroline Press, 2011, pp. 302-346; GUALTIERI, Roberto, «The Italian Political System and Detente (1963-1981)», *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 9, 4, 2004, pp. 428-449; GENTILONI SILVERI, Umberto, *L'Italia sospesa. La crisi degli anni Settanta vista de Washington*, Turín, Einaudi, 2009; NJOSLTAD, Olav, *Peacekeeper and Troublemaker: The Containment of Jimmy Carter, 1977-1978*, Oslo, Norwegian Institute for Defense Studies, 1995; Id., «The Carter Administration and Italy: Keeping The Communists Out of Power Without Interfering», *Journal of Cold War Studies*, vol. 4, 3, 2002, pp. 56-94.
- 5 VARSORI, Antonio, «Puerto Rico (1976): le potenze occidentali e il problema comunista in Italia», *Ventesimo Secolo*, 16, 2008, pp. 89-121.
- 6 Véanse los testimonios de Juquin, Pierre, *De battre mon cœur n'a jamais cessé*, Paris, L'Archipel, 2006, pp. 365-366. Véase también VAISSIÉ, Cécile, «Les chevres, les choux et les canards sauvages: les ambiguïtés françaises face à la dissidence soviétique», *Communisme*, 62-63, pp. 153-172.
- 7 LOMELLINI, Valentina, *L'appuntamento mancato. La sinistra italiana e il dissenso nei regimi comunisti (1968-1989)*, Florencia, Le Monnier, 2010.



EL PASADO COMO PROBLEMA. ENTREVISTA CON SANTOS JULIÁ SOBRE LA HISTORIA DEL SOCIALISMO ESPAÑOL

Abdón Mateos



¿Cómo se desarrollaron tus primeros años de niñez y juventud?

Yo nací en Ferrol, en 1940, pero mi infancia y juventud es de Sevilla, donde mi familia se vio obligada a trasladarse seis años después y donde cursé el bachillerato, en el Instituto San Isidoro, y luego ingresé en el Seminario de San Telmo. De Sevilla son mis primeros y mejores amigos y de Sevilla me fui en dos ocasiones. La primera a París en septiembre de 1967. Don Ramón Carande me había recomendado que me presentara a Marcel Bataillon pero mis imborrables recuerdos de París están unidos a los largos ratos de charla con José Bergamín y

con Fernando Claudín, y con mi mejor amigo de Sevilla, Manuel Mallofret. En los años anteriores, desde que terminé mi licenciatura en Teología en Salamanca, había sido compañero de viaje del PCE. La gente de Comisiones Obreras se reunía en mi casa, en el Polígono Sur. Sabían que yo estaba a su disposición y cuando fui a París contacté con exiliados del PCE. Escribí dos artículos largos, uno sobre el diálogo entre marxismo y cristianismo y otro sobre la política de Pablo VI ante la guerra de Vietnam. Manuel Azcárate no los vio muy apropiados para la revista *Realidad* y se los pasé a Fernando Claudín que los publicó en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, después de que Bergamín dejara en el primer folio su *imprimatur*. Fueron mis dos primeros artículos, firmados con mi nombre y mis dos apellidos en 1968, poco antes de mayo. Volví Madrid y, años después, a principios de 1973, mis amigos de Sevilla me ofrecieron la dirección del Colegio Aljafare, pero muy pronto vi en el ABC una convocatoria de becas para Estados Unidos, administradas por la Comisión Fulbrighth, y presenté una solicitud. Recuerdo que me entrevistaron el mismo día en que ETA asesinó a Carrero Blanco: me concedieron la beca y dejé de nuevo Sevilla, rumbo esta vez a California. Eso fue en el verano de 1974.

En esos años publicaste tus primeros libros sobre la Revolución china y un manual marxistizante para una Escuela de Formación Profesional.

Bueno, un amigo jesuita de Sevilla, Manuel Bermudo, que había impulsado las Vanguardias Obreras, me encargó un manual para una Escuela de Formación Profesional con la que tenía alguna vinculación. Sabiendo que era aficionado a la Historia, me pidió unos apuntes de historia universal para los chavales, y al final decidieron publicarlos en un libro. El libro se vendió muchísimo, con varias ediciones que utilizaron diversos cursos para mayores. En algún momento, Ricardo de la Cierva atacó desde el diario *Ya* a los jesuitas por publicar libros marxistas como le parecía el mío. Entonces, el director de la editorial Mensajero, de Bilbao, me pidió explicaciones por el contenido del libro. Me pareció tan ridículo que se dejara caer años después con eso que, antes de dar las explicaciones exigidas, retiré mi autorización para que siguieran publicándolo.

Esas publicaciones eran como ganapanes, pues en esos tiempos vivía de traducciones, encuestas y trabajos diversos. Otro libro de encargo, para el Círculo de lectores, fue sobre la China de Mao, en el que contaba su evolución desde los orígenes del Partido Comunista hasta la revolución cultural. La censura obligó a sustituir el título *La China Popular* por *La China roja*, tachando todo lo relativo a la «larga marcha», quizá porque tenía un tono demasiado épico. Ahora lo veo y me parece mentira haberlo escrito, pero en fin, ahí está, gracias a otro amigo de Sevilla y de Salamanca, Daniel Romero.

¿Te había influido el 68 desde un punto de vista ideológico, en el sentido de ver al PCE como un partido revisionista?

No, no, a pesar del entusiasmo que levantó aquella explosión de palabra, yo seguí pensando que el PCE mantenía la política más adecuada a las circunstancias españolas. En los años sesenta en Sevilla, la relación entre comunistas y cristianos era bastante estrecha. Hacíamos en la práctica aquella política de «reconciliación nacional» que el PCE impulsaba desde 1956: fuimos demócratas antes de la democracia, como aquel que escribía en prosa sin saberlo. Nos reunía-

mos, nos veíamos, participábamos en las mismas iniciativas. Tuve muy buenos amigos comunistas y sabía perfectamente que eran militantes del PCE los que venían a mi casa para organizar las comisiones obreras, que aun se escribían muchas veces sin mayúscula. Ellos no lo ocultaban cuando venían a aquella casa —más bien casitas bajas, como eran conocidas, de una barriada de viviendas prefabricadas con planchas de uralita— y se quedaban un buen rato en la puerta, para que la policía tomara nota de su presencia y de que se reunían allí. Cuando fui a París lo primero que hice fue encaminar mis pasos a la Fundación de Investigaciones Marxistas donde se reunía el comité de redacción de la revista *Realidad*, que, si no recuerdo mal, estaba en la misma calle en que se rodaron algunas escenas de *El último tango en París*.

¿Cuál era tu proyecto de estudio entonces?

Mi primer proyecto fue para ir a Estados Unidos: un proyecto muy fantasioso sobre la persistencia de las estructuras en las sociedades posrevolucionarias, con el ánimo de hacer algo de sociología histórica. Intentaba aplicar, como Trotsky, categorías de la revolución francesa a lo que había pasado en Rusia, pero cuando llegué a Stanford y vi el fondo Bolloten, di libre curso a mi interés sobre lo sucedido en España, preguntándome por las razones de la derrota de la República. Ese fondo de prensa y folletos era algo imposible de encontrar entonces en España. Años después, iría a dar un curso en La Jolla, donde guardaban la colección Soutworth, que era más rica en folletos, sobre los años republicanos. La biblioteca de la Hoover Institution, de Stanford, fue muy importante para mí porque me empapé de lecturas sobre socialismo y comunismo desde la creación de la Internacional hasta los años de la Segunda Guerra Mundial. Me ayudó a situar lo que en principio, sin proponérmelo, fue creciendo como un estudio de *La izquierda del PSOE*, un análisis político, que fue mi primer trabajo de investigación. Luego, mi tesis doctoral, en cambio, fue un trabajo de his-

toria social sobre Madrid en los primeros años republicanos. La tesis es de 1981 pero el texto lo seguí trabajando hasta que publicarlo en 1984.

¿Tu formación como historiador fue autodidacta o tuviste maestros?

No, no tuve maestros. En los años de Stanford mantuve una excelente relación con Burnet Bolloten. Era muy cordial y generoso, y de un anticomunismo visceral, marcado por los primeros años de la guerra fría. Era un tipo estupendo, podíamos pasar horas charlando de la República y de la guerra civil. A la vuelta, hice la licenciatura de Sociología en la Universidad Complutense por libre, solo iba a examinarme, ya que tenía que ganarme la vida en diversos trabajos. Antes de salir a Estados Unidos y de la licenciatura, cursé una diplomatura de tres años en una efímera Escuela de Sociología de la Universidad de Madrid que luego me convalidaron algunos profesores por sus asignaturas en la Facultad.

Don Ramón, a quien sí he llamado maestro, fue para mí, sobre todo, un amigo mayor pero no un maestro en el sentido académico. Me hablaba de la Segunda República y de Manuel Azaña. Como yo le comentara mis lecturas de Marx, me invitaba a leer también a Max Weber. Recuerdo que compré de tapadillo las obras completas de Azaña por indicación suya poco después de que aparecieran en México. Fue para mí un auténtico descubrimiento. De todas formas, en los años sesenta, el principal objeto de búsqueda para los cristianos y los curas llamados comprometidos o «encarnados» en el mundo de los suburbios y de la clase obrera era el marxismo, que explicaba el presente de explotación iluminaba la marcha de la historia. Hubo un tiempo en que buscábamos a Marx como fuera. Primero, el libro del jesuita Yves Calvet, que había que leer hasta no sé qué página. Luego había que apañárselas para leer a Marx y ahí me tienes, haciéndome con los tres volúmenes de *El Capital* en la traducción de Roces.

No, no he tenido maestros en el sentido aca-

démico habitual, aunque en Madrid tuve ocasión de trabajar durante un año, el de 1971 si no recuerdo mal, con Carlos Moya, en un informe sobre la situación de la medicina en España. Con Moya, mi trato con Max Weber y con la Sociología adquirió nuevas perspectivas relacionadas con la burocracia, las señas de Leviatán y la famosa aristocracia financiera.

Volvamos a la egohistoria con tu libro La izquierda del PSOE

A la izquierda del PSOE llegué en parte de manera fortuita. Como te digo, me interesaban los movimientos revolucionarios a partir de la revolución rusa, la evolución de la socialdemocracia alemana, del comunismo ruso, y otros movimientos revolucionarios de la época. Pero al encontrarme con prensa y folletos del PSOE y del PCE en los años treinta me dediqué durante los dos años de Stanford a dar vueltas a las estrategias del proyecto largocaballerista en relación con otras corrientes de la izquierda socialista europea. Me encontré con una colección de *Claridad*, *El Socialista* o la revista *Comunismo del Bloque Obrero y Campesino* (BOC). Hoy no escribiría un libro sobre el PSOE circunscrito a dos años como ese, el bienio 1935-36, pero entonces yo no pensaba que algún día me dedicaría profesionalmente a la historia; mi interés se reducía a analizar las razones y desventuras de la política socialista.

Tengo la impresión de que la cuestión del alcance de la radicalización socialista era un tema que estaba en el ambiente de la historiografía de esos años.

Sí, es cierto, pero yo no me había enterado al estar fuera de España y fuera de los círculos de los historiadores. Cuando regresé a Madrid veo que acaban de aparecer los libros de Marta Bizcarrondo y de Andrés de Blas. Yo traía el esqueleto del libro sobre la radicalización del PSOE y lo completé con fondos en la hemeroteca de Madrid. Es un libro que tiene un argumento acerca de qué es eso de la izquierda del socialismo español. Mi interés se centraba en la

cuestión de por qué fracasan las revoluciones y, en este sentido, qué había dentro de esa corriente del PSOE y por qué no dio resultados sino, al contrario, condujo a un desastre.

En aquellos años la historia del socialismo y, en general, de las organizaciones del movimiento obrero era un tema estrella. ¿Cómo se produjo tu entrada en los círculos de los historiadores españoles?

Lo recuerdo bien, porque yo era un *outsider* que de manera casual residía en Oxford. Y también casualmente, me llamó Manuel Tuñón de Lara para encargarme una ponencia en el X Encuentro de Pau de historiadores españoles. El encuentro, que sería el último de Pau, se dedicaba a levantar un estado de la cuestión sobre la historiografía de la España contemporánea y Tuñón me pidió que me ocupara de la Segunda República, porque alguien le había fallado. Era el curso 1978-1979 y yo disfrutaba en Oxford de una beca del banco Urquijo, que me había conseguido don Ramón Carande. Estaba en el St. Antony's College, dirigido por Raymond Carr, y con Juan Pablo Fusi, responsable del Iberian Center. Coincidí en Oxford con un magnífico plantel de investigadores de historia económica, como Antonio Gómez Mendoza, y Leandro Prados de la Escosura, y de economía, como Fernando Maravall. Mi relación con Carr fue estupenda; él me sugirió investigar sobre la Iglesia católica en vez de la lucha de clases en Madrid, pero yo, de la Iglesia me sentía ahora ajeno por completo, y en esos momentos estaba muy en boga la historia urbana: Stedman Jones y su *Outcast London*, o Joan Scott y sus *Verriers de Carmaux*. En la Bodleian Library, que recuerdo como un paraíso, tuve ocasión de leer los informes sobre la llegada de las máquinas y las grandes fábricas a las ciudades inglesas. Fue un año magnífico, la verdad, que me puso en contacto a la vez con Carr y con Tuñón: no se puede pensar mejores compañías para entrar en lo que llamas círculos de historiadores españoles.

Sin embargo, siempre has estado muy interesado por la sociología histórica, que está emparentada

con la historia comparada a pesar de la dificultad de la misma por los contextos y por el necesario dominio de varias historias nacionales.

Siempre he llegado a mis temas españoles a partir de lecturas sobre temas extranjeros, aunque nunca he escrito historia comparada. La historia comparada tiene interés, pero yo no he ido por ese camino. Traduje dos libros de sociología histórica, de Perry Anderson, sobre las diversas genealogías del estado absolutista y sobre las transiciones de la antigüedad al feudalismo y disfruté mucho de esas grandes construcciones. Lo que pasa es que, a mi, una vez que me hago con el marco y entiendo el gran proceso, lo que me interesa es el detalle del caso, que me parece lo propio de la mirada del historiador. Si previamente, o al mismo tiempo, vas estudiando lo que ha ocurrido en otros lugares, al final lo que ocurre es que tu mirada sobre el caso se enriquece porque añades nuevos recursos para tu interpretación.

Si, por ejemplo, has trabajado sobre la socialdemocracia alemana, que era tan fuerte, casi un Estado dentro del Estado, y ves cómo sucumbe ante el avance del nazismo sin ser capaz de reaccionar... Ese estudio te arma la cabeza para entender qué ha pasado en otro lugar. Y eso mismo me ha vuelto a pasar con mis trabajos sobre intelectuales. Antes de escribir sobre las *Historias de las dos Españas*, que es una historia de los intelectuales en España, de sus sucesivas generaciones, me leí una enorme cantidad de literatura sobre intelectuales en Francia, en Alemania, en Rusia, que en el libro no aparecen pero que son como el sustrato sobre el que he montado mi propia interpretación.

Ésta sería tu cuarta gran línea de investigación, después de la historia del socialismo español, la historia de Madrid y la biografía de Azaña.

Sí, cuatro líneas que han coexistido en el tiempo, ya que sobre Madrid escribí otro libro con David Ringrose y Cristina Segura, Madrid. *Historia de una capital*, que aun sigue vivo, y a Manuel Azaña volví con la edición de sus obras

completa y una biografía que lo acompaña de la cuna a la tumba.

Unas líneas de investigación que, por otro lado, siempre has dejado abiertas, con una promesa de continuarlas. Eso es lo que has hecho con la biografía de Azaña o la historia de los socialistas españoles hasta 1982. En el caso de las organizaciones socialistas después del libro sobre la izquierda del PSOE, hiciste un largo estudio preliminar a los escritos de Largo Caballero, un libro de síntesis sobre los socialistas durante los años treinta y, finalmente, en 1997 el libro *Los socialistas en la política española*.

En este último, dejas abierta la posibilidad de estudiar la época socialista de Felipe González, algo que en efecto habías realizado en numerosos artículos en El País a lo largo de los años noventa con un juicio muy crítico. Por lo que conozco, te habías aproximado al PSOE tras el golpe de Estado de febrero de 1981, con un grupo de intelectuales del entorno de la revista «En Teoría».

Me acerqué, pero no me llegué a afiliar. Eso fue una especie de decisión colectiva del grupo de la revista *Zona Abierta*, que animaban Ludolfo Paramio y Jorge Martínez Reverte, dos tipos sin igual. Creo que en el grupo de solicitantes también estaban Joaquín Arango y Mercedes Cabrera, y no sé si Julio Carabaña, es decir, que me encontré en muy buena compañía. El golpe de Tejero nos convenció de la necesidad de entrar en un partido, y lo más cercano de todos era el socialista. Así que decidimos incorporarnos al PSOE y salió en *El País* una nota en la que aparecían nuestros nombres; pero el tiempo pasó y yo no formalicé la inscripción.

Era un grupo de diez intelectuales con un tapado, que no sé si sería Fernando Claudín, aunque por razones históricas me extrañaría.

No creo que Claudín solicitara nunca la afiliación. Enseguida fue director de la Fundación Pablo Iglesias y gracias a Fernando se organizaron tres ciclos sobre historia del socialismo en España, que yo coordiné, pero nunca llegué a

recoger el carné del PSOE. Me pasó como con el PCE a la vuelta de Stanford, cuando me incorporé a una célula del partido comunista y al final no llegué a confirmar mi afiliación.

¿Teníais alguna pretensión de ejercer un debate teórico en el seno del PSOE? Recuerdo que en 1984 publicaste, junto a Ludolfo Paramio, un balance de los dos primeros años de gobierno socialista en la revista Leviatán. Sin embargo, tu paso por la administración socialista como director general duró solo unos meses de 1991, tras la dimisión de Alfonso Guerra de la Vicepresidencia.

Mi capacidad de militancia quedó agotada tras mi paso por la Iglesia. Cuando salí de ella, ya no pude creer en nada con parecida intensidad. Como decía aquel a quien trataban de convertir a alguna confesión protestante: Hombre, si no creo en la Iglesia verdadera ¿cómo voy a crear en la falsa? Y de mi fugaz paso por la administración socialista, fui director general del Libro durante un periodo brevísimo, creo que tengo el record. Jorge Semprún me llamó a mitad de febrero de 1991 y dimití a finales de marzo al ser nombrado Jordi Solé Tura. No tenía ninguna diferencia con el nuevo ministro, pero solamente había aceptado el cargo por la extraordinaria circunstancia en la que Semprún me lo propuso, cuando le quedaba muy poco tiempo —o eso creía yo, y así se lo dije— para su salida del Ministerio. Estuve unas semanas más, a la espera de mi sustitución, hasta que un día apareció mi nombramiento como director también de la Biblioteca Nacional; sorprendido por una iniciativa tomada sin previa comunicación (solo porque era necesario que alguien firmara los pagos debidos a los servicios de limpieza, que el interventor se negaba a autorizar) ese mismo día anuncié en la prensa que el nuevo ministro tenía desde su llegada mi dimisión como director general encima de la mesa.

En cualquier caso, son años en los que estás muy cercano a las fundaciones socialistas, en especial, con la Fundación Pablo Iglesias, en la organización de seminarios y publicaciones.

En realidad, todo fue por amistad, pero nunca tuve una relación institucional con ninguna fundación de ningún partido. Fue por amistad con Fernando Claudín por lo que organicé, con la impagable colaboración de Duca Aranguren, esos tres seminarios sobre la historia del socialismo español y los dos sobre la Europa del siglo XX, junto a Mercedes Cabrera y Pablo Martín Aceña. También por los primeros ochenta, Ludolfo Paramio me propuso formar parte del consejo editorial de *Zona Abierta* cuando se refundió con la revista *En Teoría*.

¿Hasta qué punto crees que el estudio del PSOE en el poder después de 1982 requiere un cambio de enfoque, en el sentido que hay que analizar las relaciones entre partido, grupo parlamentario y gobierno?

Después del 82, ya no es sólo la historia de un partido que ha tenido una relación con el poder del gobierno muy limitada a los años de la República y la guerra. En 1982 es un partido con mayoría absoluta y una historia del partido exigiría estudiar sus políticas desde el poder. Por eso el libro *Los socialistas en la política española* lo dejé en 1982, momento hasta el que se podía reconstruir con suficiente perspectiva la línea que va del exilio al gobierno. Escribí una especie de epílogo que quería ser una síntesis de los años de gobierno hasta 1996, pero al final lo dejé fuera, a la espera de que se apaciguaran las emociones del momento. Ahora no descarto completar la historia, si el tiempo me es propicio.

Caracterizas el proceso interno del PSOE en los años setenta como una refundación que la Academia define como «Acción y efecto de transformar radicalmente los principios de una institución», mientras que yo lo caracterizo como una renovación político-ideológica, unida a una reestructuración organizativa, en la que no hay ruptura con el exilio. Además focalizas tu atención en lo ocurrido en el partido, sin tener en cuenta lo que ocurre con las Juventudes o la UGT, cuya renovación arranca desde el mismo exilio, sobre todo de la segunda generación

compuesta por hijos de refugiados del 39, huidos de la primera clandestinidad y emigrantes.

Efectivamente, se trata del mismo partido, refundado a partir de Suresnes: se refunda lo que existe para adaptarlo a circunstancias completamente distintas, a una nueva situación. Refundar no es romper la organización, ni optar por la salida para crear una nueva. El acierto del grupo de Felipe González, a diferencia de Tierno y de los grupos que pululaban por el interior, consistió en dar la batalla dentro del mismo partido, convencidos de que la memoria histórica jugaría a su favor. Creyeron que las siglas y la organización poseían un alto valor histórico y de futuro, y se dijeron: nos hacemos con la dirección y la traemos a España. Y, a diferencia del PCE, que mantuvo su vieja dirección del exilio, acertaron.

Sí, yo caracterizo la evolución durante los años setenta con el PSOE como un proceso de transición que arranca desde la segunda generación del exilio con las Juventudes Socialistas y la UGT para culminar en 1979. En 1979 y 1984 se harán modificaciones en el modelo de partido centralizado con la representación indirecta de las agrupaciones de la base, la aceptación de las corrientes de opinión y las incompatibilidades entre la dirección del partido y la acción de gobierno.

Yo no veo tal proceso de transición; lo que veo es una conquista de la dirección para, desde ella, adaptar el discurso y la práctica política a la situación del interior, de la que el exilio llevaba cerca de cuarenta años cortado: la militancia es nueva y se modifica la organización, además del discurso. Años después, la incompatibilidad entre ser del Gobierno y de la Ejecutiva es algo que propone Alfonso Guerra, pero que no afecta ni al presidente ni al vicepresidente, solo a los ministros: un primer paso en la escisión en la cima que se consumará desde 1991. En parte, no seguí estudiando lo posterior a 1982 porque en los años noventa no estaban catalogadas ni disponibles las fuentes. En la Fundación no había apenas nada y del partido me dijeron que estaba todo amontonado en un almacén. Es un

libro que hoy, quince años después, necesitaría una actualización, porque han aparecido muchas cosas sobre la represión, el exilio o los años de la Segunda República y la guerra.

Se puede decir que has sido uno de los primeros reivindicadores de la figura de Negrín, con un artículo publicado en El País en 1992, «La doble derrota de Juan Negrín». Ahora, en cambio, se ha producido una explosión de rescatadores de su presunto olvido, en la que has guardado un cierto silencio

Bueno, lo escribí con ocasión del centenario de su nacimiento para explicar el doble motivo de la mala fama que rodeó a su figura: último resistente, derrotado también por los suyos: por eso hablé de una doble derrota. Pero ya mucho antes Gabriel Jackson había ofrecido de él una imagen muy equilibrada. Luego han aparecido las buenas monografías de Ricardo Miralles y Enrique Moradiellos. Sin contar la tetralogía de Ángel Viñas, que se detiene minuciosamente en la gestión del presidente del gobierno, basada en documentación original. Por mi parte, he vuelto a Negrín en mi biografía sobre Azaña, en la que me detengo en la relación entre los dos presidentes. Son dos personalidades muy distintas. La estrategia de Negrín fracasó en un punto central: su convicción de que una batalla decisiva podría cambiar el curso de la guerra civil, al modo en que durante la Gran Guerra lo creyeron los estrategas militares, franceses y alemanes. Y Azaña falló en otro: su expectativa en una intervención extranjera, ya que creía que Inglaterra y, sobre todo, Francia, por su propio interés, no dejarían caer a la República española. Creo que el biógrafo, por mucha empatía que tenga con su personaje, no debe renunciar a realizar un análisis crítico: esa renuncia a la crítica carece de sentido en un historiador. El historiador no defiende una causa al escribir una biografía, trata únicamente de hacer comprensibles su personaje y las decisiones que toma.

¿Qué opinas de la caracterización de Fernando del Rey sobre el PSOE en los años de la República

como un partido con una visión patrimonialista del nuevo régimen? En el socialismo español hay una tradición insurreccional debido a los límites democráticos de la monarquía liberal. Prieto todavía lo está diciendo en 1930: es imposible llegar al poder por una vía meramente electoral, debido a las resistencias del sistema de poder de la monarquía.

No es que los socialistas pensaran que la República fuera suya. Creo que cuando salen del gobierno los socialistas –PSOE y UGT– creen que la Segunda República está acabada, que la etapa republicana ha dado de sí todo lo que de ella podía esperarse. Para los socialistas, la República era una etapa del camino hacia el socialismo en la que debían colaborar con los republicanos de izquierda; con lo que entendieron como expulsión del gobierno en la crisis de septiembre de 1933 quedaba cumplida esa fase. Al darla por cerrada, el único horizonte era para muchos de ellos continuar la marcha al socialismo. Y ahí es cuando recuperan la vieja idea de que para llegar al socialismo hay que conquistar en solitario el poder. El proyecto de la izquierda del partido, de los seguidores de Largo Caballero, cobra entonces nuevos vuelos. La izquierda está convencida de que van a ganar las elecciones y si las elecciones no llevan al gobierno, entonces habría que ir a la lucha por todos los medios.

¿Cómo se produjo tu vinculación académica con la Universidad Nacional de Educación a Distancia?

Gracias a Carlos Moya y a Mari Carmen Ruiz de Elvira, que me llamaron en 1979 para ocupar una ayudantía vacante en el ICE. Luego, cuando se creó la Facultad, del área de Sociología, en la que me «idoneicé», pasé al área de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, porque aquí no había nadie para ocuparse de las asignaturas del área. Y en el área y el departamento que bautizamos como de Historia Social y del Pensamiento Político me he quedado hasta la jubilación, y aquí sigo de emérito, muy a gusto, la verdad.

Otra de las facetas de tu trayectoria como historiador ha sido la dirección de tesis, la promoción de libros colectivos y la realización de seminarios sobre la historia contemporánea de España.

La mayoría de los doctorandos han llegado con su tema definido y, en algunos casos –no siempre, porque hay otros que exigen un minucioso trabajo de lectura– la dirección de tesis ha resultado un ejercicio muy grato. Desde hace más de veinte años, con José Álvarez Junco, mantenemos un seminario de historia, con sesiones regulares en la Fundación Ortega y Gasset. Más que discípulos o ayudantes de investigación, lo que nos interesa al grupo de profesores que nos reunimos es el debate, la discusión a fondo de los trabajos que se presentan. En mi opinión, el trabajo del historiador es como el de un artesano, aunque Febvre creía que esa figura estaba ya a punto de desaparecer. Se debate en grupo, pero se investiga individualmente, sin contacto físico con las fuentes no hay escritura de historia que valga.

Para terminar, se puede decir que has sido muy crítico con el uso político de la guerra y del franquismo desde la llegada del Partido Popular al poder en 1996. Quizá se podría observar un giro conmemorativo desde el final de los años ochenta, con Semprún en el Ministerio de Cultura, pues no en vano había sufrido el drama de la guerra y el exilio. Además, es el momento del cincuentenario del final de la guerra y de la muerte de alguno de los principales protagonistas como Azaña, Besteiro o Companys.

Mis recuerdos son que desde los años de la Transición, la guerra y la dictadura han sido temas de debate público recurrente, como prueban las miles de publicaciones de todo tipo que se han ocupado de ellas, los cientos de coloquios y congresos que se han organizado, las películas, las novelas, las exposiciones, las series documentales de televisión, todo eso antes de que Semprún llegara al Ministerio. Creo, y he tratado de documentarlo, que fue una memoria de la guerra, compartida por hijos de los vence-

dores y de los vencidos, y no la amnesia, lo que condujo a la amnistía. En los años ochenta y noventa nunca se dejó de debatir sobre el pasado, con ocasión o no de los sucesivos aniversarios: proclamación de la República, revolución de octubre, inicio de la guerra, fin de la guerra. Sin embargo, hay algo nuevo en torno a 2000, que es la cuestión de las fosas. Aunque algo había aparecido ya en los años de la transición, no existía entonces la misma posibilidad de realizar exhumaciones y de verificar pruebas de identificación. Pero a partir de 2005, creo que ha sido una mala opción política subvencionar a asociaciones privadas e incluso a particulares para que realizaran los trabajos de exhumación y digno enterramiento de las víctimas. Una vez comprobada la magnitud de la tarea, el Estado debía haber asumido desde el primer momento la exhumación de las fosas de las víctimas de la represión franquista, con sus propios recursos y dedicando a la tarea los funcionarios que fuera menester. Y he defendido también que están en su derecho tanto las familias que opten por convertir el lugar del crimen en un lugar de memoria como los que demandan exhumar los restos y trasladarlos a los cementerios.

LA LEALTAD AL LÍDER

EL PLEBISCITO DE 1988 Y LA DERECHA EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA CHILENA

Pablo Rubio Apiolaza
Universidad Austral de Chile¹

Introducción

El proceso de transición chilena desde un régimen autoritario (liderado por Augusto Pinochet desde 1973 a 1990) a uno de carácter democrático hunde sus raíces en la conflictiva década de los ochenta. Este contexto se caracterizó por la promulgación de la Constitución Política, por una aguda crisis económica y por el resurgimiento del sistema de partidos y del movimiento social. Junto a otros elementos nacionales e internacionales, estas circunstancias determinaron una profunda crisis del régimen militar, que finalmente determinó una salida pactada a la democracia. En el complejo marco de esa década, las bases civiles de apoyo al régimen se organizaron rápidamente para desenvolverse en la futura democracia.

Tras un relativo «silencio político» que se extendió a lo largo de diez años, desde 1983 la composición de la derecha civil se aglutina con meridiana claridad principalmente en torno al Movimiento de Unión Nacional (MUN) —desde 1987 Renovación Nacional (RN)—, y a la Unión Demócrata Independiente (UDI). Estas heterogéneas organizaciones pronto se transformaron en protagonistas de la transición, en un marco de profundas diferencias internas de carácter estratégico y político. En efecto, la postura de esos partidos respecto a la figura de Pinochet y a la propia transición representó un eje de sustantivas diferencias, que a partir de 1990 marcó el bipartidismo que predominó en la derecha chilena.

Este artículo reconstruye parte de esa diversidad que se mostró reflejada en la consulta plebiscitaria de 1988, el cual definió la continuidad de Pinochet al mando del país. Examinar históricamente esa coyuntura permite confirmar con mayor propiedad la existencia de «derechas», CABE decir, de un campo con una diversidad interna importante. ¿Cómo enfrentó la derecha el plebiscito de 1988? ¿Mantuvo su lealtad al régimen o la condicionó en torno a otros elementos? ¿Se puede afirmar que existe una cultura plural de «derechas»? Éstas son algunas de las interrogantes examinadas en este artículo.

En Chile, la segunda mitad de la década de 1980 estuvo marcada por la preeminencia definitiva de la tesis de la «transición pactada», aunque es cierto que el proceso fue controlado por el propio gobierno hasta bien entrada la década.² Este tipo de transición incluía la aceptación de las «reglas del juego» constitucionales, concretamente contenidas en el articulado transitorio de la Carta Fundamental de 1980. En esta nueva coyuntura, las «reglas del juego» incluyeron la realización de un plebiscito ratificatorio en 1988, que —de resultar vencedor en la contienda— ratificaría el mandato del general Augusto Pinochet por ocho años más.

La opción de una transición gradual ganó mucho terreno en las élites políticas, en parte por el propio camino asumido por el régimen militar, el cual desde 1986 dictó sucesivas leyes políticas para intentar lo que el ministro Secretario Ge-

neral de Gobierno, Francisco Javier Cuadra, denominó la «proyección del régimen».³ De esta forma, en octubre de 1986 se promulgó la ley de Inscripción Electoral y de Servicio Electoral, piezas clave del engranaje político y que garantizaban comicios limpios e imparciales. A la ley de Partidos Políticos se sumó la promulgación de la ley de Votaciones Populares y Escrutinios, dictadas en 1987 y 1988, respectivamente.⁴

A pesar de la desconfianza de la oposición, el gobierno militar garantizó determinadas condiciones para la realización de un plebiscito, que impondría al general Augusto Pinochet como el candidato único de la contienda. Tanto la propia opción del plebiscito como la presentación del jefe de Estado como candidato único en aquella elección, suscitaron ásperos debates en las organizaciones civiles adherentes del régimen.

La reactivación de la movilización opositora en 1986, que incluyó una dosis de violencia principalmente proveniente de grupos de izquierda radicalizados, comenzó a forjar una unidad coyuntural entre los sectores de derecha, los cuales se caracterizaron por su fragmentación en la primera parte de la década.⁵ Principalmente en el sector juvenil y estudiantil, sus bases comprendieron que, si bien intelectualmente se estaba aceptando una salida pacífica y gradual hacia un contexto democrático, en la práctica la oposición no renunciaría a la movilización social con fines de desestabilización.⁶

Dicho de manera sucinta, el período que se extendió desde fines del año 1986 y comienzos del año siguiente constituyó una etapa clave en la historia política chilena. Esto fue posible porque se configuraron con mayor decisión, y tras un largo camino recorrido durante más de una década, los dos bloques político-ideológicos definitivos que predominaron en el Chile de la transición, vale decir, un centro-izquierda moderado, y una derecha que también poseía cuotas importantes de diversidad.⁷

Dentro de esta nueva coyuntura, los adeptos civiles del régimen representados en el MUN y

en la UDI experimentaron tal vez el momento más traumático de su experiencia en los años ochenta: la formación de Renovación Nacional, considerada como la única instancia de unidad política del sector. En este momento, el desafío de unificar a las distintas «derechas» en un solo partido —y en un momento clave del régimen militar— constituyó un ejercicio arriesgado y complejo, ya que reunía tanto a incondicionales del gobierno como a personas que tenían ciertas ideas críticas.

Tras consolidarse la ruptura de RN en abril de 1988 —que volvió a separar a la UDI del MUN, esta última mantuvo el nombre de Renovación Nacional—, el plebiscito de octubre nuevamente dejó entrever las diversidades de este sector.

El plebiscito de 1988 y la derrota electoral

Desde mediados de ese año, los dos partidos de derecha reformularon parcialmente sus estrategias partidarias después de su traumática separación. La proximidad del plebiscito provocó una rápida y momentánea unificación, aunque manteniendo las profundas diferencias que, a la postre, terminaron con el proyecto de una derecha política unida. Esta vez, el apoyo inequívoco a la obra del régimen militar provocó que las diferencias más profundas se dejaran atrás, aunque en esta coyuntura ambos partidos difirieron en la organización y en los contenidos de la campaña electoral.

Sin embargo, la mayor consistencia de la derecha se fortaleció en tanto se alejó progresivamente del centro político, representado por la Democracia Cristiana, que a estas alturas estaba consolidando su alianza con la izquierda moderada. Esto tuvo su corolario en la fundación, el 2 de febrero de 1988, de la «Concertación de Partidos por el No», alianza electoral destinada a derrotar al régimen en el plebiscito.⁸ El desafío de la derecha consistió también en hacer frente a una oposición que, por encima de sus diferencias, poseía una mayor consistencia de su mensaje político, dentro del cual la demanda

de democracia y las denuncias por violaciones a los derechos humanos constituían sus ejes principales.

De todas maneras, las fuertes críticas propinadas a la oposición, visibles desde comienzos de año, le otorgaron unidad de propósitos al proyecto de la derecha, a la vez que ocultó por un momento al menos, su profunda diversidad interna.⁹ Uno de los críticos más acérrimos fue el dirigente de la UDI Pablo Longueira, quien estimó que:

es evidente que para que la opción del No tuviese un mayor grado de credibilidad en la opinión pública, había que encontrar una figura que no reflejara el caos. Como ya no la obtuvieron, el triunfo del No será inevitablemente el caos para el país... Recuerdo que algunos derechistas –todos entreguistas por naturaleza– ya habían comenzado a sostener que si lo nominaban, ese era el mejor candidato que tenía la oposición para derrotar al que propusieran los comandantes en jefe.¹⁰

El propio Longueira reafirmó su confianza irrestricta en el liderazgo de Pinochet, que de acuerdo a su diagnóstico, iba a traducirse en un gran triunfo en el plebiscito. El dirigente afirmó que

desde hace más de cuatro años que trabajo formando un Departamento Poblacional en la Región Metropolitana. Desde ahí, he podido apreciar el apoyo que siempre ha tenido el Presidente Pinochet... ese apoyo se basa principalmente en una red social que ha permitido incorporar a miles de chilenos que por décadas permanecieron en la extrema pobreza, a los beneficios de la sociedad; a su permanente lucha contra el marxismo, porque para ellos no es un problema teórico; al orden y tranquilidad de estos 15 años... por último, a una personalidad que tiene llegada y sintonía con las inmensas mayorías silenciosas que lo ven a diario conducir al país con rectitud, honradez y un esfuerzo personal que jamás habían visto en los políticos tradicionales de nuestro país.¹¹

Cuando fue consultado acerca de la conducción de la campaña plebiscitaria, el dirigente ar-

gumentó que «es natural que, dado lo especial de esta campaña y de este plebiscito presidencial, tenga sentido que la planificación y conducción medular venga y esté radicada en el gobierno».¹² Por los mismos días, el 17 de mayo de 1988 se reunieron Jaime Guzmán y Longueira con el ministro del Interior, Sergio Fernández, para tratar acerca de la estrecha colaboración entre el régimen y la UDI por el Sí para coordinar la campaña electoral.¹³ Sin duda, la UDI poseía una identificación más fuerte con el régimen, lo que se mezclaba con el profundo recelo sobre lo que llamaron la «derecha tradicional».

Por lo mismo, la UDI por el Sí asumió esta campaña como si fuese propia, y propició que el propio gobierno se consolidara como el conductor de la misma, desplazando a los restantes adeptos al régimen, como los miembros de RN. Respondiendo a los múltiples ataques que acusaron de intervención electoral al gobierno, el dirigente de la UDI, Herman Chadwick, afirmaba que las Fuerzas Armadas estaban en todo su derecho de dirigir la campaña plebiscitaria.¹⁴

Una semana después de estas declaraciones, la Comisión Política de la UDI por el Sí confirmó estas opiniones. En una declaración de siete puntos, argumentó que:

La UDI por el Sí valora la claridad con que el Gobierno ha destacado su derecho y su deber de proyectar su obra para consolidarla, perfeccionarla y completarla, tarea que hace legítimo y necesario que las autoridades gubernativas jueguen un papel determinante para favorecer el triunfo del Sí... Sin perjuicio de su deber de atenerse a la legislación vigente y de garantizar un acto plebiscitario limpio y transparente, el Gobierno no es ni puede ser ajeno a la campaña por el triunfo del sí, sino que es y debe ser actor principalísimo de ella.¹⁵

Renovación Nacional, por su parte, apoyó la opción del régimen en el plebiscito, pero sólo si se cumplían determinadas condiciones. De acuerdo a un artículo publicado en su revista teórica, *Renovación*,

si la junta de Comandantes en Jefes nombra como candidato al actual Presidente debe hacerlo como civil, porque es absurdo que se obligue a la ciudadanía a votar a favor o en contra del Comandante en Jefe del Ejército. Las FF.AA. y de Orden no son patrimonio de ningún sector político.¹⁶

Cabe señalar que todavía la decisión sobre el candidato no estaba tomada oficialmente, lo que de alguna manera extendió el debate en los adeptos civiles del régimen.

De todos modos, Renovación Nacional se alineó con la alternativa de apoyo al régimen de Pinochet, tal como afirmaron en el siguiente documento:

al votar Sí se respalda la posibilidad de vivir en un régimen democrático cuyas eventuales ineficiencias podrán corregirse en un marco de estabilidad... votar Sí implica respaldar el único régimen económico que, en los más diversos países, ha demostrado capacidad real para superar el subdesarrollo.¹⁷

En RN, si bien finalmente se apoyó al plebiscito como opción sucesoria, la adhesión a Pinochet como eventual candidato estuvo plagada de matices e incluso de críticas. El dirigente de esta agrupación, Alberto Espina, sostuvo que:

mi opinión personal es que hay que buscar un candidato que concite el apoyo de todos aquellos que, valorando lo que ha hecho el gobierno, por diversas razones son críticos del general Pinochet... si de mí dependiera, el ideal sería un candidato que obtenga la mayor adhesión posible, incorporando al Sí a quienes prefieren una persona distinta al presidente, sin que ello signifique desconocer los méritos del general Pinochet.¹⁸

A ello, el dirigente agregó que

personalmente hay que actuar con criterio pragmático. Ese criterio es el que me hace pensar, fundamentalmente en un sector joven, que quiere un nombre distinto que proyecte despersonalizadamente la obra del gobierno. Me preocupa que el nombre del General Pinochet no logre concitar el respaldo de esas personas por distintas razones: su

estilo confrontacional y poco conciliador, por la situación que el país vivió en relación a los Derechos Humanos... y porque hacia el futuro se requiere actuar con firmeza pero con capacidad de impulsar un mayor entendimiento entre los chilenos.¹⁹

Con estas declaraciones, nuevamente, su partido planteó un foco intenso de debate dentro de los adeptos civiles del gobierno.

De esta manera, algunos sectores de RN exhibieron un lenguaje que en gran medida tenía un parecido con el de la oposición moderada. Sin embargo, consultado en la eventualidad de que Pinochet fuera nominado candidato al plebiscito, Espina afirmó que «vamos a trabajar por el Sí sin inconvenientes», con lo cual inmediatamente se alineó con el régimen y su obra.²⁰

Sin duda, en términos globales, RN y la UDI continuaban formando parte de los adeptos civiles del régimen, y especialmente de Pinochet, a quien todavía se sentían unidos por una especie de «cordón umbilical» o de «adhesión psicológica», desde el mismo momento del golpe de Estado que lo había colocado en el poder en 1973.²¹

Mientras tanto, RN celebró un Consejo General en julio de 1988. Si bien se reeligió al exministro Sergio Onofre Jarpa como presidente del partido, sectores más liberales cercanos a Andrés Allamand obtuvieron una importante representación en la Comisión Política del partido.²² En cualquier caso, tras el abandono del sector UDI, RN se consolidó como una fuerza relativamente homogénea en los años finales del régimen militar y en la organización más poderosa del sector.

La UDI, entretanto, continuó posicionándose incondicionalmente al lado del general Pinochet y su eventual candidatura. El dirigente y miembro del Consejo de Estado, Juan Antonio Coloma, afirmó que

frente a la actitud rupturista que ha tomado la oposición en los últimos meses, tiendo a pensar que el candidato del SI tiene que ser aquél con más posibilidades de triunfo. En ese contexto, pienso que Pinochet es la mejor alternativa... la

oposición ha demostrado que no se trata de un problema de nombres, sino de institucionalidad y de la obra del régimen.²³

En la misma lógica se ubicó Guzmán, cuando, criticando fuertemente a RN, sostuvo que:

Es irreal abogar por un presunto candidato de consenso cuando lo que no existe es precisamente ese consenso básico respecto al proyecto de sociedad que los diversos sectores postulan. En tales condiciones, estimo que el candidato natural del Sí es el presidente Pinochet, porque nadie tiene una personalidad tan vigorosamente popular para encarnar esta alternativa, ofreciendo en forma simultánea plenas garantías a las Fuerzas Armadas y de Orden, junto al título cívico que le brinda el hecho de haber encabezado el gobierno más realizador que Chile haya tenido en el presente siglo.²⁴

A pesar de las múltiples presiones que desde la propia Junta Militar existieron contra la idea de Pinochet como candidato oficial del gobierno —especialmente por parte del general de la Fuerza Aérea, Fernando Matthei, y del general de Carabineros, Rodolfo Stange—, pudo más la lógica y el realismo político. Finalmente, el 30 de agosto de 1988, se anunció de manera oficial la fecha del plebiscito (5 de octubre) y Augusto Pinochet anunciaba su propia candidatura única.²⁵ Esto no alteró sustancialmente el escenario ya que hacía muchos meses (y años, quizás) se venía hablando de la eventual candidatura del jefe de Estado.

En un duro discurso pronunciado ese mismo día en la cadena nacional de televisión —presuntamente redactado por Francisco Javier Cuadra y dejando a un lado las propuestas de Sergio Fernández— Pinochet marcó desde ese día la pauta de la breve campaña, con contenidos claramente enfrentados y «anclados en el pasado», lo cual, para algunos de sus colaboradores, marcó el fracaso de la candidatura.²⁶

Con todo, esta decisión aceleró el alineamiento de la derecha política con el régimen militar, especialmente cuando el 5 de septiembre

se inició la campaña oficial.²⁷ Dicha campaña fue dirigida directamente desde el propio aparato administrativo del gobierno, lo que supuso que los partidos no intervinieran en la misma de una manera directa relegándose a un segundo plano. Como lo señaló Gonzalo Vial:

fue una máquina oficial o semioficial, fría y burocrática, de corte y predominancia militar. Sus miembros eran sincera y hasta ardorosamente pinochetistas, pero la maquinaria mataba cualquier espontaneidad. La tendencia invariable sería no dar hacia arriba malas noticias.²⁸

En gran parte, el propio Pinochet «dirigió» la campaña viajando activamente a las diferentes regiones del país. En 1986, cuando aún no se definía la candidatura oficial en la voz de la Junta Militar, el jefe de Estado realizó un total de dieciocho visitas a distintos lugares y al año siguiente veintiséis giras, pero en los primeros siete meses de 1988 Pinochet efectuó un total de veintitrés visitas, con lo cual se demuestra una estrategia basada en el trabajo en terreno.²⁹

En el mismo tono «optimista» del ministro del Interior se expresó el dirigente de la UDI, Jaime Guzmán. En un artículo de la revista *Ercilla*, afirmó que:

Nos enorgullece haber sido protagonistas de la obra del actual régimen, ya que ésta ha impulsado una sociedad libre y moderna que, combatiendo los anacronismos socialistas y la agresión marxista, camina hacia un desarrollo integral que pronto habrá superado la extrema pobreza.³⁰

Incluso en Renovación Nacional reconocieron el valor de la obra del régimen militar, moderando sus críticas en este contexto plebiscitario. El antiguo dirigente del MUN y ahora de RN, Carlos Reymond, reconoció:

Creemos que el gobierno militar, en lo que se refiere a los aspectos económico sociales, ha gobernado con lo que son y han sido siempre nuestras ideas y por eso lo hemos apoyado. No hemos gobernado nosotros, pero en ciertas materias han gobernado nuestras ideas.³¹

La unidad de propósitos de la derecha y el régimen militar obtuvo una prueba concreta a un mes de la contienda plebiscitaria. El propio general Augusto Pinochet, en una carta privada dirigida al presidente de RN, sostuvo que: «expreso a usted mi agradecimiento más sincero, por la permanente defensa de nuestros postulados y por su insaciable acción de apoyo al Supremo Gobierno».³²

Sin duda, a pesar de las discrepancias, las organizaciones políticas de derecha apoyaron activamente la campaña por el Sí, lo que implicaba una adhesión importante al jefe de Estado.

Paralelamente, la derecha en su conjunto se posicionó con claridad frente a la oposición agrupada en la Concertación y en los grupos de extrema izquierda, los cuales temieron por muchos meses un fraude plebiscitario. El vicepresidente de la UDI, Jovino Novoa (quien fue Subsecretario del Interior a comienzos de los años ochenta), comentó que la opción No «encierra un riesgo grande de violencia. No quiero decir que sea exclusivamente una opción de violencia. Pero es muy poco definida y, a mi modo de ver, presenta altas posibilidades de transformarse en una opción violenta».³³ Con ello, importantes sectores de la derecha se embarcaron en una campaña con un tono confrontacional, lo que les reportó pobres resultados.

De esta forma, el mensaje denominado como «campaña del terror» se hizo presente en la derecha, lo que contrastó con la estrategia opositora que tenía un carácter más «positivo y optimista». Estas visiones se reprodujeron en la campaña electoral televisiva, la cual tuvo un peso importante a la hora de definir el resultado electoral.³⁴

En ese contexto, la UDI por el Sí enfatizó los contenidos más radicales de su discurso. A tres días del plebiscito, Jaime Guzmán advirtió que

el problema marxista sigue siendo central en Chile. Es posible que haya naciones occidentales donde el anacronismo y fracaso mundial del marxismo lo

conviertan hoy en un problema superado. Pero en nuestro país no es así.³⁵

Sin embargo, por esos mismos días, RN persistió en esa vocación de centro-derecha y planteó algún que otro «coqueteo» a la Democracia Cristiana. El propio presidente del partido, Sergio Onofre Jarpa, irrumpió señalando:

Creemos que la DC debiera definirse de una vez por todas sobre cuáles son sus líneas, su camino, sus propósitos. No pueden ser definiciones teóricas, sino en los hechos. A la DC le ha ido bien cuando se ha definido como anticomunista en 1964, y obtuvo el apoyo de la derecha de entonces. Le fue muy mal cuando derivó hacia posiciones de extrema izquierda marxista y designaron a Tomic con un programa igual al de la UP.. (La DC) debe definirse y mantenerse en una posición con la gente de orden, trabajo y con clara orientación democrática.³⁶

Complementario a esto, argumentó que «el partido reconoce, además, la necesidad y la legitimidad de la existencia de una oposición democrática, bajo el supuesto ineludible de que ella sea constructiva y anteponga a todo interés partidista, el interés nacional».³⁷ Con estas declaraciones de tono tan diferente llegaba la derecha al 5 de octubre. En Chile, la campaña electoral se cerraba en medio de la incertidumbre sobre qué pasaría tras quince años de régimen autoritario.

El 5 de octubre de 1988 se celebró el plebiscito en plena calma, a pesar de existir una tensión importante en los partidos de derecha, así como en todos los actores políticos relevantes y en la sociedad en general.³⁸ ¿Cómo recibiría Pinochet un eventual resultado adverso? ¿Reconocerían los actores los resultados finales del plebiscito? Más allá de éstos y otros interrogantes, aquel día Chile estuvo en el punto de mira de gran parte del mundo.

Tras una larga espera, los resultados no se hicieron públicos hasta las 2:30 horas de la madrugada del día siguiente. De un universo electoral total de 7.236.241 votos escrutados

válidamente emitidos, el Sí obtuvo 3.111.875 sufragios, equivalentes al 43% de las adhesiones ciudadanas, en tanto que la opción del No obtuvo 3.959.495 votos, equivalentes al 54,70% de los votos válidamente emitidos.³⁹

El claro triunfo de la oposición constituyó un logro político y planteó una serie de desafíos para el aún incierto futuro que se avecinaba. La derrota electoral del régimen, por el contrario, llevó a la derecha a reformular sus estrategias para enfrentar las futuras elecciones presidenciales y parlamentarias con el fin de revertir el adverso resultado.

El eventual fin del gobierno constituyó un terremoto político importante para sus adeptos civiles. El mismo 5 de octubre por la noche, en un programa de televisión, Sergio Onofre Jarpa fue el primer político de RN y partidario del gobierno en reconocer la derrota electoral del general Pinochet, antes de que lo hiciera el Ejecutivo de manera oficial. En la UDI, el convencimiento del triunfo de la oposición se demoró un poco más.⁴⁰

Al día siguiente del plebiscito, Renovación Nacional, a través de su Comisión Política, publicó un documento que advertía acerca los pasos que debía dar el partido en los meses siguientes. En primer lugar señaló que:

La opción No ha alcanzado mayoría en el plebiscito, Sin embargo, el futuro de Chile no está resuelto, En diciembre de 1989, como lo dispone la Constitución Política, deberá realizarse la elección de Presidente de la República, conjuntamente con la de Congreso Nacional.⁴¹

De manera que, refiriéndose a los llamamientos que desde los distintos grupos extremos se hicieron para acometer una acción de fuerza que pusiera en jaque el orden institucional, el partido declaró:

Renovación Nacional llama a los chilenos a rechazar todo intento de desconocer la Constitución Política o cerrar la vía democrática por medio de la violencia y el caos... En las actuales circunstan-

cias, RN reitera su respaldo a las Fuerzas Armadas, al Presidente de la República y a la Junta de Gobierno, como asimismo, su reconocimiento por la trascendental tarea que iniciaron el 11 de septiembre de 1973.⁴²

Esta declaración no sólo estaba dirigida hacia los grupos de extrema izquierda que exigieron que Pinochet renunciara de manera inmediata al poder, sino también a los propios sectores cercanos al gobierno.⁴³ Incluso un miembro de la Comisión Política de RN denunció la demora en los resultados electorales y las intenciones que desde el gobierno habrían llamado a desconocer los resultados.⁴⁴

Lejos de esos comentarios propiamente coyunturales, se puede colegir de estas declaraciones que el apoyo de RN al gobierno militar, a su obra y al jefe de Estado permaneció en gran parte intacto, a pesar de los matices y las críticas que en su momento formularon.⁴⁵

Para ello, el partido concentró todos sus esfuerzos en la próxima batalla electoral. La Comisión Política lo reflejó así cuando afirmó que:

Estamos ciertos que el proyecto de sociedad libre cuenta con un amplio respaldo, que va más allá de la alta votación obtenida por el Sí y que deberá reflejarse en la próxima elección presidencial y parlamentaria. Allí podrán compararse las realizaciones concretas alcanzadas, con los pobres y negativos resultados de los grupos opositores cuando fueron gobierno y con las retrógradas fórmulas socializantes que pretenden reeditar.⁴⁶

Por otro lado, la directiva de la UDI por el Sí también se pronunció oficialmente en una conferencia de prensa convocada días después del plebiscito, donde reconocieron la derrota electoral de Pinochet. En una declaración leída por Jaime Guzmán y donde estaban presentes Pablo Longueira, Jovino Novoa, Gonzalo Uriarte y Alfredo Galdámez, se señaló que:

mientras la mayoría alcanzada por la opción No se verá pronto afectada por las significativas diferencias de principios entre quienes la conforman,

la alta votación obtenida por la opción Sí aglutina a un amplio porcentaje ciudadano, cuya homogeneidad fundamental obliga a convertirlo en una fuerza cívica decisiva para las elecciones presidenciales y parlamentarias del año próximo.⁴⁷

Si bien la UDI por el Sí reconoció que el contexto que se abrió daba la legitimidad a la Concertación para proponer cambios a la Constitución Política, también manifestó el mismo temor que RN, en el sentido de que muchos sectores (de distintos colores políticos), intentarían aplicar una solución distinta a la institucional. Lo señaló Guzmán cuando afirmó que:

las constituciones nunca son inmodificables, pero cualquier intento de pretender transformar el resultado plebiscitario de ayer en una instancia para desbordar la institucionalidad vigente, llevaría a que el propio resultado tropezara con la fuente de validez y legitimidad que tiene, que deriva precisamente de las normas constitucionales en que ha tenido lugar.⁴⁸

En una larga entrevista publicada el 13 de octubre de 1988, Guzmán volvió a sostener que «el gobierno no tiene ninguna obligación de hacer concesiones como fruto del resultado del plebiscito.⁴⁹ De todas maneras, la derecha política abrió la puerta para una futura negociación constitucional, tesis que fue compartida mayormente por RN. Esta decisión se explica por motivos tácticos, ya que se temía que en un eventual gobierno de mayoría opositora en democracia, se liquidara completamente la Constitución Política de 1980. Así las cosas, la negociación en un régimen autoritario podía ser más ventajosa para sus intereses.

Paralelamente al reconocimiento del triunfo de la oposición comenzaron las autocríticas, lo que nuevamente puso de relieve conflictos no resueltos entre los partidos oficialistas. Para la directiva de RN, por ejemplo, la comparación programática y política entre el Sí y el No,

estuvo ausente del plebiscito, ya que este mecanismo facilitó a la oposición una fachada unitaria, la liberó de la obligación de formular sus propios

programas e, incluso, le permitió recoger votos entre quienes, reconociendo las realizaciones del gobierno, preferían elecciones abiertas.⁵⁰

Así, veladamente, RN criticó el mecanismo plebiscitario utilizado, lo que venía denunciando desde mediados de la década y que había aceptado a regañadientes.

En la UDI, las voces fueron más escasas respecto a la autocrítica. El 7 de octubre de 1988, Pablo Longueira argumentó que «tal vez, el gobierno cifró muchas esperanzas en la obra y no cuantificamos cuánto se opacaba por la estrechez económica que tuvieron que vivir muchos hogares después de la recesión».⁵¹

Pero sin lugar a dudas, Renovación Nacional encabezó las críticas más profundas a la campaña plebiscitaria. El representante de la corriente más contrariada, Andrés Allamand, analizó la derrota en duros términos declarando que «la campaña oficial... utilizó el aparato estatal como instrumento proselitista». Además, criticó la carencia de un enfoque político —principalmente en la campaña de televisión— y la exclusión de los partidos en la misma.⁵² Por otra parte, Allamand fustigó directamente al jefe de gabinete, Sergio Fernández, cuando sostuvo que «el responsable de la derrota fue el que condujo las fuerzas: el ministro del Interior y su equipo directo».⁵³ Mientras tanto, en el mismo medio de prensa, Alberto Espina, miembro de la Comisión Política de RN, afirmó que el trabajo electoral se habría hecho «con más funcionarios que partidarios».⁵⁴

Como respuesta a estas acusaciones, el gobierno respondió con fuerza y el ministro del Interior argumentó que, en la campaña, «Renovación Nacional insistió, desde el comienzo, en mantener un perfil propio y actuar por separado. Su apoyo a Pinochet abundaba en reservas».⁵⁵

Pero la crítica de Renovación Nacional conoció una formulación más general meses después, en el II Consejo General del partido. En esa reunión, el presidente, Sergio Onofre Jarpa, reconoció que RN no había intervenido en nin-

guna medida en los contenidos de la campaña, ni mucho menos en la organización de la misma. En su parte más fundamental, se reconoció que:

Dentro de nuestra lealtad y de nuestra forma de ser y de actuar en política, nos pareció necesario hacer presente, en diversas ocasiones, nuestras objeciones o reservas respecto a la proyección de esa candidatura a la opinión pública y a la organización de la campaña; también hicimos oportunamente nuestra reserva respecto a las cifras del resultado del plebiscito que se estaban publicitando. Lamentablemente, no tuvimos éxito. No logramos que la campaña fuese organizada dando mayor participación a las bases y a las organizaciones políticas; y se insistió en que nuestra idea de ir priorizando la acción de los partidos, era una idea fuera de tiempo.⁵⁶

Complementando esa afirmación, Jarpa destacó que

no participamos en la dirección de la campaña, que se organizó a través de las autoridades de gobierno. Pienso que hubo una falla en la movilización de los sectores populares que estaban a favor del Presidente. 'Esto tiene que nacer del pueblo', le dije al Presidente cuando conversamos. 'Es el pueblo el que quiere pedirle a usted que continúe en la Presidencia'. Otro error fue lo que hizo la campaña del Sí por televisión, mostrando a Chile como un país rico, en circunstancias de que había —como hoy— mucha gente pobre.⁵⁷

En los días posteriores al 5 de octubre, las voces críticas dentro de la derecha persistieron. En una entrevista publicada en la revista opositora *APSI*, Andrés Allamand advirtió que «se ha confirmado plenamente que las posibilidades del Sí hubieran sido mucho mayores si el candidato hubiera sido un civil..., una cantidad importante de gente que rechazó la candidatura personal de Pinochet ha demostrado un apoyo importante al sistema».⁵⁸

Entretanto la UDI, encabezada por su presidente Jaime Guzmán, en el Consejo Nacional del año siguiente, fustigó a RN, cuando advirtió que en el marco de la campaña plebiscitaria,

«mientras otros cavilaban especulando en torno a irrealidades, preferimos ganar tiempo en las que serían las trincheras de lucha frente a un adversario que ya se encontraba en decidida y en organizada acción».⁵⁹ Así, RN y la UDI se enfrentaron nuevamente, culpándose el uno al otro por la derrota del régimen militar de octubre de 1988.

Pero hubo, sin embargo, un acuerdo implícito entre ambas organizaciones después de la derrota: la necesidad de reformar la Constitución de 1980. En el caso de RN, de inmediato comenzó a plantearse la necesidad de sugerir alternativas para reformar la Carta Fundamental. Como lo afirmó su medio oficial *Renovación*, «el gobierno debe completar los numerosos proyectos que están aún pendientes, entre ellos dictar varias leyes orgánicas constitucionales».⁶⁰

Pero pronto las diferencias internas de los adeptos civiles del régimen se hicieron notorias. Un doctrinario Pablo Longueira sostuvo que las discrepancias entre RN y la UDI eran de dos tipos:

Una coyuntural, que es de actitud frente al actual gobierno, donde es evidente que nosotros nos sentimos mucho más identificados con la obra del gobierno y más vinculados al liderazgo del presidente Pinochet que RN. Hay otro orden de diferencias, que son de una escuela distinta. Somos una generación de dirigentes que hemos estado dispuestos a actuar en política porque tenemos valores y estilos comunes, una acción de hacer la política radicalmente distinta, por el trabajo nuestro llegamos a un sector al que la derecha tradicional nunca antes llegó y nunca va a llegar.⁶¹

Frente a estas acusaciones vertidas contra RN, que la acusaban de ser una «heredera» de la derecha tradicional, el vicepresidente de la colectividad, Miguel Otero, respondió que

nosotros no nos sentimos herederos de nadie. Renovación Nacional tiene sus raíces en una larga tradición histórica de Chile. Confunde a gente que estuvo en el partido Conservador, Liberal, Demócrata Cristiano, Radical y del partido Na-

cional, por supuesto. El nuestro es un partido que no ha participado del gobierno y que actúa independiente del gobierno de acuerdo con su propio programa y su propia doctrina.⁶²

De esta manera, el perfil de RN continuó la misma senda que el ex MUN, y en menor medida que las propuestas de Jarpa, es decir, reivindicarse como una fuerza «independiente» del gobierno.⁶³

Mientras tanto, el gobierno militar iniciaba su etapa final, en la cual la negociación y el diálogo pesaron mucho más que la confrontación de posturas. Bajo este nuevo diagnóstico, rápidamente el ministro del Interior y fundador de la UDI, Sergio Fernández, presentó su renuncia, siendo reemplazado por Carlos Cáceres, a quien le correspondió enfrentar el complejo contexto marcado por el fin del régimen.

De esta manera comenzó el último año de la administración militar, en medio de varios procesos complejos, y en los cuales la derecha partidista asumió un protagonismo mayor.

Conclusión

Durante los diecisiete años del régimen militar chileno, Augusto Pinochet no fue capaz de conformar una base política homogénea y con propósitos únicos. Esto se explica por la tradición histórica diversa de la derecha chilena, pero también con sus propias debilidades como gobierno, el cual tuvo que negociar pragmáticamente con las diversas culturas políticas que tenían varias décadas de existencia.

Si bien la derecha apoyó en plenitud el golpe militar de 1973, el proyecto global del régimen militar y el tipo de liderazgo monolítico y autoritario de Pinochet, provocó que el inicial consenso se terminara entre las distintas vertientes de este campo político.

En la década de 1980, el surgimiento de distintas organizaciones de la derecha sólo fue el producto de tensiones previas: por un lado, la derecha tradicional (heredera de conservado-

res, liberales y del Partido Nacional) organizada en el Movimiento de Unión Nacional y, por otro, la Unión Demócrata Independiente, que recogía una tradición más integrista y autoritaria, además de antipartidista que el grupo anterior. Las diferencias de liderazgos, respecto a la democracia y la lealtad a Pinochet quizás fueron los elementos que más separaron estas tradiciones entre los grupos conservadores.

Durante los ochenta, la división de estas «derechas» complicó el panorama de las élites adictas al régimen, lo que se manifestó en su plenitud en el plebiscito de 1988. ¿Es posible que con una unificación mayor en la campaña la derecha hubiese ganado el plebiscito? No se podría afirmar con rotundidad, aunque es probable que ello pudiera haber ocurrido. Lo que sí es cierto es que a partir de aquella derrota, el camino hacia el bipartidismo fue sólo cuestión de tiempo.⁶⁴

NOTAS

- ¹ Profesor del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile.
- ² En un argumento ya clásico, Garretón argumenta que «estos regímenes no se derrocan sino que deben ser derrotados políticamente a través de mecanismos institucionales que, normalmente, son establecidos por el propio régimen», GARRETÓN, Manuel Antonio, *Hacia una nueva era política*, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1995, p. 110.
- ³ HUNNEUS, Carlos, *El régimen de Pinochet*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001, pp. 550-551.
- ⁴ CAÑAS, Enrique, *Proceso político en Chile*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997, p. 216. Un buen resumen de las leyes políticas se encuentra en BOENINGUER, Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997, pp. 322-324. Para la ley de partidos, véase, FARÍÑA, Carmen, «Génesis y significación de la Ley de Partidos Políticos», *Estudios Públicos*, n.º 27, 1987, pp. 160-197.
- ⁵ «Ocho muertos en 7 días de violencia», *El Mercurio*, 29-IV-1986.
- ⁶ «UDI y MUN rechazan hechos de violencia», *El Mercurio*, 23-IV-1986.
- ⁷ CAVALLO, Ascanio, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, Ediciones La Época, Santiago, 1988, pp. 428-436.
- ⁸ Fue integrada por diecisiete partidos opositores. HUNNEUS, Carlos, *El régimen de Pinochet...*, *ob. cit.*, p. 584, ade-

- más, ORTEGA, Eugenio, *Historia de una alianza. El Partido Socialista de Chile y el Partido Demócrata Cristiano. 1973-1988*, CED-CESOC, Santiago, 1992.
- 9 «Sergio Onofre Jarpa: Cuando la DC fue gobierno demolió derecho de propiedad», *El Mercurio*, 29-I-1988 y «Nueva réplica de Jarpa a dirigentes de la DC», *La Tercera*, 19-II-1988.
- 10 LONGUEIRA, Pablo, «La cara del No, el caos», *La Nación*, I-III-1988.
- 11 LONGUEIRA, Pablo, «Pinochet, líder indiscutido», *La Nación*, 19-IV-1988.
- 12 «Pablo Longueira: Es un error pretender que partidos políticos monopolicen la campaña», *El Mercurio*, 13-V-1988.
- 13 «Gobierno tiene deber de proyectar su obra», *La Tercera*, 18-V-1988. Después de su separación de RN, la UDI había asumido la denominación *UDI por el Sí*.
- 14 «Herman Chadwick defendió intervención de las FFAA. en la campaña electoral», *La Época*, 15-V-1988.
- 15 *UDI por el Sí*, Comisión Política, *El Mercurio*, 20-V-1988. Luego de esta declaración, varios dirigentes de la oposición acusaron al gobierno de intervencionismo electoral.
- 16 ALLAMAND, Andrés, «El candidato ideal», *Renovación*, n.º 24, marzo-abril de 1988.
- 17 «El significado del plebiscito», *Renovación*, n.º 24, marzo-abril de 1988.
- 18 «Alberto Espina: El Sí no debe estar ligado al destino de una persona», *Cosas*, n.º 304, 26-V-1988.
- 19 «Alberto Espina: El Sí no debe estar ligado al destino de una persona», *Cosas*, n.º 304, 26-V-1988.
- 20 «Alberto Espina: El Sí no debe estar ligado al destino de una persona», *Cosas*, n.º 304, 26-V-1988.
- 21 FERNANDOIS, Joaquín, «Las paradojas de la derecha: el testimonio de Allamand», *Estudios Públicos*, n.º 78, Santiago, 2000, p. 357.
- 22 Si bien esto no trajo diferencias a corto plazo, sí planteó ciertas tendencias que en los años noventa derivaron en tensiones importantes. La composición de la mesa directiva quedó con Sergio Onofre Jarpa como Presidente, Miguel Otero, William Thayer, Gonzalo Eguiguren y Gastón Cummins como Vicepresidentes, y Allamand como Secretario General. En la Comisión Política destacaron los nombres de Francisco Bulnes, Pedro Ibáñez, Juan Luis Ossa, Ángel Fantuzzi, Carlos Reymond, Evelyn Matthei, Miguel Amunátegui y Alberto Espina.
- 23 «Juan Antonio Coloma: El plebiscito es el último acto de las Fuerzas Armadas por consolidar un sistema», *Cosas*, n.º 303, 12-V-1988.
- 24 «El plebiscito y el mejor candidato», *Ercilla*, n.º 2.767, 10-16 de agosto de 1988.
- 25 FERNANDOIS, Joaquín y Ángel Soto, «El plebiscito de 1988. Candidato único y competencia», en SAN FRANCISCO, Alejandro, y Ángel Soto (editores), *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile*, Instituto de Historia UC-Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005, pp. 371-399.
- 26 FERNÁNDEZ, Sergio, *Mi lucha por la democracia*, Editorial Los Andes, Santiago, 1994, p. 270. En ese momento, Cuadra era Embajador de Chile en el Vaticano, pero aun tenía una profunda influencia sobre el jefe de Estado.
- 27 Esto de acuerdo al artículo n.º 31 de la ley 18.700, respecto a votaciones populares y escrutinios.
- 28 VIAL, Gonzalo, *Pinochet: la biografía*, El Mercurio/Aguilar, Santiago, 2002, p. 567.
- 29 HUNNEUS, Carlos, *El régimen de Pinochet... Ob cit.*, p. 569.
- 30 GUZMÁN, Jaime, «UDI: Generación creadora», *Ercilla*, 18-V-1988.
- 31 «Carlos Reymond; La derecha no aceptaría que el general Pinochet desconociera el triunfo del No», *La Época*, 28-IX-1988.
- 32 *Carta de Augusto Pinochet a Sergio Onofre Jarpa*, 5 de septiembre de 1988, Fondo Sergio Onofre Jarpa, n.º 48590.
- 33 «Jovino Novoa: El mundo del Sí en TV», *El Mercurio*, 25-IX-1988.
- 34 Dirigentes como Genaro Arriagada, Ricardo Solari y Enrique Correa jugaron un rol esencial en la campaña del No. MOULIAN, Tomás, *Chile actual, anatomía de un mito*, LOM/ARCIS, Santiago, 1997, pp. 348-349. Para la campaña del No desde el punto de vista opositor véase BOENINGUER Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad...*, ob cit., pp. 340-346.
- 35 «Problema marxista es central en Chile», *El Mercurio*, 2-X-1988.
- 36 «Creo posible una nueva CODE si la DC se define sobre el comunismo», *La Tercera*, 2-X-1988.
- 37 «RN apoya la nominación del Presidente Pinochet», *Renovación*, n.º 27, octubre-noviembre de 1988.
- 38 CAVALLO, Ascanio et al., *La historia oculta del régimen militar...*, ob. cit., pp. 481-502, ALLAMAND, Andrés, *La travesía del desierto*, Ediciones Aguilar, Santiago, 1999, pp. 160-163, AYLWIN, Patricio, *El reencuentro de los demócratas: del golpe al triunfo del No*, Ediciones Planeta, Santiago, 1998, pp. 367-371 y las memorias del general de la Fuerza Aérea de Chile y miembro de la Junta de Gobierno, MATTHEI, Fernando, *Matthei. Mi testimonio*, La Tercera-Mondadori, Santiago, 2003, pp. 160-166.
- 39 CAVALLO, Ascanio, et al., *La historia oculta del régimen militar...*, ob. cit., p. 486.
- 40 «Sergio Onofre Jarpa: Por qué hablé en la noche del 5», *Hoy*, n.º 588, 24-30 de octubre de 1988.
- 41 «RN reiteró el llamado a respetar la Constitución», *El Mercurio*, 7-X-1988.
- 42 *Declaración de la Comisión Política de RN*, 6 de octubre de 1988, *Renovación*, n.º 27, octubre-noviembre de 1988.
- 43 Aún en la actualidad hay distintas versiones para ello. Una síntesis la entrega VIAL, Gonzalo en *Pinochet: la biografía...* ob. cit., pp. 577-578. La del presidente de Renovación Nacional en ARANCIBIA, Patricia, Claudia Arancibia, e Isabel De la Maza, *Jarpa: Conversaciones políticas*, Ediciones Mondadori-La Tercera, Santiago, 2000, pp. 396-399. La del miembro de la Junta de Gobierno en *Matthei. Mi testimonio...*, ob. cit., 160 y ss. Por último, la versión «oficial» en FERNÁNDEZ, Sergio, *Mi lucha por la democracia...*, ob. cit., 277-287, el cual niega todo intento de desconocimiento de la Constitución.
- 44 «Gazmuri sostuvo que RN ayudó a parar intervención militar en el plebiscito», *La Época*, 10-XI-1988. Por estas declaraciones Gazmuri fue llamado a una reunión con la mesa directiva.

- ⁴⁵ El día 7 de octubre de 1988 Jarpa visitó a Pinochet en La Moneda. Cuando el presidente de RN le preguntó «¿Cómo se siente!», el general, riéndose, le respondió: «Como un boxeador después del *knock out*», ARANCIBIA, Patricia et al., *Jarpa: conversaciones políticas...*, ob. cit., p. 396.
- ⁴⁶ *Declaración de la Comisión Política de RN, 6-X-1988, Renovación*, n.º 27, octubre-noviembre de 1988.
- ⁴⁷ «UDI llamó a convertir el alto apoyo al SÍ en una fuerza cívica decisiva», *El Mercurio*, 7-X-1988.
- ⁴⁸ «UDI llamó a convertir alto apoyo al SI en una fuerza cívica decisiva», *El Mercurio*, 7-X-1988.
- ⁴⁹ Jaime Guzmán: El gobierno no tiene ninguna obligación de hacer concesiones constitucionales como resultado del plebiscito», *Cosas*, n.º 314, 13-X-1988.
- ⁵⁰ «RN reiteró el llamado a respetar la Constitución», *El Mercurio*, 7-X-1988.
- ⁵¹ «Pablo Longueira: Nuestro trabajo se notó en resultados de la Región metropolitana», *El Mercurio*, 7-X-1988.
- ⁵² «¿Por qué se perdió el plebiscito?», *Renovación*, n.º 28, octubre-noviembre de 1988.
- ⁵³ «Algunos quieren profitar de la imagen del presidente», *Las Últimas Noticias*, 16-X-1988.
- ⁵⁴ También lo señala ALLAMAND, Andrés, *La travesía del desierto*, ob. cit., p. 153.
- ⁵⁵ FERNÁNDEZ, Sergio, *Mi lucha por la democracia*, ob. cit., p. 271.
- ⁵⁶ *Cuenta Política de Jarpa. II Consejo General de Renovación Nacional, Renovación*, n.º 32, junio-julio-agosto de 1989.
- ⁵⁷ *Ibidem*, p. 395.
- ⁵⁸ «Andrés Allamand: Debemos trabajar para ganar la próxima elección», *APSI*, n.º 273, 10-16 de octubre de 1988.
- ⁵⁹ *Discurso del presidente de Unión Demócrata Independiente, Jaime Guzmán, ante el Consejo Nacional del Partido*, 15 de abril de 1989, Colección Documental UDI, n.º 1680.
- ⁶⁰ «La política al día», *Renovación*, n.º 28, octubre-noviembre de 1988.
- ⁶¹ Pablo Longueira: «Veo urgente la unidad», *Ercilla*, n.º 2.786, 21-27 diciembre de 1988.
- ⁶² «Los aires de Renovación», *El Mercurio*, 13-XI-1988.
- ⁶³ BERRIER, Karina, *Derecha regimental y coyuntura plebiscitaria: Los casos de Renovación Nacional y la UDI*, WUS Chile, Santiago, 1989, p. 56.
- ⁶⁴ Diarios y Revistas (todo editados en Santiago de Chile): *Diario La Tercera, Diario La Época, Diario El Mercurio, Diario La Segunda, Diario Las Últimas Noticias, Revista Ercilla, Revista Renovación, Revista APSI, Revista Hoy, Revista Cosas*. **Libros y artículos:** Allamand, Andrés, *La travesía del desierto*, Ediciones Aguilar, Santiago, 1999. Arancibia, Patricia, Claudia Arancibia, e Isabel De la Maza, *Jarpa: Conversaciones políticas*, Ediciones Mondadori-La Tercera, Santiago, 2000. Aylwin, Patricio, *El reencuentro de los demócratas: del golpe al triunfo del No*, Ediciones Planeta, Santiago, 1998. Berrier, Karina, *Derecha regimental y coyuntura plebiscitaria: Los casos de Renovación Nacional y la UDI*, WUS Chile, Santiago, 1989. Boeninguer, Edgardo, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997. Cañas, Enrique, *El proceso político en Chile. 1973-1990*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1997. Cavallo, Ascanio, Manuel

Salazar y Óscar Sepúlveda, *La historia oculta del régimen militar*, Ediciones La Época, Santiago, 1988. Fernández, Sergio, *Mi lucha por la democracia*, Edit. Los Andes, Santiago, 1994. Fernandois, Joaquín, «Las paradojas de la derecha: el testimonio de Allamand», *Estudios Públicos*, n.º 78, Santiago, 2000. Garretón, Manuel Antonio, *Hacia una nueva era política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995. Huneus, Carlos, *El régimen de Pinochet*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001. Matthei, Fernando, *Matthei. Mi testimonio*, La Tercera-Mondadori, Santiago, 2003. Moulian, Tomás, *Chile actual: Anatomía de un mito*, LOM Ediciones, Santiago, 1997. Ortega Frei, Eugenio, *Historia de una alianza. El Partido Socialista de Chile y el Partido Demócrata Cristiano. 1973-1988*, CED-CESOC, Santiago, 1992. Otano, Rafael, *Nueva crónica de la transición*, Planeta Editores, Santiago, 2006. San Francisco, Alejandro y Ángel Soto (editores), *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile*, Instituto de Historia UC-Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005. Vial, Gonzalo, *Pinochet, la biografía*, El Mercurio/Aguilar, Santiago, 2002.

POLITIQUE D'ABORD. RESPUESTA AL SEÑOR ISMAEL SAZ CAMPOS*

Pedro Carlos González Cuevas
UNED

Reconozco que, en un primer momento, he dudado en escribir esta réplica; y ello por varias razones. No es la más importante la anomalía que supone tener que polemizar con sujeto interpuesto. El señor Saz Campos ha elegido, supongo que libremente, su condición de defensor de Paul Preston, a quien, para tal honor, debe tener en gran estima, personal e intelectual. Allá él; es su problema. Quizá Londres, como París, bien valga, no una misa, pero sí una réplica. Lo que ocurre es que yo no sé, en realidad, con quién he de debatir. No obstante, he decidido replicar a Preston/Saz Campos, porque creo que debo dejar claras mis posiciones. Igualmente, porque, hasta ahora, tenía, personalmente, una cierta querencia hacia el señor Saz Campos. No olvido su generosidad cuando yo realizaba mi tesis doctoral sobre *Acción Española*, al proporcionarme cierta documentación de los archivos italianos sobre las relaciones entre los monárquicos españoles y los fascistas. Por otra parte, sus libros *Mussolini contra la II República* y *España contra España* me parecen dos obras bien documentadas y bien escritas. Me pareció que ambas se encontraban insertas en el paradigma «revisionista» que tanto detesta; pero veo que me equivoqué. En todo caso, los autores más citados eran De Felice y Mosse. Y en *España contra España* el señor Saz Campos citaba abundantemente mis libros sobre *Acción Española*, *la Historia de las derechas españolas*, *La tradición bloqueada* y la biografía de Ramiro de Maeztu, que, por aquel entonces, no parecía interpretar como peligroso acervo de tesis «re-

visionistas» (Véase Ismael Saz Campos, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Marcial Pons. Madrid, 2003, pp. 78, 82, 84, 85, 105, 165, 269, 384, 421). Lo que ocurre es que, en mi opinión, el señor Saz Campos ha sido una víctima más del síndrome historiográfico de la «memoria histórica», que, repito, nos ha retrotraído a algunos de los peores momentos de la historiografía española. El catedrático de Valencia parece estar jaquetón con su amistad con Preston, Viñas, Casanova, etc.; y milita, desde hace tiempo, en esa dirección, bien es verdad que sin el éxito mediático de aquellos de los que se considera acólito. Y yo con los jaquetones tengo dos comportamientos: o los mando a paseo o enhebro un desafío dialéctico. Confieso que me gusta ahora mucho más mandar a paseo. Es más cómodo. Sin embargo, por las razones aducidas anteriormente, no lo haré.

En su libro *Franquismo y fascismo*, una gavilla de artículos publicados en libros colectivos y revistas especializadas, el señor Saz Campos ha fijado, entre otras cosas, su posición ante el tema de la denominada «memoria histórica», y hay que señalar que algunas de sus opiniones no tienen desperdicio, tanto desde el punto de vista histórico como ético-político. Una sola cita sintetiza su posición: «(...) no se puede construir la historia del siglo XX y de su logro principal, la democracia parlamentaria, como si casi no hubiesen existido las fuerzas políticas y sociales que más hicieron por ella. Y dentro de éstas hay que citar por supuesto a los liberales consecuentes, republicanos, socialistas, cenetistas y comunistas, a las

clases populares y a sectores fundamentales de las clases medias» (Ismael Saz Campos, *Fascismo y franquismo*. PUV.Valencia, 2004, p. 260). Resulta evidente que, desde esta perspectiva, no sólo la historia real queda radicalmente falseada, sino que con esta esquema en modo alguno se fomenta la liberal convivencia y el diálogo abierto y objetivo que tanto necesitamos. Presentar a José Díaz, Dolores Ibárruri, Francisco Largo Caballero, Buenaventura Durruti, Ángel Galarza o Julio Álvarez del Vayo como precursores del actual régimen político español es un insulto a la inteligencia, una tremenda falsedad histórica. ¿Acaso el conjunto de esa izquierda ocultó alguna vez su desprecio hacia el parlamento y hacia una democracia que calificaban despectivamente de «burguesa»? Y es que, como ha dicho hace poco el profesor Santos Juliá, todos estos personajes «soltarían hoy una siniestra carcajada si alguien les viniera con la memoria en clave democrática de que estaban defendiendo la República» (Santos Juliá, *Hoy no es ayer*. RBA. Barcelona, 2009, pp. 365). Esto ni tan siquiera valdría para un sector del republicanismo de comienzos del siglo XX. A la altura de 1905, el republicano José Nakens afirmaba que la única forma de traer la República era una dictadura «nacida de la conjunción del pueblo y del ejército, a cuyo frente se pusiera un militar para garantizar la eficacia de la acción» (José Nakens, *La dictadura republicana*. Madrid, 1905). El republicanismo de Alejandro Lerroux, el de los «jóvenes bárbaros», no era desde luego, como ha documentado magistralmente José Álvarez Junco, un movimiento parlamentario, sino populista. Eso por no hablar de los proyectos regeneracionistas de Costa, Picavea, Mallada, etc. Curiosamente, el Lerroux más pacífico, posibilista y parlamentario, el de la Segunda República, es el que suscita la máxima animadversión entre un sector de la izquierda historiográfica. Lo ha dejado bien claro el historiador Nigel Townson, en su modélica obra *La República que no pudo ser* (Taurus, Madrid, 2002). Libro que le recomiendo al señor Saz Campos, porque destruye las tesis antilerrouxianas de Preston.

Con respecto a mis acusaciones contra un

sector de la izquierda, que, a mi modo de ver, bien merece el título de «teórico del exterminio», sigo pensando lo mismo. No deja de resultar significativo que el señor Saz Campos no haga referencia a las matanzas de sacerdotes ocurridas no sólo a lo largo de la guerra civil, sino igualmente en el período republicano; ya en la revolución de octubre de 1934 hubo en Asturias algún que otro asesinato de religiosos, por no hablar de destrucción de templos. Si hubo un holocausto fue ese. Incluso creo que es en el caso de la persecución anticlerical en el que puede hablarse de «genocidio», tal y como lo define el sociólogo Michael Mann en su libro *El lado oscuro de la democracia. Un estudio sobre la limpieza étnica*. Se trató de un acto criminal intencionado cuyo propósito era liquidar a todo un grupo, no sólo física, sino culturalmente, mediante la destrucción de sus iglesias, bibliotecas, museos o imágenes. Ya he señalado que no soy partidario, a la hora de estudiar los procesos de genocidio, de los modelos explicativos mecanicistas, basados en planes o programas de destrucción; pero podemos preguntarnos si en tal acontecimiento, si en tal desastre no tuvo algún papel e influencia la reiterada propaganda anticlerical y anticatólica de algunos grupos republicanos de izquierda, tristemente representados por los periódicos *La Traca* y *Fray Lazo*. Es a eso a lo que me refiero. Y lo mismo podemos afirmar de los colaboradores de *Leviatán* y *Claridad*, con sus permanentes llamadas a la violencia, a la revolución, a la lucha de clases a palo seco, a la instauración de la «dictadura del proletariado», su animadversión hacia el liberalismo, la democracia y el reformismo social-demócrata. No he encontrado en la publicística española de la época una apología más radical y directa del totalitarismo que la sustentada por Luis Araquistáin en *Leviatán*, bien es verdad que basándose erróneamente en las ideas de Thomas Hobbes. Para Araquistáin, el Leviatán, es decir, el Estado totalitario, que él consideraba un ideal digno de ser alcanzado, sólo podría llevarse a término mediante «la socialización definitiva

de la propiedad» («Glosas del mes», *Leviatán* n.º I, mayo de 1934). Por cierto que Paul Preston fue el prologuista de una antología del órgano teórico del largocaballerismo y no dijo nada al respecto. Si eso no era una «teorización del exterminio» ¿qué es lo que era? Con el agravante de que sus enemigos no era sólo el conjunto de la derecha española, sino liberales, como Ortega y Gasset —«profeta del fracaso de las masas»—, y socialistas moderados y reformistas como Besteiro y Prieto.

Del tema de la masonería podríamos decir algo parecido. No tengo nada contra esa organización. Por supuesto que la literatura católica antimasonónica tenía un carácter irracional, paranoico, de teoría de la conspiración universal. Ahora bien, en la enemiga eclesiástica hacia los masones existía, sin la menor duda, un núcleo racional. No olvidemos que, como destacó la profesora Gómez Molleda, en las primeras cortes republicanas hubo ciento cincuenta diputados masones, lo que tuvo, al menos en parte, como consecuencia una legislación anticlerical y anticatólica muy dura. Para no pocos, estuvo muy claro que la influencia masonónica tenía como objetivo primordial acabar con la hegemonía católica en la sociedad española; era su proyecto. Esto no es someter a crítica a la masonería española; es simplemente un dato. Si el señor Saz Campos no lo ve, es asunto suyo.

No deja de ser significativo que el señor Saz Campos venga a insinuar que mencionar a Carl Schmitt o utilizar algunos de los conceptos de su cosecha puede resultar sospechoso de «fascismo», ya que lo califica, con pobre ironía digna de mejor causa, de «conocido demócrata resistente al nazismo». Tal planteamiento resulta, a mi modo de ver, tan superfluo como sectario. En ese sentido, serían sospechosos de «nazismo» Raymond Aron, Jürgen Habermas, Manuel García Pelayo, etc. Incluso un marxista inteligente, que también los hay, como el argentino José Aricó editó y prologó en la editorial Folios su obra *El concepto de lo político* en 1985. Lo que ocurre es que el catedrático de Valencia no entiende

el concepto de «revolución legal», que Schmitt utilizó a la hora de analizar y someter a crítica a la estrategia «eurocomunista» defendida por Santiago Carrillo en su libro *Eurocomunismo y Estado*. A juicio del constitucionalista alemán, Carrillo defendía una «revolución legal» consistente en la conquista del Estado por métodos electorales para luego utilizar el poder estatal con el objetivo de lograr la transformación radical, cualitativa de la sociedad. Y eso es lo que, en mi opinión, intentaron los socialistas, como Largo Caballero, a lo largo del primer bienio republicano, según han señalado, entre otros, Santos Juliá, Andrés de Blas, Fernando del Rey y Macarro Vera en algunos de sus escritos.

Por otra parte, he de señalar que, a diferencia de lo sustentado por el señor Saz Campos, yo nunca he mitificado a las derechas ni he pretendido lavarles la cara. En mis libros, he señalado y denunciado todos y cada uno de sus defectos, algunos de los cuales permanecen en la actualidad: su escaso espíritu reformista, su egoísmo, su clasismo, su clericalismo, su desdén hacia la cultura y hacia los intelectuales; ahí están todos mis libros, y en particular el dedicado a *Acción Española*, para demostrarlo; lo que critico en la obra de Preston es que se le atribuyan proyectos, ideas y planteamientos que nunca tuvieron. En concreto, a mi juicio, la CEDA no fue un partido democrático; tampoco liberal. Estuvo ligado a la tradición conservadora autoritaria o teológico-política. Pero eso no lo convierte en fascista. La «fascistización» de su proyecto político consistió, a mi modo de ver, en la radicalización de esa perspectiva tradicionalista, antiliberal y antidemocrática. Los hombres de la CEDA, al igual que los monárquicos de *Acción Española* o los carlistas, tenían los mismos enemigos que los fascistas, pero no idénticos. La mayoría de los dirigentes cedistas y los miembros de la ACNP —con la excepción de Manuel Giménez Fernández o Luis Lucía— no eran demócratas; pero criticaron acerbamente la religión política fascista, el racismo nacional-socialista, el partido único, el corporativismo de Estado, etc. (Véase

Pedro Carlos González Cuevas, «Las religiones políticas contemporáneas: su incidencia en España», en Julio de la Cueva y Feliciano Montero, *Laicismo y catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República*. Alcalá de Henares, 2009, pp. 91-127).

No obstante, creo que, a la hora de explicar la actitud de los católicos en general y de la CEDA en particular hacia la II República, hay que profundizar más. Y es que los nuevos dirigentes republicanos, y en particular Azaña y los socialistas, creyeron que la Iglesia y la derecha católica no debían tener papel alguno en las instituciones del nuevo régimen. A su entender, como ha señalado Santos Juliá, en su estudio introductorio a los Diarios de Azaña, correspondía al Partido Radical de Lerroux representar a la derecha; los republicanos de izquierda serían el «centro»; y los socialistas, la izquierda. Esta perspectiva tuvo su fiel reflejo en la Constitución de 1931. Todo lo cual deslegitimó al nuevo régimen ante el grueso de la opinión católica.

Con respecto al tema del fascismo, cada día me parece más claro el error, en el que yo también he caído, de hablar de fascismo de una forma genérica, como si fuera igual la historia alemana que la italiana o la española, con sus radicales diferencias de orden cultural, social y económico. A ese respecto, me parece un tanto pueril la añagaza del señor Saz Campos acusándome de defender un supuesto «fascismo bueno» frente a otro «malo». Parece mentira que un investigador que ha dedicado el grueso de su producción al estudio de los movimientos fascistas pueda caer en tales simplificaciones. Y es que se trata del hecho evidente de las diferencias cualitativas entre fascismo italiano y nacional-socialismo alemán. Pese a sus posteriores alianzas fueron dos movimientos muy diversos desde el punto de vista ideológico, cultural y social, aunque coincidieran en una serie de aspectos. Por de pronto, el movimiento alemán rechazó lo que denominaba «estadolatría italiana», mientras que el fascismo, al menos hasta 1938, rechazó el racismo y el antisemitismo.

De hecho, el movimiento italiano contó con la adhesión de numerosos judíos, entre ellos el eminente filósofo del derecho Giorgio Del Vecchio. Incluso ejerció una influencia importante en ciertos sectores del movimiento sionista, como el capitaneado por Zeev Jabotinsky, según señaló Shlomo Avineri en su obra *El ideal sionista*. Sin duda, Onésimo Redondo fue un fascista, muy impregnado de catolicismo social y de tradicionalismo cultural. Fue un antisemita católico; pero no un nacional-socialista. Y, en ese sentido, lo que he señalado, y que tanto parece haber molestado al señor Saz Campos, es que criticó públicamente el racismo biológico de Alfred Rosenberg, al que calificó de «extravío filosófico» y «aberración cultural» (*Libertad*, 28-I-1935, p. 2). No se trata, bien lo sabe el señor Saz Campos, de fascismo «bueno» o fascismo «malo»; se trata únicamente de mostrar que en el fascismo español el factor racial carece de importancia ideológica, cultural y política. Nada más. ¿No está de acuerdo en eso?

Confieso que lo de las «malas compañías» me ha llegado al alma y me ha hecho reír, y eso sí que es difícil, porque soy de natural adusto. La prevención que delata parece tener incluso matices clericales. Me recuerda a un libro, muy leído por la piadosa burguesía hogareña española de comienzos del siglo XX, titulado *Novelistas buenos y malos*, publicado en 1910 por el Padre Pedro Pablo Ladrón de Guevara, en cuyas páginas se condenaba al grueso de la literatura moderna tanto española como extranjera. Quizás el señor Saz Campos se decida algún día a publicar un libro sobre *Historiadores buenos y malos*. Claro que ya sabemos cuáles son los «malos»: De Felice, Furet, Nolte, Mosse, Gentile, etc.; ahora me gustaría saber cuáles son los «buenos». Lo sospecho, pero me lo callo. Me recuerda igualmente a alguna de las escenas de la genial película de Federico Fellini, *Amarcord*, cuando el cura confiesa a los niños del pueblo y les dice que, si se masturban, «llora San Luis». En mi colegio de curas, algunos sacerdotes preconciarios intentaron lo mismo; pero ya no les hicimos ningún

caso; eran los años setenta del pasado siglo. De esta forma, el señor Saz Campos recurre, para criticar y demonizar al revisionismo histórico, a lo que el buen Miguel de Unamuno denominaba «compungidas ramplonerías escolásticas de eso que llaman la libertad bien entendida».

En ese sentido, no llora San Luis; llora Clío, por su libertad e independencia cuestionadas desde la esfera ideológico-política. ¿A dónde llevan las posiciones defendidas por el señor Saz Campos? Para mí está tenebrosamente claro: a la «memoria de Estado», «una política pública de memoria», teorizada, entre otros, por el historiador catalán Ricard Vinyes, en uno de los artículos más sectarios y sobrecogedores de los últimos tiempos. Y que en la Cataluña del tripartito llevó a la instauración del Memorial Democrático. Para Vinyes, esa «memoria de Estado» o «política pública de la memoria» tiene como objetivo «desproveer de calidad moral a los implicados con la dictadura» y «socializar los valores democráticos de la resistencia». Naturalmente, el historiador catalán identifica, sin más, democracia con antifranquismo (Ricard Vinyes, «La memoria del Estado», en *El Estado y la memoria*. RBA. Barcelona, 2009, pp. 23-61). Puro Orwell. No soy yo quien pretende, según señala el señor Saz Campos, instaurar una «nueva verdad», entre otras cosas porque creo, con Karl Popper, que cualquier ciencia, y en concreto la historia, es «búsqueda sin término». Es el señor Saz Campos quien, a través del consenso antifascista o antifranquista, pretende instaurar una «memoria de Estado» y una ortodoxia ético-política, con lo cual manda al ostracismo silencioso, a la mendicidad profesional y al destierro eterno a todos los que no comulguen con sus estrechos planteamientos. La suya es una política de fe; la mía de escepticismo. Son las «trampas de la memoria antifascista» que han denunciado en la prensa Fernando del Rey (*El Mundo*, 22-III-2007) y Santos Juliá (*Hoy no es ayer*; pp. 370ss). En todo caso, habría que hacer referencia no sólo al consenso antifranquista, sino a un consenso antitotalitario y antirrevo-

lucionario. Lo que llevaría a la condena no sólo del franquismo, sino del comunismo, el socialismo revolucionario y el anarquismo. Y es que, como ya señaló hace tiempo Raymond Aron, la democracia liberal y parlamentaria resulta incompatible con la revolución. Algo que, como ya sabemos, el señor Saz Campos no acepta. En cualquier caso, yo siempre me opondré a una «memoria de Estado». Contra tal proyecto, se han alzado en Europa numerosos historiadores. Es muy conocido el manifiesto titulado «Liberté pour l'histoire», firmado, entre otros, Marc Ferro, Jacques Julliard, Pierre Nora, Mona Ozouf, Pierre Vidal Naquet, etc., etc. En el manifiesto, se decía: «En un Estado libre no corresponde ni al Parlamento ni a la autoridad judicial definir la verdad histórica. La política del Estado, incluso animada de las mejores intenciones, no es la política de la historia» (Véase Pierre Vidal Naquet, *La historia es mi lucha*. PUV. Valencia, 2008, pp. 96 y ss.).

A ese respecto, parece como si el señor Saz Campos pretendiera transplantar a España esa institucionalización del consenso antifascista que, como ha señalado Enzo Traverso, ha fracasado tanto en los países del socialismo real como en Italia. En ese último país, la instauración de la memoria antifascista no evitó la supervivencia del MSI; la subida al poder de Silvio Berlusconi, quien no ha dudado en utilizar en sus mítines gestos mussolinianos ante Alessandra, la nieta del Duce; y la participación en el gobierno de un partido «posfascista» como Alianza Nacional. El propio Enzo Traverso, hombre de izquierda, ha reconocido que la instauración del consenso antifascista tuvo «consecuencias lesivas para la investigación histórica» (Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia y memoria histórica*. Marcial Pons. Madrid, 2007, pp. 98-100).

Y es que, como señaló en su día Renzo de Felice, fórmulas tales como «mal absoluto» o «locura histórica», no solo carecen de valor heurístico, sino de función pedagógica. Lo fundamental, en una democracia liberal digna de tal nombre, es la posibilidad de debate crítico

en una esfera pública sin cortapisas (Renzo de Felice, *Rojo y negro*. Ariel. Barcelona, 1996, p. 129).

Y termino. Los temas exigían dilatado comentario. El alegato del señor Saz Campos, no. Su exégesis es muy pobre. Como apología de su amigo/maestro resulta decepcionante por sus vacíos, su carácter en gran medida elusivo e impreciso. En realidad, si bien se mira, el señor Saz Campos no se enfrenta nunca de manera nítida al conjunto de mis críticas a Paul Preston. Sus expresiones ilustran tal imposibilidad: «justamente», «de acuerdo en lo fundamental», «puede ser», «es posible», «puede admitirse», y así todo. Lo cual demuestra que mi crítica está muy lejos de ser ese «mero tiro al muñeco» que el señor Saz Campos me atribuye. En su lugar, el señor Saz Campos recurre a la política pura y dura. *Politique d'abord*, que diría Charles Maurras; ahí está la almendra de todo el alegato/apología del señor Saz Campos. Dialéctica amigo/enemigo, no amigo/adversario, como delata su acusación, tan infundada como grave, de que yo pueda defender un «negacionismo (!) a la española». Le agradecería que lo retirara. De lo contrario, no solo renunciaré a debatir con el señor Saz Campos, sino que me veré obligado a recurrir a otras instancias. Porque yo no he negado ninguna matanza. Simplemente, he interpretado de otra forma su significado. El mensaje del señor Saz Campos no es ciertamente alentador para el porvenir y desarrollo de nuestra historiografía. Es un mensaje que, desde luego, yo no comparto. Porque lo que verdaderamente hay que esperar de un historiador no es que se defina políticamente, como muchos ciudadanos españoles hacen en una mesa de café, sino que aporte rigurosa y objetivamente un adarme de luz sobre la reciente y conflictiva historia contemporánea de España. ¡Ah!; se me olvidaba; le recomiendo que borre de sus libros y artículos citas o referencias a los míos. Yo también puedo ser una «mala compañía» y el señor Saz Campos puede condenarse. Entonces, la historia no le absolverá.

Nota del Consejo de redacción

El propósito de esta sección de la revista es estimular el debate historiográfico constructivo. Partimos de la convicción de que el avance del conocimiento requiere del ejercicio de la crítica respecto a las aportaciones que se publican y de que esa crítica se puede y se debe realizar a través del respeto e incluso la cortesía académica. No estamos seguros de que haya sido así en el caso del texto del doctor González Cuevas que hoy publicamos. Hemos optado, sin embargo, por publicarlo tal como nos fue remitido. Rogamos sin embargo a quienes en el futuro participen en esta sección que eviten toda descalificación personal y se atengan a debatir argumentos.

COSAS DE LA HISTORIA, COSAS DE LA HISTORIOGRAFÍA

Ismael Saz

Universitat de València

Gracias por lo de «señor». Anticipo que no voy a contestar a ninguno de los insultos, insinuaciones, descalificaciones y amenazas de Pedro Carlos González Cuevas. Primero, porque no me siento aludido por nada de ello; segundo, porque pienso que las mismas descalificaciones descalifican al descalificador; tercero, porque no es mi estilo faltarle a nadie al respeto; y, cuarto y sobre todo, porque pienso que los debates historiográficos deben ser siempre eso, historiográficos, y nunca *ad hominem*. Olvidemos, pues, todo esto y hablemos de historiografía.

Sobre la memoria histórica. Buena parte de la argumentación de González Cuevas contra mis planteamientos gira en torno a la cuestión de la memoria histórica.

Según él, yo sería una «víctima más del síndrome historiográfico de la 'memoria histórica'», cuando no un militante de la misma y defensor –ahorro el calificativo– de una «memoria de Estado»; algo en lo que iría de la mano con Ricard Vinyes y sus teorizaciones.

Lo primero que debe constatarse al respecto es que no creo que González Cuevas sepa lo que digo yo acerca de la memoria histórica. Creo que no lo sabe porque me atribuye planteamientos que nunca he hecho y actitudes que nunca he tenido. Y porque parece confundir dos textos míos, ambos recopilados en un libro, *Fascismo y franquismo*, de 2004. El primero de estos textos –«Algunas consideraciones a propósito del debate sobre la naturaleza del franquismo y el lugar histórico de la dictadura»– se refiere a lo que su título indica y para nada al problema

de la memoria histórica. El segundo, y último del volumen, «El pasado que aún no puede pasar», sí se refiere al problema de la memoria histórica.¹ Pues bien, lo que hace González Cuevas es extraer y sacar de contexto un párrafo del primero –que no va de memoria histórica– e ignorar por completo el segundo, que sí que trata de eso.

Pero vayamos por partes. Lo que hacía en el artículo relativo a la naturaleza del franquismo es criticar lo que denominaba aproximación radical-democrática, proclive a reconstruir la contemporaneidad española como una cadena de fracasos o semifracasos, que terminaría por conducir casi inexorablemente a un franquismo caracterizado casi siempre como fascismo. Pero criticaba también, con no menor énfasis, lo que caracterizo como aproximación liberal-conservadora o del «paréntesis», tendente a proporcionar una visión idealizada de la contemporaneidad española, interrumpida por algunos errores de la clase política y una cadena de radicalizaciones –con la izquierda como máxima responsable–, que llevaría a una dictadura, la república, la guerra civil y otra dictadura, la franquista, casi nunca definida como fascista. Pasado ese paréntesis de turbulencias, la actual democracia podría remitirse a la España de la Restauración y nunca a la Segunda República. Lo que yo mantenía, una vez hechas estas críticas, es que en ambas reconstrucciones, muy fijadas en el problema de la «normalidad» española, se terminaba por perder de vista a otros actores. A partir de ahí, apuntaba que podía quedar sosla-

yado el problema fundamental del siglo XX, cual sería el de la lucha por la democracia política y la igualdad social, y, tras reconocer que ambas cuestiones no habían ido siempre de la mano, sostenía que entre las fuerzas políticas y sociales que impulsaron tales avances había que citar a «liberales consecuentes, republicanos, socialistas, cenetistas y comunistas, a las clases populares y a sectores fundamentales de las clases medias». Lo decía entonces y lo sostengo ahora. Claro que no me refería a todos los socialistas, todos los cenetistas y todos los comunistas. No a todos y en todo momento. Pero sí en el *largo periodo*, porque considero que los principales protagonistas en la lucha por la igualdad social estuvieron en las filas de las organizaciones obreras ¿o no?; que la mayoría de los socialistas han sido demócratas ¿o no?; que la experiencia histórica de la CNT no puede reducirse a los pistoleros de la FAI ¿o sí?; y que el partido comunista pasó el mayor tiempo de su existencia luchando contra la dictadura franquista y como partido de oposición a la misma por excelencia ¿o no?

Me refería entonces, insisto, al *largo periodo* y no me centraba en la república y la guerra civil, simplemente porque el artículo no iba de esto. Aunque ya puestos en este terreno, estoy de acuerdo con Santos Juliá en que «las columnas anarquistas o faistas que sembraron el terror en territorio de la República, especialmente en Cataluña, sin que las llamadas de los dirigentes de la CNT sirvieran para mitigar los estragos, soltarían hoy una terrible carcajada si alguien les viniera con la memoria en clave democrática de que estaban defendiendo la República». ² Pero esto es lo que dice Santos Juliá; el que mete a todos los demás en la «risa» es González Cuevas. Problema de las partes y el todo, algo que como veremos es recurrente en los planteamientos de este último.

Y vamos con el ignorado, por González Cuevas, texto sobre la «memoria». En ningún momento reivindicaba en él ninguna «memoria de Estado», aunque sí una memoria democrá-

tica, una memoria justa, un reconocimiento de las víctimas, la desaparición de los símbolos de la dictadura. Todo ello desde supuestos muy claros: Primero, una democracia no puede legitimarse sin una ruptura clara y expresa –me refiero al terreno del discurso, claro– con el pasado dictatorial, como hizo la derecha francesa, como hizo la práctica totalidad de las derechas europeas y como ha hecho, mire usted por dónde, hasta el mismísimo Fini. Segundo, entre las muchas memorias –cuya pluralidad nunca he negado– existía una que se impuso, ésta sí –y no la del Memorial Democràtic– a sangre y fuego; e insistía en que esa memoria franquista seguía presente y operativa; de hecho aún lo está en muchos terrenos. Tercero, que cualquier ser civilizado de fuera de nuestras fronteras se sorprende ante el hecho de que aún hoy haya víctimas olvidadas en las fosas. Cuarto, y englobando mucho de lo dicho, me mantenía en una línea próxima a la de Paul Ricoeur, allá donde decía que los problemas de justicia y verdad que podían quedar eclipsados por amnistías políticamente necesarias, se mantenían, hasta su inevitable emergencia, en las «tinieblas de la memoria». En esto me basaba para reivindicar, como sigo reivindicando, que esta(ba)mos en un momento de memoria y que por ahí teníamos que pasar, por el pertinente trabajo de duelo, para poder llegar a la satisfacción de ejercer otro derecho, el derecho al olvido. ³

No coincidía en esto con Santos Juliá, aunque sí estoy de acuerdo, como se puede inferir de lo dicho, en que la Transición no tiene en esto de la memoria la más mínima «culpa». Desde luego, esa desavenencia con Santos Juliá no me convierte en su enemigo; es más, estoy radicalmente en contra de la sarta de descalificaciones a que ha sido sometido por algunos auténticos exaltados de la memoria histórica. Por otra parte, no puedo ir de la mano en esta cuestión con Ricard Vinyes, entre otras cosas porque mi artículo original es de 2003 y las teorizaciones de este autor, a las que alude González Cuevas, son de 2009. Por lo demás, no estoy de acuerdo con

algunas de las tesis «fuertes» de Vinyes; aunque, desde luego, tampoco llegaría a calificar su texto de «sectario y sobrecogedor». Creo, en suma, que el problema de la memoria es un problema sobre el que hay diferencias sensibles entre los historiadores, como las hay en el conjunto de la sociedad. Y que debe ser abordado desde la racionalidad, el diálogo y el respeto mutuo, sin insultos ni descalificaciones. Ni las líneas de reivindicación de la memoria histórica constituyen un *mal*, un «síndrome» poco menos que absoluto y «tenebroso», ni se pueden verter injurias sobre quienes, desde posiciones democráticas y argumentos sólidos, cuestionan su oportunidad y pertinencia.

Sobre fascismo y fascistización. Celebro que González Cuevas diga, ahora, que la CEDA estaba fascistizada aunque no era fascista; que Onésimo Redondo era fascista; y que no hay fascismos «buenos» y «malos». Pero lo que yo criticaba era lo que decía literalmente en su anterior reseña: «el antisemitismo católico tenía poco que ver con el racial de los nazis; incluso el propio Onésimo Redondo criticó públicamente el racismo de Alfred Rosenberg, No; las derechas españolas, con todos sus defectos, no tuvieron nada que ver ideológicamente con el nacional-socialismo alemán»(subrayado mío).

Pero si Redondo era fascista ¿cómo se puede afirmar que no tenía ideológicamente *nada* que ver con el nacionalsocialismo? ¿Qué es el fascismo? ¿Una ideología, un movimiento sin ideología o un epifenómeno? Porque, si es una ideología, algo tendrán que ver *ideológicamente* los fascismos español y alemán ¿o no?

Ahora bien, por este lado, González Cuevas se embarca en una discusión historiográfica relevante. Lo hace, en efecto, al señalar las diferencias, que yo también considero importantes, entre los distintos fascismos. El problema consiste en que al final no se sabe muy bien si existen *fascismos* o si hablamos de movimientos e ideologías diferentes con algunos puntos de coincidencia. ¿Se puede hablar de un fascismo genérico? González Cuevas considera que es un

error hablar del fascismo en forma genérica. No hay nada de nuevo en esto. Esa era la línea, por lo demás perfectamente respetable, aunque desde posiciones no siempre coincidentes, de Bracher, De Felice o Sternhell, entre otros. Ahora bien, me parece más discutible que se pueda reducir a la condición de *error* lo que hoy por hoy considera la *inmensa mayoría* de los estudiosos del fascismo. Y aquí no hay fronteras de tendencia «política», porque en ese plano se movían Payne y Mosse, Griffin, Paxton o Mann, entre muchísimos otros, aunque de nuevo desde posiciones no siempre coincidentes. Ninguno de estos historiadores cuestiona la diferencia entre unos y otros fascismos, pero ninguno de ellos cuestiona tampoco la pertinencia del estudio de los fascismos dentro de un definido marco conceptual, el fascismo, respecto del cual cobran significado las distintas y diversas experiencias. No está de más, en fin, recordar que en las dos últimas décadas el debate sobre el fascismo ha alcanzado un vigor extraordinario que, en el mejor de los casos, no puede ignorarse. Si considerar un *error* lo que dice el grueso de la historiografía actual resulta un tanto arriesgado, no lo es menos, historiográficamente hablando, que se ignoren las últimas, y no tan últimas, aportaciones al estudio del fascismo.

Volviendo ahora a la CEDA y a las derechas. Una vez más, mi comentario era sobre lo que decía González Cuevas en la reseña y no sobre el conjunto de su obra. Y lo que decía en la reseña es, insisto, que las derechas españolas no tenían ideológicamente *nada* que ver con el nacionalsocialismo. Bien. Lo que afirma ahora es que la CEDA estaba fascistizada pero no era fascista. Totalmente de acuerdo ¿Cómo no, si llevo más de veinticinco años, escribiendo, insistiendo y, si se me permite, predicando exactamente eso? Que es, por otra parte, lo que llevaban diciendo algunos años cualificados especialistas de entonces en el fascismo y la derecha.

Ahora bien, fascistización implica préstamo *ideológico* y juegos de apropiación—distorsión y reelaboración de elementos *ideológicos*. Que no

convertían a la CEDA en fascista, de acuerdo; que no tenía *nada que ver* con lo *ideológico*, esto es ya una contradicción en los términos. Por otra parte, el binomio fascismo-fascistización no introduce elemento de «bondad» alguno para su segundo elemento. Primero, porque lo que más atraía a estas derechas de la experiencia fascista era su capacidad para destruir el marxismo y el parlamentarismo. Y, segundo, porque algunas de esas derechas españolas eran en algunos aspectos tan destructivas o más que el fascismo. No en el plano de un genocidio por motivos raciales, claro. Pero sí en la voluntad de erradicar, por completo y para siempre, la cultura liberal y secular. El fascismo, incluidos en esto los fascistas españoles, se contentaba con destruir la primera. Los otros, los que serían dominantes en el franquismo, querían destruir ambas. Y esto, se quiera o no, tiene mucho que ver con el problema de la violencia. Ya se sabe: se erradican culturas, se erradican libros... y se erradican hombres. No son planos separados, y si ignoramos esto difícilmente podremos entender la represión franquista; no podremos entender por qué la represión por motivos específicamente *políticos* fue mayor y más sanguinaria en la dictadura española que en las dictaduras italiana y alemana.

De violencias, exterminios y revoluciones. Le resulta significativo a González Cuevas que yo no hable de las matanzas de sacerdotes. No debería ser así. Porque, insisto una vez más, yo comentaba lo que él decía. Y si él no hablaba de esa matanza entonces, aunque ahora sí, es algo sobre lo que seguramente debería reflexionar, sin meterme a mí por medio. Si lo hubiera hecho, si hubiera hablado de las matanzas, le habría dado sencillamente la razón: me parece un episodio bárbaro y criminal, absolutamente injustificable desde cualquier perspectiva y enfoque; añadiré algo más, para mí, las víctimas de esas matanzas —de todas— son también *mis* víctimas.

Pero sí tengo mis dudas a la hora de admitir para ello el calificativo de genocidio. En parte, las mismas que tengo a la hora de hablar de

genocidio franquista: creo que se trata de un concepto muy serio de cuya banalización hay que precaverse muy mucho. Pero en parte también porque no se puede omitir —y la verdad que hay quien lo intenta— que las barbaridades que se produjeron en zona republicana no formaban parte de un plan de exterminio, ni constituyeron la realización práctica de teoría del exterminio alguna; que pudieron desarrollarse merced a la desaparición *de facto* del Estado a consecuencia de un golpe de Estado fallido; que las máximas autoridades políticas republicanas estuvieron en contra de ellas; que en este sentido la diferencia con las barbaridades franquistas es sencillamente abismal.

No se trata, por supuesto, de exculpar a nadie —ni organizaciones ni dirigentes—, pero tampoco parece de recibo establecer una suerte de encausamiento general de todos los anticlericales o propagandistas anticatólicos. No sólo se trataría en este caso de un reduccionismo historiográfico difícilmente asumible —que mandaría de paso al garete a la mayoría de los estudiosos del anticlericalismo—, sino que estaríamos, además, ante una construcción de la historia del revés, una historia escrita desde el sentido del después.

Lo que sí llama poderosamente la atención es el —poco— sutil encadenamiento, siempre en el plano de los supuestos «teóricos del exterminio», entre los susodichos anticlericales y los planteamientos de Araquistáin y la izquierda socialista. Se puede ser todo lo crítico que se quiera —yo de hecho lo soy— con estos sectores socialistas, con sus incoherencias, carencias teóricas, irresponsabilidades y aventurerismo. Pero de eso a presentarlos como teóricos del exterminio hay un trecho. A no ser que se considere, claro, que defender la «socialización definitiva de la propiedad» es *per se* una «teorización del exterminio». ⁴ Creo que ni el Nolte de la *Historkerstreit* llegaba tan lejos.

Y vamos con las revoluciones. Supongo que en lo de la incompatibilidad de la revolución y la democracia liberal y parlamentaria Gonzá-

lez Cuevas se refiere a la revolución socialista, comunista o anarquista. Pero entonces hay que precisarlo. Y es que hay que reconocer que a lo largo de lo que escribe González Cuevas el concepto de revolución, como tal, sale bastante mal parado. Porque, para empezar, la democracia misma es, en el fondo y muchas veces en la forma, una conquista revolucionaria. No fue una concesión graciosa, a través de solicitudes y pólizas, de nadie. Y en casi todas partes tuvo episodios violentos, no exentos de crímenes en nombre de la democracia y la revolución.⁵ Pero esto no nos debería llevar, no al menos a mí, a abjurar de la revolución americana, de la francesa, de las revoluciones liberales y democráticas del siglo XIX, de la rusa de 1905, de la iraní de las mismas fechas, de las revoluciones del 89 del siglo XX, o de las revoluciones árabes del presente.

Tampoco de la revolución española de 1931, que es lo que pensaban los republicanos que era. Y por aquí tropezamos con otro concepto, el de «revolución legal». Claro que yo no considero que todo aquel que cite o trabaje con los conceptos del «constitucionalista» Carl Schmitt es fascista o sospechoso de serlo, cuando ni siquiera pienso que lo fuese el propio Schmitt. Ahora bien, como todo el mundo sabe, Schmitt echó sobre sus hombros la tarea de legitimar la dictadura nazi, se incorporó a ese partido, se distanció más tarde de él, entre otras cosas por su «plebeyismo», y luego, ya desde España, fue santo de especial devoción de los herederos de Acción Española, el grupo de *Arbor* y, muy especialmente, del franquista y antidemócrata recalitrante Gonzalo Fernández de la Mora.

Más allá de esto, González Cuevas considera que yo no entiendo el concepto de «revolución legal» de Schmitt. Bien, lo primero que puedo decir al respecto es que en mi referencia a Schmitt pasé un poco por encima por una cuestión de buen gusto, por no querer ir demasiado lejos. Porque resulta que el concepto de «revolución legal» remite, por excelencia, a la de los nazis, y no me imaginaba que González Cuevas pu-

diera llegar a equiparar a Largo Caballero con Hitler.⁶ Tampoco, claro, que sea aplicable, como se nos dice ahora, al *Eurocomunismo y Estado* de Santiago Carrillo. Porque lo que aquí se está deslizando es una insinuación y un ocultamiento. La primera, que Largo Caballero y Santiago Carrillo transitaban, con cuarenta años de diferencia, por la misma senda; y el segundo, que esa senda la habían trazado los nazis. Y no sé si entiendo muy bien a Carl Schmitt, pero resulta que el artículo en que éste se refiere al libro de Carrillo es un prodigioso ejercicio de ocultamiento de su colaboración con los nazis y una manipulación alucinante de lo que plantea Carrillo. Así, donde el dirigente español dice que los comunistas aprendieron mucho del valor de la democracia en sí misma tras la experiencia de los fascismos y las dictaduras, Schmitt le hace decir que han aprendido de los nazis a propugnar revoluciones legales. La verdad es que sí, que cuesta entenderlo, o costaría de no tratarse de Schmitt⁷. Tal vez éste quería, con su referencia a Carrillo, lavar un poco su imagen. Pero lo que ya no se entiende es el recurso de González Cuevas a tan largo viaje a través de no se sabe dónde para «explicar» a Largo Caballero y, de paso el primer bienio republicano. Esto se llama «demonizar». Y, sinceramente, se puede ser sumamente crítico con Largo Caballero —yo lo fui hasta cuando hablé de su política ministerial como «el socialismo en un solo ministerio»— pero de ahí a meterse en insondables y schmittianas «revoluciones legales» media, otra vez, como siempre, un trecho.

De historiografía, revisionismo y prácticas historiográficas. Al parecer, González Cuevas me consideraba cercano al paradigma «revisionista» porque citaba mucho a De Felice, Mosse o al propio González Cuevas; al parecer también, habría sido el síndrome de la memoria histórica el que me habría apartado de tan recto camino; en fin, es de suponer que ese síndrome me lleve algún día a publicar un libro sobre *historiadores malos* —«De Felice, Furet, Nolte, Mosse, Gentile, etc.»— e *historiadores buenos*. Bien, siento defraudar a

mi interlocutor, pero si no ese libro, sí escribí un artículo «Repensar el fascismo» –recogido también en *Fascismo y Franquismo*– en el que no había buenos y malos, aunque sí bastante crítica historiográfica. Lamentablemente para González Cuevas, el artículo está escrito en 1996, esto es, años antes de la aparición del «síndrome» de la memoria. Lo que yo hacía entonces era una crítica bastante dura, creo, de los grandes paradigmas sobre el fascismo –el del totalitarismo, el de la modernización y el marxista–, que consideraba agotados. Les reprochaba a todos ellos que condujeran a la desaparición del sujeto fascista en beneficio de las «masas», la dialéctica modernización-atraso o la de la lucha de clases. Y añadía, por el contrario, que en el proceso de recuperación historiográfica de ese sujeto fascista, del movimiento fascista, de la importancia de lo político, lo ideológico y lo cultural, habían sido importantes, cada uno a su modo, el primer Nolte, De Felice, Mosse, Gentile, además de sucesivamente, Sternhell, Griffin, Eatwell o, desde otras perspectivas, Mason, Eley, Burrin, etc.

Y sí, sucede que en ese mismo artículo, insisto, de 1996, me mostraba sumamente crítico con el Nolte de *La guerra civil europea*, el de la *Historikerstreit*, con el De Felice de *Rosso e nero* y con el Furet de *El pasado de una ilusión*. Más aún, me preguntaba entonces acerca de las razones de tan fulgurantes ataques a lo que ya era por entonces, o estaba a punto de serlo, un cadáver político, el comunismo. Y me contestaba –visto lo visto, no sin ciertas dosis de adivinación–: «lo que se sitúa en el punto de mira, con razón o sin ella, es el *imaginario colectivo de la izquierda* y significadamente la cultura antifascista».

Pues bien, ese es el tipo de revisionismo al que yo me refiero, el de los Furet, Nolte y De Felice, y que ahora veo expandirse por España; claro que con bastante retraso y tras el «síndrome» de la memoria, pero eso no es culpa mía. Ciertamente, por otra parte, que Enzo Traverso no se muestra muy partidario del uso indiscriminado del término «revisionismo». Pero eso no le impide afirmar: «Discutible la revisión de Furet

que acaba... con otro cuestionamiento radical de toda la tradición revolucionaria –a sus ojos fuente de los totalitarismos modernos– y en una apología melancólica del liberalismo como horizonte infranqueable de la Historia. Para terminar, nefastas son las revisiones de Nolte y De Felice cuya meta –o, al menos, la consecuencia– es la de reacomodar la imagen del fascismo y del nazismo».⁸ No muy distinto ciertamente de lo que yo había escrito.

Y dos pequeñas constataciones. Primera, en historia no hablamos de historiadores buenos e historiadores malos; en historia se pueden, y se deben, apreciar las contribuciones de un historiador sin por ello comulgar absolutamente con sus tesis ni asumir sus derivas sucesivas; en historia, los historiadores tenemos la obligación de citarnos, más allá de nuestras filias o nuestras fobias, por ética, por estética y porque así lo exige el oficio de historiador.

Segunda, nunca he ocultado mi admiración por Mosse o Gentile y cuán importantes han sido en la evolución de mis estudios sobre el fascismo. Nunca he escrito una línea en contra de ellos, lo que no es ni un mérito ni un demérito por mi parte. De hecho, fui el editor de un número de la revista *Afers* (1996) en el que se publicaban sendos textos de estos autores. El de Gentile en particular, sobre el fascismo como religión política, en lo que constituía, si no me equivoco, la primera versión en una lengua española de su celeberrimo artículo al respecto.⁹ Desde luego, no considero que ninguno de estos autores esté próximo al paradigma revisionista. Es una opinión, discutible por supuesto.

Y termino con una referencia al siempre liberal y nunca marxista George L. Mosse. Éste, en su autobiografía, no renegaba para nada, todo lo contrario, de su militancia antifascista nacida al calor de la guerra de España. Es más, de un modo muy poco «furetiano» consideraba que la cultura del antifascismo estaba lejos de ser en su tiempo un ardid de los comunistas; que sí lo fue después, cuando, desaparecido como movimiento, el antifascismo se convirtió en un

eslogan comunista; pero que retrotraer esto a los años treinta es leer la historia desde el prisma de la guerra fría, es mirar la historia hacia atrás.¹⁰

En fin, la historia, la historiografía, los historiadores son así de complejos ¡Qué le vamos a hacer!

NOTAS

- ¹ El primer artículo se publicó en 1999; el segundo, en 2003. Las referencias de ambos en *Fascismo y franquismo*, p. 26.
- ² JULIÁ, Santos, *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA, 2009, p. 364.
- ³ No una cosa muy diferente dice Tony Judt en su celebradísimo epílogo de *Postguerra: una historia de Europa desde 1945* (Madrid, Taurus, 2005, p. 1182): «para poder empezar a olvidar, una nación debe primero haber recordado». Donde se sugiere, además, que España estaría ahora en ese momento de recordar.
- ⁴ La verdad es, por otra parte, que resulta difícil tomarse en serio la defensa por Araquistáin de una categoría de «totalitarismo» en la que no entraban las dictaduras fascistas. Y presumiblemente tampoco la soviética, ya que una de las razones que aducía en su irresponsable apelación a la violencia era la de evitar que el comunismo quedara como «dueño del campo político social» Cfr., «Glosas del mes», y Luis Araquistáin, «La nueva etapa del socialismo». Ambas en *Leviatán*, I (mayo 1934), pp. 1-8 y 35-42, respectivamente.
- ⁵ ELEY, Geoff, *Forging democracy. The History of the Left in Europe, 1850-2000*, Oxford, Oxford University Press, 2002.
- ⁶ «El término clave, que abre el camino a la explicación del carácter e historia del asalto al poder del nacionalsocialismo, es el lema, ya tópico en la época, de la «revolución legal». Los propagandistas, políticos y constitucionalistas del nacionalsocialismo destacaron desde el principio que si bien la subida de Hitler al poder era, en verdad, el comienzo de una revolución, de una profunda modificación del estado de cosas, se trataba de un hecho plenamente legal, situado dentro del marco del Derecho y la Constitución». BRACHER, Karl D., *La dictadura alemana II. Génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid, Alianza, 1973, p. 259. Véase al respecto, también, BURLEIGH, Michael, *El Tercer Reich*, Madrid, Taurus, 2002, p. 193.
- ⁷ SCHMITT, Carl, «La revolución legal mundial», *Revista de Estudios políticos*, 10 (1979), pp. 5-24. Donde se habla también de la revolución legal de Hitler como precedente.
- ⁸ TRAVERSO, Enzo, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 100.
- ⁹ GENTILE, Emilio, «El feixisme com a religió política», *Afers*, 25 (1996), «Repensar el feixisme», pp. 545-565. El artículo «Repensar el fascismo», al que me he venido refiriendo, constituía originalmente la introducción de dicho monográfico.

¹⁰ MOSSE, George L., *Confronting History. A Memoir*, Madison, University of Wisconsin Press, 2000, pp. 101 y ss.

EL REGRESO FORZADO Y LA PERSECUCIÓN CONTRA LOS EXILIADOS EN FRANCIA

Jordi Guixé Coromines

Universidad de Barcelona-París III

Introducción

En este artículo se pretende hacer, de forma transversal, un breve repaso del nacimiento, expansión, funciones y consecuencias de los servicios secretos franquistas en territorio francés. Su análisis estratégico y orgánico parte de unas relaciones policiales, represivas y «oficiosas» entre el Cuartel General de Burgos y el Estado galo. Un Estado que hasta más allá de la Segunda Guerra Mundial estaría interesado en no romper las relaciones con los poderes españoles, fueran demócratas o no.

Este artículo forma parte de una investigación más amplia acerca de lo que yo denomino «la represión exterior» del régimen franquista, base de mi tesis doctoral.¹ Un estudio que se inicia con el establecimiento de las nuevas agencias de información y espionaje franquistas en Francia y llega hasta las últimas operaciones policiales anticomunistas de los años cincuenta. Para esta tesis se ha investigado en los archivos ministeriales y policiales de París y Madrid, los archivos de Ávila, Barcelona, Toulouse, Fontainebleau, etc., de los cuales se han consultado fondos inéditos hasta hace bien poco (los de la *Sûreté Nationale* francesa o los de la Segunda Sección del Estado Mayor español en Ávila). Han sido imprescindibles los fondos documentales de la policía francesa llamados «de Moscú», capturados por los nazis cuando ocuparon París y trasladados a Berlín. Al entrar el ejército so-

viético en la capital alemana, la documentación fue trasladada a Moscú hasta que, a finales de los años noventa, a través de un tratado franco-ruso, fue depositada finalmente en los Archivos Nacionales Franceses de Fontainebleau. Estos fondos, elaborados por la dirección general de la policía francesa (*Sûreté Nationale*), encargada de vigilar a los fascistas que actuaban en su territorio, proporcionan una serie de nombres e informes de operaciones, fruto de la vigilancia que ejercían sobre los servicios secretos franquistas creados en el exterior durante la Guerra Civil.

La injerencia y la actuación represiva llevada a cabo por los agentes franquistas en territorio francés, podríamos enmarcarla en tres momentos bien delimitados: la Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. La Guerra Civil serviría de preámbulo mientras que, durante la Segunda Guerra Mundial, se estrecharían los lazos entre el Nuevo Estado franquista y la Francia de Vichy bajo el paraguas colaboracionista de la Alemania nazi. Ya en la Guerra Fría, el conflicto ideológico y político afectó también a las relaciones policiales entre ambos Estados, cercando a los exiliados republicanos españoles, sospechosos de comunismo.² La operación policial francesa anticomunista conocida con el nombre de «Boléro-Paprika», que tuvo lugar en el mes de setiembre de 1950, marca de alguna manera el fin del periodo de represión del exilio republicano español en suelo francés.³ No obstante, más allá de 1950, se mantendrán de-

tenciones arbitrarias, colaboraciones policiales contra antifranquistas comunistas y anarquistas, pero en todo caso ya no serán las acciones contundentes y colectivas contra grupos de exiliados propias del periodo 1937-1950.

Guerra Civil

Desde el otoño de 1936, grupos de exiliados de derecha instalados en Francia crearon redes de soporte a los militares rebeldes con la ayuda de grandes financieros y monárquicos alfonsinos que ya residían allí antes de estallar la guerra. Su objetivo principal era derrotar el gobierno de la República y la mayoría confiaba en un restablecimiento de la monarquía. Este apoyo fue muy bien recibido en el cuartel general de Franco en Burgos. Es de sobra conocida la colaboración con el ejército rebelde de grandes políticos potentados como Francesc Cambó o Juan March. Pero no sólo dieron soporte económico, sino que también aportaron información y propaganda desde su placentero y lujoso «exilio».⁴

El ejército franquista había ocupado el País Vasco a principios del verano de 1937. Por lo tanto, el sur de Francia pasó a ser para los sublevados la vía de comunicación más segura entre la retaguardia republicana catalana y el Cuartel General de Burgos. El corredor establecido entre Marsella y Biarritz se convirtió en un continuo tránsito de agentes, espías, en una verdadera vía de comunicación entre quintacolumnistas que actuaban en territorio republicano y los comandantes rebeldes. Circularon capitales, desertores, los primeros agentes franquistas junto a alemanes e italianos que ejercían de instructores, ayudaban y participaban en la confección de una estructura paraestatal de la junta golpista de Franco y sus generales.

Con la ayuda nazifascista y el dinero y la infraestructura voluntaria que ofrecían los monárquicos desde Francia, se montaron los primeros servicios secretos franquistas en el exterior. Vale la pena recordar que muchos de ellos habían sido evacuados hacia Génova por la misma

Generalitat de Cataluña para que no corrieran peligro sus vidas. En una laboriosa investigación del historiador Rubén Doll se pueden leer las listas de los miles de evacuados a los que la Generalitat ayudó para protegerles de la revolución.⁵ Desde Génova muchos se trasladarían a Marsella y allí ayudarían sin contemplaciones a los rebeldes franquistas. Políticos fundadores y dirigentes de la Lliga Catalana como Josep Bertrán i Musitu fueron recompensados con cargos dentro de la nueva estructura rebelde. Bertrán i Musitu fue el primer director del SIFNE (Servicio de Información de la Frontera del Norte de España), la agencia de información que controlaba el espionaje exterior, y junto a Quiñones de León –antiguo embajador de Alfonso XIII en París y exiliado en el Hôtel Meurice de la misma ciudad–, coordinó desde un inicio los servicios franquistas en el exterior.

La ayuda al fascismo

Falange Española gozaba de partidos amigos y colaboradores en Francia y parte de Europa. Muchos desertores y funcionarios policiales de la República se pasaron a los rebeldes al estallar el conflicto, algunos de los cuales se formaron y pasaron por la Roma fascista, como era el caso de Pedro Polo Borreguero o Pedro Urraca Rendueles.

En Francia, la ayuda y participación de los partidos de extrema derecha a favor de la causa franquista fue incondicional a pesar de que algunos partidos fascistas habían estado prohibidos durante el gobierno del *Front Populaire* (tal era el caso del *Front Franc*, el *Parti Populaire Français*, *Action Française*, etc.). Igualmente, cuando se consolidaron las redes de información y espionaje, los grupos antirrepublicanos y antidemócratas franceses –llamados «*blancs*» en contraposición a los «*bleus*» republicanos– encontraron en los agentes de Franco sus mejores aliados, hasta el punto de que crearon campañas de prensa y propaganda de forma conjunta. Desde muy temprano se formó un grupo de amistad

franco-española que escondía redes de colaboración político-militar. La extrema derecha francesa también actuó y se pronunció a favor de Franco y de los nazifascismos para defender un nuevo orden y boicotear los posibles gobiernos frentepopulistas. El grupo de acción terrorista conocido como *la Cagoule* entró en contacto con agentes franquistas como el coronel Troncoso y otros espías para organizar atentados que luego se imputarían a grupos de izquierdas y a comunistas franceses. Se integraron en este grupo todo tipo de personajes: conservadores y monárquicos, falangistas, aventureros y oportunistas (como el mismo Troncoso), mafiosos, intelectuales y miembros del clero (como el caso de Mossèn Argelaguers de Cervera que, huyendo de la revolución, reapareció como agente de enlace franquista en Andorra).⁶

Intelectuales franquistas como Charles Maurras intervinieron también de forma radical y contundente en contra de cualquier República democrática:

La ocasión es magnífica para un cambio profundo y decisivo: el país se ha dado cuenta claramente de que su fulminante derrota ha sido resultado de la aplicación del régimen y los ideales republicanos a toda la vida política, social y estatal del país: familia, Gobierno, diplomacia, Ejército, moral pública y privada. [...] Un sistema político-ideológico como el de la Tercera República solo podía acabar en un desastre como el de 1940.⁷

La red de espionaje

En la mayoría de ciudades importantes del sur de Francia se crearon oficinas o delegaciones de esta red de espionaje, coordinada a través de los despachos de Quiñones de León, y que fue dotada de una sede central en Biarritz.⁸ La red obtuvo el apoyo político, de acción y propagandístico con grupos franceses de extrema derecha, fascistas italianos y agentes nazis. Las centrales de información se ubicaron en hoteles, caserones y villas, propiedad de empresarios vascos o arrendados por familias colaboradoras.

Los centros de Biarritz fueron localizados en el Gran Hotel y en la villa de Flots Bleu; por otro lado, en San Juan de Luz se encontraban en el caserón Nacho Enea o en la Gran Fragata.

Otra central muy activa y efectiva se constituyó en dos oficinas de Marsella: el número 13 de la Rue Paradis y el número 37 de la Cours Joseph Thierry. La función principal de los agentes en Marsella era la vigilancia en el puerto de los barcos republicanos de abastecimientos que se dirigían a Barcelona y Valencia. Hasta 1938 la oficina de la Rue Paradis estuvo bajo el mando del barcelonés Jorge Utrillo Raymat, refugiado del 1936 que organizó con la ayuda de otros exiliados una oficina de acogida para desertores, huidos y emboscados de la zona gubernamental. Estas oficinas se inscribían en el registro francés de asociaciones con el nombre de *Office d'entr'aide aux réfugiés espagnols*. Utrillo tramitaba todo tipo de documentación, especialmente visados, pero sobre todo servía de contacto entre los agentes de enlace y los desertores que quisieran incorporarse a las filas fascistas vía Irún. También tramitaba cualquier tipo de divisa, cambiando pesetas republicanas por fascistas a través de operaciones que más adelante se descubrirían fraudulentas. Ambas oficinas se convirtieron en centrales de información durante 1937 y se organizaron de forma efectiva con Biarritz y París. Los agentes enviaban mensajes cifrados a diario con las localizaciones y la descripciones de la carga de los barcos; por otro lado, a través de las redes quintacolumnistas que operaban en la zona republicana —como la Ocharán— también llegaban mensajes de Barcelona, en los cuales se fijaban los principales objetivos militares de la retaguardia: hangares, fábricas de armamento, residencia de políticos y directivos, consulados, embajadas, vías de tren, polvorines, campos de aviación, etc.⁹

La documentación original, tanto la generada por la policía francesa como la proveniente de la Segunda Sección del Estado Mayor de Franco, nos confirma a través de varios listados las personas que trabajaron en la quinta columna y

los más de cien agentes que trabajaron desde Francia. Algunos nombres que se sabían, pero que ahora se pueden constatar definitivamente dentro de la «nómina» franquista, fueron los conocidos periodistas Josep Pla y Carles Sentís, también Adi Enberg, Francisco Marroquín, José Camps, Eduardo Aunós, Miquel Mateu, Pedro Polo, Víctor Druillet y un largo etcétera. Tres agentes franceses fueron detenidos por transmitir mensajes cifrados a través de telégrafos oficiales franceses, de donde eran funcionarios. El caso trascendió a la prensa y se demostró que los llamados Santeg, Lasaosa y Pigeire pertenecían a la *Action Française*.

En Perpiñán los agentes de aduana actuaron también junto a policías franquistas, también su alcalde y algún prefecto colaboró con la red. En este contexto surgirá la figura del policía Víctor Druillet, de suma importancia durante la Segunda Guerra Mundial y que actuará como agente doble al servicio de franquistas y alemanes para perseguir dirigentes republicanos durante los años 1940 y 1941. Después de la liberación de Francia, Druillet fue juzgado por colaboraciónismo y pertenencia a *Action Française* y se refugió en España hasta su muerte, en Figueres. Aun así, durante la guerra civil, Druillet había sido arrestado un par de veces por la policía republicana y retenido en la checa barcelonesa de la calle Vallmajor.¹⁰

Otras operaciones, aún más novelescas, implicaron a agentes como Troncoso en el secuestro de submarinos republicanos en el puerto de Burdeos o en el rapto de un avión comercial de Air Pirineos en el País Vasco francés.

Funciones de la red

A pesar de que no podemos establecer una tipología de sus miembros —dejando de lado la estructura funcional que presentaba el SIFNE—,¹¹ los agentes y la red de espionaje tenían diversas funciones. Por ejemplo, según Cristina Badosa, biógrafa de Josep Pla, el verdadero agente, en nómina del SIFNE y a las órdenes de Bertrán i

Musitu, fue Adi Endberg.¹² Josep Pla se limitaba a confeccionar listados de personas que embarcaban, mercaderías y arribadas de barcos, información que él mismo trasladaba a su consorte. De todas formas, en las listas del Estado Mayor franquista que revelan los agentes reclutados figuran Pla y otros periodistas trabajando para la oficina de la Cour Joseph Thierry.

Una de las funciones principales de intelectuales y periodistas agentes de la red era la recopilación de información y propaganda política. La agencia y la revista financiada por Cambó, *Occident*, así como otras revistas fascistas (como por ejemplo *Gringoire*) incluyeron amplios y repetidos artículos destinados a captar la atención de la opinión pública y ponerla en contra del gobierno republicano y a favor de los militares rebeldes.

Otra de las funciones de la red fue la evasión de gente de derechas, emboscados, desertores, clérigos, burgueses o aristócratas. Destacaban los hombres en edad militar que deseaban pasarse al bando franquista y luchar contra la República. Cabe destacar también el tránsito de agentes del «interior» que hacían de enlace con las poblaciones pirenaicas fronterizas. Por ejemplo, aparte de las redes quintacolumnistas, había más de un millar de hombres entre las comarcas catalanas del Berguedà y el Solsonès «armados, escondidos en masías y cuevas, dispuestos a actuar desde dentro en ayuda a la causa nacional».¹³ Se ha de tener en cuenta que, durante la resistencia en el frente del Segre (Cap de pont de Balaguer, Camarasa, etc.), hay cifras sobre las desertiones del ejército republicano que llegan hasta las 700 diarias. Y en bastantes municipios prepirenaicos la incorporación a filas podía ser inferior al 3%. Muchos de estos soldados cambiaron de bando. Otros, desertores o refugiados, sencillamente esperaron en Francia o en Andorra a que acabara la guerra y que ganaran los fascistas para así volver a su casa.

La función más estratégica fue la del espionaje militar. Listados de objetivos civiles y militares, de puertos y abastos, circularon a través de

mensajes telegrafados, haciendo uso también de máquinas codificadas cedidas por los alemanes y que estaban situadas en la villa Nacho Enea de San Juan de Luz. Este trabajo de espionaje y contraespionaje militar fue el de más responsabilidad para los agentes. La retaguardia republicana era constantemente bombardeada por la aviación italiana, franquista y alemana. Los objetivos de estas operaciones aéreas eran fijados por el Cuartel general de Burgos y el Estado Mayor franquista, que extraía la información de los agentes infiltrados en el interior y de los que espiaban desde Francia los puertos de abastecimiento como Burdeos o Marsella. Estos bombardeos ocasionaron un número muy elevado de víctimas civiles e importantes destrozos materiales en más de 160 ciudades catalanas. Sin duda, éste fue el punto más oscuro de las consecuencias que acarrearón los informes que a diario llegaban a las centrales de París y Biarritz.

Fin del SIFNE y de la Guerra Civil

Con el avance imparable de las tropas franquistas, una vez desbordados casi todos los frentes de Cataluña, el Cuartel General y el Estado Mayor franquista organizaron y centralizaron los servicios de información. El jefe de la Segunda Sección del Estado Mayor, el coronel Ungría, tal y como le recomendaron los alemanes, disolvió el SIFNE e incorporó a la mayoría de sus agentes a la nueva sección de espionaje: el Servicio de Información y Policía Militar (SIPM). La gestión que Utrillo hacía de los servicios de información en Marsella fue también uno de los desencadenantes de la decisión. Utrillo utilizaba las oficinas de la Rue Paradis para el tráfico de divisas, para hacer negocios con los evadidos y otras operaciones. El agente José Carrión denunció a Utrillo y el mismo coronel Ungría intervino para dejar inoperantes los servicios de refugiados y desertores, convirtiendo las oficinas de Marsella en centros de espionaje e información exclusivamente, en previsión también de las nuevas estrategias diplomáticas. Las

oficinas servirían de base para las operaciones de recuperación y ocupación de las sedes consulares a partir del 28 de febrero de 1939, a raíz de los famosos pactos Bérard-Jordana, que reconocían de facto al gobierno golpista español.

Estos pactos entre el delegado francés Léon Bérard y el responsable de las relaciones exteriores de Burgos, el conde de Jordana, establecieron la base de las nuevas colaboraciones de la España franquista con el gobierno de Francia, o más bien, con los sucesivos gobiernos de Francia, desde el gobierno Daladier hasta la liberación del país galo, pasando por Vichy. Los pactos de 1939 sirvieron de base negociadora y diplomática en las relaciones entre ambos países. También serían la base de la colaboración policial, persecución y represión de los exiliados republicanos, la discusión acerca de las colonias africanas y un largo etcétera.

Una vez terminada la Guerra Civil, las redes de espionaje se convirtieron en centros oficiales de información articulados alrededor de las sedes consulares y la embajada española en París. Todas las sedes fueron ocupadas un mes antes del primero de abril de 1939, pero los agentes ya conocían todo el territorio francés y gozaban de fuertes vínculos con agentes alemanes e italianos que sabían quiénes tenían que ser sus interlocutores franceses. Muchos agentes del SIFNE y del Estado Mayor fueron premiados con cargos consulares y diplomáticos. Algunos siguieron trabajando como agentes agregados en la embajada de París u otros consulados, y otros se reconvirtieron en funcionarios del Nuevo Estado. El primer embajador fue el mismo Quiñones de León que, por otro lado, sería sustituido rápidamente por otros más afines a Falange o personas de la órbita proalemana. La fidelidad al Caudillo y a sus aliados del eje italogermánico era mérito para el ascenso rápido. Muy pronto, nuevos agentes se articularon alrededor de la embajada y el nuevo embajador, un ferviente admirador del III Reich, José Félix de Lequerica. Pedro Urraca Rendueles, Francisco Marroquín, Antonio Barroso, Victor Druillet,

De Saulnes, son los nombres de los agentes que jugaron un papel clave en la persecución de miles de exiliados republicanos llegados a Francia y en las operaciones político-militares del régimen franquista en el exterior durante la Segunda Guerra Mundial.

Así pues, esa primera red formada por «voluntarios» que querían la victoria de Franco en la guerra, se convirtió en una red profesional de espionaje político, militar y diplomático, organizada desde las sedes consulares y con una coyuntura política favorable: exilio republicano, caída de Francia, ocupación alemana, internamiento y represión en suelo francés, deportaciones, extraditaciones, etc.

Condiciones de acogida a los exiliados y primeras medidas represivas (junio 1940 / agosto 1944)

Es público y notorio que la represión exterior del régimen de Franco contra sus enemigos políticos no se podría haber llevado a cabo sin la connivencia del país que gestionó —o intentó gestionar— la acogida de casi medio millón de personas que cruzaron la frontera entre febrero y marzo de 1939; y de los casi 250.000 hombres, mujeres y niños que permanecieron en el exilio político y no retornaron a España.

En un principio, los acuerdos de repatriación se ejecutaron del 27 de febrero al 12 de marzo de 1939. Unos 25.000 soldados republicanos habían sido conducidos a España desde la estación de Hendaya por la frontera de Irún. Entre el 14 y el 15 de marzo, 5.000 milicianos más fueron conducidos a España. Después de esa fecha, el gobierno franquista cesó las repatriaciones masivas a través de la frontera; sólo aceptaría casos puntuales y los no combatientes, es decir, mujeres, niños y ancianos, sin sobrepasar la cifra de unos 300 por día.¹⁴

Los esfuerzos del embajador Lequerica y del ministro Serrano Suñer durante los primeros años de la Guerra Mundial, amparados por Alemania, fueron destinados a convencer al

gobierno de Pétain para que aplicase en territorio no ocupado el mismo trato a los judíos franceses que a los republicanos españoles: selección e internamiento masivo en campos de concentración, repatriaciones y concesión de extraditaciones.¹⁵ Franco había promovido una política de repatriaciones con Francia. Ese pacto se consolidó en un principio con el gobierno de Pétain. Para Francia representó un gran paso para poder deshacerse del «problema español» y de la carga moral, económica y social que suponían los refugiados en su país. Pero Franco se echó atrás en su intención de permitir la entrada masiva de refugiados (España tenía las cárceles llenas y los bolsillos vacíos) y Pétain tuvo que buscar una alternativa. La cuestión podía solucionarse por una doble vía: pactar con México —acuerdo franco-mexicano— para evacuar a América a gran parte de los refugiados (habían calculado embarcar a unos 100.000) y aprovechar a los hombres válidos como mano de obra extranjera en la industria de guerra francesa. Los refugiados que no retornaran a España y que no pudieran emigrar a América tendrían que vivir las vicisitudes de la ocupación alemana y de la Segunda Guerra Mundial.¹⁶ Unos fueron objeto de la represión y la persecución franquista, otros del aprovechamiento y represión del Reich —mano de obra barata, deportaciones y organización Todt— y otros fueron sobreviviendo clandestinamente o como pudieron.

Me gustaría citar algunos casos ejemplares de lo que fue la represión en el exterior y confirmar algunas suposiciones acerca de las repatriaciones forzadas de exiliados. Suposiciones no muy bien vistas por una parte de la historiografía francesa, pero que, sin embargo, con la apertura y estudio de los archivos militares y policiales, se confirman como ciertas.

La entrega de refugiados y, sobre todo, de altos cargos republicanos, podría dividirse esquemáticamente en:

- Entregas oficiales: bajo el paraguas de los tratados bilaterales o en función de los tratados de extradición hispanofranceses.

- Entregas extraoficiales: Se ejecutaron de dos formas distintas: Una se basó en las repatriaciones forzosas, a veces de forma masiva, mediante trenes, convoyes, camiones, etc. Y la otra a través de entregas directas mediante la colaboración policial, sobre todo en la zona ocupada por los alemanes y a partir de 1942 también en la zona sur.

No disponemos de espacio suficiente para abordar un tema tan complejo como las extradiciones y las repatriaciones o los libramientos directos, pero me gustaría citar algunos ejemplos sobre las condiciones de acogida de los refugiados y su represión. Una orden ministerial francesa, pactada con los delegados españoles en París antes del armisticio franco-alemán de junio de 1940, establecía claramente las categorías de personas que tenían que ser repatriadas forzosamente. La orden iba firmada por el ministro de interior francés, Albert Saurrat, y decía:

1. Los niños que tuvieran a sus padres en España.
2. Los huérfanos, a menos que bajo ciertas circunstancias fuera juzgado oportuno por las autoridades prefecturales, que algunos pudieran ser confiados a la Asistencia pública francesa.
3. Mujeres y niños que no pudieran justificar su sustento natural en Francia por sus propios medios, o porque el marido o cabeza de familia se encontrase en un campo de concentración, en una formación militar o utilizado como trabajador en la industria de guerra –militar, agrícola o industrial–.
4. Enfermos o inválidos refugiados en Francia no por motivos políticos sino por escapar de la guerra civil en España.¹⁷

Otro ejemplo lo encontramos en la repatriación de niños hacia España. Cito un caso que no es único y que está documentado oficialmente en el Ministère des Affaires Étrangères. Se recoge la experiencia de Caridad Martínez Camps,

quien reclamó oficialmente a su hijo de cinco años de edad, que había sido repatriado y entregado en adopción a una familia española. Las autoridades franquistas, apoyadas en un litigio abierto por el padre adoptivo, un tal Ricardo Linera, se negaron a retornar el hijo a su madre exiliada en Francia.¹⁸

Un nuevo decreto que afectó a la clasificación e internamiento de un gran número de exiliados fue el conocido como «decreto de nomadismo». Aprobado el 6 de abril de 1940 incluía a los refugiados españoles en la categoría de nómadas. El decreto consideraba que eran nómadas las personas sin domicilio fijo, sin profesión determinada o sin trabajo ni ingresos. Eran también considerados como nómadas los bohemios y los gitanos. Se pretendía evitar la libre circulación de personas apelando a la seguridad pública. Una vez se era considerado nómada, la medida administrativa correspondiente era el internamiento en algún centro de acogida, albergue o campo de concentración bajo vigilancia de policía y gendarmería.¹⁹

Me gustaría incluir algunas referencias respecto a las condiciones de los campos y el internamiento de los exiliados republicanos, sobre todo a partir del recrudescimiento de las medidas represivas. A partir de la firma del armisticio franco-alemán (junio de 1940), los pactos hispano-franceses pasarían por la comisión de Wiesbaden entre Francia y Alemania, con la participación puntual de España en cuanto a las cuestiones de los exiliados. Las condiciones y la vigilancia sobre los españoles internados en campos se convirtieron en un universo fuertemente represivo y concentracionario. Algunos prefectos y directores de campos –cito Bram y Argelès– llegaron a emitir por escrito las siguientes órdenes:

...je donne l'ordre aux sentinelles de s'opposer par la force à toute évasion. Tout individu en état de rebellion sera abattu comme un chien, Bram, 23 juin 1940.²⁰

45 réfugiés ont été appréhendés et dirigés d'office sur l'Espagne [...] les sentinelles ont été dotées de muni-

*tions à balle réelle et on reçut l'ordre de tirer sur tout réfugié qui ne se conformera pas aux sommations, Argelès, 11 juillet 1940.*²¹

Urraca Rendueles: represión policial y persecución en suelo francés

Todo esto sucedía mientras uno de los agentes más desconocidos, pero más efectivos, se paseaba entre París y Vichy persiguiendo, interrogando, deteniendo y reprimiendo a exiliados políticos republicanos. Con la ayuda de la Gestapo (de la cual llegó a ser agente en nómina), de los directores generales de la policía de Vichy –René Bousquet y Henri Chauvin–, de los agentes Druillet, de Saulnes y sus colaboradores de la policía española Coronado y Ansaldo, Urraca Rendueles actuó de forma arbitraria e impune durante los cuatro años que duró la Segunda Guerra Mundial. Urraca era un policía español adscrito a la embajada de París que actuaba bajo las órdenes directas del embajador Lequerica y de los sucesivos agregados militares españoles en la capital francesa (Antonio Barroso y el coronel González de Mendoza). Pero sus jefes eran básicamente dos: el Director General de Seguridad, José Finat Escrivá de Romaní, conde de Mayalde, y el director del Servicio Exterior de Falange, José Jiménez Rosado.²²

Urraca enviaba largos y nutridos informes a Madrid con copia a la policía y a la sección de Información de la Secretaria General del Movimiento para informar de la situación de los republicanos en Francia. Como se sabe, fue él quien entregó al presidente Companys en la frontera de Irún, y el primero que le interrogó cuando estaba detenido en la sección de los alemanes en la prisión parisina de La Santé.²³ En sus centenares de informes no se descuidaba ningún detalle y se implicaba a la policía francesa en el cerco represivo:

...la policía francesa continúa su persecución de los elementos españoles rojos destacados. Bien es verdad que esa acción policíaca se ha extendido a todos los elementos extranjeros de nacionalidad

indeterminada –principalmente judíos de origen alemán– [...] el Stade Buffalo, convertido en un campo de concertación, se ha visto lleno [...] los españoles han llevado su parte también en la danza policíaca. Los españoles rojos, se entiende. Pero principalmente la persecución va dirigida contra los jefes.²⁴

En otro texto relataba también la suerte de miles de exiliados obligados a incorporarse en Compañías de trabajo extranjero, en batallones de marcha o fortificaciones o en la Legión Extranjera:

Los refugiados, si no se les puede enviar a América, quedarán en Francia, aumentando los batallones que tan intensamente trabajan en las prolongaciones de la línea Maginot, a lo largo de Luxemburgo, Bélgica y Suiza. Y llenando las compañías de obreros agrícolas extendidas por toda Francia [...] Los de más suerte, colocados en algunas fábricas de armamentos e industrias de guerra donde pueden alcanzar fácilmente los cien francos diarios de jornal: sueño dorado de estos desdichados que arrastran su derrota por el mundo.²⁵

Finalmente, Urraca pasó de perseguidor a perseguido, como tantos otros colaboracionistas, y fue juzgado y condenado a muerte en 1948 por el Tribunal de la Seine de París por ser agente de los alemanes y por sus operaciones ilícitas de persecución e incautación de bienes judíos, así como por persecución ilícita a los refugiados políticos españoles. Urraca se refugió en Madrid y muy pronto, después de haberle ofrecido marchar a Washington –destino de muchos agentes colaboradores de Lequerica, González de Mendoza y otros–, acabó ejerciendo de policía español en Bélgica hasta los años 1980, toda una vida de impunidad que sirvió también para hacer de España un lugar de acogida de nazis como León Degrelle, amigo íntimo de la familia Urraca.

En resumen, la red de espionaje creada por los militares franquistas en suelo francés durante la Guerra Civil, tuvo una clara continuidad más allá de abril de 1939. Vinculada estrechamente a las estrategias diplomáticas oficiosas y

en medio de una coyuntura de conflicto internacional, la red estuvo siempre al servicio del gobierno fascista de Franco. Aparte de las labores propias del espionaje y la información, se ha constatado la represión funcional de algunos de los elementos más activos, bien preparados y organizados. Estos elementos, entrelazados con la política española, contribuyeron también a la permanencia de Franco en el poder gracias a las colaboraciones del régimen en el exterior. Por este motivo no hubo ni banalidad ni frivolidad en la actuación de los agentes y colaboradores en el exterior. No fue frívolo el resultado de los bombardeos ni tampoco lo fue, por ejemplo, la ejecución de Lluís Companys en el castillo de Montjuïc el 15 de octubre de 1940, consecuencias directas de esta actuación represiva que iba más allá de las fronteras legales del Estado franquista.

Entre 1945 y 1960 se solicitaron 144 extradiciones, de las que 50 o más fueron rechazadas por causas políticas. El período más estéril fue durante la recolocación de Franco en el panorama internacional, sus años de breve «penitencia» entre 1945 y 1948, con sólo 5 extradiciones solicitadas. En 1949, cuando la reaceptación de Franco por parte de la IV República francesa ya era una realidad, se redactó un nuevo convenio de extradición entre España y Francia con 16 artículos más precisos y concretos sobre las condiciones de entrega y detención y, sobre todo, sin referencias explícitas a los delitos cometidos durante la Guerra Civil. A partir de entonces, el gobierno español persistió con su insistente política en las extradiciones que a partir de 1945 se fijaría como objetivo principal la persecución de los comunistas españoles.²⁶

El caso de Francisco Largo Caballero

A las tres de la madrugada del 29 de noviembre de 1940, el comisario especial de la policía de Albi, acompañado de un capitán y tres gendarmes, se presentó en el domicilio de Francisco Largo Caballero, en la localidad de Trebas-

les-Bains (departamento de Tarn). A pesar de sus 71 años y su delicado estado de salud, Largo Caballero fue obligado a levantarse, vestirse y seguir a la policía francesa hasta la Prefectura de Albi. La detención fue llevada en el mayor de los secretos y sin ninguna orden expresa de un juez competente.²⁷

La legación mexicana, conocedora del peligro del refugiado, instó una movilización diplomática, a la vez que le ofreció asilo en sus dependencias.²⁸ El 7 de diciembre escribía al Ministerio de Asuntos Exteriores de Vichy solicitando su intervención para poner en libertad al detenido, entendiéndose que no estaba acusado de ningún delito de derecho común.

El proceso contra Largo Caballero fue muy largo y complicado. El conflicto sobre su entrega duró más de un año, hasta febrero de 1942. Pasó por la primera inculpación de las autoridades españolas en noviembre de 1940, por la petición de extradición en agosto de 1941, por la denegación de ésta por parte del gobierno francés en noviembre del 1941 y por la asignación a residencia obligatoria después de su detención. Un calvario que acabaría sin extradición, pero que costó muchos esfuerzos a la legación mexicana, a los numerosos organismos extranjeros que intervinieron y al propio Largo Caballero. Más allá de la entrega a España, su caso fue desesperante pues, tras salvarse de la extradición, fue deportado a un campo de concentración alemán.

En la nota 510 del 7 de agosto de 1941, la embajada de España y su embajador Lequerica, en nombre del gobierno español, solicitó al Ministerio de Asuntos Exteriores la extradición del refugiado español Largo Caballero. Éste era buscado por el juez de instrucción de Madrid por «*instigación a robos y asesinatos*». La petición fue instruida por el Tribunal de Limoges, el cual, el 19 de noviembre, emitió una sentencia desfavorable a la demanda española.²⁹ Pero el asunto no terminaría tan plácidamente y merece una breve síntesis.

Largo Caballero fue, entre otros muchos cargos ejecutivos, diputado en las Cortes españolas varias veces, destacando como presidente del Consejo de Ministros, ministro de la Guerra y ministro de Trabajo.

Como alto cargo de la República, se refugió en Francia en enero de 1939 y vivió en París hasta el 12 de junio de 1940, cuando las tropas alemanas llegaron a la capital francesa. Junto con su familia se dirigió al sur, estableciéndose en Albi, después de 5 días de dura marcha evitando a los alemanes. Allí, con la salud debilitada, el prefecto le comunicó que debía alejarse, como mínimo, treinta kilómetros de la capital del departamento de Tarn. Entonces se alojó en una pequeña localidad llamada Trebas, donde la población lo acogió con hospitalidad, pero donde no había farmacia, ni médico, ni los servicios sanitarios más elementales.

Allí vivió tranquilamente hasta el 29 de noviembre de 1940, cuando los agentes policiales lo detuvieron a las 3 de la madrugada, pese a su débil estado de salud y a una lesión clavicular.

Permaneció bajo arresto en Albi, encerrado en una clínica, sin poder comunicarse con el exterior, nada más y nada menos que 50 días. En enero de 1941 fue trasladado en pleno invierno, con un ataque de arteriosclerosis que le impedía caminar, y conducido a un pueblo llamado Crocq, en la región de Creuse.

Durante ese largo período de seis meses, sólo una de sus hijas pudo acompañarlo. Todo ese tiempo lo pasó bajo régimen de «residencia obligatoria y vigilada». Al cabo de seis meses, su otra hija y su nuera se reunieron con él en Crocq.

La tranquilidad parecía llegar a su refugio obligado cuando, en octubre de 1941, fue nuevamente detenido y conducido a la prisión de Limoges, donde permaneció arrestado durante 31 días en condiciones precarias. Aun conociendo su estado de salud, su avanzada edad y su reputación política y social, lo mantuvieron encerrado en las celdas de ladrones y criminales. El

motivo de la reclusión en Limoges respondía a la demanda de extradición del gobierno español sobre su persona. El caso lo llevó el mismo Tribunal de Limoges. El 19 de noviembre, atendiendo a las falsedades presentadas por el gobierno franquista, y respetando las leyes francesas de extradición y el tratado franco-mexicano para la protección de los refugiados, junto con las muchas presiones recibidas, incluidas las norteamericanas, la demanda fue desestimada. Pero su satisfacción duró poco, pues las autoridades francesas no lo liberaron y le impusieron la diligencia que él mismo describió de la siguiente forma:

a tomar contra los sujetos peligrosos para la Defensa Nacional y la Seguridad del Estado, fui conducido a Vals les Bains (Ardèche), a un centro de residencia vigilada donde, efectivamente, desde el 22 de Noviembre, estuve prisionero, aunque fui tratado con respeto y humanidad, privado de libertad hasta el 5 de febrero. A partir de esa fecha, se me adjudicó residencia forzada en Nyons (Drôme) [...].³⁰

Esa misma epístola era un largo agravio que Largo Caballero envió a Pétain denunciando las vejaciones y los malos tratos sufridos. En ella, Largo Caballero hizo referencia a su situación mediante un breve estado de la cuestión, en el que analizaba los posibles motivos de su privación de libertad: ésta no podía responder a motivos diplomáticos, pues la soberanía francesa era suficientemente *madura* y *autónoma* como para no ceder ante la presión española para su posible entrega; tampoco podía deberse a una actuación criminal de derecho común, pues no había ninguna acción, ni mucho menos pruebas que le imputaran actos delictivos; tampoco podía ser acusado de ser un *individuo peligroso para la Defensa Nacional y la Seguridad del Estado*, pues no tenía contactos con el interior de España, apenas conocía el idioma francés y, además de la evidencia de la edad y de su enfermedad, siempre se consideró amigo del pueblo francés. El error, según Largo Caballero, se debía a una falsa

denuncia y a calumniosas acusaciones. Evidentemente, este «error» respondía a la demanda de extradición del gobierno español y a todas las presiones, denuncias, mentiras e implicaciones que eso representaba.

Comprendiendo el estado de acoso al que estaba siendo sometido, intentó en vano emigrar a México. En cartas del 15 de marzo, 5 de junio, 22 de septiembre y 12 de diciembre, se dirigió al ministro del Interior francés, en las que le suplicaba el permiso para viajar a México, apelando al acuerdo franco-mexicano y al trato de cortesía que el gobierno debía a un ex alto cargo como él. También se lo pidió a Pétain. Al final de su carta, Largo Caballero mencionaba la posibilidad de embarcar el 15 de marzo de 1942, desde Casablanca, en un barco portugués, llamado *Nyassa*, que zarpaba rumbo a México, pero su petición fue denegada.

Las intervenciones extranjeras a favor de Largo Caballero fueron numerosas. Aparte de la legación mexicana que actuó en su favor y le ofreció cobijo en su país, también intervinieron el secretario de la Embajada de Estados Unidos, M. Wallner, que envió varias notas a Vichy a favor de la emigración de Largo Caballero en nombre de su embajada en Francia y del Departamento de Estado norteamericano.³¹ El mismo Roosevelt medió a través de su sede diplomática y de los secretarios Thomson y Cordell Hull.³² También actuó el gobierno de Chile ofreciéndole asilo político. De igual forma intervinieron el gobierno de Costa Rica, Argentina, Colombia, Guatemala, Ecuador y muchas organizaciones de toda América, tanto del norte como del sur.³³

Las peticiones para salir del país también se hacían para otros detenidos como Portela Valladares, Federica Montseny o Manuel Rodríguez Martínez, entre otros. Las firmaban diputados, senadores, intelectuales y sindicatos de trabajadores como la UGT y otros a favor de los refugiados detenidos y contra las intenciones del gobierno franquista.

La demanda de extradición del gobierno es-

pañol condenó a Largo Caballero de por vida. Su periplo no terminó aquí, ya que el gobierno alemán también intervino presionando al francés a través de la Comisión del Armisticio franco-alemán, a favor de las demandas de extradición de Franco. Una vez más se puso de manifiesto la impunidad con que el Reich llevaba a cabo sus actuaciones represivas. Largo Caballero fue clasificado como *Rotspanier* y denunciado en las listas que los franquistas mandaban a los servicios alemanes, clasificando a los refugiados de enemigos.

El 20 de febrero de 1943, todavía bajo residencia obligatoria en Nyons, fue detenido por la policía política italiana y alemana. Interrogado nuevamente en Neuilly-sur-Seine, cerca de París, fue conducido a Berlín y, de allí, encerrado en el campo de concentración de Sachsenhausen, donde permaneció internado hasta abril de 1945.³⁴ Liberado el campo, regresó a París donde apenas gozó de unos meses de libertad, ya que murió en marzo de 1946.

NOTAS

- 1 Guixé, Jordi, *Policia y Represión, la persecución hispanofrancesa del exilio republicano*, tesis inédita presentada en la Universidad de Barcelona y la Universidad Paris III, Sorbonne-Nouvelle. Hay una versión en prensa en Publicacions de la Universitat de València.
- 2 La obra de referencia básica sigue siendo la de Dreyfus-Armand, Geneviève, *L'exil des républicains espagnols en France: de la Guerre Civile à la mort de Franco*, París, Albin Michel, 1999.
- 3 Ver Guixé, Jordi, *L'Europa de Franco, l'esquerra antifranquista i la «caça de bruixes» a l'inici de la guerra freda, França 1943.1945*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2002; Pigenet, Phryné, «L'opération «Bolero-Paprika» ou la protection des étrangers a l'épreuve de la Guerre Froide», *Revue d'Histoire Contemporaine* (París), 1998.
- 4 Ver De Riquer, Borja, *L'últim Cambó (1936-1947: la dreta catalanista davant la guerra civil i el primer franquisme)*, Vic, Eumo editorial, 1996.
- 5 Doll, Petit, Ruben, *Els catalans de Gènova, història de l'èxode i l'adhesió d'una classe dirigent en temps de guerra*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2003.
- 6 Archivo General Militar de Ávila (AGMA), C29415, relaciones nominales del personal del SIFNE. Estado Mayor, mapas, listas y nombres de agentes del SIFNE. En un mapa, proporcionado por el historiador Jordi Oliva, salen los nombres y la localización de agentes

- en Andorra, uno de ellos el citado Mosèn Argelaguers.
- 7 Vilanova i Vila d'Abadal, Francesc, *El franquismo en guerra. De la destrucción de Checoslovaquia a la batalla de Stalingrado*. Barcelona, Península, 2005, pp. 61-64.
 - 8 Barruso, Pedro, *El frente silencioso. La Guerra Civil española en el sudoeste de Francia*, Alegria-Gipuzkoa, Hiria, 2001.
 - 9 Pastor Petit, Domènec, *Espionaje. España 1936-1939*, Barcelona, Bruguera, 1977; Ros Agudo, Manuel, *La guerra secreta de Franco (1939-1945)*, Crítica, Barcelona, 2002; Heiberg, Morten y Agudo, Manuel, *La trama oculta de la Guerra Civil. Los servicios secretos de Franco*, Crítica, Barcelona, 2006.
 - 10 AGM, Ávila, expediente n.º 5.465, legajo 9, carpeta 29, Víctor Druillet, p. I Informe reservado del SIPM –subcentral de Irún–, n.º A.-3.525.
 - 11 Bertran i Musitu, José, Bertrán y Musitu, *Los Servicios de espionaje de la frontera nordeste de España durante la guerra*, Madrid, Espasa-Calpe, 1940.
 - 12 Ver Badosa, Cristina, *Josep Pla: biografía del solitari*. Barcelona, Ed. 62, 1997.
 - 13 El tema de los emboscados, sus funciones, leyendas, límites y acciones está por estudiar. La labor del Centre d'Estudis Lacetans para elaborar un documental de testimonios sobre los emboscados en la comarca del Solsonès es pionera y ha revelado datos importantes; unos procedentes del trabajo de archivo –como esta cita del Estado Mayor franquista en el AGM de Ávila–, otros de archivos locales y los pocos testimonios que quedan aún.
 - 14 AMAE, París, Vichy-Espagne, vol. 286, Repatriés.
 - 15 AGA, Alcalá de Henares, AE, Caja 8, 19 de marzo de 1939. Nota desde Francia a la Agencia de información Havas.
 - 16 Egido, Ángeles, *Espanoles en la Segunda Guerra Mundial*, Pablo Iglesias, Madrid, 2005; Serrano, Secundino, *La última gesta. Los republicanos que vencieron a Hitler (1939-1945)*, El País-Aguilar, Madrid, 2005.
 - 17 APP (Archivo de la Prefectura de Policía de París) BA 2160, 7 de febrero de 1940. Informe de Sarraut a los prefectos de toda Francia.
 - 18 AMAE, París, Vichy-Espagne, vol. 283, Enfants Espagnols en France. Litigi entre Caridad Martínez Camps y Ricardo Linera –padre adoptivo– tramitado por la embajada francesa.
 - 19 Archives Nationales, París (CARAN), AJ 40 885. Decreto de «nomadismo».
 - 20 CAC, Fontainebleau, 19880312, art. 4: Convention franco espagnole, Inspection générale des Camps.
 - 21 *Ibidem*.
 - 22 AGA (Archivo General de la Administración), Alcalá de Henares, AE, Servicio Exterior, 17.12, caja 67.
 - 23 Benet, Josep *El president Companys, afusellat*, Edicions 62, Barcelona, 2005.
 - 24 AGA, Alcalá de Henares. SGM, 51/20947. Informes del policía especial Pedro Urraca Rendueles en misión en la embajada española de París. Para la vigilancia y seguimiento de rojos españoles.
 - 25 *Ibidem*, informe de Urraca, mayo 1940.
 - 26 CAC, Fontainebleau, MJ, *ibidem*. Ver lista estadística hasta 1960 en el Anexo XIII, Doc. 7, y en el Anexo XIII, Doc. 8, la reforma de los acuerdos de extradición redactados por el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Dirección General de Asuntos Consulares en 1949.
 - 27 AMAE, París, note 307 pour la Direction politique du Ministère des Affaires Étrangères, Vichy, 30 juin 1942.
 - 28 AMAE, París, Vichy-Espagne, *ibidem*, dossier Puig Gallifa, Direction Politique Armistice, nota 9224, del 6 de julio de 1942; ver también Mateos, Abdón, *La batalla de México. Final de la Guerra Civil y ayuda a los refugiados 1939-1945*, Alianza, Madrid, 2009.
 - 29 AGA, Alcalá de Henares, SGM, Caja 14, Carpeta de la delegación exterior.
 - 30 AMAE, París, Vichy-Espagne, *ibidem*, Extradition Largo Caballero, fol. 24-26. Carta inédita y firmada que Largo Caballero envió directamente en febrero de 1942 al mariscal Pétain personalmente, sobre su «acogida» en Francia. Dentro del expediente de Largo Caballero.
 - 31 AMAE, París, Vichy-Espagne, *ibidem*, fol. 30, note a.s. de M. Largo Caballero, Direction politique Europe, Ministère des Affaires Étrangères.
 - 32 *Ibidem*, fol. 13. Nota de la Embajada norteamericana a la Direction Politique de Vichy, en referencia a los refugiados españoles Largo Caballero, Federica Montseny y Manuel Rodríguez Martínez.
 - 33 Pla Brugat, Dolores (coord.), *Pan, trabajo y hogar: el exilio republicano español en América Latina*, México DF, SEGOB, Instituto Nacional de Migración, Centro de Estudios Migratorios [etc.], 2007; Mateos, Abdón (coord.), *¡Ay de los vencidos!: el exilio y los países de acogida*, Madrid, Eneida, 2009.
 - 34 Aróstegui, Julio, *Francisco Largo Caballero en el exilio. La última etapa de un líder obrero*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 1990.

LA UNIÓN SINDICAL OBRERA (USO): DEL NACIMIENTO DEL NUEVO MOVIMIENTO OBRERO DURANTE EL FRANQUISMO A LA BÚSQUEDA DE ESPACIOS SINDICALES EN LA TRANSICIÓN¹

Manuela Aroca Mohedano
Fundación Francisco Largo Caballero

El nacimiento del llamado «nuevo movimiento obrero» durante la década de los sesenta en España abrió nuevos espacios de confrontación con el régimen de Franco en el mundo laboral. Este nuevo movimiento obrero, protagonizado por dos fuerzas inexistentes en el panorama sindical anterior a la guerra, los comunistas y los cristianos, generó profundas transformaciones estratégicas e ideológicas en el campo de la lucha obrera. Dos organizaciones, con concepciones diferentes y pertenecientes a ámbitos de referencia ideológica enfrentados, Comisiones Obreras y USO (Unión Sindical Obrera) protagonizarán la aparición de nuevos modelos de lucha sindical y protesta laboral desde mediados de la década de los años sesenta.

Mientras la historia de Comisiones Obreras ha sido analizada con profusión por numerosos estudios e investigaciones, como corresponde al lugar que la central alcanzó en la representatividad de los trabajadores en España a raíz de la llegada de la democracia, la trayectoria histórica de la Unión Sindical Obrera, aquejada de sucesivas crisis hasta entrada la década de los ochenta e inmersa en procesos de división y ruptura, no ha encontrado suficiente eco en el trabajo de los investigadores. Sin embargo, su posición en los años finales del franquismo y en los primeros años de la transición, como fuerza sindical de importancia, y la resolución de la pugna que sostuvo con la central socialista histórica, la Unión General de Trabajadores, por la ocupación de un espacio sindical determina-

rán la definición de un modelo que se instalará durante la Transición y los primeros años de la democracia en España y que permanece vigente hasta nuestros días. En este trabajo, la necesaria recapitulación de la trayectoria histórica de USO –apenas apuntada por algunos estudios parciales–² tiene por objeto reconstruir el peso que la Unión Sindical Obrera tuvo en el panorama sindical del antifranquismo durante los estertores del régimen, partiendo de su definición como grupo de oposición, con planteamientos diferenciados del sindicalismo socialista clásico representado por la Unión General de Trabajadores, tanto desde el punto de vista ideológico, de la cultura de actuación política, en el plano estratégico, o en la apuesta de un modelo sindical para el futuro. Sin embargo, el proyecto ugetista, el más cercano ideológicamente a la USO, suscitó siempre una corriente de atracción-rechazo que se convirtió, a su vez, en un elemento de la propia identidad de USO. En la fusión de parte de USO y UGT en 1977, esta última conseguía la ocupación exclusiva de un ámbito que hasta entonces había sido definitorio de ambas: el espacio sindical socialista. En adelante, la USO que se mantuvo al margen de la fusión volvería a su ideario más primigenio: la Carta Fundacional y la adscripción al campo internacional cristiano con su adhesión a la Confederación Mundial del Trabajo (CMT).

En último término, el proceso de «fusión con UGT-ruptura» que se produjo en el año 1977 tuvo una vital trascendencia sobre el modelo

sindical que se implantó en España y sobre la configuración de las relaciones entre partidos y sindicatos en el nuevo sistema democrático.

Antecedentes

A finales de los años cincuenta, los grupos cristianos de orientación progresista comenzaban a plantear en España posiciones doctrinales contrarias al régimen en la legalidad. En este contexto, a finales de los cincuenta nace la Unión Sindical Obrera (USO), el primer sindicato que surge *ex novo* después de la Guerra Civil, con un contenido esencialmente socialista. Aunque su vinculación con el cristianismo, innegable desde el punto de vista del compromiso personal de sus miembros, no trasciende a las líneas básicas de su planteamiento ideológico, el movimiento se inserta en un proceso histórico en el que se produce un resurgimiento del catolicismo social, promovido por algunos miembros notables de la propia jerarquía de la Iglesia, con figuras clave como el cardenal Pla y Deniel y el obispo Herrera, que apoyaron con decisión la adopción de una nueva estrategia para enfrentarse a los problemas sociales. No debemos olvidar que las Hermandades de Acción Católica (HOAC) y las Juventudes Obreras Cristianas (JOC) fueron organizaciones vinculadas con una nueva estrategia de la Iglesia para procurarse una base obrera efectiva.³

La conflictividad social del periodo 1958-1962 fue determinante también en la adopción de planteamientos renovados por parte de determinados grupos católicos. Por otra parte, en el Concilio Vaticano II se debatieron cuestiones que ponían de manifiesto la incompatibilidad de la esencia del pensamiento cristiano con la naturaleza del franquismo como la necesidad de la libertad religiosa, la afirmación de derechos y libertades fundamentales y la apuesta por sistemas políticos con el mayor grado de representatividad posible, que chocaban de frente con el autoritarismo del franquismo.⁴ La consecuencia más directa en el campo del movimiento obrero

es la aparición de sindicatos clandestinos fundados por miembros de la HOAC y la JOC, entre los cuales USO se convertirá en el de mayor recorrido histórico. En esta línea se produjo el nacimiento de sindicatos como Solidaridad de Obreros Cristianos Catalanes (SOCC), la Federación Sindical de Trabajadores (FST) y Acción Sindical de Trabajadores (AST).⁵ Sin embargo, el propósito «apostólico» de organizaciones como la HOAC y la JOC acabó diluyéndose en estos sindicatos,⁶ particularmente en USO, que no apeló nunca directamente a su condición de sindicato cristiano.

El núcleo fundacional de USO tiene su origen en el llamado «grupo de Rentería», bajo el liderazgo indiscutido de Eugenio Royo.⁷ En su configuración como organización sindical tendrá una auténtica trascendencia el contacto con los líderes cristianos del sindicalismo francés, fundamentalmente de la CFTC (Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos) que en 1964 se convertiría, tras una importante escisión, en CFDT (Confederación Francesa Democrática de Trabajadores).

En aquellos primeros años, en los que la estructura de USO era prácticamente inexistente, la personalidad de Eugenio Royo se convirtió en el aglutinante de un movimiento sociolaboral que se expresa por primera vez en su Carta Fundacional, elaborada en 1961 y refrendada años más tarde por una organización más estructurada.

La Carta Fundacional de USO⁸ se enmarca plenamente en el perfil del nuevo movimiento obrero. Este documento, a pesar de las innegables conexiones con el cristianismo de base en el terreno de la vinculación personal de sus fundadores, no hace mención expresa de esta circunstancia, considerando su adscripción ideológica plenamente en el territorio del socialismo. La Carta señala la necesidad de un socialismo democrático, pero la estrategia de transformación de la sociedad y del sistema que USO escoge no es de corte político. El concepto de au-

tonomía respecto a los partidos –no entendido, en ningún caso, como apoliticismo– se convirtió, a lo largo de la década de los sesenta, en uno de los distintivos de mayor peso en la especificidad de USO. El documento fundacional contempla un socialismo de corte autogestionario que permitiera la participación de los trabajadores en la gestión y control de la producción y distribución de la riqueza, tomando como núcleo de partida la planificación en la empresa.⁹ La Carta proponía también la necesidad de caminar hacia la integración en una gran central sindical que integrara todas las corrientes, «capaz de emancipar a la clase trabajadora».

USO comienza su andadura con un planteamiento socialista y, como consecuencia de esta concomitancia en el terreno ideológico con el otro gran sindicato socialista, sigue con interés la línea estratégica de UGT. Eugenio Royo había tenido contactos con su cúpula directiva en el exilio, pero los encuentros con Pascual Tomás fueron decepcionantes en dos ámbitos: en la desgana que advertían por ocupar un espacio sindical en el interior y en la superioridad con que fueron tratados por parte de los garantes del socialismo histórico en el exilio.¹⁰

Durante el periodo 1959-1967, que podemos considerar fundacional, USO adoptó diferentes tácticas sindicales, ligadas en inicio a la creación y desarrollo de las primeras comisiones obreras de trabajadores, de las que se fue progresivamente desligando a medida que se producía la penetración de los militantes comunistas. Hubo también un periodo de colaboración con la Alianza Sindical Obrera (ASO), que finalizó a la altura de 1966, debido a profundas discrepancias con la trayectoria de esta Alianza. En septiembre de 1966, el Consejo Confederado de USO firmaba un documento en el que denunciaba la ASO, considerando intolerables «las «negociaciones» entre viejos sindicalistas de la CNT y un grupo de funcionarios de los Sindicatos Verticales (CNS)». El final de la colaboración teórica con ASO¹¹ se produce en el momento en que USO comienza a obtener los mayores beneficios his-

tóricos de su intento de penetración en el Vertical. Las elecciones sindicales de 1966 fueron extremadamente favorables para la «estrategia entrista» de USO, que había sido madurada por Eugenio Royo, en coincidencia con una estrategia generalizada del nuevo movimiento obrero, en el que comunistas y cristianos compartieron la opción de infiltrarse en el sindicato vertical con la intención de eludir la represión, ligar a las masas a su proyecto y desenmascarar a las instituciones franquistas ante los obreros.¹² En esas elecciones, USO consiguió situar en la presidencia provincial del Sindicato del Metal en Guipúzcoa a Victoriano Arrázola y como vicepresidente al líder de la JOC, José Manuel Susperregui. En la presidencia del Metal de Vizcaya se ubicó José Antonio Prados, un histórico líder de USO en Altos Hornos,¹³ ocupando diversos cargos en numerosos jurados de empresa.

La fase de asentamiento ideológico y orgánico (1968-1975)

A finales de la década de los sesenta, USO había recorrido diversos itinerarios estratégicos: desde la colaboración en las primitivas comisiones obreras, aún no penetradas por el PCE, hasta la participación en los comités de fábrica. En la fase final de la década, la estrategia de los comités de fábrica parecía la más adecuada para tomar las riendas del auténtico «poder obrero» que se propugnaba en la base ideológica de la Carta Fundacional y para asegurar la autonomía frente al poder político. USO lanzó en torno a 1968 reuniones de información en las empresas, con las que pretendían extender el hábito asambleario en el mundo laboral. Esta evolución de la táctica sindical permitió una aproximación, al finalizar la década, entre las posiciones de USO y UGT. En algunos lugares, USO llamó al boicot de las elecciones sindicales de 1971, aunque finalmente, y por diversas circunstancias, la respuesta del sindicato no fue uniforme: por una parte, los partidarios de abrir una línea de actuación de índole política y,

por otra, los defensores de la estrategia de los comités de fábrica, se posicionaron en contra de la participación en las elecciones. En zonas como Madrid y Cádiz, la mayoría dudaría hasta el último momento, aunque finalmente optaría por presentar candidatos, pero limitando la utilización de las plataformas legales al plano de la empresa, mientras que en Barcelona los miembros de USO serían mayoritariamente partidarios de la participación completa en las elecciones.¹⁴ El resultado fue que, a pesar del boicot, hubo enlaces y jurados de USO en las empresas durante el periodo 1971-1975.

Paralelamente, en torno a 1970, se había abierto en el interior de la USO un debate que ponía en cuestión la naturaleza misma de la organización. Influenciados fuertemente por la protesta generalizada que se había vivido en París, como consecuencia de los movimientos estudiantiles de Mayo del 68, un número reducido de militantes españoles becados por la CFDT para estudiar en la capital francesa se convirtió en el germen de una corriente que planteaba la necesidad de convertir a USO en un partido político, habida cuenta de que solo una organización de vanguardia sería capaz de ejercer una función liberadora de la clase obrera en los difíciles tiempos que se avecinaban.

En el I y II Consejo Peninsular de la USO, celebrados en 1968 y 1969 en Barcelona, se habían extraído una serie de conclusiones ideológicas y estratégicas, que, en esencia, partían de la definición de USO como un movimiento socialista constituido como un sindicato de masas que se configura como un sindicato político. Y en este sentido, el sindicalismo político debía asumir la tarea de afirmar su presencia en los órganos decisivos y orientadores de la política general, de luchar por una extensión gradual del poder de los trabajadores en la gestión de la empresa, y de incidir en un tipo de cultura y en un sistema de educación adecuados para la defensa de los intereses de la clase trabajadora.¹⁵

Sin embargo, en torno a 1970, de cara a la celebración del III Consejo Peninsular, los gru-

pos influenciados por la retórica revolucionaria del Mayo francés comenzaron a plantear una serie de modificaciones lideradas por Asturias que, en esa época, se encontraba en uno de sus periodos de conflictividad social más efervescente. Recientemente finalizado en España el estado de excepción declarado en 1969, esta confluencia de protestas servirá de base para la adopción de ciertos planteamientos ideológicos y estratégicos radicalizados. La ponencia asturiana —como se conocerá a la nueva propuesta— plantea que todas las organizaciones surgidas en la clandestinidad franquista son —al menos, potencialmente— partidos políticos aunque se consideren a sí mismos sindicatos. Para esta segunda opción, debido al desgaste del régimen, es necesario «asumir la responsabilidad política que incumbe y que no es otra que la de convertirse decididamente en la vanguardia revolucionaria de la clase trabajadora».¹⁶

La idea de oponer a una organización de masas (sindicato) a una organización de vanguardia (partido político) vertebró la ponencia asturiana, que debía presentarse ante el III Consejo Peninsular, previsto para 1970.

En octubre de 1970, en una reunión del Comité Central la delegación asturiana presentó la ponencia y se acordó aplazar el Consejo hasta diciembre y remitir la ponencia a la base. El proceso de crisis se prolongó a lo largo de un año en una pugna dura en la que se intentó influenciar a los militantes en uno y otro sentido. La corriente izquierdista consiguió el apoyo aproximado de un tercio de la organización. En el recuento regional, Asturias y Valladolid, en menor medida, asumieron los planteamientos vanguardistas, mientras que Andalucía, Cataluña, Guipúzcoa, Navarra, Vizcaya, Galicia, Valencia y parte de Madrid se opusieron claramente a la tesis asturiana.¹⁷ Durante todo el proceso el comité confederal estuvo prácticamente bloqueado por la división entre sus miembros. El 27 de diciembre de 1970 se reunía en Madrid el Comité Central de USO para estudiar la propuesta de expulsión que USO de Madrid solicitaba

para Eugenio Royo, José Martínez Badiola y José María Zufiaur, miembros del Comité y acusados de elaborar la contraponencia. Sin embargo, finalmente se acordó, en una reunión bastante crispada, la libre circulación de las tesis contrarias a la asturiana. A partir de ese momento, la USO de Cataluña y de Euskadi suscribieron un documento conjunto, convocando al resto de regiones a expulsar a los partidarios de la ponencia asturiana y enviaron a personas a hacer proselitismo.¹⁸

En Cataluña, los partidarios de las tesis asturianas se limitaron a cuatro mujeres, Pepita Vila, Magda, M.^a Carmen Alemany y M.^a Cinta Amenós.¹⁹ Pero la situación no resultó muy problemática: fueron apartados en una asamblea celebrada en febrero que, según la declaración de Manuel Zaguirre, fue simplemente una ejemplificación.²⁰ Además de su expulsión, supuso el abandono del núcleo de Igualada. En el resto del país, las medidas adoptadas fueron similares.

Una nueva reunión del Comité Central en marzo comenzaba la preparación del III Consejo Peninsular, mientras en Cataluña se elegía un nuevo Comité, integrado por Manuel Zaguirre, como secretario general, José María de la Hoz, Rafael Madueño y Ángel Peix.²¹

La solución llegó en el III Consejo Peninsular, celebrado en Madrid a finales de junio, con una declaración en la que se rechazaba la línea vanguardista y se afirmaba a USO como una «organización de clase, como instrumento para el desarrollo de una estrategia ofensiva de poder obrero a través de la lucha de clases». Se afirmaba la democracia de base contra la democracia de grupo, o lo que es lo mismo, se justificaba la necesidad del sindicalismo frente a un partido de vanguardia, y se rechazaba el sistema parlamentario, considerando que era necesaria una estrategia que se identificara con comités de empresa o de barrio. Las asambleas se convertían en auténticos instrumentos de poder obrero.²² Este Consejo terminaba con la escisión de los miembros que habían asumido las tesis del partido revolucionario y sancionaba

la primera gran crisis de la formación sindical en un momento crítico de su historia.

Más allá de la pérdida de militantes en un número difícil de comprobar, los resultados de la crisis fueron diversos. Algunos de los militantes que apoyaron la corriente escisionista pertenecían al grupo becado por la CFDT en Francia y no tenían responsabilidades especiales en la dirección, con la excepción de dos personas de más raigambre de la organización: José Antonio Alzola, del Grupo de Rentería, uno de los fundadores de USO, y Francisco Corte, que encabezó la defensa de la tesis asturiana.

Por otra parte, en el III Consejo Peninsular fue elegido un nuevo secretario general, José María Zufiaur Narvaiza, que dirigirá USO hasta su fusión parcial con UGT en 1977. La crisis pasó factura a Eugenio Royo que había asumido la responsabilidad de la dirección desde la fundación, descalificado personalmente como uno de los causantes del «aburguesamiento» de USO.

El resultado más significativo de la crisis fue el aumento de la dialéctica revolucionaria. La tendencia a rebatir la tesis asturiana partía de la idea de que se conseguirían mejores resultados con la democracia orgánica derivada de un auténtico poder obrero gestionado por una organización sindical de masas que con un partido político. Las resoluciones del III Consejo Peninsular se situaron en un tono asambleario y autogestionario más radical que el sugerido por la Carta Fundacional. Pero el verdadero elemento clave en el cierre de la crisis era la adopción de una estrategia sindical socialista autónoma frente a los partidos políticos.

Al mismo tiempo, la UGT había celebrado también en 1971 su XI Congreso en el exilio, apoyando por primera vez las tesis renovadoras. Las conclusiones para ambas organizaciones eran muy diferentes: mientras el sindicalismo socialista histórico, representado por la UGT, se encaminaba a la futura Transición con una renovación que la acercaba a la nueva realidad del proceso histórico, con un fuerte apoyo del

PSOE y de las socialdemocracias europeas, USO se enclaustraba en la defensa de un sindicalismo socialista autónomo, que esgrimía como seña de identidad en el terreno ideológico-estratégico la bandera de la autogestión. Además, se encontraba numéricamente mermada por una crisis que había azotado los cimientos de un edificio aún muy débil y sin peso histórico y de la que tardaría algunos años en recuperarse.

A partir de esta primera escisión, USO desarrolló un periodo de estabilidad que dio paso a un crecimiento de su implantación en empresas y territorios. Las liberaciones de José María Zufiur –desde 1968– y Manuel Zaguirre –1971– fueron buenos acicates para la extensión del sindicato.

En el terreno internacional, USO había tenido desde sus orígenes una vinculación directa con el sindicato cristiano francés CFTC, y, posteriormente, con su escisión, CFDT. La impronta autogestionaria provenía de las fuentes francesas, mientras que la influencia más pragmática provenía de la CISL italiana. Esta doble influencia se mantuvo durante años, con un mayor peso de la componente francesa, hasta que el proceso motivado por la fusión parcial con UGT en 1977 hizo virar al resto de la organización que se mantuvo en USO hacia la componente italiana. El primer contacto con las federaciones internacionales se produjo con la FITIM, por el intento reiterado de esta federación de producir un consenso en el interior de España que posibilitara un auténtico movimiento sindical potente. La FITIM, que había apoyado fuertemente la ASO, como alternativa a la inactividad de UGT en el interior y el inmovilismo en el exterior, envió observadores a España y los buenos resultados obtenidos en las elecciones del 66 y en otras movilizaciones obreras hicieron a los responsables de la FITIM continuar ofreciendo su confianza a USO. En abril de 1969, era admitida la petición de USO de afiliación a la FITIM,²³ que aportaría también su apoyo económico al sindicato, permitiendo, por ejemplo, el sostenimiento económico de las

personas liberadas para desempeñar funciones específicas en USO.²⁴

En el terreno de las confederaciones internacionales, la propia USO había manifestado en el II Consejo Peninsular su rechazo expreso al ingreso en ninguna de las tres organizaciones mundiales. Con una fuerte influencia en este ámbito de la CFDT, las confederaciones internacionales (CIOSL, CMT y FSM) eran rechazadas porque constituían eminentemente referencias políticas, mientras que las federaciones profesionales internacionales tenían una lógica menos partidista o ideológica.²⁵ Sin embargo, la CIOSL y la FITIM hicieron algunos movimientos de presión para conseguir un acercamiento entre USO y UGT, tratando de rentabilizar así sus apoyos al sindicalismo de corte socialista, que se produjo desde finales de la década de los sesenta hasta los últimos años de la vida de Franco.²⁶

La batalla por el espacio internacional se libró con la Unión General de Trabajadores fundamentalmente en el campo de la nueva Confederación Europea de Sindicatos (CES). En abril de 1973, año de su creación, USO pedía su afiliación a la confederación.²⁷ UGT, miembro fundador de la CES, se opuso desde el primer momento a la admisión de USO como formación sindical afiliada. Las argumentaciones que UGT exponía para «oponerse de forma categórica» se basaban fundamentalmente en la dispersión que podía ocasionar en el incipiente movimiento obrero español la existencia de grupos y grupúsculos representados y reconocidos en el terreno internacional. Argumentaba, además, la dirección de UGT que reconocer a USO en la CES equivaldría a dar una cobertura oficial al sindicalismo franquista, ya que USO mantenía sus enlaces y jurados en la Organización Sindical Española (OSE). UGT exponía también la ausencia de la USO en las confederaciones internacionales y explicaba que ambas organizaciones se encontraban en tratos y acuerdos para llegar a un proceso de fusión, de cuyo fracaso era responsable la parte contraria, acuer-

dos que podían ser más fructíferos si la CES no avalaba la existencia de USO como sindicato independiente.²⁸ En esta línea, miembros de la UGT atribuyeron a Daniel Benedict responsabilidades directas en el bloqueo del necesario proceso de integración de USO en las filas de UGT, al contribuir con su apoyo financiero, a consolidar la posición de USO.²⁹

Por otra parte, UGT aducía como causa para su oposición frontal a la integración de USO en la CES, en 1975, el inicio de acciones por parte de USO para crear un partido –Reconstrucción Socialista– que podría arrebatar espacios al PSOE, reconocido por la Internacional Socialista y avalado por las socialdemocracias europeas.³⁰

En resumen, a pesar de sus condiciones de partida, USO consiguió una ampliación de sus apoyos internacionales, fundamentalmente basados en los contactos bilaterales con sus dos sindicatos afines: la CFDT francesa y la CISL italiana. Su rechazo por las confederaciones le generó, sin embargo, un cierto aislamiento que fue compensado por el apoyo explícito de la FITIM que, sobre todo en el último franquismo, valoró su razonable implantación en el interior del país, la capacidad de sus líderes y cuadros sindicales y la capacidad de hacer frente, en alguna medida, a la opción comunista en el terreno sindical que despuntaba claramente en el territorio español.

En las organizaciones socialistas históricas, PSOE y UGT, los miembros renovadores pusieron en marcha un proceso de transformación que afectaba a las estructuras de ambas organizaciones y a las tácticas sindicales y políticas. Las transformaciones comenzaron en el XI Congreso de la UGT, en 1971, y pueden darse por concluidas con la celebración del XIII Congreso del PSOE, celebrado en Suresnes en 1974.³¹ Los signos de potencia del Partido Socialista Obrero Español eran inequívocos. Eugenio Royo, en un análisis del papel que USO podía jugar en el panorama socio-político de la Transición que se avecinaba, comprendió que la estrategia de poder obrero, autogestionario y autónomo de los partidos que preconizaba USO no sería

suficiente para hacer frente a la arrolladora presencia del PSOE, que podía trasvasarse sin mucho esfuerzo a su filial organización sindical. El análisis del fenómeno de Suresnes, unido a las nuevas posibilidades en el hecho sindical que ofrecían los cambios derivados de la renovación, llevó a Eugenio Royo a reflexionar en un documento teórico, «Reconstrucción o restauración socialista», sobre el diseño político y sindical de la futura transición española. El vacío de un referente político, frente al empuje del PSOE, podía lastrar el desenvolvimiento de USO en el panorama sindical de la Transición.³² Por otra parte, había habido una experiencia previa en el intento de clarificar el confuso panorama del socialismo del interior, con la convocatoria de la Conferencia Socialista Ibérica a instancias del PSOE, que impulsó, bajo los auspicios de Pablo Castellano, una reunión en París, en la sede del Partido Socialista Francés, en junio de 1974, presidida por Bruno Pitterman, presidente de la Internacional Socialista. A la Conferencia fueron convocados diversos partidos socialistas regionales y la USO como única representación sindical.³³

Con esta perspectiva, a finales de 1974, militantes de USO, liderados por Enrique Barón, crearon Reconstrucción Socialista, que pretendía convertirse en el referente político de USO. Reconstrucción Socialista se articulaba en torno a un documento básico de José María Zufiaur, «Diez puntos a discusión para la Reconstrucción del Socialismo», en el que se establecían los principios ideológicos de la nueva formación, basados en el rechazo al capitalismo, la defensa de un socialismo democrático y autogestionario, de corte federalista y europeísta, que rechazaba, a su vez, la tradicional división de los campos político y sindical.³⁴

Con estas perspectivas, Reconstrucción Socialista empezó a funcionar, integrándose también en la Conferencia Socialista Ibérica.³⁵ En un panorama de creciente aceleración en los tiempos de desarrollo político, Reconstrucción Socialista no conseguía convertirse en un refe-

rente más que en los procesos de convergencia de los partidos autonómicos, que, en principio, comenzaron en el seno de la Conferencia Socialista Ibérica y continuaron en el ámbito de la Federación de Partidos Socialistas. El PSOE abandonó en abril de 1975 la Conferencia Socialista Ibérica por discrepancias sobre el modelo regional. Los resultados de Suresnes aceleraron el proceso de ruptura.³⁶ La Federación de Partidos Socialistas fue un acuerdo adoptado por la Conferencia Socialista Ibérica en su reunión del 7 de marzo de 1976, ya sin la participación del PSOE.

Pero aunque Reconstrucción Socialista había tratado de crear un referente político para el proyecto sindical de USO, que albergara una estrategia de poder obrero y se convirtiera —en palabras de Manuel Zaguirre— en una conjunción de elementos como el federalismo, el socialismo y la autonomía sindical, a la medida de USO, frente al centralismo del PSOE,³⁷ lo cierto es que el programa se estrelló en sus propias concepciones: la dispersión de los esfuerzos regionales y un inevitable reparto de las personalidades entre tareas políticas y sindicales, según su formación, fueron las causas del fracaso de la experiencia de Reconstrucción, que ni siquiera llegó a presentarse a las primeras elecciones generales. Sin embargo, es de hacer notar que, por el contrario, los hombres y cuadros de USO que se integraron en Reconstrucción Socialista contribuyeron a la creación de las redes de la política regional y autonómica, aunque, en algunos casos, terminarían integrándose en el PSOE, contrariamente a sus intenciones fundacionales.

En 1974, USO puso en marcha un plan estratégico coordinado para abordar las que se preveían como últimas elecciones sindicales del franquismo. La idea era crear una serie de candidaturas conjuntas con otras formaciones sindicales que admitían la visión posibilista, para formar unas Candidaturas Unitarias y Democráticas en las que desarrollar el intento de copar los cargos sindicales con integrantes de

las organizaciones sindicales clandestinas. Las candidaturas se formaron en algunos lugares, como Cataluña y el País Vasco, generalmente con la participación en ellas, como organización mayoritaria, de CCOO, aunque en algunos casos se articularon con otras organizaciones como la ORT en el caso de Navarra.³⁸ La primera fase de las elecciones correspondía a la elección de enlaces sindicales de empresa, que posteriormente elegirían al jurado de empresa, y se saldó con la obtención de buenos resultados electorales. Según un informe elaborado por USO en 1975, se había obtenido representación significativa en zonas como Murcia, Madrid, Zaragoza, Navarra, Galicia, Barcelona, Cádiz, Bilbao y Guipúzcoa.³⁹

Los resultados de la segunda fase fueron mucho menos favorables de lo que podía deducirse de la primera parte de las elecciones. La OSE se puso en marcha con la intención de cerrar el paso a la oposición, creando agrupaciones artificiales que se convertían en filtros para impedir el triunfo de las candidaturas de corte democrático, nombrando vocales natos a personas del régimen e introduciendo vetos directos a candidatos de CCOO y USO. Sin embargo, a pesar del bloqueo que se produjo en los medios locales, se lograron triunfos importantes de los candidatos de oposición en Bilbao, fundamentalmente en astilleros, electricidad y siderurgia, en Navarra, y Álava —con éxitos destacados en Michelín—, y otras regiones de España, como Asturias, donde las Candidaturas Unitarias y Democráticas de CCOO y USO habían copado todos los niveles de representación en ENSIDESA.

Sin embargo, para USO, el desarrollo electoral tuvo también consecuencias añadidas en sus relaciones con la otra gran opción sindical socialista: en el terreno estratégico, la consulta de 1975 suponía un nuevo distanciamiento respecto a UGT, que invalidaba el acercamiento que se había producido con el apoyo a los comités obreros desde los últimos años de la década de los sesenta.

El diseño de la «transición» sindical: los sueños unitarios

En los primeros Gobiernos de la monarquía, los equipos de Martín Villa y su sucesor, Enrique de la Mata Gorostizaga, se entrevistaron con los líderes de los sindicatos en la oposición, tratando de recabar un acuerdo que permitiera llevar la negociación por los cauces que se ajustaran al modelo de transición controlada que habían diseñado. Las reuniones se fueron celebrando a lo largo del año 1976 y principios de 1977.⁴⁰ La idea fundamental era retrasar la llegada de la libertad sindical, para imponer un modelo que se correspondiera con los acuerdos que se estaban alcanzando en el territorio político, lo que mantendría bajo control gubernamental la explosiva fuerza del movimiento obrero.

Los modelos que, por su parte, barajaban CCOO y UGT eran radicalmente enfrentados. Mientras Comisiones postulaba la creación de una gran central de tipo unitario que recogiera los restos del descalabro de la OSE, UGT consideraba que la pluralidad sindical era la única vía que podría nivelar la desventaja en la que el sindicato socialista se encontraba, porque permitía defender con mayor comodidad la implantación de su propio modelo sindical y neutralizar la ventaja que CCOO había alcanzado con la utilización de los cargos legales en el sindicato Vertical. En el XXX Congreso de UGT, celebrado en Madrid en 1976, había quedado claro que la apuesta de UGT era la libertad que conduciría necesariamente a la pluralidad sindical. Sin embargo, en un contexto en el que cuestionar la unidad de acción entre sindicatos no era políticamente correcto, UGT había propuesto en su XXX Congreso la creación de una coordinadora, formada por todos los representantes de los sindicatos, que previamente debían haber abandonado sus cargos en la OSE.

USO sostenía una postura intermedia, en la que prevalecía su idea originaria reflejada en la Carta Fundacional de «desaparición en la gran central sindical de los trabajadores», pero por

el momento consideraba el peligro de transitar cualquiera de las dos vías propuestas por los otros sindicatos, en las que podía ser fagocitada, teniendo en cuenta que en la transición que se avecinaba no tendría respaldo de ninguna formación política. En este sentido, USO fue la organización que concibió la experiencia de la Coordinadora de Organizaciones sindicales (COS) como un proyecto más adecuado para sus propios intereses. La COS era un elemento intermedio, una propuesta de unidad de acción, que no aspiraba a la unidad orgánica, pero que se planteaba como un elemento de contención para las tres centrales sindicales,⁴¹ con carácter de organismo de transición hacia una situación de estabilidad sindical.

Pero la duración de la experiencia fue breve. La disolución del organismo, agrietada por el abandono de UGT ante la negativa de USO y CCOO a dimitir de los cargos en el Vertical, era prácticamente inevitable y se produjo finalmente en marzo de 1977. Para UGT, la COS había consistido prácticamente en una táctica dilatoria para reordenar su posición en un ambiente muy favorable a la unidad sindical y en un contexto de inferioridad estratégica real por su ausencia en la OSE.

En relación a UGT, que había mantenido el funcionamiento de sus órganos durante el largo periodo del exilio, Comisiones Obreras y USO tenían una definición orgánica difusa. No conocían la tradición congresual y sus órganos directivos estaban aquejados de una falta de entrenamiento democrático.

USO convocó su Primera Asamblea General de Delegados de Secciones Sindicales en los días 10, 11 y 12 de octubre, de 1976. El último paso para la consolidación orgánica del sindicato se producía unos días antes de la legalización de los sindicatos: del 7 al 10 de abril de 1977, USO celebraba en Madrid su Primer Congreso Confederal.⁴² El congreso de USO se abrió también bajo la tensión que suponía la apertura de una nueva fase en las relaciones USO-UGT, motivada por el anuncio de esta última de abandonar

la COS, lo que generó un ambiente de clara tensión entre los dos sindicatos socialistas.⁴³

Por otra parte, la resolución especial n.º 6 agradecía a todos los miembros de USO que habían ostentado cargos en la OSE su esfuerzo a favor de la mejora en las condiciones laborales de los trabajadores y consideraba que su labor aún era vigente, recomendando explícitamente la no dimisión de los cargos sindicales democráticos hasta que la disolución de la CNS y la convocatoria de elecciones sindicales libres en las empresas fueran una realidad.⁴⁴

Las resoluciones del congreso iban a incidir en la identidad del sindicato: un sindicato de clase y de masas, que proclamaba su intención de caminar hacia la disolución en la gran central sindical democrática de trabajadores, buscando para ello la unidad reivindicativa; y un sindicato que reforzaría los dos conceptos que diferenciaban su campo específico de actuación: la autonomía sindical y el socialismo autogestionario, entendido este último como una democracia de base que recuperaba el protagonismo de las organizaciones obreras en la toma directa y no delegada de decisiones políticas.

En definitiva, el congreso ponía las bases de la estabilidad orgánica, hacía una definición ideológica y estratégica suficiente para abordar el complejo proceso que se avecinaba, pero dejaba ver una serie de contradicciones internas en las que su compleja relación histórica con la UGT no era la menos importante. Y a pesar de las malas relaciones que se exhibieron en el congreso, unos meses después se explicitaba un proceso de fusión con la central socialista que iba a causar la segunda gran ruptura en la historia de USO, en un momento muy delicado para su propia supervivencia.

Final de las confusas relaciones USO-UGT: La «fusión-ruptura»

El comienzo de las conversaciones entre USO y UGT se remonta a la segunda parte de

los años sesenta, pero estas conversaciones siempre habían estado dominadas por actitudes contradictorias y, a comienzos de la década de los setenta, aún no habían producido ningún fruto. Pero ni USO ni UGT alejaban totalmente la posibilidad de un futuro entendimiento. A medida que se acercaba la transición, iba siendo cada vez más evidente que la opción del pluralismo sindical era insoslayable y que el espacio socialista era un potente eje del desarrollo sindical y era, a la vez, el universo de expansión que tanto USO como UGT iban a disputar en un futuro de libertades.

Las fases de encuentro y desencuentro fueron frecuentes. Alternativamente, USO y UGT iniciaron, durante la década de los setenta, conversaciones que finalizaron en estrepitosos fracasos. Ambas organizaciones temían abandonar sus particulares terrenos conquistados: si la USO se negaba a abandonar la plataforma que poseía a través de sus enlaces, jurados y representantes sindicales en el Vertical y la posibilidad de rentabilizar este cierto liderazgo en un clima de libertades, la UGT explotaba al máximo su predominio en el panorama de las organizaciones sindicales internacionales, vetando el acceso de USO y aprovechando sus conexiones con la socialdemocracia europea, potenciadas por su histórica relación con el PSOE. Esta fraternidad entre PSOE y UGT hacía presagiar un mecanismo de ósmosis entre ambas organizaciones en un escenario de predecible dominio socialista en la izquierda española. Algunos inequívocos signos lo hacían evidente, fundamentalmente a partir del congreso del PSOE en Suresnes en 1974, que ponía fin a las crisis internas.

Durante el año 1973, diversos hitos propiciaron la reanudación de los contactos. Pero los acercamientos que se habían ido produciendo hasta ese momento se vieron seriamente ralentizados por un incidente que se produjo en la reunión celebrada el 15 de julio de 1974 en el despacho de Pablo Castellano. En esta reunión, los representantes de USO descubrieron a los ugetistas fotocopiando a escondidas la docu-

mentación de USO y este hecho significó la ruptura de las conversaciones.⁴⁵

Más importante aún para la ruptura de las negociaciones fue la posición de fuerza que adquirió el PSOE a partir del Congreso de Surresnes. El final de la participación del PSOE en la Conferencia Socialista Ibérica y el lanzamiento de Reconstrucción Socialista por parte de algunos miembros de USO fueron puntos de fricción añadidos.

En 1975, USO vuelve con fuerza a la consigna de la conquista de las empresas mediante las elecciones sindicales. Los resultados fueron bastante favorables para la implantación de USO en el tejido laboral español, pero hicieron aún más difícil el viejo intento de la unión sindical socialista. No obstante, hubo algunos acercamientos como el que se produjo el 11 de mayo de 1975 en Madrid. En las conclusiones de esta reunión se argumentaban los verdaderos inconvenientes para el acercamiento o la fusión entre las dos centrales socialistas: la imposibilidad de negociar en una línea de igualdad entre ambas porque UGT tenía apoyos más importantes para la obtención de determinadas facilidades y, entre ellos, el respaldo derivado de su tradicional hermandad con el pujante Partido Socialista.

A partir de la celebración del XXX Congreso de la UGT, en 1976, un sector importante de USO, en el cual se encontraba su secretario general, José María Zufiaur, comienza a variar los planteamientos sobre la unidad sindical. En la Carta Fundacional, USO abogaba por la desaparición en la gran central sindical de los trabajadores que ordenaría la unidad sindical. Sin embargo, para José María Zufiaur, el XXX Congreso significó la demostración de que se impondría la vía del pluralismo:⁴⁶ la irrupción de UGT, con fuertes intereses en la pluralidad, iba a hacer imposible la asunción de una unidad que beneficiaría claramente a CCOO y UGT tenía suficientes apoyos para impedir la adopción de esa vía.

Llegado el momento del I Congreso Confederal en abril de 1977, USO no había madurado

suficientemente cuál será su espacio dentro del futuro escenario sindical. USO continuaba con la «doble alma» —como la definió Manuel Zaguirre—, que reflejaba la influencia de los modelos que representaban la CISL italiana y la CFDT francesa. La segunda aportaba la idea del socialismo autogestionario y la primera, la componente del gran sindicato de masas, con un auténtico poder obrero. De la misma manera, en el ideario de la USO se entrelazaban e imbricaban las componentes ideológicas del socialismo y un cristianismo de base que no interfería en las definiciones teóricas pero que, en la práctica, acercaba a USO a unas determinadas opciones políticas. Por encima de ello se situaba el coagulante esencial que realmente definía a USO respecto a otras fuerzas: la autonomía sindical, la inexistencia de vinculación con una fuerza política que mermara la capacidad de decisión y la capacidad de convertir al sindicato en un auténtico poder obrero.

Antes de las elecciones del 15 de junio, en el Congreso Confederal de abril se había testado una distancia considerable entre las dos centrales sindicales socialistas: aún dolidos por el fracaso de la COS, los cuadros de USO consideraban una especie de traición el abandono de UGT del organismo unitario. Los celos, las acusaciones verbales contra UGT se manifestaron públicamente en ese congreso. José María Zufiaur, que meses después lideraría el proceso de fusión con UGT, empleó un tono duro en el que no se advertía la desesperanza respecto al futuro de USO como organización sindical. No aceptarían una fusión que, en realidad, fagocitara el proyecto USO, ni aceptarían presiones de partidos políticos nacionales o de superestructuras internacionales que hubieran planeado otro diseño para la vida sindical española. USO era el futuro.⁴⁷ Durante ese congreso, se explicó una tendencia por parte de la dirección, encabezada por José María Zufiaur, que consistía en la búsqueda de la autoafirmación a través del establecimiento de distancias respecto a UGT. Esta estrategia llevaba implícita la consecuencia

de exacerbar un sentimiento antiugetista que se encontraba latente dentro de una parte de las bases y que, meses más tarde, fue el elemento fundamental sobre el que se pudo estructurar el proyecto de permanencia de USO.

En la definición de los espacios políticos se producirían los primeros movimientos previos a la ruptura en la USO. Parte de los militantes que habían apostado por la necesidad de un referente político que no anulara la autonomía sindical, creando el proyecto Reconstrucción Socialista, se desgajaron de la Federación de Partidos Socialistas y se integraron en las listas del PSOE, entre ellos su líder, Enrique Barón.⁴⁸

Al mismo tiempo, el Partido Socialista Popular de Tierno Galván, junto con el resto de partidos socialistas que integraban la Federación de Partidos Socialistas, establecían una alianza electoral, Unidad Socialista, que pretendía convertirse en el contrapeso electoral al PSOE para ocupar el espacio socialista que no se sentía identificado con este partido.⁴⁹ Dentro del concepto de autonomía sindical que preconizaba la USO era posible conjugar una serie de tendencias que abarcaban desde el antipartidismo hasta una posición simplemente anti PSOE, pasando por una postura tolerante respecto a la vinculación de los afiliados, que pretendía mantener al sindicato al margen de una línea ideológica y estratégica vinculada con cualquier partido, pero que admitía la militancia política individual de sus miembros. En las elecciones del 15 de junio de 1977, los planteamientos fueron diversos. Algunos miembros de USO entraron en las listas electorales del PSOE –fundamentalmente ligados al fracasado proyecto de Reconstrucción Socialista–, aunque USO, como organización, se mantuvo al margen de cualquier candidatura.⁵⁰ La opción de UCD, que había surgido como coalición solo un mes antes de las elecciones, no parecía encajar con los planteamientos de USO. Posteriormente, el acercamiento entre algunos sectores de USO y UCD fue mayor y motivó grandes controversias dentro de un sindicato que se autodenominaba socialista.

El resultado de las elecciones del 15 de junio fue inequívoco: el PSOE arrasó en el espacio socialista y se convertía en el referente más importante de la izquierda en España. Los demócratas sufrieron un descalabro importantísimo. El PSOE Histórico había acudido a la consulta electoral coaligado con otros socialdemócratas bajo la marca de Alianza Socialista Democrática, y no obtuvo ningún escaño. El Partido Socialista Popular, de Tierno Galván, fundamentalmente gracias a su alianza con otros partidos de la Federación de Partidos Socialistas, rentabilizó la coalición con otras formaciones de marcado carácter regional como el Partido Socialista de Andalucía y obtuvo más de 816.000 votos, ocupando 6 escaños en el Parlamento.⁵¹ Pero los resultados del PSOE habían sido aplastantes: con 118 escaños, más de 5.300.000 votos, que suponían un 29,32 por ciento del total, se convertía en la segunda fuerza política del país, a una distancia abismal del PCE que se había postulado como la gran fuerza de la izquierda durante el franquismo. Este resultado no solo dibujaba un nuevo panorama político, sino que recomponía el diseño sindical que hubiera sido previsible con otros resultados electorales.

Y, paradójicamente, fueron los resultados electorales los que provocaron la ruptura dentro de un sindicato que se definía como autónomo políticamente, pero que contenía en su interior diversas concepciones de la autonomía. Una parte de USO, liderada por su secretario general, José María Zufiaur, y un importante número de cuadros asimiló muy rápidamente los indicios que la Transición había ido progresivamente ofreciendo: en primer lugar, que el futuro sindical español transitaría necesariamente la senda del pluralismo, lo que anulaba definitivamente el sueño fundacional de desaparición en una central unitaria de trabajadores; y en segundo lugar, que el nuevo panorama político no iba a dejar resquicios para la existencia de dos centrales sindicales socialistas. El futuro de la USO pasaba por la fusión con el sindicato que se encontraba más cercano ideológica y táctica-

mente. Pero la situación interna dentro de USO y el interés de UGT por acelerar el proceso de fusión precipitaron los acontecimientos.

El sector de USO que no apoyaba la fusión con UGT, liderado por Manuel Zaguirre y José María de la Hoz, consideró que aún quedaban opciones dentro del panorama político que podrían permitirle el mantenimiento de su lugar en el panorama sindical y la defensa de un sindicalismo socialista autónomo. Unidad Socialista había obtenido más de 800.000 votos y podía ejercer como referente por la izquierda, mientras que la UCD de Suárez daría respaldo al componente demócratacristiano del sindicato. La primera opción carecía de fuerza y el PSP se integró un año más tarde en el PSOE, pero la UCD sí se perfilaba como una alternativa que ofrecía su apoyo para consolidar una tercera fuerza sindical, con declaraciones públicas de algunos de sus líderes, como Abril Martorell.⁵²

Pero lo que permitió mantener viva una parte de USO y convirtió la programada fusión con UGT en una ruptura fue el efecto sorpresa. Manuel Zaguirre y José María de la Hoz lideraron unas bases profundamente radicalizadas por lo súbito del proceso. Indignados por la aceleración que el resultado electoral había introducido en una dinámica que parecía inevitable, muchos afiliados se aferraron a la idea de sus siglas, de su componente diferenciador dentro del socialismo y, sobre todo, a la versión anti PSOE que convivía en el seno de la idea de la autonomía sindical junto a otras opciones.

Con estas premisas, se desarrolló un itinerario de la crisis que salió a la luz pública cuando, en la reunión del Secretariado Confederal de USO, celebrada los días 23, 24 y 25 de junio de 1977, una parte importante de la Comisión Ejecutiva propuso comenzar una serie de contactos previos con UGT de cara a una futura unificación.⁵³ La resistencia que ofrece el sector contrario a la fusión se evidenció desde el primer momento. Los miembros del Secretariado Confederal se posicionaron casi al 50% en cada una de las dos tesis: once miembros apoyaron el

proceso de fusión, mientras que doce se posicionaron a favor de la presentación de un proyecto de reafirmación de USO como organización diferenciada. Finalmente, se acordó autorizar expresamente a los partidarios de la fusión para que iniciaran los contactos previos con la UGT que estimaran precisos, pero siempre «a título personal e inorgánico y bajo su responsabilidad, nunca como miembros de la comisión ejecutiva, la cual no quedó facultada para ninguna gestión de este tipo».⁵⁴ Poco después, las dos partes miraban con desconfianza la posibilidad de dirimir las diferencias en un proceso de estricta legitimidad orgánica. Los partidarios de continuar el proyecto USO recelaban de la convocatoria del Secretariado Confederal porque uno de sus miembros, Isidoro Gálvez, rectificó su postura, mostrándose partidario de la fusión. Manuel Zaguirre trató de forzar a José María Zufiaur para que fuera convocado un Consejo Confederal que desbloqueara la situación, pero los partidarios de la fusión, con mayoría ahora en el Secretariado Confederal (doce contra once) y en la Comisión Ejecutiva (seis contra dos) continuaron por la vía de la fusión, conscientes de que ya no iban a concitar el apoyo de los miembros contrarios a la integración en UGT.

Las negociaciones comenzaron con la idea de establecer un pacto electoral entre USO y UGT, de cara a las elecciones sindicales previstas para el año 78, que fuera perfilando un proceso de unidad orgánica.⁵⁵ En un clima de aceleración progresiva, ambas partes pusieron en marcha sus propias estrategias, en medio de una espiral de contactos, reuniones, consultas. Los primeros contactos con UGT se realizaron de manera informal, promovidos por afiliados de Convergencia Socialista de Madrid y de USO que se habían incorporado al PSOE.

Los miembros de USO que comenzaron los contactos eran ya conscientes de que la ruptura era inevitable, pero consideraban que podrían conseguir que entre el 60 y el 80% de los militantes respaldaran el acuerdo de fusión. Su propuesta a la UGT se articulaba en torno a una idea

básica: la autonomía sindical, símbolo distintivo de USO, se manifestaría con una mención expresa de la incompatibilidad de cargos políticos y sindicales. UGT, por su parte, proponía que cualquier acuerdo que tomaran las ejecutivas debería ser refrendado por su Comité Federal y, posteriormente, sometido a la consulta de los afiliados; que la autonomía sindical no debía ser el único punto de la discusión; proponía la creación de comités de enlace a todos los niveles para crear un clima de distensión, confeccionar censos y preparar un congreso de unificación, en el que cada central presentaría su propia postura y se aceptaría la que tuviera mayoría en la votación. USO se negó a refrendar este último punto, considerando que en el Congreso serían mayoría los miembros de UGT y era necesario acordar previamente determinadas condiciones de partida, entre las cuales era condición *sine qua non* introducir el concepto de incompatibilidad entre cargos políticos y sindicales. Con estas premisas, comenzó a funcionar un proceso, que terminaría con el congreso de unificación del 18 de diciembre de 1977.

Mientras, el sector de USO liderado por Manuel Zaguirre y José María de la Hoz puso en marcha un mecanismo para recabar el apoyo de la mayor parte de las federaciones y estructuras territoriales, difundiendo una serie de comunicados al margen de la legitimidad orgánica y estableciendo una dirección paralela que, rápidamente, preparó la consumación de la ruptura, con la convocatoria de un congreso extraordinario previsto para el 2 de octubre.

La opinión de las centrales sindicales extranjeras y de las organizaciones internacionales fue, mayoritariamente, favorable al proceso de fusión. La CFDT, tradicional referente de USO, se situó en la órbita de José María Zufaur, tras el viaje de René Salanne a España y las declaraciones efectuadas en *El País*, el 30 de agosto. También acudieron a España representantes de las federaciones internacionales a las que USO se hallaba afiliada, como la UITA que se entrevistó con Francisco Obrador, partidario de la

fusión, y con Manuel Zaguirre, posicionándose finalmente en la idea de la fusión. También acudió una delegación de la CISL italiana, encabezada por Emilio Gabaglio que, tras una prolongada temporada en España, emitió un informe que, según Manuel Zaguirre, «provocó un efecto balsámico» en medio de una situación internacional muy enconada contra los partidarios de mantener la USO.⁵⁶

La penúltima reunión del Secretariado Confederal de USO se celebró el 10 de septiembre y en ella se produjo el abandono de la reunión de los 11 miembros no partidarios de la unidad con UGT, que pretendían ratificar la propuesta de solicitud de dimisión de los 6 miembros de la Ejecutiva, considerando que un 70% de integrantes de la Organización lo habían solicitado por escrito.⁵⁷ En ese Secretariado, con la ausencia de los miembros contrarios a la fusión, «se acuerda dar carácter formal y público a las futuras conversaciones con la UGT, que tendrán un carácter exploratorio del marco unitario».⁵⁸

A partir de ese momento, el sector de Zaguirre pone en marcha una circular para promover la celebración de un congreso extraordinario, estimulando a las federaciones a que enviaran antes, del 18 de septiembre, una solicitud de convocatoria de congreso.

El día 26 de septiembre, el diario *Pueblo* recogía la posición oficial del fundador de USO, Eugenio Royo, que conservaba gran parte de su autoridad moral e intelectual sobre la organización, declarándose «partidario de la fusión de la USO con la UGT sobre la base de la autonomía. Si UGT no la acepta, para los hombres de USO no hay sitio en la UGT», considerando que la central buscaba «su integración en la nueva realidad sociopolítica surgida del 15 de junio pasado. El sindicalismo se configura por espacios políticos».⁵⁹

La ruptura se consumó con la celebración del Congreso Extraordinario convocado el 2 de octubre por los partidarios de Manuel Zaguirre en el local de la AISS, en el Paseo del Prado.

En el congreso extraordinario convocado por el sector de Zaguire, fue elegido un nuevo secretariado confederal en el que Manuel Zaguire ejercía como secretario general. Se elige, además, una comisión de transferencia encargada de reclamar a la otra parte de la central sindical la cesión del poder y del patrimonio. La segunda cuestión en litigio, la posesión de las siglas, no planteaba gran problemática. El trasvase a UGT se haría bajo las siglas históricas de esta organización y el componente de legitimidad exclusiva ya había sido destruido con la celebración del congreso en el que se había materializado la ruptura, de manera que el sector de Zufiaur, por indicación expresa de la dirección de UGT, no puso demasiado empeño en la batalla judicial. No existía posibilidad para ninguna de las dos partes en litigio de conseguir más beneficios de los que ya se habían obtenido y lo sensato era consolidar aquello que se había logrado. Además, para el sector de Zufiaur aún quedaba por completar el proceso orgánico de fusión y aclarar numerosos aspectos.

La cifra real de miembros de USO que quedó en cada una de las partes es uno de los enigmas del proceso. Ambas partes se atribuyen en los respectivos congresos celebrados la representación de más de 200.000 afiliados, de un total de 300.000. Sin embargo, parece plausible afirmar que la proporción de afiliación que quedó del lado de los «continuistas» fue superior, mientras que los «fusionistas» absorbieron una importante cantidad de cuadros, de excelente preparación, que vinieron a suplir las deficiencias que en ese terreno arrastraba una UGT en pleno desarrollo exponencial de sus bases.

El sector encabezado por José María Zufiaur continuó con las negociaciones con UGT, ratificando las condiciones que había propuesto para el proceso de unidad.⁶⁰ Al mismo tiempo, continuaba la ejecución de los pasos internos dentro de su sindicato para certificar la legitimidad de sus órganos, con la reunión del 9 de octubre en el que los miembros partidarios de la fusión se establecieron en Asamblea de afiliados de todas

las uniones y federaciones y se reunieron en Madrid en el Colegio Mayor Chaminade, con una escasa asistencia de afiliados y convocaron Consejo Confederal para los días 15 y el 16 de Octubre. Finalmente, era convocado un Congreso Confederal Extraordinario para el día 27 de noviembre de 1977, donde se ratificó formalmente la tesis de la «unidad del sindicalismo socialista, y en el que se debatieron las bases para el acuerdo de unidad entre USO y UGT». Las bases contaban ya con el acuerdo de ambas ejecutivas enviado a los afiliados para su estudio. Recogía como puntos esenciales el reconocimiento de la autonomía del sindicato respecto a los partidos políticos y otras instituciones, haciendo expresa mención a la imposibilidad de que los responsables a nivel nacional (Ejecutiva, Comité Federal o Comités Ejecutivos de Federaciones estatales) mantuviera duplicidad de cargos con ningún partido político, defendiendo el sindicalismo de masas, democrático y autónomo propugnado por USO y estableciendo un procedimiento igualitario en la composición de las direcciones de la central resultante de la unidad a todos los niveles, evitando un mero proceso de integración. Por lo que se refería a la estructura orgánica, USO admitía que se asumieran los estatutos de UGT, que respetaban la estructura de USO e incorporaban una articulación más acabada en aspectos como la comisión de conflictos y la comisión de revisión de cuentas.⁶¹

El 27 de noviembre, el sector de USO partidario de la unidad del sindicalismo socialista celebró su congreso extraordinario. Se aprobó la propuesta de unificación con UGT y al día siguiente, el 28 de noviembre, se reunía el Comité Federal de UGT para ratificar el acuerdo de fusión.⁶²

A partir de ese momento, los plazos se estrechaban y era necesario cerrar el acuerdo en el lapso de tiempo más corto. Las elecciones sindicales se aproximaban y ambas organizaciones consideraban prioritario completar la fase de la fusión antes de la finalización del año. La idea era transmitir, lo antes posible, el proce-

so de fusión a las federaciones y uniones para completarla. La instrucción que UGT envió a sus afiliados, en la circular n.º 109, de 16 de noviembre de 1977, advertía de dos circunstancias concretas a tener en cuenta en el desarrollo de la fusión: en primer lugar, «que las comisiones ejecutivas no deben ser de carácter paritario, sino reflejar la relación de fuerzas existentes, es decir, se debe tener bien en cuenta que la parte de USO que se va a incorporar a la UGT es muy minoritaria y que, en consecuencia, en el mejor de los casos, la participación de la USO en las nuevas comisiones ejecutivas no debería pasar en ningún caso del 30%, y ello a pesar de que los compañeros de la USO exijan el 50%»; y en segundo lugar, recordaba a los compañeros de las uniones provinciales y locales que «la dedicación exclusiva solo afecta a aquellos que ocupan cargos en los órganos superiores de ámbito estatal. Y, en consecuencia, solo estos no podrán ocupar otros cargos de responsabilidad política al mismo y correspondiente nivel. Ello quiere decir que este acuerdo solo afecta a los miembros de la Comisión Ejecutiva y del Comité Federal, pero siempre que ocupen cargos en los mismos órganos del partido. Por lo tanto, el acuerdo no es aplicable en absoluto a los órganos de ámbito regional, provincial o local». ⁶³

Finalmente, el congreso se celebró el 18 de diciembre de 1977, con una participación aproximada de 300 delegados por cada una de las organizaciones, bajo el lema «El socialismo es nuestra unión», con la participación en la presidencia del fundador e ideólogo de USO, Eugenio Royo.

En el congreso se contemplaban los términos que ya habían sido previamente aprobados por las direcciones de los sindicatos, entre los que destacaba el concepto de la autonomía sindical y la definición de los principios ideológicos del sindicato. Se aprobaba una Ejecutiva en la que entraban tres miembros de USO, José María Zufiaur, Fernando Solano y Aquilino Zapata.

Como consecuencia de las resoluciones adoptadas sobre autonomía sindical, en la pri-

mera reunión de la Ejecutiva celebrada al día siguiente de la celebración del congreso, el 19 de diciembre de 1977, Nicolás Redondo, dimitía de sus cargos en la Ejecutiva del PSOE. ⁶⁴

Las consecuencias de la fusión en el panorama sindical español

Con la clausura de este congreso se cerraba un proceso de larga génesis, pero de corta duración. La fusión se convertía en la acción de concentración sindical más importante de la historia del país. En ningún momento se había completado en España una unión sindical que produjera el trasvase de más de 200.000 afiliados a otra central sindical —esta cifra, aportada por los dirigentes del sector de Zufiaur es, sin duda, extremadamente abultada—, ⁶⁵ una arraigada tradición sindical en determinadas zonas como Murcia o Cádiz y, sobre todo, la aportación de una serie de cuadros y dirigentes, entre ellos especialmente José María Zufiaur, que contribuiría a la definición de las posiciones teóricas y estratégicas del sindicalismo socialista.

Sin embargo, transcurrido el tiempo es complicado mantener el concepto historiográfico de «fusión sindical». Las organizaciones nunca sufrieron una integración de sus órganos de dirección ni un gradual acercamiento de sus bases. UGT absorbió la militancia de USO que secundó el proyecto de unión, completando una simplificación del panorama sindical socialista que era muy necesaria para obtener una posición hegemónica en este campo, al mismo tiempo que obtenía unos cuadros cualificados de los que UGT no se encontraba muy sobrada. Sin embargo, la imbricación de estos cuadros en el seno del histórico sindicato no fue un camino fácil. En el futuro inmediato, la desconfianza mutua de los miembros de USO y UGT generó una serie de conflictos que repercutieron en diversas zonas de la geografía española como el País Vasco o Cataluña y terminaron alcanzando a la Ejecutiva Confederal, donde el rechazo

llegó a hombres de la más estricta confianza de Nicolás Redondo, como Jesús Mancho o Manuel Garnacho, que digirieron con dificultad la nueva influencia de los que, en privado, denominaban «vaticanistas», en alusión a sus orígenes cristianos. Por empeño personal de Nicolás Redondo, José María Zufiaur conservó su ascendencia dentro del sindicato y se realizó un proceso de integración real al precio de delicados conflictos internos. Sin embargo, parece sensato afirmar que la incorporación de parte de USO significó para UGT un reforzamiento inequívoco del camino que se había esbozado en el XXX Congreso hacia la autonomía sindical y que se verá progresivamente completado por la aportación teórica y práctica de hombres como José María Zufiaur, que trasvasarán a UGT el concepto de independencia que USO había atesorado durante sus casi dos décadas de existencia antes de la integración parcial en UGT.

En esta jugada de simplificación del panorama sindical, UGT había contado con el apoyo de la mayoría del sindicalismo internacional. Las tradicionales referencias internacionales de USO se decantaron por el proceso de unidad en el sindicalismo socialista, de tal manera que, en cierta medida, el vacío de solidaridad internacional al proyecto de mantenimiento de un sector de USO apartó a este sindicato de su vinculación del campo socialista. El nuevo secretario general de USO, Manuel Zaguirre, valoró la posibilidad de acudir al congreso que la CMT (Confederación Mundial del Trabajo) tenía previsto celebrar en Ostende ya en octubre de 1977. La tradicional negativa de USO a militar en las confederaciones internacionales fue modificada ante el vacío internacional. UGT continuaría explicitando una intención de monopolio en las organizaciones internacionales con el bloqueo permanente en la CES y en la CIOSL, lo que se tradujo en la basculación progresiva de USO hacia la internacional cristiana. En el año 80 se produjo la definitiva afiliación de USO a la CMT, que precedería a la incorporación a sus federaciones internacionales profesionales.

NOTAS

- ¹ En la misma línea, en el panorama político interior, la USO que rechazó el proceso de unión con UGT se vio sistemáticamente privada de cualquier referencia en el terreno político socialista. La integración del PSP en el PSOE y el proceso de liquidación de los partidos socialistas regionales, que se disolvieron mayoritariamente en las federaciones regionales del PSOE, deshicieron cualquier salida en este terreno. La cercanía a UCD y la eliminación del proyecto autogestionario, punto este último en el que se empeñó decididamente su nuevo secretario general, Manuel Zaguirre, fueron el argumento empleado para una escisión en 1980, en la que siete miembros del Secretariado, dirigidos por José Corell, se integraron en Comisiones Obreras como «corriente socialista». ⁶⁶ La situación se convirtió en crítica para el sector superviviente de USO. Durante muchos meses, la escisión tuvo a la organización en la cuerda floja, superando quizá la profundidad del desgarró que sufriera en 1977. La crisis se alivió con un congreso de clarificación ideológica en el que los vestigios de socialismo autogestionario sucumbieron ante la readopción de los principios de la Carta Fundacional. USO ensayó entonces un proceso de ajuste financiero encaminado a la autofinanciación. El camino hacia la estabilidad de la tercera fuerza sindical del país había sido largo y había terminado convirtiendo a USO en una fuerza minoritaria ante las potentes UGT y CCOO, pero, en último término, había conducido a la central a la autonomía sindical. Este capítulo forma parte de la investigación realizada en el marco del proyecto de I + D, del Ministerio de Ciencia e Innovación, Dirección General de Programas y Transferencias de Conocimiento, Subdirección General de Proyectos e Investigación, «La reconstrucción del sindicalismo socialista (1970-1994)», HAR2009-08294 en el que la autora es la investigadora principal.
- ² Destaca entre ellos el primer número de la revista *El Proyecto*, que comenzó a editarse bajo los auspicios de la Universidad Sindical de USO en 1987. Aunque la revista continúa publicándose, no han sido muy frecuentes los números dedicados a la historia de la central.
- ³ CALLAHAN, William J., *La Iglesia Católica en España (1875-2000)*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 324-326.
- ⁴ MARTÍN DE SANTA OLALLA, Pablo, «La Iglesia entre el Concordato y el Concilio», en Abdón MATEOS (dir.), *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, p. 408.
- ⁵ Enrique BERZAL, «Católicos en la lucha antifranquista. Militancia sindical y política», *Historia del Presente*, n.º 10, 2007, pp. 7-23.
- ⁶ CALLAHAN, William J., *La Iglesia Católica...*, p. 393.
- ⁷ ARTILES, Martín, «Origen e Ideología de USO», *El proyecto*, n.º 1, 1987 pp. 17-52.
- ⁸ AFFLC, 787-001.
- ⁹ MATE, Reyes, *Una interpretación histórica de la USO*, Madrid, Carlos Oya, 1977
- ¹⁰ AFFLC, 3651-002, Entrevista a José María Zufiaur Narvaiza, Madrid, 29 de julio de 2007.
- ¹¹ En un documento de Luis Ferreras, delegado en el exte-

- rrior de USO, a Carlos Pardo, fechado el 7 de enero de 1967, Ferreras se considera de «los que andamos por aquí y que compartimos la idea de ASO». En AFFLC, 788-008
- ¹² Enrique BERZAL, «Católicos en la lucha antifranquista...». AFFLC, 4201-00, entrevista a Manuel Zaguire Cano, Barcelona, 16 de abril y 10 de mayo de 2010.
- ¹⁴ MATEOS, Abdón, «Movimiento sindical y lucha obrera bajo el franquismo», *El proyecto*, n.º 1, 1987 pp. 83-124.
- ¹⁵ MATE, Reyes, *Una interpretación...*, pp. 13-19.
- ¹⁶ *Ídem*, p. 23
- ¹⁷ *Ídem*, p. 25.
- ¹⁸ AFFLC, 788-005.
- ¹⁹ AFFLC, 788-005.
- ²⁰ AFFLC, entrevista a Manuel Zaguire Cano, Barcelona, 16 de abril y 10 de mayo de 2010, pendiente de catalogación. AFFLC, 788-005.
- ²² AFFLC, 785-002, Resoluciones del III Consejo Peninsular (1971).
- ²³ AFFLC, 788-005.
- ²⁴ AFFLC, entrevista realizada a José María Zufiaur, Madrid, 4 de julio de 2011.
- ²⁵ AFFLC, 4201-001, entrevista a Manuel Zaguire Cano...
- ²⁶ MATEOS, Abdón, *Historia de UGT. Contra la dictadura franquista, 1939-1975*, Madrid, siglo XXI, 2008, pp. 209-211.
- ²⁷ AFFLC, 437-021, Carta de USO (sin personalizar) a Victor Feather, presidente de la CES, abril de 1973.
- ²⁸ AFFLC, 437-022, *Informe de UGT sobre USO para la CES*.
- ²⁹ AFFLC, 441-017, Informe de Manuel Villa, del Servicio de Trabajadores Emigrados de la FGTB, a G. Debunne, fechada en Bruselas, el 18 de marzo de 1974.
- ³⁰ AFFLC, 441-017, Carta de Antonio García Duarte a Theo Rasschaert, fechada el 27 de mayo de 1975.
- ³¹ AROCA MOHEDANO, Manuela, «Renovación en las organizaciones socialistas (1971-1974)», en ALTED, Alicia, AROCA, Manuela y COLLADO, Juan Carlos (dirs.), *El sindicalismo socialista español. Aproximación oral a la historia de UGT (1931-1975)*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2010, pp. 316-350.
- ³² MATEOS, Abdón, *Historia del antifranquismo*, Barcelona, Flor del Viento, 2011, p. 165 y AFFLC, 4201-001, entrevista a Manuel Zaguire Cano...
- ³³ BARÓN, Enrique, *Federación de Partidos Socialistas*, Barcelona, Avance, 1976, pp. 13-14.
- ³⁴ *Ídem*, pp. 16 y 155-167.
- ³⁵ *Ídem*, p. 15.
- ³⁶ *Ídem*, pp. 13-14 y MARTÍNEZ COBO, Carlos y MARTÍNEZ COBO, José, *La segunda renovación. Intrahistoria del PSOE*, v. IV, p. 186.
- ³⁷ AFFLC, 4201-001, entrevista a Manuel Zaguire Cano...
- ³⁸ AFFLC, 788-003, Balance primer nivel de las elecciones sindicales, julio 1975.
- ³⁹ *Ídem*.
- ⁴⁰ MARÍN ARCE, José María, «La Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS): una experiencia de unidad de acción sindical durante la transición», *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, H. Contemporánea*, t. 9, 1996, pp. 295-313.
- ⁴¹ AFFLC, 4201-001, Entrevista a Manuel Zaguire Cano...
- ⁴² Para toda la información relacionada con este I Congreso Confederal, *Libertad, autonomía, Unidad. I Congreso Confederal USO*, Madrid, Tucur ediciones, 1977.
- ⁴³ REDERO, Manuel, *Estudios de Historia de la UGT*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1992, p. 158.
- ⁴⁴ *Libertad, autonomía...*, pp. 136-137.
- ⁴⁵ JÁUREGUI, Fernando y VEGA, Pedro, *Crónica del antifranquismo (3). 1971-1975: Caminando hacia la libertad*, Barcelona, Arcos Vergara, 1985, p. 297.
- ⁴⁶ AFFLC, 3651-002, Entrevista a José María Zufiaur Narvaiza, Madrid, 29 de julio de 2007.
- ⁴⁷ Discurso inaugural de José María Zufiaur en el I Congreso Confederal de USO, recogido en *Libertad, autonomía...*, pp. 27-33.
- ⁴⁸ Fundamentalmente, se incorporaron a la UGT miembros de Convergencia de Madrid. AFFLC, 569-001 y GILLESPIE, Richard, *Historia del Partido Socialista Obrero Español*, Madrid, Alianza Universidad, 1991, p. 341.
- ⁴⁹ MARTÍNEZ OVEJERO, Antonio «El proceso unitario del sindicalismo socialista UGT-USO, julio-diciembre de 1977», comunicación presentada al II Congreso de la Asociación de Historiadores del Presente «De la dictadura a la democracia», Madrid-Melilla, mayo de 2005.
- ⁵⁰ José María Zufiaur Narvaiza afirma que se pidió el voto para Unidad Socialista, mientras que Manuel Zaguire expresa que algunos sectores de USO propusieron la vinculación a las candidaturas de Izquierda Democrática de José María Ruiz Giménez y a la Federación Popular Democrática, de José María Gil Robles, que acudirían coaligados a las elecciones como Federación de la Democracia Cristiana.
- ⁵¹ GILLESPIE, Richard, *Historia del Partido Socialista...*, p. 342.
- ⁵² MARTÍNEZ OVEJERO, Antonio «El proceso unitario del sindicalismo socialista...».
- ⁵³ Manuel Zaguire sostiene que no hubo contactos formales previos a esta reunión con UGT, contactos que él hubiera conocido, si se hubieran producido, como secretario de Relaciones Institucionales. AFFLC, 4201-00, entrevista a Manuel Zaguire Cano...
- ⁵⁴ AFFLC, 569-001, Comunicado Oficial.
- ⁵⁵ AFFLC, 3651-002, Entrevista a José María Zufiaur Narvaiza, Madrid, 29 de julio de 2007.
- ⁵⁶ AFFLC, 4201-001, entrevista a Manuel Zaguire Cano...
- ⁵⁷ AFFLC, 569-001, Comunicado de 11 miembros del Secretariado Confederal de USO.
- ⁵⁸ *El País*, 11 de septiembre de 1977, AFFLC, 569-001.
- ⁵⁹ AFFLC, 569-001, *Pueblo*, 26 de septiembre de 1977.
- ⁶⁰ AFFLC, 2567-009, Historia de las negociaciones para la unificación UGT-USO.
- ⁶¹ AFFLC, 569-001, Documento emitido por la Comisión Ejecutiva de USO, el 14 de noviembre de 1977, de cara al Congreso Confederal Extraordinario convocado para el 27 de noviembre de 1977.
- ⁶² AFFLC, 2567-009, Informe sobre la historia de las negociaciones para la unificación UGT-USO, emitido conjuntamente por ambas organizaciones.
- ⁶³ AFFLC, 2567-001, Circular n.º 109 de UGT de la Secretaría General, de 16 de noviembre de 1977.
- ⁶⁴ «Nueva Ejecutiva de UGT», *El País*, 20 de diciembre de 1977.

- ⁶⁵ Zaguirre aporta la cifra de 500 cuadros, de los que se encontraba necesitada la UGT, como «trofeo» más importante, y una cantidad imprecisa de afiliados de base.
- ⁶⁶ «Manuel Zaguirre decidirá el futuro de USO. La «corriente socialista» le acusa de promotor de la escisión», *El País*, 13 de marzo de 1980.

TOPOS ROJOS: UN RETRATO DE LOS COMUNISTAS PORTUGUESES EN LA LUCHA CONTRA EL ESTADO NOVO A TRAVÉS DE SUS MEMORIAS

António Simões do Paço
Universidade Nova de Lisboa

*Reconocemos a nuestro viejo amigo, nuestro viejo topo, que tan bien trabaja bajo la tierra,
para aparecer de repente: la revolución.*
Karl Marx

Voy a ser como el topo, que excava.
José Afonso, *Eu Vou Ser como a Toupeira* (LP, 1972)

Introducción

El objetivo de este artículo es contribuir a establecer una caracterización de los comunistas y otros militantes que lucharon contra el régimen del Estado Novo portugués y la dictadura militar que lo precedió (1926-1974), que han durado lo suficiente para ocupar y marcar la mayor parte de sus vidas. ¿Quiénes eran, cómo se hicieron militantes, en qué se convirtieron?

Las memorias analizadas son en su mayoría de personas que, al menos por un tiempo, militaron en el Partido Comunista Portugués (PCP) (veintiuna), y como contrapunto, además de las que fueron alejadas o se alejaron de este partido y luego escribieron sus memorias posteriormente a este hecho (Cândida Ventura, Edmundo Pedro, Francisco Ferreira, Francisco Martins Rodrigues, Silva Marques, Mário Soares, Raimundo Narciso, Rui Perdigão, Zita Seabra), de otros personajes -libertarios, socialistas o simplemente opositores al régimen- que nunca (o sólo esporádicamente, como César Oliveira) han sido miembros del partido.

Fundado en 1921, el Partido Comunista Por-

tugués (PCP) tuvo una existencia relativamente discreta hasta los años 40, cuando, después de una «reorganización» que fue casi una reconstrucción, creció durante los años finales de la Segunda Guerra Mundial y la inmediata posguerra hasta convertirse, en su IV Congreso (1946), en una organización de vanguardia, con cierta influencia de masas, contando entre militantes y simpatizantes, con unos 9.000 miembros.

Vinieron después los difíciles años 50, en que el partido, acosado por la policía, retrocede notoriamente. Nunca más, hasta el 25 de abril de 1974, alcanzaría la fuerza militante y la influencia que tuvo en la inmediata posguerra. Sin embargo, se mantuvo, incluso después de la aparición a mediados de los años 60, de las corrientes maoístas, como -de lejos- la principal corriente organizada de la oposición al Estado Novo.

De los elementos que podrían ser utilizados para este análisis hemos elegido -por jerarquía de prioridades y limitación del tamaño del estudio- el papel de la educación en la militancia política, el trabajo, la clandestinidad, la represión, y las indicaciones de lo que llamamos 'el lado oscuro de un grupo selecto de gente valiente':

el sectarismo extremo de los comunistas con relación a sus compañeros que se van o son alejados y a los que se reclaman del mismo campo social y político (la clase trabajadora y sus organizaciones), que parece contrastar con la actitud «constructiva» con relación a otros sectores de la oposición a Salazar y con las actitudes de elementos de otras afiliaciones políticas.

La reflexión historiográfica en Portugal sobre la literatura memorialista es escasa, casi inexistente. Lo mismo vale decir acerca del uso de las memorias como fuente historiográfica. Una excepción es António Ventura, quien en la presentación de su antología *Memórias da Resistência*¹ anota ese hecho, dado el relativamente gran número de libros de memorias, biografías, autobiografías y diarios disponible, y señalando sus limitaciones, afirma la utilidad de tales fuentes para el historiador. Su objetivo es «llamar la atención sobre la importancia de la literatura autobiográfica», «más específicamente la producida por los opositores del Estado Novo, como fuente indispensable para el estudio del período de nuestra historia que discurre entre el 28 de mayo de 1926 y el 25 de abril de 1974».² Lo hace mediante la presentación de una antología de textos, fragmentos de un centenar de obras de esta naturaleza biográfica o autobiográfica. También Pacheco Pereira en su (hasta ahora) trilogía sobre Álvaro Cunhal y el PCP³ utiliza, en ocasiones de manera explícita, en otras no tan patente, la memoria de los comunistas en apoyo de su trabajo. João Madeira, en *Os Engenheiros de Almas*⁴, también hace buen uso de las memorias, sobre todo de los comunistas.

Al ser tan escasa en Portugal la reflexión historiográfica sobre este tema de las memorias de personajes políticamente activos y, específicamente, de los comunistas, hemos consultado al menos un caso diferente, el de Francia, donde los estudios sobre la historia, la sociología y la memoria del PCF son relativamente abundantes. Haciendo referencia a una obra que, a pesar de su antigüedad, todavía es considerada una referencia, el trabajo de Marie-Claire Lavabre *Le*

fil rouge. Sociologie de la mémoire communiste,⁵ nos dimos cuenta rápidamente de que las diferencias no se limitan a la escasez o abundancia relativa de la historiografía sobre el tema. Si, en Francia, el PCF se ha dedicado a escribir su propia historia y se han publicado biografías y autobiografías de sus principales dirigentes, como las muy extensas *Mémoires* de Jacques Duclos (seis volúmenes y más de tres mil páginas)⁶ o la autobiografía de Maurice Thorez, *Fils du peuple*,⁷ nada de esto se ha llevado a cabo en Portugal, donde nunca los secretarios generales del PCP han escrito sus biografías, y los estudios sobre el PCP son casi todos de historiadores de fuera del partido. Donde Lavabre, tratando de ir más allá de la historia oficial, ha utilizado los métodos de la historia oral, entrevistando a docenas de militantes y dirigentes comunistas, nosotros hemos usado los libros de memorias publicados por dos docenas de comunistas, estableciendo una diferenciación con las de aquellos que han dejado de serlo y, como ya se ha mencionado, las de otros antifascistas: libertarios, socialistas, demócratas.

El trabajo que nos proponemos aquí, balizado temporalmente por la dictadura militar y el Estado Novo, de 1926 a 1974, es, por consiguiente, pionero, con las ventajas y desventajas inherentes a esta condición.

La educación y la militancia política

En su libro de memorias, Emídio Santana, destacado activista libertario que ha dirigido el destacado periódico *A Batalha*, da cuenta de las transformaciones sufridas por su ciudad, Lisboa, durante el siglo XX:

La ciudad tenía otra cara, los barrios de la ciudad reflejaban claramente las divisiones sociales de la población (...). En los barrios de la clase trabajadora la calle era el escenario de la vida cotidiana; parte de la familia se socializaba en la calle de alguna manera, estaban unos con los otros, ya fuera para tomar el fresco en las cálidas noches de ve-

rano o para hablar y discutir los acontecimientos más destacados. Los niños jugaban como en casa, dominando la misma calle. (...) Todos se conocían, todos comunicaban, se sabía quien era republicano, socialista o sindicalista, y era en la calle que muchas veces se discutían los acontecimientos políticos, las huelgas u otros casos.⁸

Los barrios, recuerda, tenían sus sociedades de recreo, la banda de música o el grupo de teatro de aficionados, e incluso la cooperativa de abastecimiento, mantenidos con especial dedicación por un activismo militante, creados por su iniciativa propia, libre, sin tintes políticos u oficiales.⁹

En este ambiente de barrio, la conexión a algún tipo de actividad asociativa y la preocupación de la familia con la educación aparecen como factores comunes en el despertar de los jóvenes para la actividad sindical y política. Éste es el caso del anarcosindicalista Emídio Santana:

Mi madre tenía un especial cuidado con la educación y la salud de los hijos. Tan pronto completábamos los seis meses de edad, nos inscribía en la asociación de ayuda mutua para la atención médica, y en la edad escolar nos llevaba a la escuela primaria, la única que mis padres podían proporcionarnos con sus sacrificios, y con lluvia o con sol, si no estábamos enfermos, teníamos que ir a la escuela.¹⁰

Lo mismo se verificará, una o dos décadas más tarde, con muchos comunistas cuyas memorias hemos podido analizar: la educación y la tradición en el ambiente familiar y de barrio parecen determinantes en su adhesión a la actividad militante.

Edmundo Pedro, por ejemplo, cuenta que fue reclutado para la Juventud Comunista a los 13 años, en el Arsenal de la Marina,¹¹ donde existía una célula comunista dirigida por Bento Gonçalves.¹² Pero antes de eso, su voluntad de militar fue despertada por el ejemplo de su padre, Gabriel Pedro, deportado a Guinea «poco antes del golpe militar del 28 de mayo de 1926 que estableció la dictadura, como ‘detenido social’».¹³

Carlos Pires, que durante casi dos décadas trabajó como tipógrafo clandestino del PCP, cuenta que pasó a la clandestinidad junto con sus padres a los 16 años. Su madre, obrera en la Fábrica de Porcelana Vista Alegre en Ílhavo, «tenía una cultura inusual para su medio ambiente y para la época» y «una pasión por la lectura. Todo lo que pudiera leer, leía, no sólo temas políticos, como muchísimas obras de varios autores. Y, de hecho, fue ella quien me entusiasmó para leer desde muy joven (...)».¹⁴

Francisco Miguel, zapatero en Serpa, también pone de relieve en uno de sus libros de memorias la importancia que para él tenía la educación: «Mis padres sabían los dos leer, gracias al buen juicio de mis abuelos, que siendo analfabetos, quisieron que sus hijos no se quedaran ignorantes. (...) Para que nosotros pudiéramos aprender a leer estaban, por lo tanto, dispuestos a sacrificarlo todo».¹⁵ Y a lo largo de muchas páginas, afirma su sentimiento de injusticia y resentimiento por no haber podido ir más allá:

En el taller donde yo trabajaba, el hijo del capataz y algunos de sus colegas no sabían leer. Los dos capataces que ahí he conocido eran analfabetos. Los gobiernos reaccionarios que durante tantos años tuvimos por delante de nuestros destinos siempre han desarrollado una política oscurantista con el objetivo de preservar y ampliar los privilegios de las clases dominantes reaccionarias. (...) Lo menos que se puede oír de estos conservadores es esta expresión chocarrera: ‘Ahora todos quieren ser doctores.’ El temor de que los hijos de los pobres puedan colocarse al nivel de los hijos de los ricos en cuanto al saber es algo que siempre ha molestado a los reaccionarios.¹⁶

Francisco Miguel fue reclutado para el PCP por Bernardino Machado, comerciante de Vale de Vargo (Serpa) y que «era a la vez responsable del correo». La lectura de un periódico del que los dos éramos abonados tuvo importancia para esta captación:

Conocí a Bernardino Machado en el tren un día en que fui a Beja. En el vagón estaba leyendo O

Proletário, que se publicaba entonces en Porto, legalmente, y del cual yo era suscriptor, el único abonado de O Proletário en Serpa. Al verme leyendo el periódico, Bernardino Machado, limpiando las gafas de metal blanco, modestas, entabló conversación conmigo, empezando por decir que también estaba abonado. (...) A partir de entonces, cada vez que Bernardino Machado venía a Serpa quería verme.¹⁷

El histórico dirigente del PCP Joaquim Gomes, en *Estórias e Emoções de Uma Vida de Luta*, mientras dice que el trabajo «y la ayuda que tenía que dar en el cultivo del vergel y los terrenos que aún quedaban, y muchas otras tareas caseras que había que hacer» poco tiempo le dejaban, por lo que no tenía tiempo para asistir a la escuela regularmente, y con el tiempo acabó «perdiendo el interés por ella», recuerda cómo se desarrolló en él la afición a la lectura y cómo ésta lo llevó a la Juventud Comunista:

Fue en ese momento cuando comenzó a desarrollarse en mí un amor por la lectura. Sin embargo, como no tenía ayuda de nadie, leía todo lo que aparecía —y lo que más se ponía a mi alcance eran las hojas que los niños ciegos, y no sólo ellos, vendían de puerta en puerta, donde se contaban tragedias tanto más apreciadas y más bellas cuanto hicieran llorar a los que las leían. A esas hojas se siguieron los folletines de aventuras como los de Filipe Calabrês, Texas Jack y otras por el estilo. Cuando supieron de mi amor por la lectura, algunos vecinos y amigos, ya fuera espontáneamente o por solicitud mía, empezaron a prestarme libros (...). Poco después, un comunista, que yo no conocía como tal, comenzó a prestarme libros, entre ellos el *Germinal*, de Zola, *Los Miserables*, de Victor Hugo, y otros que han allanado el camino que me llevó a la Federación de las Juventudes Comunistas y más tarde al Partido.¹⁸

António Neves Anacleto, nacido en 1897 en Amorosa, S. Bartolomeu de Messines, sólo consiguió entrar en la escuela pública a los 11 años. Para ello, cuenta que primero tuvo que conseguir unos zapatos, por lo que anduvo recaudando dinero durante dos años recogiendo madroños.¹⁹ Pero para poder mantenerse en la

escuela también tuvo que enfrentar las rivalidades locales, derrotando a los niños messinenses que se recusaban a compartir la escuela con un «bribón de Amorosa». A golpes y patadas, logró imponer su presencia, como nos dice en sustanciosas páginas de sus memorias *A Longa Luta* (La larga lucha). Neves Anacleto, abuelo materno del periodista e historiador António Louçã y del diputado y líder del Bloque de Izquierda (BE) Francisco Louçã, comenzó a trabajar como aprendiz de oficinista; libertario, dirigió *A Ideia*, periódico quincenal que se publicaba en Faro en 1916. A los 30 años, se graduó en Derecho. Deportado a Mozambique, ahí se afirma y prospera como abogado, siempre en oposición a la dictadura, aunque, como él dice, se hubiera ‘aburguesado’. Antes de su muerte en 1990, fue brevemente diputado por el Partido Popular Democrático (PPD).

Seguir presentando ejemplos sería tedioso. Además de la media docena aquí mencionados, en los veinte otros casos analizados la importancia atribuida a la educación es constante, independientemente del origen social o la historia política de cada personaje. Más ricos o más pobres, anarquistas, comunistas o republicanos, todos reclaman el papel que la educación ha tenido en sus vidas y recuerdan vivamente aquellos que despertaron en ellos la pasión por conocer: sus padres, un patrono, la asociación de vecinos... Con mayor o menor grado de aventura, la literatura asociada con ejemplos de valentía actuó como un estímulo para llevarlos a elevarse por encima de la vulgaridad de su entorno. «Cuando, a los trece años», cuenta Edmundo Pedro, «leí la novela *El Conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas, no pude evitar hacer una conexión entre la fuga de Edmond Dantes, de la isla de If, y la de mi padre del barco que lo llevaba a la deportación.²⁰ Aquél se había arrojado al mar desde lo alto del castillo de If, donde estaba detenido, y fue recogido por un barco de contrabandistas y mi padre se tiró al agua (...) y fue rescatado por un pescador de una trainera que por allí pasaba...

El trabajo

«El trabajo del niño es poco, pero el que lo pierda es un loco». El dirigente comunista Jaime Serra cita este refrán para empezar un relato sobre su entrada precoz en el mundo laboral.

Conociendo o no este dicho popular, con cuatro chicos en casa, mi padre decidió meternos a nosotros y a sí mismo en la venta de lotería los fines de semana.

Así que durante meses (¡me parece que han sido años!), los sábados por la mañana temprano, hacíamos a pie todo el camino hasta el Rossio, en Lisboa. Ahí, mi padre compraba boletos de lotería, cada uno dividido en fracciones de veinte o cuarenta, llamados vigésimos o *cautelos*, que íbamos a vender por las calles del centro. Una vez terminado este trabajo, reunía todo el grupo cerca del mediodía para hacer un balance de la situación. Si habíamos vendido todo, daba la señal de volver a casa a los niños. Él se quedaba para ir a las tiendas a reabastecerse con las mercancías de su negocio principal.

En el camino de vuelta, recuerdo que, muertos de hambre, pasábamos por unos almacenes de frutas cerca del Mercado da Ribeira, donde buscábamos en el suelo las naranjas y las manzanas caídas.

Además, como campesinos de origen, habiendo allí alrededor buenos pastos, donde hoy está el barrio de Restelo, mis padres nos obligaban, a la vez, a alimentar a una docena de cabras y ovejas que nos daban mucho trabajo para mantenerlas todas juntas. Todavía teníamos que llevar para casa bolsas enormes de hierbas para estos animales y también para las crías de los conejos que eran criados en casa.

Hasta los seis, siete años íbamos siempre descalzos, con los pies tan callosos que pisábamos fácilmente los cardos del campo sin herirnos. Zapatos, sólo para la escuela, porque era obligatorio. (...)

La educación familiar estaba imbuida de la mentalidad campesina que mandaba educar a los hijos con un pan en una mano y un palo en la otra. Cuando era apropiado, nos castigaban con gran severidad, llegando en algunos casos a tener visos de «inocente» crueldad. Cuando los niños se orinaban en la cama, por ejemplo, el castigo era azotarles el culo con ortigas. Este castigo ciego era

inútil, por supuesto. La noche siguiente, los chicos continuaban a hacer pis en la cama, soñando con una pared o un paseo en el campo. Esto demuestra que el poeta también podía haber dicho que a veces, 'la vida comanda los sueños'.²¹

También Joaquim Gomes pinta un retrato de esta experiencia precoz, y muchas veces dolorosa, con el mundo adulto del trabajo.

El trabajo en este tipo de empresas [cristalerías] era aún más brutal para los aprendices, independientemente del momento en que se realizaba [había turnos continuos]. Sin embargo, durante la noche y más aún de madrugada se convertía en doblemente doloroso y agotador. A veces ellos caían al suelo, agotados por la fatiga y vencidos por el sueño. Cuando eso sucedía despertarlos requería por lo menos un sacudidas fuertes, que a menudo no resultaban, o tirarles agua fría, que tan poco era infalible. Lo que nunca fallaba, sin embargo, era un toque en la piel con vidrio caliente! (...).²²

Cuando tenía once años y empecé, naturalmente, a mirar a las chicas, me di cuenta de que me faltaba casi todo, desde ropa, zapatos y otras cosas». Por lo tanto, Joaquim Gomes hizo un trato con su madre: trabajar horas extras, cuya paga iría enteramente para costear la compra de la vestimenta. Durante meses, prosigue, trabajé casi todos los días dieciséis horas seguidas, e incluso algún que otro fin de semana durante tres turnos seguidos, con total desacuerdo y muchas preocupaciones de mis viejos. Recuerdo que cuando esto sucedía, al llegar a casa la mañana del domingo lo único que quería era comer y dormir hasta el lunes. (...) La ropa y los zapatos fueron por fin comprados. Pero el cuerpo estaba creciendo y el traje no estiraba, de manera que pese a que «la nueva cobertura» [lo hiciera] sentirse más adulto, seguro y con menos vergüenza con las chicas», la «vanidad y la satisfacción que sentía en los primeros días fueron desvaneciéndose a medida que pasaba el tiempo y aumentaban las dificultades para encajarme en el traje que, en la práctica, sólo llevaba los domingos y días festivos. Cómo y dónde terminó, no tengo ninguna idea. En cuanto a los zapatos, a fuerza de ponerlos cuando mis pies eran ya más grandes que ellos, me dejaron marcas que aún no he olvidado». ²³

Dependiendo de la posición social de los protagonistas, las memorias de la vida laboral pueden ser más o menos duras, dolorosas o divertidas. He aquí un episodio con Neves Anacleto, de cuando éste era ya abogado, según lo cuenta Almeida Santos en el prefacio a las ya mencionadas memorias del primero:

Alguien, no importa ahora quién, ofendió al Dr. Neves Anacleto, calificándolo de 'tonto'. Contra su costumbre, esta vez no trató de tomar venganza física. Demandó al agresor y obtuvo su condena en primera instancia. El acusado interpuso recurso, y éste fue confirmado por el Tribunal de Apelaciones, que consideró que la palabra 'tonto' no era, en este caso, objetivamente insultante.

Reacción del Dr. Anacleto: ¡Oh, no! ¡Espera, que ya te voy a enseñar! Tomó tres cartas –abiertas, para que constara– y las envió a cada juez interviniente en la decisión, con estas palabras 'no insultantes':

–¡Su Excelencia es un tonto!

Firmado: Neves Anacleto.

En ausencia de reacción, repite la dosis con un poco más de salsa:

–¡Su Excelencia es un enorme tonto!

Una vez más, no hay reacción. Y rezan las crónicas que ninguno de los tres jueces –¡al parecer nada tontos!– reveló a los demás que había recibido la postal!²⁴

Los relatos sobre el trabajo forman, por supuesto, parte de las memorias de los militantes comunistas, libertarios o de otras tendencias políticas. Sin embargo, comenzó por sorprendernos el hecho de que ocupan poco espacio en los relatos de los militantes del PCP, teniendo en cuenta que siempre han reclamado para su partido –y con razón, dada su composición social– la condición de «partido de la clase obrera».

Carlos Pires, el ya mencionado tipógrafo del *Avante!* y de *O Militante*, sólo refiere que había trabajado en la construcción, y no dice más sobre este trabajo. Luego, cuenta que encontró «trabajo en una fábrica en construcción en la Plaza de Galicia, cerca del Palacio de Cristal [Porto]. Trabajé allí alrededor de un año. La

adaptación fue relativamente fácil, porque era uno de los más jóvenes y me consideraban casi la mascota de los colegas, todos mayores que yo. (...) Mi salario en esa época [mediados de los años 50] era de 19 escudos por día, lo que para la época era un buen sueldo».²⁵ Y ahí se queda.

Francisco Martins Rodrigues cuenta, con igual parsimonia, que «cuando la guerra mundial terminó, yo tenía 17 años y me contrató una librería en Lisboa. Fue mi primer trabajo, donde estuve dos años. (...) En 1948 me fui a trabajar para la TAP como aprendiz de mecánico, porque quería cambiar de profesión. Fui detenido por primera vez y expulsado de la TAP».²⁶

Una explicación para esta falta de referencias al trabajo reside en el hecho de que parte de los libros se dirige a contar una experiencia concreta: el Tarrafal (Acácio Tomás de Aquino, Cândido de Oliveira, Gilberto de Oliveira), la clandestinidad (Carlos Pires, José Magro, Joaquim Campino), la historia de un determinado período o episodio (Alberto Vilaça, Cândida Ventura, Zita Seabra, Raimundo Narciso)... Pero otra, más completa, me ocurrió cuando empecé a notar la edad en que cada uno de los militantes comunistas había pasado a la clandestinidad: algunos, como Carlos Pires y Zita Seabra, eran todavía adolescentes; otros, la mayoría, tenían alrededor de veinte años. Como un todo, de los 21 comunistas cuyas memorias hemos analizado, sólo cuatro no fueron funcionalizados. La gran mayoría fueron militantes (clandestinos hasta el 25 de abril de 1974) durante la mayor parte de sus vidas. ¡Y la edad media en que se habían convertido en militantes del PCP era de 25,6 años! Su profesión principal era, pues, la de militantes políticos, y la vida, todo lo que sucedía a su alrededor, ha sido observado desde este punto de vista y en estas condiciones muy particulares.

En comparación, entre los no-comunistas, sólo Emídio Santana, el líder anarcosindicalista, fue militante clandestino durante una etapa. Y también comenzó temprano, a los 25 años.

La clandestinidad

«Había una vez un funcionario del partido...». Con estas palabras comienza José Magro su libro *Cartas da Clandestinidade*, donde relata los nueve años que vivió como militante clandestino del PCP (entre ambos periodos, pasó veinte años en prisión).

Ser militante clandestino era una vida dura, y elegirla una decisión muy difícil. Algunos, como Mário Soares, se negaron:

Yo no aceptaba elegir ese camino. No quería, ni tenía el deseo o la vocación de la clandestinidad. Quería tener una vida normal tanto como fuera posible, para vivir, conocer otra gente, casarme, tener hijos, tener una profesión, viajare, contactar a la gente, hablar con los demás.²⁷

Incluso entre aquellos que lo han adoptado, como nos confió en el ex dirigente comunista Álvaro Mateus, o como dice Carlos Pires, «la voluntad de pasar a la clandestinidad no era mucha».²⁸

Los que vivíamos en la clandestinidad —cuenta Pires Jorge—, teníamos que cortar con todo, con la familia, con las cosas más simples de la vida del día a día de las demás personas —ir al cine, comprar un periódico, tomar un café, leer un libro. Durante muchos años, vivimos conectados a los medios campesinos. Encontrábamos pretextos para alquilar una casa en un pueblo: decíamos que íbamos allí porque estábamos enfermos, o porque la mujer estaba enferma, y nos gustaría tomar el aire, o éramos representantes de ventas. Vivíamos en un pueblo seis meses o un año, y entonces nos movíamos a otra aldea.

Pero mientras tanto, la policía se dio cuenta de que vivíamos en los pueblos y envió circulares a todos los municipios: cuando personas desconocidas se presentaran en los pueblos a alquilar casas, no hacer olas, sino que comunicaran a la policía. Esto nos planteó problemas y nos impuso la necesidad de dar un giro. Ir a las ciudades y fundirnos con la población urbana.

Pero, ¿cómo íbamos a tener dinero para trasladarnos a la ciudad, alquilar casas, encontrar ropa consistente, asumir la apariencia de un agente

técnico o un ingeniero o un médico, dejar de andar en bicicleta para ir a coger taxis? Grandes sacrificios que hicimos con la ayuda de muchas organizaciones y de muchos compañeros, especialmente los intelectuales, para conseguir dinero para hacer este cambio. Por supuesto, además de esta nueva imagen, hemos mantenido el nivel de vida que teníamos antes. Los muebles eran trastes comprados en los depósitos de chatarra y cajas, y teníamos que hacer los cambios de casa en la oscuridad para que no se notara.²⁹

A pie, en bicicleta, transporte público, y más tarde, ya con otros medios, también en coche.³⁰ los liberados y dirigentes clandestinos del PCP recorrieron el largo y ancho del país. Así es como Jorge Pires describe la vuelta de un liberado de la «época heroica» de las vueltas a Portugal en bicicleta:

Yo era responsable de una área que se extendía desde el norte de Coimbra hasta Bragança y todos los meses hacía la siguiente vuelta: salía de Rio Tinto y iba en tren hasta Caldas de Moledo, una estación de paso antes de Régua, llevando la bicicleta en el vagón de mercancías. Bajaba en Caldas de Moledo por las cinco y pico de la mañana y seguía en bicicleta para Régua, donde había un comité local que se reunía conmigo. Desde Régua seguía para Lamego, son once kilómetros siempre subiendo, y reunía con los compañeros. Luego iba a la zona de Castro Daire, donde no había organización del partido, sino sólo uno o dos compañeros campesinos. Teníamos una breve conversación, y me iba de nuevo a Régua, donde había una reunión por la noche. Dormía allí y al día siguiente iba para Vila Real de Trás-os-Montes, veintiocho kilómetros más siempre subiendo. Me reunía con los compañeros de Vila Real y luego tenía dos opciones: a veces iba por Murça, la tierra de Militão, donde no había ninguna organización, pero sólo unos pocos camaradas aislados, a veces seguía por Mirandela, Valpaços, hasta Chaves, y de ahí volvía a Vila Real. Desde Vila Real seguía para Amarante y Marco de Canavezes, donde había una organización, y de Marco volvía a Porto. Todo ello en bicicleta. En invierno llegaba con la ropa toda mojada y tenía que ponerla a secar durante las reuniones.³¹

También Cunhal, que se había convertido en liberado clandestino a los 22 años, retrata en

su obra de ficción la vida de los afiliados. En *Até Amanhã Camaradas*, describe, por ejemplo, el cansancio extremo a que estaban sometidos:

Hacía una semana que el visitante recorría la zona, caminando durante horas, a pie y en bicicleta, día y noche, casi sin dormir ni comer. Se sentía agotado, con ganas de acostarse, calentarse y dormir. Una manta y un rincón tranquilo y silencioso, era en aquel momento su deseo más grande –tan vivo e imperativo que miraba con insistencia el suelo de tierra junto a la chimenea, como si lo estuviera esperando y llamando. El agua que le calaba la ropa, le daba la impresión de que se introducía también en su cabeza, hundido sus pensamientos en una pasta confusa e indescifrable. (...)

–Vamos, amigo –dijo Manuel Rato.

El compañero no respondió. Sólo cuando Manuel Rato lo sacudió, abrió mucho los ojos, unos ojos asombrados que no veían, Manuel Rato lo arrastró dormido al otro compartimento, donde le ayudó a tumbarse en la única cama de la casa.³²

Las «casas del partido» resultaban esenciales en el apoyo a la vida de los liberados:

Para permitir la libertad de movimientos sin levantar sospechas de la policía o de los vecinos», escribe Ana Barradas, «había que darles toda la apariencia de casas normales. Como los funcionarios tenían dificultades para alquilar casa por tener identidades falsas y por lo general no conocían a nadie que sirviera como garante en los pueblos para donde iban, era costumbre ofrecer a los propietarios, para eludir la dificultad del contrato de arrendamiento, seis meses de renta pagados por adelantado, como garantía de seriedad. Las instalaciones tenían que tener condiciones para que alguien que estuviera dentro pudiera vigilar bien y durante largo tiempo lo que estaba pasando en el exterior, es decir, ventanas con un buen campo visual y que dieran a la calle y a la parte trasera, así como buenas posibilidades para escaparse por la puerta de atrás. En los pueblos o ciudades pequeñas, lo más conveniente eran las casas de un solo piso, aisladas, preferiblemente en las afueras de la población y en puntos altos. La primera cosa a hacer era cambiar la cerradura de la puerta y poner un candado en el interior. Los muebles y otras pertenencias debían ser pocos y sencillos,

para poder mudarse rápidamente si algún funcionario ‘caía’ (era detenido).³³

Son las mujeres clandestinas quienes asumen una mayor responsabilidad en la defensa de las casas, por la asimilación que tienen que hacer de su entorno, adaptándose a las costumbres locales, por la preocupación constante para que los vecinos no observen cualquier anomalía, escribió José Dias Coelho, que conoció esa vida de militante clandestino entre 1959 y su asesinato por la PIDE³⁴ en 1961. Esta vigilancia constante, los nervios siempre tensos, hacen que al cabo de unos años esas mujeres heroicas tengan la salud debilitada y el sistema nervioso completamente devastado.³⁵

Ser detenida resultaba casi inevitable en la vida de una clandestina –o de un clandestino– y el partido no nos preparaba al respecto, escribe Ana Barradas. Ni los militantes. Francisco Miguel cuenta cómo fue detenido por tercera vez, al tratar de ‘levantar’ una casa del partido. La casa estaba en el barrio de Escusa Sacos, en los alrededores de Évora, y el liberado que vivía allí había sido detenido.

La noche del 23 al 24 de junio, la víspera de la feria de San Juan, la pasé en claro y no me acerqué a la casa», cuenta Miguel. «Al día siguiente, después de enterarme de que no había novedad, y después de combinar con los compañeros algunas medidas a tomar, fui a la casa del funcionario, donde, por razones conspirativas, yo pasaba por hermano de la compañera. Al llegar a la casa ella estaba llorando, pero todo era aparentemente normal. Se acordó que a las 7:30 de la mañana siguiente, día 25, vendría un hombre con un coche para llevar las bolsas a la estación donde la camarada se tomaría el tren hacia el Algarve. (...) Alguien llamó a la puerta de entrada de manera inusual. A través de la ventana, desviando la cortina, vi que era la policía, cinco o seis personas. En un momento me puse el abrigo, cogí el arma y el reloj que había puesto también sobre la mesa, y me preparaba para salir por la puerta trasera y ganar el campo. La casa era una de dos gemelas, aislada. Como el patio no estaba todavía murado, uno de los agentes, rodeando la casa por el lado derecho, había entrado por la

puerta del patio, que estaba abierta. Cuando salí de la sala el me miró fijamente de frente». Después de una breve lucha, Francisco Miguel fue dominado. «Ya en manos de los agentes, uno de ellos, con aire canalla, tuvo estas frases: 'Usted podría haber muerto. Después el partido diría que Fernando Gouveia había asesinado a más de un comunista.' Era Fernando Gouveia,³⁶ que yo nunca había visto, quien estaba delante de mí.³⁷

La represión

Jaime Serra cuenta una historia similar en relación con su detención el 27 de marzo de 1949:

Fui detenido en Lisboa tras meses de actividad política muy intensa en torno a la promoción de la candidatura del General Norton de Matos a la presidencia de la República por la oposición democrática. (...) Durante este período, en el espacio de pocos días, entre otros fueron detenidos Álvaro Cunhal y Militão Ribeiro, del Secretariado del Comité Central del PCP.

(...)

Mi casa, que ya había sido detectada, fue asaltada por la noche —la policía forzó la puerta, a pesar de las protestas de Laura,³⁸ que apenas tuvo tiempo de quemar algunos papeles—. Por esta razón, fue detenida inmediatamente, junto con sus dos hijas pequeñas.

La policía se quedó dentro de la casa, esperando a que algún otro camarada desprevenido entrara. (...) Después de tres días de ocupación, la policía llevó de la casa, no sólo los materiales y documentos del partido, como todos mis libros y papeles privados, los materiales técnicos relacionados con mi trabajo, más allá del dinero existente en la casa, que sabían destinado al mantenimiento de mi esposa e hijas.

En la PIDE, cuenta, se negó a declarar sobre la actividad del partido, y lo pusieron de 'estatua' durante ocho días y noches sin poder dormir o sentarse.

Después de los días de 'estatua' tenía las piernas tan hinchadas que no he podido sacar unas botas que tenía puestas y tuvieron que ser cortadas con un cuchillo.

Pasé seis meses en confinamiento solitario en Aljube, y sólo se me permitió recibir, durante todos estos meses, tres o cuatro visitas de familiares, siempre en la sede de la PIDE y en presencia de los agentes. Enviaba la ropa a casa para lavar cada ocho días.

(...)

Los seis meses en Aljube fueron extremadamente dolorosos. Sin libros, sin periódicos, no pudiendo escribir y sin visitantes, tuve que 'inventar' formas de pasar el tiempo. En una celda individual de unos cuatro metros cuadrados, no sólo se cuentan los días como las horas y los minutos. Todo esto con llamadas repentinas a la sede de la PIDE, en cualquier momento, para más interrogatorios intercalados con algunos días más de 'estatua' que, en palabras de Gouveia, 'habrían de doblarme'.

Por supuesto, no me han doblado, y la PIDE tuvo que renunciar a sus intentos. Me trasladaron a Caxias, donde estuve un par de meses. Como de costumbre, después de que el proceso fuera elaborado por la PIDE, el 15 de febrero de 1950 me llevaron a la Fortaleza de Peniche.³⁹

La represión no fue siempre igual durante el régimen del Estado Novo. En períodos críticos, como durante la Guerra Civil española y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, o más tarde, una vez pasado el choque del final de la guerra, el régimen volvió a estabilizarse con el inicio de la Guerra Fría, había empeorado. En otras ocasiones, y contra oponentes menos 'peligrosos' que los comunistas o los libertarios, o de estatus social más alto, era más suave. Mário Soares fue detenido por la PIDE 12 veces, pero el total de sus estancias en la cárcel no llegó a tres años. Fue deportado sin juicio a S. Tomé en 1968 y, en 1970, otra vez forzado al exilio. Al profesor José Manuel Tengarrinha se le prohibió enseñar y publicar artículos en los periódicos. Neves Anacleto, quien también fue deportado a Mozambique y a la isla de Sal, en Cabo Verde, entró, después de su arresto el 21 de febrero de 1928 —durante la dictadura militar, por lo tanto—, en un interrogatorio conducido por el capitán Passos, un hilarante diálogo con aquél que sería impensable si hubiera sucedido después con la PIDE, o si él fuera un militante comunista:

En un momento del interrogatorio, el capitán me dijo que también venía acusado de insultar a Su Excelencia el Presidente de la República. Me preguntó si confirmaba la acusación, y yo contesté que la negaba absolutamente.

Entonces el capitán sacó de una carpeta un papel impreso, que terminaba con mi firma, y dijo: '¿Ha sido usted quien escribió esto?'

'Lo hice, sí señor!'

'¿Por qué acaba de negarlo?'

'He negado que hubiera insultado al Presidente de la República.'

'¿Así que este papel no se refiere al Presidente de la República?'

'No, señor!'

'¿A quien se refiere entonces?'

'Se refiere a Carmona...'. Y escupí tres veces.

'¿Por qué está usted escupiendo?'

'Porque no puedo pronunciar el nombre de esa persona sin escupir tres veces.'

'Entonces, ¿quién es el Presidente de la República para usted?'

'Para mí es el señor doctor Bernardino Machado.'

'Aunque sea para si el Señor Doctor Bernardino Machado, yo tengo que tomar medidas en su contra por insultar a aquel que nosotros consideramos el jefe del Estado.'

'Tome usted las medidas que desee y entienda. Yo no puedo dejar de escupir tres veces siempre que tenga que pronunciar el nombre de esa persona'.⁴⁰

Para otros «clientes», como se ha dicho, la represión tenía otro aspecto. Su rostro más hediondo fue el campo de concentración de Tarrafal, en Cabo Verde, que abrió sus puertas en 1936 para una oleada de prisioneros libertarios y comunistas.

Acácio Tomás de Aquino nos cuenta las consecuencias que tuvo un intento de evasión fracasado, en 1937, organizado por un comité organizador paritario entre libertarios y comunistas: «Se decidió escapar y fueron nominados para este propósito para constituir un comité organizador Mário Castelhana, Arnaldo Simões Januário, Bento Gonçalves, José de Sousa, yo, y creo que también Melo Fogaça», escribe el dirigente libertario.⁴¹

La evasión fracasó, y de ella resultó el au-

mento de la represión y la decisión de obligar a los presos a construir una zanja alrededor del campo. El trabajo forzoso, junto con la malaria, conducirá a una serie de muertes, incluyendo a Arnaldo Simões Januário, de la dirección de la Organización Prisional Libertaria.⁴²

El dirigente comunista Júlio Fogaça es llamado ante el director y responsabilizado de la evasión. Es golpeado y puesto en la 'Sartén', «la cámara de exterminio más moderna e inhumana que la maldad humana ha inventado para torturar y eliminar a presos políticos –en África».⁴³

A la mañana siguiente Júlio Fogaça, José Soares y Henrique Ochseberg fueron llamados. Han comenzado a interrogarlos. Era necesario que confesarab quién trataba de huir. Ante su firmeza, Manuel dos Reis decidió que los golpearan. Esa 'tarea' fue confiada a los agentes Poejo, Manuel Henriques Grifo, Manuel Teixeira y Costa. Y mientras estos tres antifascistas eran golpeados brutalmente con el casse-tête, Manuel dos Reis caminaba en el exterior, como si se hubiera vuelto loco, con el rostro transfigurado por la ira. Quería hacerlos confesar. Ellos no lo hicieron.

Con enorme dificultad han llegado a la 'sartén'. (...) Las espaldas, las nalgas y las piernas estaban moradas de los golpes. Los pequeños agujeros en la puerta fueron cubiertos con una trampilla de carga. Sólo quedaba un rectángulo cerca del techo y así la renovación del aire se hacía aún más difícil. La puerta de hierro calentaba y el ambiente también. (...) La lata con agua, minutos después de estar allí, estaba caliente y podrida. (...) Algunos se quedaron con fiebre, entre ellos Luis da Cunha Tabora, Henrique Ochseberg e José Correia Pires. Estaban tirados por el suelo, sin medicinas y sin asistencia, completamente desnudos para soportar mejor el calor. Las hormigas los mordían, la arena del suelo se aferraba a sus carnes. No comían. (...)

Una noche, el calor era más alto, se asfixiaba en el interior. Llamaron a la puerta. El centinela que estaba de guardia los amenazó, pero ellos no han dejado de hacerlo. Finalmente llegó la policía. Después el director, los oficiales de la compañía y el 'doctor'. Los que ya estaban inconscientes estaban tirados en el suelo. Los llevaron en brazos a la enfermería, pero los otros se quedaron, y fue

gracias a la intervención de la esposa de un oficial que salieron, después de dos días. Su aspecto era trágico. Aferrándose el uno al otro, con la barba crecida, la cara pálida, sosteniéndose difícilmente, así llegaron al campo. Las botas, que no se habían podido poner, estaban dañadas, llenas de moho. El aire fresco y la luz solar les molestaban mucho. Algunos no oían ni veían. Los metieron en tiendas de campaña y el 'doctor' no apareció ese día ni los siguientes.⁴⁴

Entre 1937 y 1948, 37 presos murieron en el campo de Tarrafal, debido a enfermedades causadas por las duras condiciones de reclusión, los trabajos forzados y la falta de atención médica.

El «campo de la muerte lenta», cerrado en 1954, fue reabierto en 1961, año en que comenzó la guerra colonial, bajo el nombre de Campo do Chão Bom, para recibir prisioneros de las colonias portuguesas.

El último período del Estado Novo se caracterizaría por un nuevo empeoramiento de la represión, no sólo en las colonias sino en la «metrópoli», donde a los comunistas se han sumado en la lista de enemigos del régimen, las corrientes de la llamada extrema izquierda, influidas por el maoísmo y la revolución cubana. Como símbolo de ese empeoramiento de la represión sobre otras organizaciones que no sea el PCP, podríamos mencionar el asesinato del estudiante José Ribeiro Santos por un agente de la DGS⁴⁵ en el ISCEF, el 12 de octubre de 1972, o las 450 horas de tortura de privación del sueño infligida a Aurora Rodrigues, entonces militante del MRPP.⁴⁶

El lado oscuro de una élite de gente valiente

Los ejemplos de valentía y abnegación mencionados en los capítulos anteriores son la faz más luminosa de la resistencia al régimen del Estado Novo, en particular de los comunistas quienes, a partir de mediados de los años 30, son sus principales protagonistas. Sin embargo, en el reverso hay otra, muy oscura, que no puede ni debe ser ignorada en la caracterización

de esta gente valiente: su sectarismo extremo, el monolitismo asumido como virtud. El PCP que crece, construyéndose en el ascenso de las luchas obreras y populares durante la Segunda Guerra Mundial y en el período de la inmediata posguerra para convertirse en un partido con cierta influencia de las masas en ciertos sectores, con poco más de 5.000 militantes en 1946,⁴⁷ por el momento de su IV Congreso,⁴⁸ es profundamente sectario, estalinista. La forma urbana, a menudo cordial, con la que trata a sus aliados «burgueses» en la lucha antifascista contrasta marcadamente con la ferocidad con la que trata las diferencias en su propio campo.

En un documento con origen en el Tarrafal, y, probablemente, de José de Sousa,⁴⁹ se informa de algunos presuntos casos de «provocación» en los años 30. Intercalados con algunos casos en que la provocación policial parece estar realmente presente, los más significativos, sin embargo, corresponden a actividades legítimas de organización obrera y popular en que la iniciativa no venía del PCP, como la del periódico *Luta de Classes*, en 1934, y el llamado «grupo de Torres Vedras». Según el autor del informe, el periódico *Luta de Classes* «llamava a todos los 'revolucionarios honestos' contra la dictadura y luchaba por la 'defensa de los intereses de los trabajadores', hacia clara propaganda de la revolución rusa, de la Unión Soviética, del 'Frente Único', etc., pero ni una palabra sobre el partido o la organización que representaba el periódico». El PCP, después de descubrir que el periódico «era editado por Machado, secretario del partido en 1929 y que se opusiera tenazmente a su reorganización y lo abandonara en esa ocasión», ha conseguido que el periódico fuera «liquidado desde el momento de su nacimiento». «Mucho más grave fue el caso del 'grupo de Torres'», prosigue el documento:

Un señor Borges, con el que el partido había entrado en contacto en 1931, sin provecho para el movimiento, logró, a fuerza de aparente devoción a la causa de los trabajadores y de una cierta ingenuidad de algunos ex militantes de Torres, donde

el partido no tenía cualquier organización, crear un 'frente unido' de los trabajadores y un sindicato de los trabajadores bajo su influencia que en un momento alcanzó unos 300 miembros.

Nos vimos obligados a movilizar a la mayoría de nuestras fuerzas para liquidar un intento de provocación política tan hábil», confiesa, ufano, el autor del informe.⁵⁰

Este sectarismo increíble gana fueros de marca distintiva a principios de los años 40: el PCP posterior resulta del triunfo de una fracción secreta formada por cuadros recién liberados de Tarrafal con miras a liquidar la dirección anterior, liderada por Vasco de Carvalho. Dirigida por Júlio Fogaça, la fracción que vino de Tarrafal contará poco después también con Álvaro Cunhal. La «reorganización» del PCP iniciada por este grupo dará lugar a una situación en la que durante algún tiempo, en 1941-42, coexisten dos partidos comunistas y dos *Avante!*

Fogaça, por ejemplo, reivindica totalmente el trabajo fraccional que dirige contra la dirección legítima del partido:

Hemos hecho un trabajo de zapa en las filas de la antigua organización, sin que esos dirigentes se dieran cuenta ni de la reorganización realizada por nosotros, ni del trabajo de zapa. Solo se dieron cuenta de nuestra existencia el día en que los hemos denunciado ante las masas como personas que no merecen la confianza de los obreros.⁵¹

La dirección del partido, por intermedio de Vasco de Carvalho y de Sacavém, había contactado con los cuadros llegados de Tarrafal para que asumieran tareas que en algunos casos serían de dirección. A estas propuestas de trabajo, la fracción secreta de los «reorganizadores» se iba eximiendo con argumentos cada vez más frágiles. Rápidamente la dirección se ha dado cuenta de la existencia de trabajo fraccional, pero busca la conciliación, teniendo en cuenta la calidad de los cuadros en cuestión. Ya en noviembre de 1940 ha sido informada de que «un militante obrero bien conocido», llegado del Tarrafal, quizás Militão Ribeiro, propagaría el «rumor» según el cual «los militantes que volvían de Tarrafal tendrían

la incumbencia, atribuida por Bento Gonçalves y José de Sousa, de reorganizar el partido, separando la dirección que acusaban de estar constituida por 'provocadores' al servicio de la policía, que estaban hacía mucho tiempo activos y no habían sido detenidos, y esto era una prueba de su traición».⁵²

Sólo mucho más tarde, en julio de 1997, Cunhal escribirá sin lugar a dudas que las acusaciones de provocación dirigidas a la dirección de Vasco de Carvalho eran «falsas» y «gratuitas», responsabilizando de ellas a Fogaça y [su] documento *O Menino da Mata e o seu Cão Piloto*:

El Tercer Congreso intentó rectificar algunas graves injusticias con relación a destacados militantes. Sin embargo: Solo muchos años después del III y IV Congresos se hizo lo que el III y IV Congresos no pudieron o no supieron hacer. Aún así insuficientemente.

Los errores más graves se encuentran en un documento titulado *O Menino da Mata e o seu Cão Piloto*, publicado en noviembre de 1941 y presentado como los fundamentos para la reorganización y sus orientaciones.

Las razones en él invocadas para la necesidad de la reorganización son dos: la primera, la asignación de los sucesivos arrestos de los dirigentes desde 1935 a un trabajo de provocación dentro del partido. La segunda, la conclusión de que los provocadores deberían encontrarse precisamente en los o entre los compañeros que en aquel momento estaban en el secretariado.

Eran dos ideas falsas y gratuitas. Los sucesivos arrestos de la dirección podían explicarse por completo por la falta de cuidados conspirativos (...).

No existía ni fue entonces presentada una sola prueba que permitiera considerar provocadores a Cansado Gonçalves, Sacavém y Vasco de Carvalho. De hecho, había habido casos de provocación (Pinto Loureiro e Armindo Gonçalves), frustrados, sin embargo, no por la reorganización, sino precisamente por los com-

pañeros que estaban en la dirección en los años 1936-39.⁵³

Otro ejemplo llamativo de sectarismo puede ser comprobado en las memorias relacionadas con Tarrafal. Allí, en el campo de la muerte lenta, trataron de sobrevivir bajo la bota fascista comunistas, libertarios, republicanos... En un determinado momento, los comunistas se dividieron, por lo que a partir de entonces existió también el grupo de los comunistas 'alejados'. Ahora bien, para conocer la existencia y las acciones de esta pluralidad de personajes y grupos conviene conocer los relatos del libertario Acácio Tomás de Aquino, de Edmundo Pedro (entonces comunista, pero socialista cuando escribió sus memorias), o del periodista demócrata Cândido de Oliveira. A juzgar por los relatos de los miembros del PCP –incluso de alguien como Gilberto de Oliveira, que tantos problemas tuvo con el partido– uno casi podría pensar que sólo estuvieron en él los comunistas –y, asimismo, sólo los ortodoxos, los del entonces y los de ahora, porque incluso un dirigente «ortodoxo» de la época como Júlio Fogaça, por haber dejado de serlo posteriormente, también se vio «suprimido de la fotografía».

Los compañeros de ayer se convierten, si no están de acuerdo con la «orientación del partido», en los peores enemigos. Así es como José Magro describe a Francisco Martins Rodrigues, con quien trabajó y que era «trabajador y activo» –Martins Rodrigues, a pesar de su juventud, había entrado para el Comité Ejecutivo después de la ola de arrestos de finales de 1961– después de las divergencias de la primera mitad de los años 60:

Llamado más tarde al exterior, y tras discusiones profundas, se verificó su incompatibilidad con la orientación del Partido y con el marxismo-leninismo, y acabó expulsado. Resentido, crea a continuación una camarilla antipartido –el FAP– financiada y alentada por los escisionistas chinos. Detenido poco después de su ingreso ilegal en el país, traiciona miserablemente, denunciando a los viejos y nuevos compañeros,

siendo expulsado por ellos. El FAP se disolvió, poco después, al igual que muchos otros grupos de la pequeña burguesía, cuya vida es efímera.⁵⁴

El *Avante!*⁵⁵ denunció la presencia en Portugal de «Manuel Claro e João Pulido Valente, dos renegados pertenecientes a la camarilla de Francisco Martins Rodrigues», en un artículo titulado «Cuidado con ellos». Esta alerta a la PIDE acerca de la presencia en el país de dos «competidores» fue vista con desagrado por algunos militantes del PCP, pero nunca ha sido objeto de ninguna autocrítica.

Conclusión

La educación, proporcionada por la familia o por el entorno (sociedades o asociaciones de barrio) –e incluso si se inicia tarde, como en el caso de Neves Anacleto, que sólo comienza a asistir a la escuela a los 11 años, acabando por graduarse en Derecho a los 30– parece tener un papel en la elección de los personajes analizados por la militancia política o sindical. La repetición de historias similares y la insistencia en su propia evocación por casi todos los analizados, independientemente de sus opciones políticas, nos muestra que sin duda tuvo un papel determinante en la elevación de estas personas por encima del promedio del grupo social en el que estaban insertados, no se limitaron a vivir sus vidas integradas en su entorno más o menos cercano –familiares, amigos, compañeros de trabajo– sino mirando a la sociedad como un todo inteligible y transformable.

El trabajo, que está presente en todas estas historias de vida, no ocupa, por diversos motivos, un papel central en la narrativa. Esto se debe a varios factores: la preocupación principal de contar una experiencia concreta, ya sea la del campo de concentración de Tarrafal, la clandestinidad o la explicación de las razones que llevaron a su ruptura con el PCP, como en los casos de Cândida Ventura, Zita Seabra o Raimundo Narciso. Otro es el tiempo que estuvieron confinados en prisión algunos de estos protagonis-

tas. El 20 de octubre de 1974, en su discurso de presentación del Comité Central al VII Congreso del PCP, el primero en libertad después de la caída de la dictadura, Octávio Pato dice que «en su conjunto, la suma total de años de privación de libertad sufrida por los miembros del actual CC supera los 300 años de cárcel! Más exactamente: 308!».⁵⁶ Algunas de las memorias aquí analizadas corresponden a miembros de ese Comité Central: Álvaro Cunhal, Joaquim Gomes, Jaime Serra, Pires Jorge, José Magro, Francisco Miguel, Raimundo Narciso. Y otros, la mayor parte de los mencionados, también conocieron las cárceles del Estado Novo. Para el hecho sorprendente de que el trabajo ocupa relativamente poco espacio en los relatos de los militantes del PCP, el «partido de la clase obrera», hemos encontrado otra explicación: la edad precoz en que se habían convertido en clandestinos. Algunos, como Carlos Pires y Zita Seabra, eran todavía adolescentes; en general, la edad promedio en que se había convertido en militantes del PCP era de 25,6 años! Su profesión era, pues, la de militantes políticos.

Esa vida de liberado clandestino es prácticamente exclusivo de los miembros del PCP. Además de ellos, entre los personajes estudiados, sólo el libertario Emídio Santana y Francisco Martins Rodrigues (éste fue liberado clandestino primero del PCP, y más tarde del FAP) tuvieron esta experiencia. Era una vida muy dura, para la cual, como dijo José Magro, eran necesarias cualidades de coraje y dedicación, pero también prudencia, paciencia, vigilancia, cuando no suspicacia.⁵⁷ «Funcionario: la palabra es realmente buena», escribe Francisco Martins Rodrigues. «Un funcionario tenía su carrera, una carrera desgraciada que consistía en ser prisionero, golpeado, condenado, volver a la clandestinidad, ser detenido de nuevo y así sucesivamente». ⁵⁸ Francisco Martins dice que había más libertad para hablar de política en la cárcel, incluso en el Fuerte de Peniche, que en la clandestinidad. «Había una libertad de espíritu que nos faltaba fuera, cuando nos quedábamos atrapados en las tareas del aparato». ⁵⁹ El buen

liberado era un buen ejecutor. Alguien que «tira bien», como decía Pires Jorge, haciendo un paralelo campesino con el animal que aparea y tira bien. «Ser un buen ejecutor, no levantar problemas, eso era lo que el partido pedía. Ahí estaba la eficiencia del militante. Todo esto llevaba a que la persona perdiera sus cualidades y facultades intelectuales, su espíritu crítico. Y así se perdía el espíritu de rebelión que había acercado a la persona al partido». ⁶⁰

La represión no alcanzó a todos por igual, ni tampoco ha sido siempre igual durante el régimen del Estado Novo. Como ya se dijo, en los períodos críticos, como la Guerra Civil española y principios de la Segunda Guerra Mundial, se agudizó. Al final de la guerra, cuando el régimen temía por la vida y Salazar incluso prometió elecciones «libres como en la libre Inglaterra», se ablandó. Después de este sobresalto, con el inicio de la Guerra Fría se intensificó. En los años 50, la PIDE se lanzó en una ofensiva contra el PCP que lo hizo retroceder casi hasta la dimensión que tenía en los años 30. Y durante la guerra colonial, enfrentando en las colonias a los movimientos armados de liberación y en la metrópoli, además del PCP, a nuevos y osados grupos juveniles influenciados por las revoluciones china, indochina y cubana, por el mayo del 68 y por el trotskismo, la policía política volvió a enrabietarse.

En todo el Estado Novo, el PCP fue sin duda el objetivo más perdurable y tenaz de la policía política. Los libertarios habían sido derrotados en 1934. El Tarrafal marcó el final de la generación de luchadores anarcosindicalistas que venían de la UON⁶¹ y la CGT.⁶² El PCP le sobrevivió. Contra oponentes menos «peligrosos» que los comunistas o los libertarios y más tarde los «izquierdistas», o de un estatus social más elevado, la represión siempre ha sido más suave. He aquí un ejemplo: Mário Soares fue detenido por la PIDE 12 veces, pero el total de sus estancias en la cárcel no llegó a tres años. Cunhal fue detenido tres veces, pero estuvo 13 años en la cárcel, ocho de ellos en aislamiento.

Aquello a que hemos llamado «el lado oscuro de una élite de gente valiente», el sectarismo extremo, el monolitismo asumido como virtud, se encuentra sobretodo en las memorias y la historia del PCP, aunque no sean exclusivos de este. En general, y sobre todo por facilidad, tiende a hablarse, por ejemplo, de «extrema izquierda» para designar una serie de grupos políticos considerados como a la izquierda del PCP, pero la verdad es que la diversidad de posiciones políticas es grande entre ellos y el tipo de agresividad utilizado por el PCP contra la disidencia interna y externa (los llamado «izquierdistas», por ejemplo) también es detectable en el seno de los grupos de extrema izquierda y entre ellos. Por otro lado, los partidos, todos ellos, son instituciones, y las instituciones tratan muy mal con las diferencias, sean ellas el Estado, una iglesia o una empresa. En el ejército, otra institución, incluso en los países democráticos, las diferencias se pueden resolver en tiempo de guerra por un pelotón de fusilamiento o por una oportuna «bala perdida».

Pero eso está fuera del alcance de nuestro estudio, y aquí sólo cabe reflexionar sobre el por qué de esta marca de sectarismo y monolitismo que hemos detectado en el PCP y se dirige principalmente contra la divergencia interna o en contra de los sectores que políticamente le estarían más cerca, mientras que con los demás –los demócratas «burgueses» oponentes del Estado Novo, por ejemplo – el tratamiento varía más entre la deferencia y una cierta arrogancia condescendiente. Es que estos otros sectores –los «patriotas y portugueses honrados» a que se refiere su IV Congreso, por ejemplo– son aliados potenciales, mientras que los disidentes son competidores reales o potenciales. Además, el PCP no se ve cómo un partido de la clase obrera, sino como el partido de la clase obrera, la «vanguardia revolucionaria de la clase obrera y las masas populares». ⁶³ La existencia de otros reivindicando el mismo espacio más que un estorbo es una herejía. Esto, combinado con el carácter de partido de funcionarios, como se menciona más arriba, en que «la dogmatización

que se produjo en el partido se explica en parte porque todo el aparato estaba formado por personas que vivían en esa situación», que «mutilaba a la gente humana y políticamente»⁶⁴ y con la dependencia de los «camaradas soviéticos» cuyas disputas políticas se resolvían, como es bien conocido y no necesita ser demostrado, con juicios de Moscú, *gulags* y picos, fueron factores clave para atribuir esta marca de agua sectaria, ese lado oscuro, a un partido que en 1974, con razón, podía reclamar la legitimidad de haber sido, a fuerza de coraje, sufrimiento y abnegación, el principal pilar de la resistencia al régimen del Estado Novo.

NOTAS

- ¹ Ventura, António, *Memórias da Resistência. Literatura autobiográfica da resistência ao Estado Novo*, Lisboa, Câmara Municipal de Lisboa, 2001, pp. 5-32.
- ² *Ibidem*, p. 5.
- ³ Pereira, José Pacheco. *Álvaro Cunhal. Uma biografia política. «Daniel», o Jovem Revolucionário (1913-1941)*. Vol. I Lisboa, Temas e Debates, 1999. Id, *Álvaro Cunhal. Uma biografia política. «Duarte», o Dirigente Clandestino (1941-1949)*. Vol. II, Lisboa, Temas e Debates, 2001. Id, *Álvaro Cunhal. Uma biografia política. O Prisioneiro (1949-1960)*, Vol. 3, Lisboa, Temas e Debates, 2005.
- ⁴ Madeira, João, *Os Engenheiros de Almas. O Partido Comunista e os Intelectuais*. Lisboa, Editorial Estampa, 1996.
- ⁵ Lavabre, Marie-Claire, *Le fil rouge. Sociologie de la mémoire communiste*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1994.
- ⁶ Duclos, Jacques (1968-1973), *Mémoires*, Fayard, Paris. Tomo 1, 1896-1934. *Le chemin que j'ai choisi, de Verdun au Parti communiste*; Tomo 2, 1935-1939. *Aux jours ensoleillés du Front populaire*. Tomo 3, *Dans la bataille clandestine*, 2 vols. 1940-1942 e 1943-1945; Tomo 4. 1945-1952. *Sur la brèche*; Tomo 5. 1952-1958. *Dans la mêlée*; Tomo 6. 1959-1969. *Et la lutte continue*.
- ⁷ Thorez, Maurice, *Filho do Povo*. Lisboa, Editorial Notícias, 1976.
- ⁸ Santana, Emídio, *Memórias de um Militante Anarcosindicalista*, Lisboa, Perspectivas & Realidades, s/d, p. 11.
- ⁹ *Ibidem*, p. 14.

- ¹⁰ *Ibidem*, p. 19.
- ¹¹ Pedro, Edmundo, *Memórias. Um Combate pela Liberdade*, Lisboa, Âncora Editora, 2007, p. 42.
- ¹² Bento Gonçalves (1902-1942), obrero metalúrgico (tornero mecánico) en el Arsenal de Alfeite, fue secretario general del PCP desde 1929 hasta su muerte el 11 de septiembre de 1942, en el campo de concentración de Tarrafal, en Cabo Verde.
- ¹³ Pedro, Edmundo, *op. cit.*, p. 33.
- ¹⁴ Pires, Carlos, *Memórias de um Tipógrafo Clandestino*, Lisboa, Edições Avante!, 2011, pp. 22-23.
- ¹⁵ Miguel, Francisco, *Uma Vida na Revolução*. Porto, A Opinião, 1977, pp. 31-32.
- ¹⁶ *Ibidem*, p. 35.
- ¹⁷ *Ibidem*, p. 51.
- ¹⁸ Gomes, Joaquim, *Estórias e Emoções de uma Vida de Luta*, Lisboa, Edições Avante!, 2001, pp. 31-32.
- ¹⁹ Anacleto, António Neves, *A Longa Luta*, Lisboa. Edición del autor, s/d, p. 20.
- ²⁰ Pedro, Edmundo, *op. cit.*, p. 34.
- ²¹ Serra, Jaime, *Eles Têm o Direito de Saber*. Lisboa, Edições Avante!, 1997, pp. 22-24.
- ²² Gomes, Joaquim, *op. cit.*, pp. 26-27.
- ²³ *Ibidem*, pp. 29-31.
- ²⁴ Almeida Santos, António de, *Prefácio a Anacleto, António Neves*, *op. cit.*, pp. XII-XIII.
- ²⁵ Pires, Carlos, *op. cit.*, p. 29.
- ²⁶ Rodrigues, Francisco Martins. *História de uma Vida*, Lisboa, Edições Dinossauro/Abrente Editora, 2009, pp. 10-11.
- ²⁷ Soares, Mário, *Ditadura e Revolução*, Lisboa. Público, 1996, p. 72.
- ²⁸ Pires, Carlos, *op. cit.*, p. 28.
- ²⁹ Jorge, Joaquim Pires. *Com Uma Imensa Alegria. Notas Autobiográficas*, Lisboa, Edições Avante!, 1984, pp. 46-47.
- ³⁰ Perdigão, Rui. *O PCP Visto por Dentro e por Fora*, Lisboa, Fragmentos, 1988, p. 46.
- ³¹ Jorge, Joaquim Pires, *op. cit.*, p. 44.
- ³² Tiago, Manuel [Álvaro Cunhal], *Até Amanhã, Camaradas*, Lisboa, Editorial Avante!, 3.^a edição, 1977, pp. 23-24.
- ³³ Barradas, Ana, *As Clandestinas*, Lisboa, Ela por Ela, 2004, pp. 35-36.
- ³⁴ Polícia Internacional e de Defesa do Estado, nombre de la policía política del Estado Novo entre 1945 y 1969.
- ³⁵ Coelho, José Dias. *A Resistência em Portugal*, Porto, Editorial Inova, 1974, p. 39.
- ³⁶ Inspector de la PIDE famoso por la persecución a los comunistas.
- ³⁷ Miguel, Francisco, *op. cit.*, pp. 105-107.
- ³⁸ Laura Serra, su mujer.
- ³⁹ Serra, Jaime, *op. cit.*, pp. 63-67.
- ⁴⁰ Anacleto, António Neves, *op. cit.*, p. 211.
- ⁴¹ Aquino, Acácio Tomás de, *O Segredo das Prisões Atlânticas*, Lisboa, A Regra do Jogo, 1978, p. 81.
- ⁴² *Ibidem*, pp. 81-89.
- ⁴³ Oliveira, Cândido de, *Tarrafal, o Pântano da Morte*, Lisboa, Editorial República, s/d, p. 135.
- ⁴⁴ *Ibidem*, 142-144.
- ⁴⁵ Direcção-Geral de Segurança, el nombre de la policía política entre 1969 y 1974.
- ⁴⁶ Rodrigues, Aurora. *Gente Comum. Uma história na PIDE*, Castro Verde, Editora 100 Luz, 2011, p. 16.
- ⁴⁷ A los que deberían acrecentarse unos 4.000 simpatizantes.
- ⁴⁸ Cunhal, Álvaro, *Obras Escolhidas. I. 1935-1947*, Lisboa, Edições Avante!, 2007, p. 403.
- ⁴⁹ Pereira, José Pacheco, *Álvaro Cunhal. Uma biografia política. «Duarte», o Dirigente Clandestino (1941-1949)*. Vol. II, Lisboa, Temas e Debates, 2001, p. 27.
- ⁵⁰ *Ibidem*, pp. 27-30.
- ⁵¹ Ventura, António, «Documentos sobre uma tentativa de contacto entre o Bureau Político do PCP (Júlio Fogaça) e a IC em 1941», *Estudos Sobre o Comunismo*, n.º 1, Setembro-Dezembro de 1983.
- ⁵² Vasco de Carvalho, depoimento escrito a José Pacheco Pereira, 2000; documento sem título [de Vasco de Carvalho] de setembro de 1943 (Pereira, José Pacheco, *op. cit.*, 2001, pp. 52-53).
- ⁵³ Cunhal, Álvaro, *op. cit.*, p. 393.
- ⁵⁴ Magro, José, *Cartas da Clandestinidade*, Lisboa, Edições Avante!, 2007, p. 186.
- ⁵⁵ *Avante!* n.º 342, VI série, diciembre de 1964.
- ⁵⁶ PCP. 7.º Congresso (Extraordinário) do PCP. *Documentos políticos do Partido Comunista Português. Série especial*. Lisboa, Edições Avante!, 1974, pp. 269-271.
- ⁵⁷ Magro, José, *op. cit.*, pp. 22-24.
- ⁵⁸ Rodrigues, Francisco Martins, *op. cit.*, p. 51.
- ⁵⁹ *Ibidem*, p. 60.
- ⁶⁰ *Ibidem*, pp. 50-51.
- ⁶¹ União Operária Nacional. Fundada en marzo de 1914, dio lugar a la CGT en 1919.
- ⁶² Confederação Geral do Trabalho. Fundada el 13 de septiembre de 1919, fue disuelta por el Estado Novo en 1933.
- ⁶³ PCP, *op. cit.*, p. 45.
- ⁶⁴ Rodrigues, Francisco Martins, *op. cit.*, p. 52..

LA OFICINA DE PROPAGANDA CATÓLICA DE PARÍS. PROPAGANDA CRISTIANA ANTIFASCISTA PARA LA II REPÚBLICA DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939)

Luisa Marco Sola

Accésit al II Premio de investigadores noveles Javier Tusell

A la hora de recabar apoyos urgentes para oponerse al golpe de Estado de julio de 1936, Francia no era ni mucho menos un estado europeo más para la II República española¹. El vecino galo resultaba primordial para la diplomacia republicana al tratarse de la única gran potencia europea que poseía frontera natural con España. A ello se añadió la fe en una posible solidaridad del Frente Popular francés hacia la República española. También los propios intereses franceses recomendaban en un primer momento apoyar a la República española, tanto por asegurarse una vía de comunicación con el norte de África en caso de una nueva guerra internacional tanto como para evitar el surgimiento en su frontera sur de un país aliado de las potencias fascistas en este mismo supuesto. Como último factor, y el más determinante, pesó la dependencia de Francia respecto a Gran Bretaña en lo que a estrategia de política exterior se refería. Y en ese contexto, las condiciones inglesas para apoyar a Francia en una hipotética nueva guerra europea exigían que Francia se mantuviera neutral ante la guerra española.²

El Gobierno de Léon Blum fue finalmente uno de los principales impulsores de la No-Intervención, primando el pacifismo sobre el antifascismo. Ya muy avanzado el conflicto, Léon

Blum seguía tratando de justificar tal decisión. En un discurso de julio de 1938, Blum volvía a reivindicar la bondad de los motivos que habían llevado a la no-intervención. En el mismo, al referirse a la «cuestión española», mantenía que se buscó en todo momento el apaciguamiento de las potencias fascistas. Al propio tiempo, trataba de poner de relieve las buenas intenciones que les habían guiado:

Por otra parte, otra razón determinante de esta política, colocándose en el plano de la libertad comercial, del suministro de armas y municiones, es que teníamos la sensación, la seguridad, de que Alemania e Italia, cuyos gobiernos se benefician de las posibilidades del secreto, de autoridad, de poderes en una sola mano, estarían en condiciones de suministrar muchísimo más material que nosotros y los otros países democráticos hubiésemos podido suministrar a los gubernamentales. Si hubiésemos podido prohibir a todos el suministro de armas, la no-intervención hubiese favorecido a los gubernamentales. La política de no-intervención lleva la marca de un doble optimismo: el uno, que la realidad no ha desmentido, es que si España hubiese sido abandonada a las dos fuerzas españolas, si se hubiesen eliminado todas las injerencias extranjeras, si verdaderamente el gobierno, por una parte, y los rebeldes, por otra, no hubiesen contado más que con sus

propias fuerzas, la balanza de las armas se hubiese inclinado hacia la República, porque el sentimiento³ nacional está del lado de la República. Nuestro optimismo se verificaría aún. Nuestro optimismo ha fallado cuando creímos que los Estados totalitarios se verían obligados por los compromisos que habían firmado a respetar la no-intervención.⁴

Con todo ello, la decidida apuesta francesa por la no intervención no logró impedir que se abriera una brecha dentro del propio país, tanto dentro de la clase política (entre socialistas⁵ y comunistas) como en la opinión pública. Y es que la decisión final no estuvo exenta de un tenso tira y afloja entre las fuerzas políticas galas. Aunque en un primer momento el propio Blum se mostró favorable a cursar los pedidos de armas del gobierno español, la diplomacia inglesa le disuadiría de hacerlo llamándole a la prudencia ante el contexto internacional del momento. También el presidente de la República, Albert Lebrun, el del Senado, Jules Jeanneney, y el de la Asamblea Nacional, Edouard Herriot, mostraron a Blum su preocupación respecto a las consecuencias que la ayuda al gobierno español pudieran suponer. Tras un primer acuerdo del Consejo de Ministros de 25 de julio prohibiendo toda venta de armas a España, la constatación de la intervención italiana suavizaba dicha prohibición permitiendo el suministro únicamente de aviones.

Por su parte, el ministro Julio Álvarez del Vayo se había quejado amargamente de esta decisión en su discurso ante la Sociedad de Naciones el 25 de septiembre de 1936, denunciando que al no permitir la provisión de armas se había privado a un gobierno legítimo de defenderse frente a un golpe militar. Sin embargo, el gobierno republicano en bloque hubo de asumir con resignación el acuerdo del Consejo de Ministros francés del 8 de agosto de 1936 de ajustarse a los principios de la No-Intervención. Aunque, como comunicó el embajador en Francia, Álvaro de Albornoz a su homólogo francés, la prohibición de enviar armas al gobierno español distaba de encuadrarse en la neutralidad.

De igual manera, esta pretendida neutralidad resultaba en sí inaceptable para muchos de los mandos republicanos, que se veían situados al mismo nivel que los militares insurgentes.

Al mismo tiempo, por si la no-intervención no suponía ya una dificultad suficiente para el gobierno republicano, su diplomacia había quedado totalmente desmantelada en Francia. Dentro de la propia embajada española en París, el apoyo al golpe fue mayoritario. Muchos de los funcionarios de la representación se pusieron rápidamente a las órdenes de José María Quiñones de León, embajador durante el reinado de Alfonso XIII y claro partidario del golpe desde tierras galas, donde había permanecido tras su cese. Fue primordial la actuación del cónsul general, Antonio Ruíz Marín, y de Fernando de los Ríos y Luis Jiménez de Asúa, quienes se trasladaron de urgencia a París por orden del gobierno. Como éstos carecían del estatuto diplomático necesario, hubo que esperar todavía a la llegada de Álvaro de Albornoz para cursar oficialmente el primer pedido de armas. Esta primera partida lograba escapar a la puesta en práctica de la no intervención de modo más férreo a partir de entonces.

La consecución de armamento y suministros fue, como era de suponer, la principal preocupación de los servicios republicanos en Francia. Los partidarios de la República en París (vinculados oficiosamente a la embajada hasta la llegada de Álvaro de Albornoz como embajador) se concentraron en los primeros momentos en la urgentísima labor de conseguir las armas que la República requería. Se organizaba para ello el llamado Servicio de Adquisiciones Especiales.⁶ Éste era sustituido el 18 de diciembre de 1936 por una Comisaría de Armamento y Municiones, dependiente del Ministerio de Marina y Aire. La diplomacia española en Francia dedicaba así la mayor parte de sus esfuerzos a lograr la llegada a España del armamento requerido, lo que fue posible (aunque no sin dificultades) gracias a lo que Ricardo Miralles define como «la no intervención relajada».⁷

De hecho, el sucesor de Léon Blum al frente de la presidencia del Consejo de Ministros en junio de 1937, Camille Chautemps, abrió las puertas a una flexibilización de la no-intervención permitiendo el paso de armamento para la II República de contrabando a través de su frontera, aunque todo ello se llevaría a cabo entre bambalinas para no faltar a lo pactado con Gran Bretaña. El propio Blum, al retornar al poder en 1938, permitía una nueva ayuda bajo mano a la vecina república (si bien su postura oficial nunca varió) azuzado por los temores con que Europa presenciaba el *Anschluss*. Aunque útil frente al aprovisionamiento para la decisiva batalla del Ebro, se trataba sin embargo de un cambio de criterio demasiado tardío para resultar fructífero.

Los servicios propagandísticos de la II República en Francia

La propaganda republicana había de esmerarse especialmente en Francia. Se trataba de la representación en el exterior más importante, por cuestiones tanto geográficas como políticas. Sin embargo, al igual que sucedió en otros países, la construcción de los servicios propagandísticos republicanos fue un proceso lento y que sólo comenzó con la constitución del gabinete de Francisco Largo Caballero en septiembre. En un primer momento, el peso de la propaganda republicana en Francia descansó sobre los hombros del comunista alemán Willi Münzenberg, centrado en conseguir armas. Julio Álvarez del Vayo desde el Ministerio de Estado y Luis Araquistáin, como nuevo Embajador en París, trabajarían para dar una nueva dirección a la propaganda gubernamental en territorio galo. Lograban transformar el Office Espagnol de Tourisme creado en 1929 en una verdadera oficina de propaganda gracias a la implicación de un nutrido grupo de jóvenes intelectuales, muchos de ellos vinculados a la Residencia de Estudiantes.

Uno de ellos, Juan Vicens de la Llave, era el artífice de la puesta en funcionamiento de una

verdadera oficina de propaganda tras su nombramiento en julio de 1937. De orígenes zaragozanos y afiliado al partido comunista, Juan Vicens había trabajado como inspector de bibliotecas en el seno de las Misiones Pedagógicas en la época republicana.

La asunción de Vicens de la dirección de la Delegación de Propaganda parisina, en julio de 1937, se producía en un momento de cambio generalizado. Estaba enmarcada en la transformación de todos los servicios exteriores emprendida tras la crisis de mayo y que había resultado en una imposición de las posturas moderadas, en detrimento de las más revolucionarias. La propaganda de la II República pasaba a estar centralizada en el Ministerio de Estado y a través de un decreto de 27 de mayo se fusionaban sus distintas oficinas en una Subsecretaría dependiente del mismo. Propaganda quedaba a su vez dividida en cinco secciones: Dirección General de Propaganda, Patronato Nacional de Turismo, Asesoría Jurídica, Delegaciones y Agencias autónomas.

Al aceptar el cargo, Vicens había de coordinar la acción de una constelación de más de veinte comités y agencias cuyas funciones a menudo se solapaban. El trabajo llevado a cabo en la delegación hasta ese momento merecía el reconocimiento de Vicens, aunque con matices, pues a su parecer

se había trabajado, no poco, y frecuentemente con éxito en propaganda, pero de modo algo arbitrario y desorganizado, y sobre todo limitado.⁸

Vicens supo diagnosticar como nadie, desde el momento mismo de su nombramiento, el que en todo momento fue el mal endémico de los servicios de propaganda republicana en París: la desorganización.⁹

Ha sido un fenómeno semejante al ocurrido en el terreno militar; hemos pasado por un periodo semejante al de las primeras milicias; muy simpáticas, llenas de buena voluntad y heroísmo, pero ineficaces y desordenadas.¹⁰

Era necesario, a su entender, imprimir un sello común a toda la propaganda gubernamental en el exterior, postura que compartía con el propio Azaña. De igual manera, era preciso coordinar la multiplicidad de organismos, agencias y oficinas que en ese momento compartían intenciones y propósitos:

debe hacerse eso en el sentido que debe ahora informar nuestra propaganda, es decir, en el sentido de dar la sensación de una labor ordenada y fecunda de construcción y de orden.¹¹

Abogaba por abandonar la «propaganda de atrocidades difundida hasta ese momento y que se había revelado inútil, sobresaturando a la opinión extranjera con los horrores de la guerra española sin conseguir movilizarla»¹². Se trataba de transmitir ahora una imagen positiva y constructiva de la II República española. Tal era la propuesta de Vicens:

Creo que en este momento conviene lavar la cara a la propaganda, hacerla sonriente, correcta, ordenada; mostrar ante todo espectáculos de orden, de trabajo, de organización, de enseñanza, de asistencia social; que siempre que se vean en una foto seres humanos estén en orden, en formación militar, bien vestidos, trabajando, produciendo, etc. Esto sería de un efecto magnífico en este momento.¹³

En septiembre de 1937 informaba sobre la buena marcha de la iniciativa puesta en funcionamiento a través de los Archivos Españoles, a los que nos referiremos. Su diagnóstico no podía ser más positivo y ponía de relieve la importancia que se estaba concediendo a las informaciones gráficas:

Los trabajos que hemos venido realizando para crear, por una parte, un aparato de distribución de material y, por otra parte, un archivo de fotografías, van muy adelantados y ofrecen ya resultados muy satisfactorios. Estamos creando un fichero extensísimo y clasificado que nos permitirá automáticamente distribuir en cada caso a las personas o entidades más interesadas cualquier clase de materiales.

El archivo fotográfico comprenderá, y comprende ya, en gran parte, todas las fotografías que es posible poseer en París, tanto las que, en diversas ocasiones, se han recibido de España, como las que han hecho fotógrafos franceses en España. El fichero va clasificado por materias y cada fotografía va acompañada del nombre del fotógrafo que tiene el cliché y el número de este. Así cada vez que cualquier persona desea fotografías puede escogerlas en el archivo y, por medio del número del cliché se encarga las pruebas inmediatamente, siendo entregadas 24 horas después. De algunas de las más interesantes, tenemos aquí un cierto número de pruebas y podemos servir las en el acto.¹⁴

Daba comienzo una nueva etapa de la propaganda gubernamental en Francia. En ella se encuadra el objeto del presente estudio: la Oficina de Propaganda Católica Republicana de París.

La Oficina de Propaganda Católica Republicana de París

La Oficina de Propaganda Católica Republicana nació de la conjunción en París de tres hombres: Ángel Ossorio y Gallardo, Juan Vicens de la Llave (a quien ya nos hemos referido) y José Manuel Gallegos Rocafull. ¿Quién era cada uno de ellos?

Ángel Ossorio y Gallardo asumía la dirección de la Embajada de París tras un doloroso fracaso en su paso por la de Bruselas. Llegaba a la capital francesa total y absolutamente decepcionado con la clase política tras su experiencia en Bélgica y los escasos resultados obtenidos. Por ello, propugnaba un cambio de estrategia, según el cual la labor de un diplomático en aquel contexto ya no era trabajar de cara al mundo diplomático («hostil a nuestra causa») sino:

operar cerca de la masa social, procurando mantener la adhesión de las clases populares y esforzándose en despejar las tinieblas en los cerebros de la mesocracia, completamente desorientada e ignorante de la verdad.¹⁵

Ángel Ossorio era un jurista y político de dilatada trayectoria. Había sido diputado por el Partido Conservador y Gobernador Civil de Barcelona durante la Semana Trágica¹⁶ por designación de Maura, por quien siempre profesó la más profunda admiración. Este «monárquico sin rey», como le gustaba definirse, se puso al frente de diversas iniciativas que trataron de abrir vías para el desarrollo de la democracia cristiana (y lógicamente del catolicismo social) en España. Aunque a menudo lo hizo de modo tan apasionado que no pudo evitar la desazón ante las barreras encontradas y la escasa ambición de sus correligionarios. Criticaba por ello incluso al Grupo de la Democracia Cristiana,¹⁷ quienes por ser

demócratas en lo social y antidemócrata, antiliberales absolutistas y retrógrados en lo político.¹⁸

se encontraban a su parecer demasiado alejados del pueblo para llevar a cabo un cambio real. Durante la II República, esta vez en su faceta de jurista, fue uno de los padres de la nueva Constitución. Durante los debates para la redacción de la misma, él y el sacerdote Jerónimo García Gallego,¹⁹ diputado, trabajaron sobre el texto desde su faceta de creyentes.

Ossorio, que sólo se declaró abiertamente republicano tras el golpe de Estado, era designado embajador tanto por su trayectoria como por su condición de católico. Ello formaba parte de una estrategia surgida en el Ministerio de Estado, que ya había situado a José María Semprún y Gurrea²⁰ como encargado de negocios interino en la Legación de España en La Haya. Se consideró que la doble condición de Semprún de católico y liberal podía ser la carta de presentación ideal ante el Gobierno Holandés, apoyado en esos momentos por el partido católico Rooms-Katholieke Staatspartij.²¹ Eran pruebas de la tolerancia religiosa que el gobierno republicano quería demostrar ante la opinión pública internacional, de igual manera que lo haría Julio Álvarez del Vayo en su Discurso ante la Sociedad de Naciones. En el mismo,

afirmaba la voluntad del Gobierno republicano de garantizar «el libre ejercicio de las creencias y prácticas religiosas».²²

Con ello, las preocupaciones de Ossorio tras ocupar el cargo de embajador en París se centraron en desarrollar una propaganda republicana de raíz católica. O, como la definía Gallegos Rocafull, una propaganda «en sentido cristiano antifascista».²³ Francia constituía un terreno abonado para sus fines, habiéndose pronunciado un sector del catolicismo encabezado por el filósofo Jacques Maritain,²⁴ en contra de la *Cruzada* franquista. Siempre en esta línea, y tal como afirmaba sin tapujos en sus memorias, «mi gran actividad en la Embajada de París fue la de editor».²⁵ Y, en efecto, así fue. En el tiempo en que Ossorio fue embajador, la actividad editorial tanto en las dependencias de la propia embajada como en editoriales contratadas a tal efecto fue febril.²⁶ Ello hizo que también una gran parte del presupuesto de la embajada pasara a estar destinado a tales fines, de tal manera que sólo en el mes de octubre de 1937 se dedicaron a labores de impresión 270.000 francos.²⁷

Dentro de las renovadas ambiciones de la legación, se creaba una oficina que diera solución a los problemas que encontraban los medios extranjeros para recopilar informaciones sobre la guerra civil española desde la perspectiva republicana.²⁸ Se creaban, para llevar a cabo este proyecto, nuevas oficinas vinculadas a la embajada, entre ellas los llamados «Archivos Españoles», una suerte de centro de documentación donde pudieran acudir a nutrirse de informaciones y material gráfico referentes a la guerra en España los medios de comunicación extranjeros.

Situaba al frente de la misma a un sacerdote también recién llegado a la capital del Sena, José Manuel Gallegos Rocafull. Éste también recalaba en Francia, tras un breve paso por Bélgica, donde había acudido como orador para una de las conferencias allí organizadas por Ossorio y Gallardo. En la misma, junto al también sacerdote Leocadio Lobo, había defendido la incompa-

tibilidad entre la fe cristiana y el apoyo al golpe de Estado.²⁹ Se remitía, con ello, a la doctrina vaticana de respeto a los poderes legalmente constituidos. De hecho, las sólidas bases doctrinales de los argumentos de Gallegos, así como la fama y reconocimiento de que gozaba, lo hacían especialmente peligroso a los ojos de los defensores de la Cruzada. Es por ello que Isidro Gomá, cardenal primado de la Iglesia española, se emplearía con especial ahínco en lograr su suspensión como sacerdote, hecho que finalmente logró.

Precisamente en el momento en que asumió, tras agotar todas las vías al comprender que difícilmente podría recuperar sus licencias y volver a ejercer como sacerdote, fue cuando decidió aceptar este puesto al servicio de la Segunda República.³⁰ Este sacerdote ya había colaborado con los servicios propagandísticos ocasionalmente antes de la fundación de la Oficina de Propaganda Católica, definiéndole Ossorio como «uno de mis informantes en el mundo católico». Así, en la primavera de 1937 Gallegos había remitido a Ossorio un informe donde defendía la idoneidad del escenario galo para llevar a cabo una propaganda religiosa:

Está muy extendida la opinión de que ni la guerra es una cruzada, como dice el cardenal Gomá, ni la posición de ésta va a conseguir otra cosa que comprometer irremediamente el porvenir del catolicismo en España, sea cual fuere el resultado de la guerra.

Afirmaba a continuación que ese era el sentir de los cardenales Verdier (obispo de París) y Lienart, del obispo de Dax, del de Bayona, del de Rennes, y de la mayoría de los dominicos franceses, aunque ninguno de ellos lo hubiera manifestado públicamente. Reseñaba igualmente las múltiples acciones de ayuda a los vascos exiliados en Francia que se habían llevado a cabo por parte de la Iglesia gala. Se mostraba, con ello, muy optimista sobre la potencialidad de su proyecto.

Es de esperar que la opinión de los católicos franceses siga evolucionando a favor del pueblo español. Haría falta una propaganda que les informase de los hechos religiosos en una y otra zona. La labor se facilitaría enormemente: 1º, si algún prelado español hiciera alguna declaración separando la religión de la política; 2º, si se restableciera el culto y se dieran seguridades de que los sacerdotes y los fieles no serían molestados por sus creencias; 3º, si se le convenciera de que después de la victoria, el Gobierno no había de hacer una política de persecución del catolicismo.³¹

De una reunión entre Gallegos y Vicens el 11 de julio nacía la Oficina de Propaganda Católica Republicana de París. El 15 de julio comenzaba a funcionar en el número 6 del boulevard Haussmann. como resultado de la conjunción de las voluntades de estos tres hombres.

La Oficina contaba con un presupuesto inicial de 30.000 francos mensuales, que luego ascendería a 50.000 (de los 250.000 que manejaba la delegación de propaganda en total). Ello la situaba a años luz de su principal competidora y homóloga franquista, cuyos ingresos oscilaban en torno a los 140.000 francos: la «Oficina de París» o «Bureau d'Information Espagnole». Ésta, dirigida por Joan Estelrich, nacía en noviembre de 1936 de modo casi clandestino y sufragada por Francesc Cambó³² para ser absorbida en junio de 1937 por la Delegación de Prensa y Propaganda del Gobierno de Burgos.³³ Se encargaba de editar y distribuir el *Bulletin d'Information Espagnole* y la revista *Occident*. Publicó asimismo el libro anónimo (escrito por el propio Estelrich) *La persécution religieuse en Espagne*. Éste se haría célebre por su prólogo, escrito por Paul Claudel, «Aux martyrs de l'Espagne» y su tan repetido «*Once obispos, miles de sacerdotes masacrados, y ¡ni una sola apostasía!*».

Uno de los primeros resultados, y de los más populares, de la Oficina Católica Republicana fue la edición de la *Carta colectiva de los obispos españoles*,³⁴ respuesta a la Carta Colectiva de los obispos españoles a los del Mundo y firmada por un grupo de sacerdotes españoles. De ésta, aparecía una primera edición impresa por las

Ediciones Españolas, firmada por el propio José Manuel Gallegos y titulada *La Carta colectiva de los obispos facciosos. Réplica*. Con posterioridad, veían la luz una versión francesa (*À propos de la lettre collective des évêques espagnols*) e inglesa (*Christ or Franco? An answer to the Collective Letter which the Spanish Episcopate issued to the Bishops of the World*).³⁵ La fórmula finalmente elegida para la firma (un grupo de sacerdotes españoles) era un intento —que se demostró inútil— de evitar sanciones eclesiásticas para los implicados.

De los 50.000 ejemplares impresos, casi 35.168 (de los cuales 17.346 se editaron en versión francesa) se distribuyeron de modo directo a personalidades y colectivos católicos. Los envíos se acompañaban de una carta firmada por *Los Archivos Españoles* y sin referencia alguna al gobierno de la II República.

Nuestra intención no es otra que procurarle a usted nuevos datos para que pueda formarse una idea más exacta sobre la guerra de España, donde hay tantas cuestiones en juego que es imposible entrever la verdad sin hacer grandes esfuerzos para conocerla.

A añadir a estas partidas enviadas de modo directo, diez mil de los ejemplares impresos en español (unos 30.000) estaban destinados a ser distribuidos en la zona rebelde de España. Era necesario erradicar de entre la población «el mito de la Cruzada».

De la última reflexión de la Carta Colectiva de los obispos («¿es de paz o de guerra la misión de la Iglesia? (...) ¿son los obispos representantes de Cristo o los propagandistas de Franco?») ³⁶ nació un nuevo trabajo con idéntica intención. Se trataba de la obra magna de José Manuel Gallegos durante la Guerra Civil: el libro *La religion dans l'Espagne de Franco*.³⁷ En el mismo, Gallegos (desde el anonimato) denunciaba la persecución de los sacerdotes disidentes en la España nacional así como la pretendida (y falsa) religiosidad de los militares insurgentes. De igual manera, criticaba furibundamente la actitud de la jerarquía católica española al le-

gitimar el golpe de Estado. Recopilaba asimismo las aportaciones de todos aquellos católicos que desde el comienzo de la guerra se habían pronunciado contra el golpe.

Los siguientes trabajos de la Oficina siguieron en líneas generales la misma filosofía. Destacan de entre ellos, la *Lettre Ouverte à son Eminence le cardinal Verdier, archevêque de Paris*, texto anónimo redactado por el propio Ángel Ossorio,³⁸ o ¿Puede un católico colaborar con el nazismo?, basado en las palabras de Pío XI sobre la Alemania nazi.

Hay que apuntar, igualmente, que la Oficina de Propaganda Católica venía a sumarse a otros organismos e iniciativas prorrepúblicas que ya habían prestado atención a la Guerra Civil desde su dimensión religiosa en suelo francés. Destacaban, entre ellos, el Comité Franco-Espagnol, que había preparado diversos carteles, folletos y conferencias sobre el tema; e igualmente las actividades de propaganda ligadas al Gobierno Vasco. Conviene resaltar la publicación del rotativo de temática religiosa *Euzko Deya*.

El «proyecto para la propaganda católica»

Se trata de un texto inédito redactado por Juan Vicens y José Manuel Gallegos y remitido al embajador Ossorio el 9 de octubre de 1937. En el mismo se diseñan las líneas por las que va a discurrir la propaganda basada en argumentos religiosos de la Segunda República.

La intención está clara, así como el punto de partida:

Se trata de informar a la opinión católica de la verdadera situación de España, sobre todo en el aspecto religioso. Hasta ahora la falta de una información suficiente y la actitud de los obispos españoles, que están con los rebeldes, han hecho prevalecer en los medios católicos la visión de asesinatos e incendios que se formaron en los primeros días de la guerra. Pero últimamente hechos como la brutal ofensiva contra el país vasco y las noticias que sobre la manera de entender la

religión llegan de la zona rebelde hacen a muchos sospechar que tal vez la religiosidad de los pretendidos cruzados sea una gran mixtificación. (sic).³⁹

Era un ambicioso plan de acción que preveía trabajos propagandísticos en español, inglés, francés y alemán, destinados a la opinión pública francesa, belga, suiza y austriaca. Sin olvidar, evidentemente, a los propios católicos españoles dentro y fuera de nuestras fronteras.

En su naturaleza, la propaganda había de ser *estrictamente católica, de manera que desde el punto de vista de la ortodoxia sea irreprochable, y ha de informar sobre la doctrina y sobre los hechos*. Con ello, debía estructurarse en torno a ocho ejes de acción que cincelaban el concepto que esta propaganda pretendía transmitir:

- 1 Posición doctrinal de la Iglesia ante el fascismo (Encíclicas de los Papas, declaraciones del episcopado francés, alemán, belga, inglés, norte americano...).
- 2 Persecución de la Iglesia en países fascistas. (Supresión de organizaciones y partidos católicos en Italia y Alemania, procesos calumniosos contra sacerdotes y religiosos, discurso de Goebbels...).
- 3 Situación religiosa de la España fascista. (Fanatismo, comunión obligatoria, ausencia de espiritualidad, fotografías entrelazadas de Franco y la Virgen del Pilar, moros con escapularios, creación de mezquitas, persecución del clero vasco, presión sobre los obispos menos simpatizantes con la rebelión...).
- 4 Actitud del Gobierno en el orden religioso. (Declaraciones sobre libertad de conciencia de Azaña, del Partido comunista, de Jesús Hernández, de la Pasionaria, respeto y colaboración con los católicos antifascistas como los vascos, proyecto de reapertura de iglesias...).
- 5 Opiniones de los católicos sobre España. (Las publicadas por el Dr. Bower, por Víctor Monserrat en La Croix, por la Libre Belgi-

que, por Sept, por la Cité Chrétienne, por la Terre Walone, por Blackfriars, por Social Forum, por l'Aube..., así como por Martin Chauffier, por Madaule, por Maritain, por Bidault, por Vignaux...).

- 6 Recoger y rebatir las informaciones tendenciosas de los rebeldes. (Declaraciones de los Obispos, artículos de Prensa, comentarios de las disposiciones del Gobierno... con su repercusión en la prensa extranjera).
- 7 Promover amistades para la España republicana. (Asistencia a Congresos internacionales, participación en las reuniones de católicos, visitas a entidades católicas, relaciones con la prensa católica...).
- 8 Crear un grupo de católicos antifascistas, sobre todo con los intelectuales, con vistas a la publicación de una Revista internacional, que promoviera y defendiera esta actitud.⁴⁰

Como proyectos concretos e inmediatos planteaba la elaboración de un fichero de personalidades católicas americanas y europeas a las que sumar a la causa (en esos momentos contaban con los datos de contacto de unas seis mil quinientas, apuntaba); la organización de conferencias de personalidades católicas adepas a la causa; la creación de una red de apoyos entre sindicatos cristianos y rotativos confesionales progresistas (como eran *L'Aube* y *Sept*); la difusión a los medios extranjeros de noticias que presentaran una imagen de la II República desvinculada del anticlericalismo; o incluso la contratación un espacio radiofónico propio en la radio de Toulouse.

Sin embargo, el mayor peso específico tanto del proyecto como de lo finalmente llevado a cabo pertenecía, una vez más, a la elaboración de publicaciones escritas. Éstas habían de concretarse en folletos, carteles y hojas para repartir gratuitamente así como en libros más extensos. En esta dirección se habían elaborado ya *Les calomnies nazis* (también editado como *Un discurso del Sr. Goebbels*), *¿Puede un católico colaborar con el nazismo?*, *À propos de la Lettre*

Collective des Evêques Espagnols y La religion dans l'Espagne de Franco, que ya hemos referido. Habían logrado igualmente traducir y distribuir la revista *Kulturkampf* (órgano de los católicos alemanes antihitlerianos).

Las cifras que manejaban Gallegos y Vicens para las tiradas de folletos eran considerables. A ellos había que añadir aquellos folletos que habían de ser enviados a personalidades católicas y los que se distribuían a la población europea en general a través de librerías y asociaciones, 120.000 ejemplares de diversos trabajos habían de ser introducidos en la España nacional. Era el mismo procedimiento que habíamos visto para la respuesta a la Carta Colectiva. Debían tener, así, un formato que permitiera incluso arrojarlos desde aviones (se enviaban para ello al Comisariado de Guerra), aunque Vicens planificaba una red entera a través de diferentes «camino de infiltración y enlaces para introducirlos en la España nacional». ⁴¹ Por ello era necesario imprimir los máximos ejemplares posibles de cada trabajo, dando por hecho que un porcentaje de ellos sería interceptado o destruido por los propios enlaces al verse peligrar. Se trataba, según Vicens de «*las quiebras de todo trabajo ilegal*». ⁴²

La anunciada muerte de la Delegación de Propaganda de París

Como consecuencia de todo ello, la Oficina de Propaganda Católica se encontró en todo momento estrangulada entre la ambición de sus proyectos y la escasez de su dotación presupuestaria. Hubo de contentarse a menudo con recalcular mes a mes sus posibilidades.

Sin embargo, la falta de presupuesto fue una constante de la delegación de propaganda, siempre asfixiada entre sus pretensiones y sus posibilidades reales de llevarlas a cabo. Podríamos decir, de hecho, que la historia de la Oficina de Propaganda Católica republicana, como la de toda la delegación, trazó un camino hacia la derrota a través de sus crecientes apuros económicos. La práctica totalidad de la

correspondencia de Vicens se dedica a estos temas, hasta el punto de que, en abril de 1938, se dirige directamente a Jaime Carner, encargado de Asuntos Exteriores para comunicarle

estamos de nuevo aquí pasando angustias; no hay un céntimo y no podemos hacer nada. Todo se vuelve rechazar cosas, echar acreedores, etc. De Barcelona vienen telegramas encargando cosas, etc., siempre con mucha prisa, pero nosotros tenemos que ir archivando esos pedidos y seguir durmiendo la siesta. ⁴³

Desembocaba esta problemática en una tensión cada vez mayor y más insostenible entre la Delegación de Propaganda y la embajada, a la que no se encontraba sometida administrativamente, aunque sí lo estaba en la práctica por el reparto de los fondos. A ello se unía que, durante su desempeño como embajador, Ossorio insistió en controlar personalmente asuntos que eran propios de la Delegación de Propaganda. Ello acrecentaba sus constantes desencuentros con Vicens, que llegaba a quejarse de tener que dedicar más tiempo a redactar informes que a las actividades que realmente le correspondían. ⁴⁴

Al mismo tiempo, y por si no era suficiente, la brecha entre Ossorio y las autoridades republicanas no había cesado de agrandarse desde el comienzo de la contienda. Se criticó a menudo a Ossorio su poca habilidad para gestionar el presupuesto de la embajada, pues en palabras de Carlos Esplá:

con don Ángel Ossorio no se puede. Hay exceso de burócratas en la embajada. La contabilidad es un lío que no se pondrá en orden hasta que mande allí un contable. Confunde el dinero del Servicio de Información con el de Propaganda, saca dinero de unos fondos y de otros. A veces no tiene, otras le sobra. ⁴⁵

Pero no se circunscribían a eso las diferencias. Mientras Ossorio calificaba el célebre «España ha dejado de ser católica» de Azaña como un fallo de perspectiva, éste tachaba las diversas iniciativas emprendidas por el diplomático du-

rante la guerra como genialidades, habiendo debido emprender, a su parecer, políticas más pragmáticas y

no empeñarse en conquistar arzobispos, porque nunca los tendrá negando igualmente «la utilidad de establecer contacto con los diplomáticos del Vaticano».⁴⁶

Buen ejemplo de tales gestiones inútiles que le criticaba Azaña podrían ser las desplegadas por el embajador para recuperar las pertenencias que el nuncio Tedeschini había dejado en el palacio episcopal de Madrid, y que éste reclamaba. Los enormes esfuerzos desplegados por Ossorio no se concretaron nunca en una intervención del nuncio a favor de la II República ante el Vaticano.⁴⁷

El 12 de enero de 1939, Juan Vicens de la Llave era sustituido en el cargo por Eduardo Ugarte Pagés. La Delegación de Propaganda seguía su funcionamiento aparentemente con normalidad, pero cada vez con menos funciones y dotación económica, encaminándose, como la propia República, hacia la derrota.

Juan Vicens de la Llave iniciaba con ello su exilio en Méjico.⁴⁸ También José Manuel Gallegos se exiliaba al país centroamericano tras participar en la fundación de la Junta de Cultura Española, cuyo órgano de expresión será la célebre *España Peregrina*, en la que el sacerdote también escribía. Ángel Ossorio, por su parte, era sustituido como embajador por el socialista Marcelino Pascua en abril de 1938. Tras ello, Ossorio se trasladaba en el barco de bandera inglesa «Southern Prince» desde Nueva York a Montevideo para tomar posesión de su nuevo cargo como embajador en Argentina. Fue recibido en el puerto por el cónsul en Uruguay, Manuel Blasco Garzón, quien por indicación de Jiménez de Asúa, entonces Encargado de Negocios, trataba de dar al acto la máxima relevancia política. Se trataba de un acto de postrera reivindicación de la República, que iniciaba, también ella misma, su exilio.

NOTAS

- ¹ La mejor aproximación a la actitud de la diplomacia francesa ante la guerra civil española en MIRALLES, Ricardo, *El duro forcejeo de la diplomacia republicana en París. Francia y la guerra civil española*, en VIÑAS, Ángel (dir.), *Al servicio de la República. Diplomáticos y Guerra Civil*. Madrid. Marcial Pons y Ministerio de Asuntos Exteriores. 2010, pp. 121-154. Sobre la figura de Léon Blum y su actitud frente a la guerra española, RENOUVIN, P. y REMOND, R. (eds.) *Léon Blum. Chef de gouvernement, 1936-1937*. Paris. Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. 1967. Pone en duda el protagonismo de Blum en la decisión última de la no intervención, traspasando la responsabilidad a Alexis Leger, Secretario General del Ministerio de Asuntos Exteriores, Claude Thiebaut en Léon Blum, Alexis Leger et la decisión de non-intervention en Espagne. En SAGNES J. et CAUCANAS, S. (eds.), *Les français et la guerre d'Espagne. Actes du colloque de Perpignan*. Perpignan. Presses Universitaires de Perpignan. 2004 (1.ª 1990), pp. 23-43.
- ² Así lo afirmaba Georges Monnet en P. Renouvin y R. Remond (eds). *Léon Blum. Chef de Gouvernement*, ob. cit., p. 410.
- ³
- ⁴ *Le Temps* (8-VII-1938).
- ⁵ Hay que señalar que tampoco las posturas dentro del socialismo fueron homogéneas, formándose incluso en su seno un *Comité d'Action Socialiste pour l'Espagne*.
- ⁶ Sobre las difíciles gestiones del gobierno republicano para la consecución de armamento véase HOWSON, G. *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*. Barcelona. Península. 2000; y acerca de la otrora polémica financiación de la misma VIÑAS, A. *El oro de Moscú*. Barcelona. Grijalbo. 1977.
- ⁷ MIRALLES, Ricardo, «El duro forcejeo de la diplomacia republicana en París. Francia y la guerra civil española», en VIÑAS, Ángel (dir.) *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*. Madrid. Marcial Pons y Ministerio de Asuntos Exteriores. 2010, p. 133.
- ⁸ «Informe sobre la organización y actividades de la delegación de propaganda en París y de sus principales secciones de trabajo. (s/f). Archivo General de la Administración. Asuntos Exteriores (en adelante AGA AE) 54/11040.
- ⁹ En un detallado informe, Vicens realizaba un certero retrato de la descoordinación entre las distintas iniciativas en el momento de su llegada. *Ibidem*.
- ¹⁰ Carta de presentación de Vicens al embajador a asumir Vicens su nuevo cargo (s/f). *Ibidem*.
- ¹¹ Carta de Vicens a Ángel Ossorio (23-7-37) *Ibidem*.
- ¹² De hecho, se generalizó la impresión de que ambos bandos compartían gusto por la barbarie. Sobre la misma, es imprescindible GARCÍA FERNÁNDEZ, H., «Seis y media docena: propaganda de atrocidades y opinión británica durante la guerra civil española. *Hispania. Revista Española de Historia*, 2007, vol. LXVII, n.º 226, mayo-agosto, pp. 671-692. Acerca de la propaganda hacia la opinión pública extranjera hay una extensa bibliografía, entre los que destacan SOUTHWORTH, H. R., *El mito de la cruzada de Franco* (Barcelona, 1986) e ídem, *La destrucción de Guernica. Periodismo*,

- diplomacia, propaganda e historia* (París, 1977); UCELAY DA CAL, E., «La Guerre Civile espagnole et la propagande franco-belge de la Première Guerre Mondiale, en MARTIN, J. C. (coord.), *La Guerre Civile entre Histoire et Mémoire* (Nantes, 1995); y GARCÍA FERNÁNDEZ, H., *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*. Madrid. Biblioteca Nueva. 2008.
- ¹³ Carta de Juan Vicens a Ángel Ossorio (21-7-37). AGA AE 54/11040
- ¹⁴ Carta de Juan Vicens a Ángel Ossorio (17/9/1937). *Ibidem*.
- ¹⁵ OSSORIO Y GALLARDO, A., *La España de mi vida. Autobiografía*. Buenos Aires. Losada. 1941, p. 200.
- ¹⁶ Durante la misma, se negó tajantemente a sacar el ejército a las calles, por lo que votó en contra de la declaración del estado de guerra, tras lo cual presentó inmediatamente su dimisión.
- ¹⁷ El manifiesto fundacional del Grupo veía la luz en julio de 1919 (*El Debate*, 7 de julio de 1919) de la mano de un conjunto de intelectuales encabezados por Severino Aznar. Destacaban entre los firmantes los padres Arboleya y Gafo, precursores nacionales del catolicismo social y el sindicalismo cristiano. El programa del Grupo (un programa «doctrinal y de acción») era aprobado en el Congreso obrero de 1919, bajo los auspicios del cardenal Guisasola. El hecho de tratarse de un proyecto intelectual y no político no les libró de sufrir una campaña en su contra desde las páginas de *El Siglo Futuro*, que los tachaba de heterodoxos.
- ¹⁸ El artículo de Ossorio y Gallardo, titulado «Las soluciones de la Democracia Cristiana», aparecía en *El Sol* el 19 de julio de 1932. Tras el mismo, Ossorio y Severino Aznar intercambiaron abundante correspondencia discutiendo la cuestión y las líneas que cada uno propugna al respecto (La estudia Feliciano Montero en *El movimiento católico en la España del siglo XX*. Entre el integrismo y el posibilismo, en DE LA CALLE VELASCO, M. D., y REDERO SAN ROMÁN, M. (eds.), *Movimientos sociales en la España del siglo XX*. Salamanca. Universidad de Salamanca, 2008, p. 173-193).
- ¹⁹ Sobre su figura véase LINAJE CONDE, A., «Un eclesiástico constitucionalista en la Segunda República: Jerónimo García Gallego, en *Anuario del Derecho Español*, LXVII (1997), y GARCÍA SANZ, A., Las tribulaciones de un presbítero diputado a Cortes en la II República: D. Jerónimo García Gallego (1893-1960), en MAZA, E.; MARCOS, C. y SERRANO, R. (coords.), *Estudios de Historia. Homenaje al profesor Jesús María Palomares*. Valladolid. Universidad de Valladolid, 2006.
- ²⁰ Su artículo *La question d'Espagne inconnue* es probablemente el texto que mejor sintetiza las posturas de este grupo de católicos antifranquistas (*Esprit*, 1 de noviembre de 1936).
- ²¹ Para una visión global de la zona ante la guerra española resulta muy interesante y completo MORAL RONCAL, A. M., Los Países Bajos ante la guerra civil española: La polémica del asilo diplomático (1936-1939). En *Spagna Contemporanea*, n.º 32, pp. 93-116.
- ²² BOLLOTEN, B., *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*. Madrid. Alianza Editorial. 1989, p. 60.
- ²³ Carta de José Manuel Gallegos a Enrique Moreno (31 de julio de 1937). Fons personal Enrique Moreno. Correspondencia. Biblioteca del Pavelló de la República.
- ²⁴ El más importante de los textos que Maritain dedicó a la cuestión española fue el prólogo que escribió al libro de su amigo Alfredo Mendizábal *Aux origines d'une tragédie. La politique espagnole de 1923 à 1936* (Desclée de Brouwer, París, 1937). Se trataba de una reelaboración a partir de diversas reflexiones aparecidas con anterioridad en *La Nouvelle Revue Française*.
- ²⁵ OSSORIO Y GALLARDO, A., *La España de mi vida...*, *ob. cit.*, p. 201.
- ²⁶ En sus memorias, destacaba sólo algunas obras de las aparecidas: *Impressions d'Espagne*, de M. Jezequel; *Un cas de conscience*, de Pierre Diana; *Guerre et Religion*; *Le Christ-Roi*; *L'Espagne et la paix*, del propio Ossorio, Henri Rollin, Marcel Cachin y Luis de Brouckère; *La carta colectiva de los obispos españoles*; *Réponse du P. Leocadio Lobo à la Lettre pastorale de l'Archevêque de Tolède*; *La Renaissance religieuse dans l'Espagne nationaliste*; *Catholicisme et Loyalisme*, de Enrique Moreno; *Un épisode de la lutte fratricide, Attentats et terreurs*; *La rébellion militaire en Espagne*, de Ceferino González; *Doy fe*, de Ruiz Vilaplana; *Yo he creído en Franco*, de Francisco González; *Lo que han hecho en Galicia, Así asesina falange*, de Gabarain; *Alegación en defensa de los derechos del príncipe Don Cayetano de Borbón Parma a la corona de España*; *Un año con Queipo de Llano*, de Bahamonde; *La guerre pour les matières premières en Espagne*, de Frank C. Honighen; *Derrière les coulisses de la guerre d'Espagne*, por Jean Petit; *Carta abierta al cardenal Verdier*; *Un artículo del Times sobre España*; *Sur le front de la Liberté*, de Altmaier; y *El pronunciamiento de 18 juillet 1936*, de Sarrahaill. *Ibidem*.
- ²⁷ La cuantía de las partidas destinadas a la edición lastró otras actividades de la Delegación de Propaganda. Sin embargo, el éxito obtenido por el libro *Doy fe*, de Antonio Ruiz Villaplana animó a Ossorio a seguir en la misma dirección a pesar de las críticas. En GARCÍA, H., «La delegación de propaganda de la República en París, 1936-1939». En http://www.ahistcon.org/docs/murcia/contenido/pdf/15/hugo_garcia_fernandez_taller15.pdf.
- ²⁸ Un informe anónimo titulado *De la propagande espagnole en France* criticaba estas dificultades, aportando el ejemplo de un editor francés que no había logrado la documentación que requería para un especial titulado *España invadida* en cuatro días. (AMAE, Archivo de Barcelona. Ministerio de Estado. Archivo Julio Alvarez del Vayo. Caja Re-140. Carpeta 8. Prensa y propaganda).
- ²⁹ Interventían el 7 de noviembre en la Casa de España de Bruselas dentro del ciclo de charlas La rebelión militar vista desde Madrid. Una segunda conferencia tenía lugar en la Brasserie Flammande, con presencia de destacadas figuras socialistas. Se publicaban los textos de las conferencias en el folleto *Deux prêtres espagnols parlent de la tragédie de l'Espagne*. Anderlecht, Ed. S. Hiernaux, rue Ronsard, 2.
- ³⁰ Así lo refiere en sus memorias, publicadas como GALLGOS ROCAFULL, J.M. *La pequeña grey. Testimonio religioso sobre la guerra civil española*. Barcelona. Crítica. 2007.
- ³¹ DE IRUJO, M., *Un vasco en el Ministerio de Justicia. Memorias*

2. *La Cuestión religiosa*. Buenos Aires. Ekin, 1978, p. 166
- ³² Sobre el tema, es imprescindible el estudio de DE RIQUER, B., *El último Cambó. 1936-1939*. Grijalbo (Barcelona, 1997).
- ³³ Véase al respecto de la misma, DELGADO GÓMEZ-ESCALONILLA, L., *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*. CSIC (Madrid, 1992), p. 76. Centrado sobre todo en la posguerra, MASSOT I MUNTANER, J., *Joan Estelrich i la propaganda franquista a París*, CARBÓ, F. (ed.) *Les literatures catalana i francesa: postguerra i engagement*. Barcelona. Abadía de Montserrat. 2000, pp. 261-297.
- ³⁴ Le dedica un breve estudio PORCIELLO, M. en «La replica di Jose Manuel Gallegos Rocafull alla «Carta Colectiva del 1937 dei vescovi spagnoli, en GROSSI, G. (coord.), *Orillas. Studi in onore di Giovanni Battista De Cesare*. Edizioni dei Punguro (2001, Salerno).
- ³⁵ L.A.E. Bureau 81-7, Boulevard Haussmann (Paris, s/f) y The Friends of Spain (London, 1937). Joan Vilar I Costa refiere también la existencia de una edición en alemán: (J. Gallegos Rocafull) *Christus of (sic) Franco. Naar aanleiding van den gemeenschappeñijken brief der Spaanische Bisschoppen*. De Vrije Pers-Bussum. En J.V.C. *Montserrat. Glosas a la Carta Colectiva de los obispos españoles*. Instituto de Estudios Católicos (Barcelona, 1938).
- ³⁶ *La Carta Colectiva de los Obispos Españoles*. Imp. Centrale, 5 rue Erard, París, 1937, p. 24.
- ³⁷ Editions des Archives Espagnols. Paris, 1937.
- ³⁸ El folleto recogía en buena medida la decepción con que los sectores católicos antifranquistas recibieron la respuesta del cardenal Verdier a la Carta colectiva de los obispos. Verdier había tardado en sumarse a los obispos que se adherían al pronunciamiento de sus correligionarios hispanos. Por ello, la propaganda franquista publicitaria la respuesta del parisino, al poner punto y final a su pretendida afinidad con los sectores republicanos. Sin embargo, Verdier se sumó finalmente a los obispos españoles, posiblemente tratando de evitar una escisión interna dentro de la Iglesia francesa en lo referente a la cuestión española.
- ³⁹ Proyecto para la propaganda católica AGA AE 54/11040.
- ⁴⁰ *Ibidem*.
- ⁴¹ Carta de Juan Vicens a Ángel Ossorio (24/10/1937). AGA AE 54/11040.
- ⁴² *Ibidem*
- ⁴³ Carta de Juan Vicens a Jaime Carner (25/5/1938) AGA. Asuntos Exteriores. 54/11040
- ⁴⁴ GARCÍA, H., *ob. cit.*
- ⁴⁵ Conversación de Carlos Esplá y Manuel Azaña, 15 de diciembre de 1937. Cit. en ANGOSTO VÉLEZ, P. L., *Sueño y pesadilla del republicanismo español. Carlos Esplá: una biografía política*. Madrid. Biblioteca Nueva. 2001 p. 305.
- ⁴⁶ AZAÑA, M., *Memorias políticas y de guerra*. Madrid. Afrodisio Aguado. 1981. (4/10/1937) Vol. 4, p. 811.
- ⁴⁷ La correspondencia acerca de la cuestión testimonia el afán de Ossorio por ganarse al Nuncio. AGA Asuntos Exteriores 54/11063.
- ⁴⁸ Era procesado «en rebeldía» por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo en 1945. Sobre el proceso, véase RUIZ MUÑOZ, M., *El otro frente de guerra: Bibliotecas contra la incultura. Aproximación a través*

de la documentación conservada en el Archivo General de la Guerra Civil Española, en *Actas del Congreso Internacional La Guerra Civil Española (1936-1939)*. Madrid. Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales. 2006.

***La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Ed. Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, págs 429.**

La sociedad española en la Transición es, ante todo, un libro completo, capaz de enfocar con precisión el papel desarrollado por los movimientos sociales durante la época de la Transición Española a la democracia. El libro está editado por Rafael Quirosa-Cheyrouze y Muñoz y representa el fruto del esfuerzo colectivo de numerosos investigadores durante el Congreso Internacional de «Historia de la Transición en España. Sociedad y Movimientos Sociales». La finalidad de esta obra es la de afrontar un tema aún poco debatido en los círculos de los historiadores, que consiste en analizar las múltiples dinámicas que se devinieron en la Transición. Sobre este tema, uno de los elementos destacados es el polimorfismo, sea asociativo o territorial, que la lucha por la democracia suscitó en la población civil española de la época. En definitiva, una primera reflexión que se desprende del libro es el protagonismo ejercitado por los ciudadanos a través de los distintos movimientos sociales tanto en oposición al franquismo como en presionar los primeros gobiernos después de la muerte del general. El libro está estructurado en cuatro partes distintas por núcleos temáticos.

La primera parte analiza los planteamientos generales ligados a la Transición y a los movimientos sociales. Compuesta por seis intervenciones, esta parte ofrece una síntesis de los objetos estudiados en el marco conjunto de la relación entre el caso español y otros casos nacionales parecidos, como el portugués o el chileno. Los capítulos inherentes al caso español han sido editados por Ismael Saz Campos, Sebastian Balfour y Óscar J. Martín García, Enrique Laraña Rodríguez-Cabello, mientras que Raquel Varela, Ricardo Martín de la Guardia y Manuel Antonio Garretón editaron respectivamente el caso de la Transición democrática en Portugal, los casos de la Europa del Este y la democra-

tización política chilena. Las intervenciones relativas a la Transición política española ofrecen una previa descripción de las interpretaciones hegemónicas en tal fenómeno, añadiendo pero, la necesidad de ampliar el abanico de los actores relevantes. El protagonismo de la sociedad civil manifestado de múltiples formas –desde la lucha obrera hasta las revueltas estudiantiles, y del movimiento vecinal hasta el nacionalismo vasco y catalán– sirvió, según los autores, para crear una presión social de base e independiente capaz de favorecer que las elites reformistas apostaran por el proceso transicional.

El segundo bloque está dirigido al análisis del rol jugado por las organizaciones de trabajadores y de empresarios. Las distintas siglas sindicales tuvieron, según los autores, una parte relevante en la derrota del franquismo y sobre todo, en la fundación de los cimientos de la democracia, sea a través de las acciones de protesta o en la formulación de acuerdos capaces de consolidar las relaciones industriales. Dominado por las relaciones políticas entre sindicatos y partidos, y en el rol de la CEOE en el proceso de Transición, esta parte se ocupa de describir el pasaje desde las reivindicaciones rupturistas de los sindicatos hasta la firma de acuerdos de concertación. Álvaro Soto Carmona analiza la necesidad de ruptura de los sindicatos españoles en el momento de distanciamiento del modelo de sindicalismo vertical propio de las organizaciones franquistas. Abdón Mateos López analiza las diferentes posiciones y sensibilidades en la relación entre el PSOE y la UGT en la larga etapa que desde la mitad de los años cincuenta conduce a la huelga general de Diciembre de 1988. Carme Molinero Ruiz estudia, además, el papel de la CCOO durante los últimos años del franquismo y los consiguientes cambios estructurales de la organización a partir del 1977. Manuel Redero San Román se ocupa detalladamente de la acción de la UGT en las dos diferentes fases, la que precede el año 1979 dominada por la defensa de las secciones sindicales y la preeminencia de un lenguaje radical hasta el cambio estratégico a

favor de la lógica de concertación. El panorama del sindicalismo radical es tratado por Rubén Vega García que subraya como a pesar de las diferencias entre las distintas siglas sindicales, dicho sindicalismo apostó por el enfrentamiento a los pactos sociales y las políticas de austeridad frente a la crisis económica. Por último, Ángeles González Fernández describe las posiciones mantenidas por la CEOE en el dúplice tentativo de defender sus intereses corporativos y romper el equilibrio sindical en favor de los planteamientos pactistas de la UGT en contra del tentativo unitario abordado por la CCOO.

La tercera parte contempla el análisis de los llamados «nuevos» movimientos sociales. Con esta definición los autores hacen mención a las acciones efectuadas durante los últimos años del régimen franquista y los años de la Transición por parte de las asociaciones de vecinos, los estudiantes, la Iglesia, las mujeres, los pacifistas y los marginados. El carácter común a los diferentes sectores de protesta nos permite reconocer un interesante filón de análisis sobre la incapacidad del régimen de responder a las demandas de una sociedad avanzada. La pérdida del orden y del bienestar social, representó un elemento significativo en la deslegitimación del régimen y de sus políticas, mientras que las asociaciones supieron escuchar y hacerse escuchar por la ciudadanía, realizando un proceso de selección de un nuevo personal político funcional al desarrollo de la Transición. Rafael Quiroza-Cheyrouze y Mónica Fernández Amador describen el movimiento vecinal destacando la importancia que dicho movimiento tuvo en los barrios y en la creación de identidad y conciencia democrática por la población urbana. Alberto Carrillo-Linares se centra en el papel de los universitarios y de la relación ambigua de éstos con los partidos políticos. Estos últimos pudieron actualizar sus propuestas políticas gracias a los debates surgidos en las aulas universitarias, pero aniquilando el movimiento estudiantil una vez que consideraron oportuno actuar únicamente según los canales clásicos

de la democracia representativa y competición electoral. El movimiento católico es analizado por Juan Manuel Guillen Mesado. El autor analiza el camino del distanciamiento progresivo del clero de la jerarquía franquista, a través de la fase que desde el Concilio Vaticano II condujo las parroquias y los curas a apoyar, más o menos abiertamente, los movimientos de protesta. Montserrat Duch Plana detalla la protesta protagonizada por las mujeres y los movimientos feministas en aquellos años. Subrayando las distintas almas de dichos movimientos, en particular el «feminismo autónomo» y el «feminismo de igualdad», la autora reconoce a tales movimientos una función importante en la ruptura del modelo social heredado del franquismo y en la creación de una cultura política apta al establecimiento de los valores democráticos occidentales. Pedro Oliver Olmo se ocupa de los movimientos de No Violencia, antimilitaristas y objetores de conciencia, destacando el carácter independiente de estas asociaciones de los partidos políticos y de los grupos más politizados. Por último, Gonzalo Wilhelmi Casanova describe las actividades de los grupos considerados marginados, incluyendo en esta categoría los homosexuales, presos comunes y discapacitados. Entre ellos, aunque todos tuvieron una función de sensibilización y renovación cultural en la ciudadanía, las asociaciones de presos comunes fueron las que tuvieron más dificultades en expresar sus protestas durante los años de la Transición.

El cuarto y último bloque del libro trata de la acción de la sociedad civil en las regiones de Cataluña, País Vasco, Andalucía, Asturias, Castilla-La Mancha y Murcia. A pesar de las diferencias de tipo sociopolítico de cada región, los movimientos de reivindicación y de lucha contra el franquismo suscitaron formas autónomas de protesta. Pere Ysàs Solanes describe la amplia y notable presencia antifranquista bajo las distintas formas de asociaciones, desde las de los trabajadores pasando por las estudiantiles y vecinales. La característica principal de dichas

formas de antifranquismo fue la conexión entre ellas y los ámbitos del catalanismo cultural y político que permiten al autor cuestionarse la particularidad del caso catalán. Por otro lado, Raúl López Romo y José Antonio Pérez analizan la relación entre las reivindicaciones nacionalistas y los movimientos antifranquistas. El análisis, en particular del movimiento abertzalista, muestra como la radicalización de la protesta antifranquista utilizó vías propiamente terroristas y como el radicalismo abertzalista se conectó con los movimientos obreros, antinuclear y feminista. Francisco Cobo Romero observa el caso andaluz remarcando la acción llevada a cabo por los trabajadores de la tierra, en particular los jornaleros. En Andalucía los movimientos de protesta, tuvieron de hecho, un carácter particularmente campesino, pero no por esto de intensidad inferior respecto a los casos antes citados. Referente a Asturias, Francisco Erice Sebares muestra lo característico de la región cántabrica, subrayando el papel de las organizaciones obreras y del asturianismo. En esta región, durante los años de la transición a la democracia el asturianismo como fenómeno más cultural que político tuvo un carácter de natura peculiar en la evolución de las protestas contra el franquismo. Por lo que concierne el caso de Castilla-La Mancha, Manuel Ortiz Heras subraya como las formas de protestas tuvieron un carácter más cualitativo que cuantitativo, acompañando las movilizaciones y las huelgas con el cambio electoral durante las diferentes votaciones. Por último, Carmen González Martínez y Fuensanta Escudero Andújar analizan la Transición en Murcia, añadiendo a los temas del obrerismo y de las manifestaciones estudiantiles, interesantes testimonios de víctimas de la represión violenta de entonces que nos recuerdan como durante la Transición no fueron pocas las experiencias de violencia y vejaciones cuya memoria no debe ser olvidada.

En conclusión, se pueden definir algunas consideraciones finales de carácter general para aclarar cual es la contribución de esta

obra. La primera es resaltar como la cronología propia del desarrollo del asociacionismo es generalmente convergente en todo el territorio español. El proceso de toma de conciencia y de acción de los movimientos antifranquistas empezó aproximadamente en el 1964, año de la Ley de Asociaciones. Desde entonces, y pasando por la crisis de gobierno del 1969, muchos españoles en dificultad por la crisis económicas empezaron a buscar nuevas formas y estrategias de protesta por las políticas del régimen franquista, acabando con el renacimiento del asociacionismo. Desde entonces hasta el año 1977 se asiste a la subida de las acciones de protesta protagonizadas por distintos grupos sociales, sindicatos de trabajadores, asociaciones laborales, estudiantil, vecinales y culturales que quisieron manifestar su intento de influenciar y participar en la vida colectiva española. Desde el septiembre del 1977, con los Pactos de la Moncloa hasta el verano de 1979, con la firma del Acuerdo Marco Interconfederal entre la patronal CEOE y el sindicato socialista UGT, las olas de protestas persistieron pero perdieron intensidad. Es desde entonces que el protagonismo de las asociaciones empieza a perder visibilidad, sustituida por la acción partidista. La segunda consideración es de carácter político y reconoce en los movimientos sociales un papel relevante como fuente de legitimación y de propulsión de la acción colectiva contra el franquismo. Sus acciones fueron importantes en difundir el deseo cívico de mejorar las condiciones de vida y de libertad, determinando en el régimen un punto de inflexión en su legitimación popular. Perdido el orden y el bienestar, las élites franquistas no eligieron un camino hacia la democracia, sino que fueron obligadas a tomar esta elección. Cambios de actitud, de mentalidad y de acciones políticas influyeron también en el conjunto de los partidos españoles, cuyos planteamientos ideológicos y programáticos fueron influidos por las reivindicaciones de las asociaciones. Si, entonces, las interpretaciones hegemónicas de la Transición española recono-

cen en los cambios sociales y económicos de los sesenta el origen del proceso de democratización, este libro demuestra que no hay que olvidar la acción consciente de individuos, colectivos políticos o grupos sociales como una de las claves de interpretación de la misma Transición.

Luca Costantini
Università di Bologna-UNED

CARLOS NAVAJAS ZUBELDIA

Leales y rebeldes. La tragedia de los militares republicanos

Madrid, Síntesis 2011, 265 páginas

Carlos Navajas ha realizado en este libro una interesante aportación al análisis global de uno de los colectivos más desatendidos tradicionalmente por la historiografía española: los militares republicanos. Aunque el propio autor y el prologuista de la obra, Paul Preston, incluyen esta obra dentro del género de la alta divulgación —en alusión fundamentalmente a la utilización de fuentes bibliográficas como referente primordial—, el texto presenta una serie de peculiaridades que lo convierten en una interpretación original de la trayectoria paralela del desarrollo de la República como opción política en España y la evolución histórica de una parte del Ejército que se declaró cercana a esos planteamientos. Quizás la particularidad más significativa consiste en la utilización del «tiempo largo» en la deriva del sector del Ejército vinculado ideológicamente a la república. Carlos Navajas hace una novedosa interpretación enlazando la historia de los militares que se implicaron en el establecimiento de la Primera República —nunca especialmente atendidos por los estudios históricos— y los que tuvieron una implicación en la Segunda, ya sea en su implantación, en su desarrollo durante el tiempo de paz, o en su defensa durante la contienda. Por otra parte, el autor tiene la pretensión general de analizar los grandes problemas que afectaron al sector prorrepblicano del ejército que se mostró favorable a la implantación de esta forma de

Estado, como trasunto de una democratización general de la vida política en España, desde el último tercio del siglo XIX hasta la actual democracia, pero no desatiende el componente humano, la particularidad que se esconde en cada una de las trayectorias profesionales de los protagonistas, combinando lo que el mismo autor considera una necesaria «macrohistoria» de los militares republicanos, con una historia de trayectorias individuales. Navajas centra su análisis en un sector que nunca fue mayoritario dentro del Ejército, ni siquiera en el Ejército republicano en tiempos de la Guerra Civil, cuando los «leales geográficos» y los circunstancialmente inscritos en el Ejército republicano superaron con creces a los militares «de todo corazón leales a la República».

En el primer capítulo, Carlos Navajas desbroza las posiciones de los militares que apoyaron la Primera República y las propuestas de reformismo en las políticas de defensa que se dieron en ese periodo, que posteriormente servirían de base para la reflexión sobre el problema del ejército y su relación con el poder político durante la Segunda República, destacando la tarea del brevísimo pero significativo ministerio de Nicolás Estévanez al frente de la cartera de Guerra. Por otra parte, el Sexenio Revolucionario estimuló una fuerte tendencia antirrepublicana dentro del ejército, de tal manera que, entre 1886 y el golpe de Estado de Primo de Rivera, es muy complicado encontrar militares comprometidos con la República. En el texto encontramos también una reflexión sobre el modelo de pronunciamiento republicano durante el régimen de la Restauración y del insurreccionismo promovido por Ruiz Zorrilla al que atribuye una doble composición, ideológica y corporativa. Según el autor, fue esta última, utilizando el malestar crónico de algunos sectores del Ejército, la que fue utilizada por el republicanismo para atraerlos a su causa. Pero en este naciente modelo, en el cual, a pesar de la utilización de la estrategia parlamentaria o legalista, nunca se abandonó completamente la vía insurreccional, se encuentra la génesis de

la enorme contradicción republicana: utilizar al Ejército para derrocar un régimen ilegítimo supondría que el propio Ejército se sentiría autorizado a decidir sobre la legitimidad de cualquier régimen.

En la interpretación de este movimiento prorrepblicano dentro del cuerpo militar, según el autor, desempeña un papel importante la progresiva deriva hacia el republicanismo del descontento contra Primo de Rivera. Desde el análisis de los orígenes remotos, en la sanjuanada, el conflicto artillero y la creación de la Asociación Militar Republicana y la Unión Militar Republicana, la republicanización es la evolución de un malestar que no era, en principio, esencialmente antimonárquico, pero que finalmente terminó siéndolo. Sin embargo, según el autor, gran parte de las causas que gestarían la insubordinación del Ejército al poder civil durante la Segunda República se encuentran en la ceguera de la izquierda española que no puso reparos a la utilización de la vía insurreccional para deponer la Monarquía, aunque finalmente sería la victoria electoral la que permitiría la llegada del nuevo régimen.

En la interpretación del programa reformista de Azaña, Carlos Navajas carga las tintas en los errores que, a su juicio, impidieron que la nueva legislación surtiera los efectos ansiados. El error que el autor considera fundamental tiene una innegable base jurídica y consistía en la utilización de los conceptos «legalidad-ilegalidad». Según el autor, la revisión republicana de la legislación de Defensa se basaba en la ilegalidad del régimen dictatorial y en la aceptación de la legislación anterior a su implantación, de tal manera que se establecía como antecedente inmediato una ley, la de 29 de junio de 1918, que era legal pero ilegítima en el fondo, ya que su origen se debía al pretorianismo que ejercieron las Juntas Militares de Defensa sobre el poder civil. Sin embargo, a pesar de este análisis —a mi juicio excesivamente jurídico— del gran problema militar, en el libro se repasa cada uno de los problemas que aquejaron al Ejército durante la Segunda Repú-

blica, el papel individual que asumieron los militares más relacionados con la propia reforma militar, para considerar, finalmente, que Azaña y la República no consiguieron dominar el factor temporal, lo que imposibilitó que cuajara la necesaria neutralidad política de los militares.

Sin descartar la reflexión sobre la creación de la Unión Militar Española (UME) y la UMR en el tiempo del bienio radical-cedista y las relaciones políticas que establecieron ambas sociedades, atribuye a la última un peso fundamental en el fracaso del golpe en dos de sus plazas fuertes: Madrid y Barcelona. Por otra parte, el autor señala la politización del bando republicano frente al apoliticismo generalizado del Ejército golpista, lo que no deja de ser tremendamente paradójico. En lo referido a la guerra civil, Navajas trata cada uno de los problemas clásicos de interpretación del Ejército republicano, entre los que destacan la irrupción de las milicias en la organización de la institución militar, la dirección política de la guerra, la vinculación de los militares con los partidos políticos, el desarrollo de las funciones de Control e Información por parte de los militares, el peso del comunismo en la política de guerra a través de diversos mecanismos y la incorporación del simbolismo revolucionario en la institución armada, para concluir con una acusación formal al golpe de Casado que, según el autor, no solo imposibilitó la resistencia que hubiera permitido incorporar el conflicto español en la inminente contienda europea, sino que hizo imposible una retirada escalonada del Ejército que hubiera salvado numerosas vidas.

Sin embargo, creo que una de las partes más interesantes de este libro consiste en la recuperación de las trayectorias de los militares en el panorama de represión y exilio que se vivió tras la guerra. Buceando en una multiplicidad de fuentes bibliográficas dispersas y aisladas, el autor consigue trazar una síntesis extremadamente representativa del destino que encontraron los militares que habían apoyado y defendido a la República, desde la recopilación de los fusilamientos durante la guerra civil, a las ejecuciones

en la posguerra, las condenas penitenciarias y las expulsiones del Ejército, así como otras formas de represión que sufrieron los militares republicanos, entre las que destacan los juicios por responsabilidades políticas o por la represión específica de la masonería. En el caso de los militares que pasaron a engrosar las filas de exiliados, Navajas repasa las trayectorias personales de cada uno de ellos. En este trabajo, inevitablemente, se pasa de un contenido analítico a una descripción suficientemente pormenorizada de la situación personal en que quedaron los jefes profesionales o de milicias más destacados, sin olvidar, sin embargo, las funciones que desempeñaron los militares que formaron parte del Gobierno de la República en el exilio. En esta misma línea, el autor atiende los casos de aquellos militares que decidieron volver a España durante el franquismo o en el periodo democrático, considerando que aún no se ha solucionado el problema de las reparaciones y afirmando que la amnistía militar se convirtió en la asignatura pendiente de la democracia.

Parte del interés que reviste este texto se encuentra en dos aspectos: en primer lugar, la originalidad de analizar el republicanismo dentro del Ejército como un todo único durante los dos últimos siglos, en una primera parte manifiestamente analítica en la que se repasan las grandes cuestiones de la historia militar de nuestro país hasta la finalización de la guerra civil, concluyendo la existencia de un movimiento no interrelacionado entre los dos periodos republicanos, que se expresó a través de dos grandes «brotes» en la historia de España, sin solución de continuidad y a pesar de las posibles apariencias de similitud; y en segundo lugar, un trabajo de síntesis descriptiva de una buena parte de las trayectorias personales y profesionales de todos aquellos militares que se vieron severamente perjudicados por su condición de leales a la República, lo que los convertía en rebeldes para el régimen nacido precisamente de una sublevación militar.

Manuela Aroca Mohedano

DANIEL LANERO TÁBOAS

Historia dun ermo asociativo. Labregos, sindicatos verticais e políticas agrarias en Galicia baixo o franquismo

A Coruña, Tresctres, 2011, 589 pp.

Durante la tensa primavera de 1943, el jefe provincial de FET-JONS de A Coruña aprovechaba el proceso de constitución de las Hermandades de Labradores y Ganaderos para desarrollar una serie de actos de afirmación nacional-sindicalista en el agro. Betanzos o Pontedeume fueron algunos de los municipios a los que se desplazó la mayor parte de los mandos provinciales de la CNS, con el fin de «*vencer el eterno recelo e individualismo que es característica principal en el campesinado gallego en general y en particular del de esta provincia*». La cita es sólo un ejemplo de un juicio recurrente. Calificativos como «individualismo», «apatía», «recelo» poblarán los informes sobre el campesinado no sólo coruñés, sino también lucense o pontevedrés. El supuesto individualismo, y desinterés asociativo era tipificado como un rasgo innato, y por ende atemporal, del campesinado gallego y ayudaba a entender no sólo el fracaso de FET-JONS, y sus diferentes delegaciones, para penetrar en Galicia, sino también sus dificultades a la hora de implementar las políticas de control de precios y abastecimientos.

No obstante, durante los últimos años, la historiografía, en general, y muy especialmente el grupo de investigación de la Universidad de Santiago de Compostela, HISTAGRA, ha puesto en tela de juicio la supuestamente «innata» desidia asociativa del campesinado gallego. Más aún, ha defendido que aunque el enorme despliegue represivo puesto en marcha por la dictadura no fue su causante sí acrecentó un comportamiento que, de existir, estuvo ligado a otros factores sociales, y por ende, históricos. Así, autores como Lourenzo Fernández Prieto o Antonio Míguez han estudiado no sólo el asociacionismo y repertorios de protesta de los

movimientos sociales en la Galicia del primer tercio de siglo XX sino, también, la saña desplegada por el régimen franquista a la hora de destruir cualquier signo de entramado asociativo contestatario. Un asociacionismo que, como ha mostrado Miguel Cabo, no sólo existió en las ciudades sino también en el campo teniendo una importancia nada desdeñable a la hora de construir prácticas y usos cívicos y, sobre todo, de la renovación productiva y eficiencia de las explotaciones agropecuarias. Formas y prácticas de sociabilidad proscritas por la dictadura que, no obstante, están en parte presentes en algunas de las manifestaciones de resistencia civil desarrolladas por el campesinado gallego durante los años cuarenta y cincuenta.

Historia dun ermo asociativo. Labregos, sindicatos verticais e políticas agrarias en Galicia baixo o franquismo se inserta de lleno en estos debates y horizontes, si bien los contempla bajo otro prisma. Daniel Lanero se pregunta sobre la capacidad de la dictadura franquista para crear espacios de adhesión y/o conformidad a partir del análisis de la acción política de las Hermandades de Labradores y Ganaderos en Galicia durante las cuatro décadas que duró la dictadura. Una propuesta muy pertinente por tres razones. La primera es que amplía, y complementa el análisis realizado por Ana Cabana sobre los apoyos sociales, fundamentalmente los no institucionalizados, de la dictadura en Galicia. La segunda consiste en que se inserta en dos de los debates más fecundos de la historiografía internacional sobre las dictaduras de entreguerras y que, como ha puesto de manifiesto recientemente, el autor conoce perfectamente: el del encuadramiento del campesinado y el desarrollo de políticas fascistas en el agro europeo y el de las actitudes sociales de la población en las dictaduras fascistas y fascistizadas. La tercera es que, a pesar de las tremendas dificultades con que lidió, cualquier institución que se mantenga durante cuatro décadas y que asuma el control, o parte del control, de cuestiones tan importantes como el reparto y distribución de semillas,

abonos o pesticidas, o de los débiles sistemas de previsión social y de salud tuvo que conseguir, por fuerza, algún éxito proselitista en el mundo rural. Un calado que, por otra parte, las propias investigaciones de Daniel Lanero o Alba Díaz-Geada, sobre los años sesenta y setenta en el campo gallego han constatado.

Todas estas apreciaciones justifican, sobradamente, la realización de una tesis doctoral sobre las Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos, y su ulterior publicación. Máxime cuando las Hermandades no son, a pesar de algunas excepciones puntuales, las instituciones mejor conocidas por la historiografía sobre el franquismo. Una situación más grave, si cabe, para los años cincuenta —que el autor afronta de manera valiente, elegante y comparativa— o incluso para los sesenta y setenta —en donde se puede apoyar en más bibliografía y documentación—. El trabajo es, también, una nueva mirada sobre una institución falangista que, últimamente, vuelve a cobrar protagonismo entre los especialistas: el Sindicato Vertical. Si, gracias a Francisco Bernal o Álex Amaya, contamos con nuevos relatos sobre las competencias, dificultades, propaganda y funcionamiento real de la CNS en los años cuarenta y sesenta; Daniel Lanero nos dibuja esta institución a lo largo de toda la dictadura pero, perfilándola, desde una esquina marginal de su enorme aparato burocrático. El resultado es revelador e ilustrativo del peso real del campo, y el campesinado, entre los dirigentes falangistas y franquistas. Algo que se refleja, perfectamente, en el quinto capítulo.

Historia dun ermo asociativo es, en definitiva, un enorme trabajo. Enorme por su volumen —585 páginas agrupadas en tres grandes bloques en los que se distribuyen sus once capítulos—, por la gran ambición de sus objetivos —que, no obstante, se van cumpliendo con la paciencia y humildad propias de un artesano de la historia—, por la infatigable consulta de, probablemente, toda la documentación y bibliografía disponible y, finalmente, por el uso, continuo, de diferentes

escalas y lentes que nos llevan de la realidad local más minúscula a la europea –pasando por la escala provincial, regional y estatal.

Un libro, no obstante, que no es de fácil lectura –al menos para los que no sean especialistas–. Esta dificultad se agrava por una edición a primera vista atractiva, pero que obliga, continuamente, a buscar las gráficas, cuadros y referencias bibliográficas al final de cada capítulo. Por otro lado, la virtud de documentar, o apoyar en bibliografía, la mayor parte de afirmaciones sostenidas en el texto lo convierten, en algunos pasajes, en algo denso y farragoso.

La mayor virtud de la obra tiene mucho que ver con la cita de Albert Einstein que abre el libro: *Lo más importante es no dejar de hacer(se) preguntas*. Daniel Lanero no ofrece respuestas fuertes sobre la capacidad de las Hermandades para generar apoyos, o si éstas supusieron la erradicación radical de hábitos políticos previos, sino que sus respuestas siempre son muy concretas y matizadas, exponiendo aquellas políticas que permitieron ganarse el apoyo de sectores concretos –como la Obra Sindical de Previsión Social o la 18 de julio–, describiendo aquellos aspectos de las Hermandades que más apreciaba, pero también los que detestaba o contemplaba con frialdad el campesinado gallego. Un ejemplo evidente eran las obras e infraestructuras promovidas por las Hermandades que, *de facto*, suponían la autoexplotación de la mano de obra campesina de los municipios. Evidentemente, esas mejoras eran útiles para la comunidad, pero también era notorio que el esfuerzo recaía sobre los labriegos que, al tiempo, veían cómo la propaganda franquista, y los notables locales, se atribuían todo el éxito. Algo que, como ha mostrado Sharon Roseman, todavía recuerdan en la actualidad, adjudicando diferentes valores y connotaciones a las obras y su construcción.

Algo similar ocurre con la defensa de la tesis de la ruptura del personal político que dirimió los asuntos en el campo con respecto al de épo-

cas precedentes. Si bien el autor defiende esta tesis general, ello no es óbice para que explique diferentes casos en los que los viejos políticos siguieron teniendo peso –como el caso del sacerdote Leandro del Río Carnota–, o en los que persistían las influencias y prácticas políticas antiguas –como Antonio Puig Gaité que vio pasar a todos los gobernadores civiles que la dictadura destinó a Pontevedra mientras manejaba «os fíos da política pontevedresa dende a rebotica da farmacia da súa familia na capital» (p. 298). Lanero no abandona ahí el análisis, sino que también explica cómo determinados puestos en las Hermandades, como el de secretario, permitió que algunos de ellos construyeran tupidas redes clientelares gracias al control de la obra de Previsión Social. Los fuertes lazos personales pacientemente construidos durante el franquismo facilitaron el ascenso social de algunos «avispados» bien en la política durante la Transición a la democracia o bien en empresas y entidades bancarias ligadas al sector agroalimentario (pp. 351-360).

Dado el tamaño y enjundia del trabajo, en sus páginas se encuentran muchas más tesis y debates que merecería la pena reseñar y discutir –el referido al valor concedido a prácticas como el estraperlo, el de las relaciones establecidas entre técnicos (ingenieros) y políticos (sindicalistas) en el desarrollo de la política agraria o el del impacto de la política de colonización– pero, de hacerlo, esta crítica excedería su carácter informativo y escueto. En cualquier caso, sí merece la pena volver a subrayar el valor de una obra llamada a convertirse en una cita obligada de los trabajos venideros sobre la dictadura franquista.

Óscar Rodríguez Barreira

PILAR DOMÍNGUEZ PRATS

De ciudadanas a exiliadas. Un estudio sobre las republicanas españolas en México

Madrid, Fundación Largo Caballero-Ediciones Cinca, 2009, 310 pp.

ISBN: 978-84-96889-38-5

La nueva obra de Pilar Domínguez, actualización de *Voces del exilio. Mujeres españolas en México, 1939-1950*, aparecida en 1994, constituye una visión excepcional del exilio español de 1939 a México, expuesto, entendido, y en buena parte vivido, a través de la experiencia de las mujeres, protagonistas de ese drama –tragedia, en muchos casos– único en la historia de la España contemporánea. Se trata de un relato coral en el que se dejan oír las voces de las mujeres, una pluralidad no disonante, pero sí divergente, lo suficiente como para hacer llegar al lector en toda su complejidad la experiencia única del exilio, desde la pérdida de la tierra propia hasta la instalación en la nueva, con toda la suerte de peripecias, dificultades y riesgos que ello comportaba.

El libro recoge en detalle los tres momentos radicales de la vida exiliada: el éxodo, el traslado y la instalación y acomodación, provisional al principio, definitiva en muchos casos, con el estudio de los innumerables problemas que surgen en cada una de esas etapas. Pero, recalamos, el recorrido se hace a través de la voz, poco conocida, relegada hasta este estudio, de la mujer exiliada. Una mujer, la española, que había conquistado el estatuto de ciudadana en la Segunda República y ya no quiso perderlo en el exilio, tanto insertándose en las nuevas condiciones sociales y económicas del país de acogida como manteniendo vivo y activo, como acicate político, el recuerdo, la memoria de aquel tiempo.

La excepcionalidad señalada de este estudio radica en la recogida y uso del testimonio oral, una muestra amplia, exhaustiva, de voces femeninas. Desde ellas, y por ellas, la autora transmite su vivencia del exilio, diferente, y por ello en-

riquecedora, de la masculina, más habitualmente estudiada, y a veces considerada exclusiva.

Defensora de la historia oral, la profesora Domínguez combina los múltiples testimonios de primera mano –en buena medida recogidos por ella misma, lo que transmite al lector una impresión de cercanía– con las fuentes documentales. En el testimonio oral cabe esa variedad y pluralidad de voces, las de las profesionales, intelectuales y políticas, y la de las mujeres de formación menor y humilde condición social. El libro se enriquece con la aportación de imágenes, fotografías de la época, muchas de ellas poco conocidas, ilustradoras de los momentos, lugares y, sobre todo rostros, de las protagonistas, las exiliadas españolas.

Un primer apartado está dedicado al nacimiento de la conciencia femenina –y feminista– en la historia de España del siglo XX, que culminaría en el período de la Segunda República y tiene como mejor exponente la adquisición del derecho de sufragio –no sin controversia entre las afectadas– pero también el divorcio y otros avances sociales. Muchas de las protagonistas de estas largas luchas engrosan después las filas del exilio. El estudio de Pilar Domínguez las acompaña en los tres grandes momentos o etapas del exilio ya señaladas, analiza los retos y expone las respuestas que dan las mujeres en cada uno de ellos.

Las circunstancias del éxodo femenino al final de la Guerra Civil están analizadas en profundidad. Si bien en las mujeres pesan las «circunstancias familiares», de cara al hecho ineluctable del exilio, la conciencia y la posición política son determinantes, cualquiera que sea el nivel cultural de cada una de ellas. Sus dificultades para emigrar y ser aceptadas, cuando viajan solas, son mayores que para los varones, tanto para abandonar la primera etapa del destierro, Francia, como para el traslado a México, lo que se hace patente en el análisis de la autora de las infraestructuras políticas creadas al efecto.

El establecimiento de las españolas en México comportó dificultades especiales. Hay que

señalar el retroceso que afecta a las mujeres respecto a las conquistas emancipadoras alcanzadas en España y al disfrute de la plenitud de los derechos políticos. Las estrechas condiciones económicas y sociales que hubieron de afrontar todos los exiliados al llegar a tierra mexicana, con carencias vitales esenciales, más necesarias en el comienzo de una nueva vida en un nuevo país, suponen para el heterogéneo colectivo de mujeres un retroceso evidente cuyos rasgos característicos son la vuelta al hogar y a la maternidad, el abandono de sus profesiones y oficios y la reducción a un estatus inferior al disfrutado en España, tanto en la esfera pública como la privada o familiar, un estatus de inferioridad, en mucho ya superado, respecto de los varones, maridos o compañeros de partido y lucha política. Pues, es sabido y no conviene olvidarlo, una gran parte de las mujeres exiliadas había vivido en alto grado el compromiso político y había desarrollado a distintos niveles un activismo político intenso, todo lo cual sufriría en México la gran transformación que Domínguez documenta en su estudio. Y esto sucede a pesar de las ayudas y socorros, no siempre justas ni exentas de tensiones partidistas, de los organismos de ayuda creados por los partidos y las organizaciones políticas del exilio.

Con una variedad de salidas, las españolas exiliadas se fueron instalando en México. Algunas, sobre todo en los primeros momentos, se vieron obligadas a acudir a expedientes laborales «femeninos» tradicionales, el hogar, la costura, etc. Una minoría logró mantener sus profesiones «de origen», la medicina y, sobre todo, la enseñanza, trabajo éste desarrollado preferentemente en los colegios españoles creados en México, obra de relevancia e influencia como consta en los testimonios recogidos, tanto entre los docentes como entre los estudiantes.

La autora estudia, finalmente, los casos de determinadas figuras femeninas, destacadas ya antes del exilio en la política, la literatura y el arte, que pudieron seguir desarrollando esas actividades en México. Un grupo más amplio

se empeñó en actividades de lucha por la mejora de las condiciones sociales y políticas de las mujeres, por el fin de la discriminación y la subordinación que seguían sufriendo en el espacio público y en el ámbito privado. Para ello se constituyeron, en continuidad con alguna anterior, determinadas asociaciones —la UME, la más activa—, no exentas tampoco de las divisiones y enfrentamientos políticos que siempre estuvieron presentes en las organizaciones políticas del exilio español. Como nombres propios destacados, la autora estudia, entre otras, a Matilde de la Torre, Margarita Nelken, Isabel de Palencia o Mercedes Pinto, presentes y activas en los organismos culturales españoles en México, Ateneo y Colegio, o en los órganos de prensa.

El estudio de Pilar Domínguez culmina, dos décadas después de la guerra, con una panorámica de la situación de las exiliadas españolas, instaladas e integradas en la sociedad mexicana —con progresos culturales y económicos evidentes— pero sin llegar a renunciar ni a la nacionalidad de origen ni a la historia de España. Pero, de modo destacado, a una gran mayoría de ellas les siguió preocupando la situación de opresión y represión que vivía en el pueblo español bajo la dictadura franquista. Con la palabra, la propaganda y el auxilio económico, las mujeres exiliadas de México y sus organizaciones no dejaron de colaborar solidariamente en la lucha por el fin de ese régimen de oprobio, causa primera de su condición de exiliadas.

Felipe Nieto

DOMINGO RODRÍGUEZ TEIJEIRO

Presos e prisións na Galicia de Guerra e Posguerra, 1936-1945

Vigo, Ed. Galaxia, 2010, 309 pp.
ISBN: 978-84-9865-298-7

El libro de Rodríguez Teijeiro tiene su origen en su tesis doctoral, dirigida por el catedrático de Historia Contemporánea, Jesús de Juana López, y presentada en 2006, por la cual recibió

el Premio Extraordinario de Doctorado en la Universidad de Vigo. En él se trata de dar una visión de lo que fue el sistema penitenciario de guerra y posguerra en Galicia, aunque sin obviar lo que sucedió en el resto de España. Así, tomando como ejemplo el caso gallego, extrae unas conclusiones generales que pretende que sean aplicables a todo el territorio.

La represión desatada al inicio de la Guerra Civil es uno de los temas más tratados en la historiografía española durante las últimas décadas. Así, existe bibliografía abundante sobre temas como los campos de concentración o los medios con los que se lleva a cabo la explotación laboral de los presos, como los batallones de trabajadores, las colonias y los destacamentos penales. Sin embargo, no son demasiados los estudios llevados a efecto sobre las cárceles franquistas y su dinámica interna, el mundo penal de guerra y de la inmediata posguerra. Aunque este vacío ha sido cubierto, en buena medida, por las memorias de expresos, no todas tienen el mismo valor histórico ni aportan respuestas suficientes a las preguntas que nos hacemos desde el ámbito científico y académico.

En el caso gallego también ha habido muchos progresos estos últimos años, entre otras cosas gracias a las aportaciones de Julio Prada para la provincia de Ourense, o las de María Jesús Souto para el caso de Lugo. Un hito importante en este sentido lo constituye la concesión por parte del Ministerio de Educación del proyecto interuniversitario *As vítimas, os nomes, as voces e os lugares*, que está ayudando a despejar muchas incógnitas sobre un tema que todavía hoy levanta ampollas en la sociedad española.

A diferencia de las monografías que habían tratado el tema penal con anterioridad, que dan prioridad la perspectiva de los reclusos y utilizan como fuente principal los relatos de estos, el trabajo de Rodríguez Teijeiro aborda el tema desde un punto de vista diferente, privilegiando la perspectiva institucional. Así, la fuente principal de su trabajo es la documentación generada por los propios centros de reclusión, frente a

las tan a menudo utilizadas memorias de presos que de ningún modo desecha. De esta forma logra ofrecer una visión totalizadora de los espacios de reclusión, alejándose de la «historia vivida» para acercarse más a una «historia real».

Este cambio de perspectiva responde a dos causas fundamentales: la primera es la falta de memorias de presos para esta Comunidad autónoma, además las que existen no ofrecen información suficiente para reconstruir con un mínimo grado de profundidad algún centro penitenciario. La segunda es la situación excepcional, tanto a nivel autonómico como nacional, que se da para el caso de Ourense, donde se conserva abundante documentación, tanto de la antigua Prisión Provincial como de otros centros que dependían de ella.

El propio autor reconoce en la «Introducción» que la utilización de información de una sola provincia puede ser tachada fácilmente de «localismo» y de no ser suficiente para extraer unas conclusiones generales ni a nivel de Galicia ni a nivel de lo que fue el sistema penitenciario franquista. Por eso no deja de reconocer que su objetivo principal es tomar estas fuentes como ejemplos de lo que fue el sistema penitenciario en esta época, insertándolo siempre en esa visión gallega. Por otra parte, la utilización de la documentación de uno u otro centro penitenciario solo servirán como ejemplo ya que todos ellos se van a regir por unas directrices de carácter general emanadas de los órganos responsables de la gestión del universo penitenciario franquista, que desde muy pronto centralizaron su dirección y gestión.

El libro está estructurado en siete capítulos divididos en dos grandes bloques, que nos van a revelar los puntos más relevantes del universo de las prisiones.

En el primer bloque el autor describe y analiza el proceso de construcción y evolución del sistema penitenciario franquista, aportando también un estudio de las diferentes tipologías de prisiones. Además, se lleva a cabo un estudio de lo que fue la implantación en Galicia del sis-

tema penitenciario y de cómo éste evolucionó desde una forma prácticamente autónoma hasta su integración en un sistema centralizado.

Los capítulos que componen el segundo bloque nos introducen en el interior de las prisiones y analizan su funcionamiento, tanto desde el punto de vista de los gestores como de los reclusos. Se describe las condiciones de vida en la que vivían los reclusos, así como las diferentes estrategias diseñadas por los mismos para enfrentarse al entorno hostil en el que se desarrolla su vida cotidiana.

El colofón de este trabajo es un capítulo a modo de conclusión en el que el autor aclara la función asignada a la prisión y los mecanismos que se ponen en marcha para llevarla a cabo. En la prisión todo está pensado para obtener un cierto grado de consenso social a través de la reeducación y reestructuración de la memoria social, romper los vínculos políticos e ideológicos de los vencidos e intentar imponer otros nuevos por la fuerza. El autor concluye que las prisiones fueron un campo de pruebas de los mecanismos de adoctrinamiento que se van a aplicar sobre la población española en su conjunto y cuyo objetivo consistía en eliminar de raíz cualquier huella de aquellas ideologías que sirvieran de base a los principios y formulaciones republicanas y a las aspiraciones del movimiento obrero.

Finalmente, podemos apuntar que las aportaciones de esta investigación destacan tanto por su novedad como por el enriquecimiento historiográfico en un campo tan de actualidad como es el tema de la prisión, represión y primer franquismo en Galicia.

Ana Cebreiros Iglesias

XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS

Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)

Valencia, Editorial Afers-Publicacions de la Universitat de València, 2010, 286 pp.

ISBN: 978-84-92542-20-8

La última obra del historiador gallego Xosé Manoel Núñez Seixas (primera publicada en catalán), en la línea de sus investigaciones ya clásicas, presenta novedades en sus objetivos y planteamientos. Nos encontramos, a diferencia de sus diversas aproximaciones al fenómeno nacionalista hispánico o europeo de entreguerras siempre o generalmente comparativas, ante un estudio circunscrito a una única realidad: la Cataluña del período 1914-1936, entre el estallido de la Gran Guerra y el de la Guerra Civil Española. Esta novedad, producto de la reelaboración y actualización de los materiales catalanes localizados y ya expuestos en su tesis doctoral de un lejano 1992, pero nunca publicados en conjunto, nos sitúa ante algunas virtudes y ciertos elementos quizás mejorables desde el punto de vista de la exigencia del mismo autor. Así, si de la publicación de los principales ejes de su tesis en 2001 en el magnífico volumen *Entre Ginebra y Berlín: la cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en Europa (1919-1939)*, excluyó los casos hispánicos, ahora retoma el ejemplo catalán como centro de análisis. Este hecho, de por sí ni bueno ni malo, se aleja de las visiones de Núñez Seixas, siempre partidarias del estudio comparativo (por ejemplo, *¡Fuera el invasor!: nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)* de 2006 o múltiples artículos, aunque también muchos otros dedicados a circunstancias concretas de uno u otro movimiento nacionalista).

Evidentemente, el caso catalán, como se desprende de la lectura del libro, tiene suficiente entidad para monopolizar un volumen, pero al lector que haya tratado ya al historiador gallego quizás le faltará aquel contrapunto referente

al nacionalismo vasco (aunque se acredita su poca actividad internacional), al pangermanismo o a las realidades centroeuropeas que el autor tanto conoce y ha trabajado. A pesar de esto (exigencia mayor cuando mejor es el trabajo), que retomaremos más adelante, la obra de Núñez Seixas vuelve a erigirse en reivindicación de diferentes realidades en el mundo de la historiografía hispánica. En primer lugar, el caso del autor y su interés externo (viniendo desde fuera) por la trayectoria histórica catalana, aunque no único, sigue siendo un ejemplo poco seguido desde otros territorios peninsulares. En este sentido, Núñez Seixas es uno de los pocos historiadores que conciben la realidad histórica de España a través de la comparación de sus diferentes realidades nacionales. Es capaz de escribir un volumen sobre Cataluña desde el conocimiento más absoluto y profundo, saltándose las fronteras (inexistentes e invisibles) que para algunos representan la lengua catalana y la producción científica catalana. Obstáculo éste que, aunque complicado de explicar y difícil de entender en el ámbito científico, lo sería aún más tratándose de un autor que domina la bibliografía alemana, británica, francesa o italiana. En segundo lugar, cabe resaltar la temática de la obra por la oportunidad de su aparición. Y es que, hasta los últimos cuatro años, el estudio y el conocimiento de las implicaciones internacionales del nacionalismo catalán habían ido divagando entre los rumores de ciertas informaciones, los recuerdos de ciertas obras de memorias o autobiográficas o la aparición, de vez en cuando, de algún artículo referente a ciertos informes diplomáticos o contactos secretos entre diplomacia alguna y sectores del nacionalismo catalán. En este sentido, desde 2006 están apareciendo obras de resultado desigual pero de gran importancia en tanto que abren, por fin, el estudio sobre las actuaciones catalanistas en Europa y el mundo y, en la dirección contraria, la visión de la Cataluña de entreguerras y de antes en diferentes contextos por parte de las potencias europeas. En esta dirección, las principales obras son las de Gregori Mir, *Aturar la guerra.*

Les gestions secretes de Lluís Companys davant del govern britànic (2006); de Giovanni Cattini, *El gran complot. Qui va traïr Macià? La trama italiana* (2009) o de Ramon Cortés, *La Setmana Tràgica de 1909. L'Arxiu Secret Vaticà*, (2009).

Por lo tanto, y aunque sea por casualidad y fuera de su marco temporal lógico, el libro de Núñez Seixas entra de lleno en esta primera oleada de estudios que sitúan la historia de Cataluña en su justo contexto europeo. Mientras que, en tercer lugar, el libro vuelve a reivindicar el estudio de las realidades paralelas a la oficial o a lo que la historiografía canónica define como elemento de interés y relevancia. Frente al seguimiento de la diplomacia oficial y estatal, se nos propone el seguimiento de una paradiplomacia catalana que, hasta el momento, había recibido una atención marginal y referida a épocas posteriores, como por ejemplo Stéphane Pasquin, *Paradiplomatie identitaire en Catalogne* (2003).

Se trata de un estudio de los movimientos nacionalistas y sus relaciones exteriores, evidentemente secretas o por lo menos no oficiales, que en la mayoría de los casos ha sido excluido de las investigaciones sobre las relaciones internacionales realizadas en Europa o los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo pasado. Silencio que este libro rompe en el caso catalán circunscribiéndose a un aspecto en concreto: los intentos catalanistas (de unos sectores) de internacionalizar la «cuestión» o «problema» catalán a través del nuevo escenario que se abrió a partir de 1914 y, especialmente, de 1918. A través de una introducción a la progresiva teorización de la necesaria exportación y exposición de las reivindicaciones del nacionalismo catalán fuera de las fronteras del Estado español para conseguir el apoyo de algunas potencias o la colaboración con otros movimientos nacionalistas, Núñez nos sitúa ante la creación, o intento de creación, de una política internacional del catalanismo. Desde este punto de vista, quizás no sobraría una insistencia mayor respeto a las filias o fobias proaliadas, germanófilas o contra-

rias y contradictorias, de los diferentes sectores del catalanismo, tanto durante como después de la Primera Guerra Mundial. El grueso del libro dedica un repaso más que exhaustivo a las relaciones exteriores del catalanismo, especialmente a través del catalanista conservador de la Lliga Regionalista y mano derecha de Francesc Cambó, el mallorquín Joan Estelrich i Artigues (1896-1958). Fue ésta una figura de dimensiones colosales a nivel catalán, español y europeo, que todavía carece de una biografía completa a pesar de encontrarse su magnífico archivo en manos públicas y, por lo tanto, accesible a todo investigador (y del cual bebe esencialmente Núñez). De este modo, y siguiendo como hilo conductor los contactos de Estelrich (siendo de menor peso los de Lluís Nicolau d'Olivera), la obra nos va guiando por los fracasados intentos del catalanismo transversal de suscitar la atención de la naciente Sociedad de Naciones en tres etapas sucesivas: 1918-1923, durante la Dictadura de Primo de Rivera en 1923-1930 y, ya en el período republicano, 1931-1936. El estudio de estos tres períodos revela las diversas tácticas que el catalanismo probaría en cada momento, desde un primer intento de introducir la «cuestión catalana» en el guión de las conferencias de paz de 1919 con motivo de la euforia, ciertamente bienintencionada, que provocó el discurso del presidente de los EUA, Woodrow Wilson, y sus catorce puntos, mal interpretados como justificación de la autodeterminación de todo pueblo, hasta las maniobras y contactos dedicados a conseguir la modificación de los mecanismos de protección de las minorías dentro de la Sociedad de las Naciones. En este sentido, el autor plantea de manera muy gráfica las contradicciones del catalanismo en sus relaciones con otros movimientos, no ya como nacionalistas, sino como minorías nacionales que el nuevo mapa centroeuropeo había dejado en otro estado. Así, Núñez consigue dibujar el fracaso del catalanismo en su voluntad, quizás no suficientemente potente, de contactar con realidades «iguales» o de la misma potencia. Mientras muchas naciones europeas (Polonia, las Repúblicas Bálticas o

Irlanda) consiguen su independencia no sin problemas, el catalanismo solo consigue establecer relación, en nombre de una Cataluña nacional compacta cultural y territorialmente, con minorías alemanas, polacas o lituanas. Así, la participación decisiva de los representantes catalanes en el Congreso de las Nacionalidades Europeas liderado por los alemanes repartidos por media Europa en la segunda mitad de los años veinte, sólo le reporta éxitos limitados ante la opinión pública europea, pero casi ninguno en las cancillerías. Quizá sería conveniente para el análisis de ese período establecer una comparación con las actividades que, desde otros planteamientos pero también en el ámbito internacional, realizara Francesc Macià a través de Estat Català y de sus proyectos de insurrecciones armadas que culminaron en Prats de Molló en 1926; comparación necesaria para valorar la importancia relativa de los que solo apoyan la vía pacífica, federalista y no independentista (los que analiza Núñez) y los que se pierden por otros derroteros decididamente separatistas y con la violencia como única opción ante la represión de la dictadura.

En último lugar, la obra nos permite seguir la rápida decadencia del discurso internacional del catalanismo a partir del 14 de abril de 1931. Con la consecución de la autonomía a través de la creación de la Generalitat de Cataluña liderada por Macià y ERC y del Estatuto de 1932, nadie más que algunos nacionalistas radicales marginales, aunque importantes, seguirán insistiendo en que era la vía internacional, a través de la cual debía canalizarse la reestructuración de Europa, la que debía seguir Cataluña. Porque en eso insiste mucho el autor: los diversos sectores del catalanismo seguían manteniendo una visión de la superioridad cultural y política catalana ante la España castellana, que los había de llevar a liderar la transformación federalista de la Península Ibérica para conectarla con la nueva Europa y hasta el mundo entero que lideraría la SDN. Ilusiones y proyectos que la ruptura republicana marginaría y que acabarían

con el discurso internacional del catalanismo, retomado solo con el estallido de la contienda civil española. Punto cronológico en el que se detiene el estudio y ante el cual se abrían otros escenarios donde las relaciones internacionales del catalanismo cobrarían gran importancia.

Estamos ante un libro, en definitiva, esencial para el conocimiento del catalanismo en el período de entreguerras, que al mismo tiempo se convierte en un referente para el estudio de las relaciones Cataluña-España. Y es que, además de analizar las actividades catalanistas en Ginebra, Berlín o París, Núñez acierta decididamente al incluir el contrapunto español. Advirtiendo lo que la diplomacia española destacada en París o ante la SDN hacía para boicotear directamente toda propaganda internacional del catalanismo y, sobre todo, ante cualquier proyecto de extender a todos los países miembros el principio de las minorías, podemos entender con qué obstáculos topaban los catalanistas, más allá de sus propias limitaciones. Este es un volumen de lectura obligatoria para todos los que quieran ampliar el radio de conocimiento de las problemáticas nacionales e identitarias en la España contemporánea.

Arnau Gonzàlez i Vilalta

MANUEL BALLARÍN y JOSÉ LUIS LEDESMA (eds.)

Avenida de la República

Zaragoza, Cortes de Aragón, 2007, 222 pp., ISBN: 978-84-86794-54-4

La II República en la encrucijada: el segundo bienio

Zaragoza, Cortes de Aragón, 2009, 224 pp., ISBN: 978-84-92565-05-4

La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones

Zaragoza, Fundación Rey del Corral de Investigaciones Marxistas-FIM, 2010, 203 pp., ISBN: 978-84-613-6121-2.

De aniversario en aniversario, apenas pasado uno llega el siguiente. Tal cosa es evidente en el

caso de la Segunda República y la Guerra Civil que la siguió. Podrían rastrearse las efemérides desde al menos 1996, cuando coincidían el 65º aniversario de la República y el 60º del inicio de la contienda. El año 1999, cuando se cumplían seis décadas desde el final del conflicto, dio un indudable impulso al interés académico y mediático por esa guerra. Algo de eso hubo también respecto del régimen republicano setenta años después de que echara a andar, en 2001. Pero, a la espera de lo que depare 2011, fue con seguridad 2006 el que se lleva la palma, primero por las bodas de diamante de la República y luego por las siete décadas del estallido de la Guerra Civil. Monografías y libros colectivos, congresos y exposiciones, conmemoraciones oficiales e iniciativas cívicas. Ese año resulta el mejor ejemplo de la atención hacia los años treinta del siglo XX que existe en la España de hoy.

Ahora bien, simboliza igualmente el hecho de que esa atención no ha sido pareja hacia uno y otro periodo. A pesar de su trascendencia, la Segunda República se ha visto relegada a un segundo plano, ensombrecida por la atracción y potencia gravitatoria de la contienda que acabó con ella. Resulta incuestionable el desequilibrio entre las conmemoraciones y actos de todo tipo que han generado los años republicanos por un lado y los bélicos por otro. Y otro tanto puede decirse de la producción escrita. Las iniciativas editoriales dedicadas a la II República quedan aplastadas en número por el volumen inabarcable de textos consagrados a la guerra. Pero la relación entre lo generado por uno u otro periodo no es solo de goleada a favor de esta última. A pesar de lo mucho que se ha avanzado en la materia en los últimos lustros, no hemos sabido librarnos del todo de la tendencia a contemplar el régimen de 1931 como un prólogo, un preludio o una etapa previa cuyo «fracaso» había de desembocar en la lucha armada. No hemos aprendido quizá a mirar la República como un periodo autónomo al margen de la guerra ni a cortar del todo el cordón umbilical que supuestamente las uniría.

Se diría que un similar parecer crítico está en el origen de esta especie de trilogía sobre los años republicanos que han coordinado Manuel Ballarín y José L. Ledesma, a quienes se une en el segundo volumen Diego Cucalón. O al menos a ello se llega poco a poco. Esas ideas se apuntan en las introducciones del primer y segundo libros, donde se lamenta que la densidad de las evocaciones de la guerra no haya dejado pasar fácilmente la mirada hacia los años republicanos, o que estos hayan quedado oscurecidos, como si de pequeños edificios se tratara, a la sombra del rascacielos que es la «memoria» de la guerra. Sin embargo, es solo en el tercero donde se critica expresamente la «trampa teleológica» que subyace bajo esas imágenes de la República como fracasado preludeo. Por supuesto, esa crítica no es nueva. Hace ya casi tres décadas que Santos Juliá la sistematizó, y hoy es ya ardua tarea encontrar en la historiografía solvente alusiones explícitas a esos argumentos. Pero conviene recordarlo por su pervivencia implícita en muchos trabajos históricos, en textos escolares y en relatos públicos de todo tipo.

Ahí están dos de los activos de estas tres obras. Uno es que, a pesar de la abundante bibliografía sobre la Segunda República, ofrecen una visión de conjunto que reivindica la importancia de esos cinco años largos previos a la Guerra Civil. El otro radica en el hecho de que apuestan de modo deliberado por dejar atrás la República que fracasa y preludia la contienda, y que tratan de subrayar su *autonomía* analítica respecto del conflicto bélico. Y todo ello lo hacen, además, aportando algo en cierto modo inédito. Fruto de otros tantos encuentros desarrollados en Zaragoza entre 2006 y 2008, las obras *Avenida de la República* (2007), *La II República en la encrucijada: el segundo bienio* (2009) y *La República del Frente Popular* (2010) componen un tríptico cuyos paneles están dedicados a los tres periodos en que suele dividirse el quinquenio republicano (primer y segundo bienios y Frente Popular). En ese sentido, constituyen una obra coral sobre la República en sus diferentes

fases que actualiza el único precedente que de ello había «los dos volúmenes que coordinara hace ya más de dos décadas José Luis García Delgado» y lo completa al conceder atención particularizada al semestre de gobiernos del Frente Popular.

Cada uno de los volúmenes incluye miradas transversales a su respectiva etapa republicana. Un total de 26 contribuciones abordan dimensiones relevantes del régimen de 1931, y lo hacen de la mano de una nómina de autores entre los que hay desde jóvenes investigadores hasta el ya desaparecido Juan José Carreras, pasando por algunos de los más reputados estudiosos de los años treinta del siglo pasado, como E. González Calleja, F. Cobo Romero, Á. Egidio, N. Townson, D. Ruiz, Á. Viñas, S. Souto, X.-M. Núñez Seixas, R. Cruz, J.M. Thomàs o G. Cardona. Aunque en su conjunto sus temas están bien elegidos, varios textos representan *remakes* de trabajos pretéritos, y resultan a menudo desiguales. De hecho, hay también algunas diferencias entre los tres volúmenes. *Avenida de la República* resulta el más ambicioso en amplitud temática. Concebido como un repaso a las principales áreas de actuación del reformismo republicano —sobre todo, pero no solo, del primer bienio—, ese primer volumen fija su atención en campos de batalla y retos como la «cuestión religiosa», las cuestiones agraria y militar, la educación, la articulación institucional, la situación de las mujeres o la violencia socio-política. *La Segunda República en la encrucijada* es el volumen con menos contribuciones y más disparidades internas, aunque ofrece un pequeño ramillete de textos sugerentes con posturas diversas que abren un interesante debate. Por último, *La República del Frente Popular* destaca por la solidez de la mayoría de sus textos, por abordar de nuevo cuestiones transversales «la cuestión nacional, la reforma agraria, la conflictividad social» y por hacerlo de modo riguroso y poco condescendiente.

Ese parece ser el otro gran objetivo de esta obra en tres tiempos. Existe la intención de

ofrecer un fresco del periodo que no sea ingenuo ni unívoco. Por supuesto, los autores están lejos de participar de la «leyenda negra» sobre la República; de hecho, no pocos de ellos, sobre todo en el primer volumen, la refutan de modo expreso y se sitúan en una postura de defensa y reivindicación de los valores y realizaciones del proyecto de 1931. Ahora bien, tampoco se incurre en el extremo contrario: el de abandonarse a una «leyenda rosa» sobre una República impoluta en la que solo habitaran afares reformistas en la izquierda y perversos en la derecha. El conjunto de la obra adolece de la heterogeneidad, falta de un proyecto historiográfico común e incluso dispersión que son propias de textos con tantas firmas. Pero eso también tiene la virtualidad de incluir contribuciones que desafían el relato sobre la República más habitual en la historiografía actual. Eso es sólo explícito en el segundo volumen, donde dos textos cuestionan el carácter únicamente «negro» del segundo bienio y aportan miradas alternativas al conjunto del periplo republicano (Townson, Del Rey).

Sin embargo, la lectura de los tres tomos deja la impresión de que no solo recogen buena parte de la reciente investigación sobre los años 1931-36, sino que además el grueso de sus textos no se instalan en relatos simples y monocordes. Desde ese punto de vista, qué duda cabe de que se podría haber hecho más en esa dirección, y que tampoco ayudan ni la factura modesta y en ocasiones artesanal de los volúmenes ni la difusión que se presume ha sido y será escasa; pero esta suerte de trilogía parece una útil aportación a la tarea y reto colectivos a los que se refiere la contribución que cierra el tercer volumen: convertir la República en un espacio de verdadero debate historiográfico sobre el conjunto de los años treinta y del primer siglo XX español.

Eduardo Romanos

CLAUDIO HERNÁNDEZ BURGOS

Granada azul: la construcción de la «cultura de la victoria» en el primer franquismo

Granada, Comares, 2011

ISBN: 978-84-9836-834-5

No fue la cultura de todos los granadinos, pero tampoco fue una creación de los jefes del régimen franquista. Para Claudio Hernández Burgos, la «Cultura de la Victoria» se desarrolló como un fenómeno intencionadamente visible, donde toda la población se vio inmersa al mismo tiempo en lógicas de exclusión (el recuerdo de la guerra como un activo movilizador) e integración (la recatolización como sinónimo de españolización de la «anti-España»). Este proceso, aparentemente contradictorio, queda bien explicado si se tienen en cuenta «tanto los discursos y prácticas acometidas desde el Estado, como los recursos culturales empleados por la sociedad para interpretar y asignar significados a las situaciones que viven» (p. 16). Es decir, la cultura entendida como un diálogo entre las propuestas «desde arriba» y las reacciones de la población granadina, sin dejar de lado la exclusión mediante «reinversiones simbólicas» y exageraciones que forjaron una identidad social mediante la oposición de términos, como bien demuestra el autor manejando conceptos de la Historia cultural, el análisis simbólico y la construcción del consentimiento.

Este tipo de planteamientos no sorprenden, si tenemos en cuenta las publicaciones del autor, centradas en el estudio de los apoyos sociales al franquismo y la conformación de las culturas oficial y popular del régimen. Títulos como «Consenso y fascistización de las fiestas en la España franquista: la Semana Santa de Granada, 1936-1945», «La represión franquista en la Universidad de Granada», «La construcción de un franquista: la evolución ideológica de Antonio Gallego Burín» o «Azadas en pie de guerra. Mito y programa agrario del régimen franquista durante la Guerra Civil (1936-1939)», este último

en colaboración con Miguel Ángel del Arco Blanco, le sitúan entre las líneas de investigación más novedosas sobre el régimen del general Franco.

En el caso que nos ocupa, el estudio de la prensa tiene que lidiar con el control desde el poder, que reproduce la ideología del régimen. El autor lo remedia mediante el uso de diversas fuentes hemerográficas y el recurso a la Lingüística y la Antropología cultural, pues desde la prensa los jerarcas e intelectuales franquistas ofrecieron un discurso cohesionador al pueblo mediante mecanismos de «autodefinición colectiva», ya fueran la identidad católica de España, el sentido de la guerra o la definición del enemigo. Quizá se tratara de una maniobra para mitigar los efectos de la contienda en las necesidades cotidianas, pero, como recoge el autor, la Guerra Civil generó el apoyo activo de muchos granadinos: aportaciones económicas, ocupación del espacio público adhiriéndose al proyecto de la «Nueva España», delaciones e incluso el alistamiento en la Academia de Alféreces y en las cinco organizaciones paramilitares que se crearon en Granada. Toda una descripción de la sociedad autovigilada de posguerra.

Claudio Hernández propone el espacio público como el lugar de socialización y apoyo al régimen aprovechando las fiestas, que rompiendo la rutina de la vida cotidiana, «tienden a reflejar las condiciones sociales, los valores y las creencias de una sociedad», y favorecen la cohesión e integración social (p. 263). El franquismo aprovechó el pasado del país para utilizarlo políticamente no sólo en los discursos oficiales, también el calendario festivo fue objeto de manipulación, una labor en la que se manifestaron las tensiones de las propias «familias» del régimen, pues se trataba de conseguir legitimidad mediante la referencia cultural. De este modo, se consiguió un acuerdo de mínimos: todas las fiestas recordaron la Guerra Civil como hecho fundacional, pero mientras algunas perdieron este tono belicista a medida que avanzaba la dictadura, otras siguieron haciendo hincapié en la eliminación simbólica de los vencidos.

En este contexto el régimen pretendió que las fiestas fueran la forma de relacionarse entre el Estado y el pueblo, bien socializando los valores franquistas y protagonizando el tiempo de ocio, bien movilizándolo para encontrar un consenso en la posguerra. El 18 de julio, la Fiesta de Exaltación del Trabajo, el Día del Caudillo, el Día de la Unificación, las celebraciones por la Virgen del Pilar, el apóstol Santiago y sobre todo la Semana Santa se unieron a celebraciones locales, como la festividad de la Virgen de las Angustias, la conmemoración de la toma de Granada por los Reyes Católicos o el Día de la Cruz. También reelaboraciones, como el Día de la Raza o el Dos de Mayo, en las que se afirmaba la victoria de un pueblo unido frente a lo extranjerizante. Mediante este nuevo acercamiento al calendario festivo Claudio Hernández refleja más actividad en las movilizaciones del franquismo que lo que se había venido poniendo de relieve en la historiografía, con las clases medias como un importante activo del consenso de posguerra.

En cuanto al discurso sobre los «mártires», es interesante constatar cómo el autor no lo vincula únicamente a las prácticas emanadas desde el poder, sino que la Guerra Civil fue interpretada por muchos individuos como un hito necesario, dando así sentido a los sufrimientos padecidos. Explicación que amplía las bases sociales del franquismo y se integra en el marco explicativo de la Europa de entreguerras. Es éste un enfoque comparativo que muestra cómo el espíritu de sacrificio, la camaradería y la lucha por la Patria no fueron concepciones monopolizadas por Falange Española o los sectores más tradicionalistas del franquismo. Todo ello tuvo su traducción más visible en los rituales funerarios y los monumentos a los caídos, dos fenómenos que unieron a la comunidad en torno al dolor y la penitencia. Mientras que el entierro aseguraba visibilidad en las calles, los monumentos tuvieron una dimensión simbólica mayor, «espacios sagrados de autorrepresentación y de reunión de la comunidad nacional», fueron impulsados por el régimen, aunque otros contaron con el respaldo

popular en forma de suscripción, como indica la prensa (p. 136). Asimismo, el régimen promovió un calendario para legitimar el castigo impuesto a los vencidos y dar cohesión a la sociedad de la victoria sobre las causas que habían llevado al Alzamiento: el Día de los Caídos, el Día del Dolor, la Fiesta del Estudiante Caído, la Fiesta de los Mártires de la Tradición...

La otra cara de la «Cultura de la Victoria» fueron la reespañolización y recatolización de un país que se creía alejado de su identidad. Como pone de manifiesto el mismo autor, la represión no era suficiente para llevar a cabo una tarea que ya había emprendido la dictadura de Primo de Rivera. Fue un proceso que inundó todos los aspectos de la sociedad, desde la escuela hasta la nueva denominación del espacio público, pasando por los nuevos símbolos nacionales, patrimonio exclusivo de los que vencieron en 1939. En este camino, la «liberación» de nuevas poblaciones fue la ocasión perfecta para organizar manifestaciones de apoyo al régimen; y, en el caso de Granada, se produjo todo un despliegue cuantitativo y simbólico para demostrar la fuerza de la España vencedora y la unidad del pueblo español frente al aislamiento exterior y se dio publicidad a su labor social como factor de cohesión. En estas conmemoraciones, la interacción entre el pueblo y las corporaciones locales era más visible que nunca, unas élites locales entre las que dominaba una gran heterogeneidad política y social, aunque en general pertenecían a las capas medias de la sociedad de Granada y dieron muestras de una gran flexibilidad a medida que transcurría la dictadura.

La recatolización fue el espacio de mayor actuación del franquismo, pues actuó desde el discurso, el espacio urbano, el simbolismo de las fiestas y la educación. Partiendo de la definición católica de España, el autor pone de manifiesto cómo el nuevo régimen modeló comportamientos públicos y privados, definió costumbres y actuó sobre el mobiliario urbano reparando iglesias y reponiendo cruces en las calles, de forma que actuaron como referentes simbólicos

de la nueva España y vanguardia de la actuación recatolizadora en los barrios más afectados por la «miseria material y moral», como el Albayzín (p. 219). Sin embargo, el día a día era más complejo, pues la «geografía moral» que se generó en las ciudades separaba las clases adineradas de las más humildes. Los enfoques desde la Geografía Humana y la Historia Cultural permiten señalar los lazos de solidaridad, las prácticas de sociabilidad generadas y los proyectos de adecentamiento llevados a cabo por el alcalde de Granada, Antonio Gallego Burín, que llevaban implícito todo un mensaje simbólico a través del renombramiento de las calles granadinas.

Perfecto conocedor de las corrientes historiográficas más novedosas, como los estudios agrarios, el autor aporta numerosos elementos para el debate. Entre ellos cabría hablar de la categorización del *pueblo* como un ente homogéneo o un posible análisis de la implantación material y cotidiana de la «Cultura de la Victoria», término éste acertadísimo en cuanto a sus aristas teóricas y posibilidades de desarrollo. Esta perspectiva, quizá más social que cultural, podría haber resultado una aportación al debate sobre los límites del término «consenso» en la España franquista. ¿Es preferible utilizar el concepto de «consentimiento», más acorde con la naturaleza autoritaria y represora del régimen? Sólo una investigación «desde abajo» podría sacarnos de lo que pudiera parecer una discusión nominalista, como ya sucedió con los debates sobre la naturaleza fascista del franquismo.

Con todo lo dicho, cabe destacar que Claudio Hernández Burgos ha aportado conclusiones sugerentes y ha abierto nuevas vías a la investigación, frente a una visión únicamente exterminista del franquismo, con el solo análisis de fuentes hemerográficas. *Granada Azul* es un libro que tiene muchos activos, pero quizá el mayor de ellos sea alumbrar el futuro que tienen este tipo de aproximaciones, que enriquecen la visión de nuestro pasado reciente.

Alejandro Pérez-Olivares

DONATO FERNÁNDEZ NAVARRETE

Historia de la Unión Europea. España como Estado miembro

Madrid, Delta Publicaciones, 2010, 396 pp.

ISBN: 978-84-92954-11-7

Al disponerme a escribir estas notas sobre la obra que acaba de ver la luz del profesor Donato Fernández Navarrete, con quien contrahe hace ya tiempo una deuda de gratitud, pues sus publicaciones y las conversaciones que he tenido la suerte de compartir con él me fueron de enorme sosiego para afrontar la tarea —durante no pocos años— de la docencia de la historia de la Unión Europea, sobre mi mesa descansan inquietantes titulares de la prensa sobre la incapacidad de la Unión Europea para censurar la expulsión de gitanos practicada por el Gobierno de Sarkozy, mientras el editorial de *El País* de 17 de septiembre de 2010 denunciaba en su titular «Europa zozobra». El telón de fondo sugiere un paisaje no menos preocupante si atendemos a las prácticas populistas de la política inmigratoria de Berlusconi en Italia o el silencio que ha acompañado al informe del Comité de expertos liderado por Felipe González para hacer un diagnóstico del Estado de la Unión Europea y encarar los retos del futuro. Un terreno roturado por la magnitud de la crisis económica y las dificultades para avanzar en el proceso de construcción europea con motivo del fracaso de la Constitución Europea.

Estas circunstancias nos advierten no sólo de la oportunidad sino también de la conveniencia de publicaciones que como la del profesor Donato Fernández Navarrete asumen desde el rigor, la reflexión honesta y crítica y un no menos importante afán pedagógico por recordarnos el camino recorrido y el modo en que se ha transitado, proyectarnos sobre los desafíos del presente y tomar consciencia de un porvenir que se forja en las decisiones del día a día de los europeos. Texto y contexto dan razón de ser a un compromiso ético e intelectual que como el propio autor indica se gestó al calor

del Tratado sobre la Constitución Europea y que tras el letargo que conduciría a la firma del Tratado de Lisboa el 13 de diciembre de 2007 reanimó los propósitos y los esfuerzos para su publicación. Una circunstancia que ilustra la intensidad del diálogo entre el intelectual y su objeto de estudio, así como su propio contexto. El propio Edward H. Carr (*¿Qué es la historia?*, 1961) se refería a la historia como un «proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado». En este diálogo, el «historiador aparece como un producto de la sociedad en que vive y, en último término, de la historia». Pocos años después, en 1966, el propio Foucault (*Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*) reflexionaba sobre la centralidad del hombre —del hombre actual— en la propia ciencia y el conocimiento científico. Una reflexión surgida al calor del prólogo a la obra, realizado por Enrique Barón Crespo —expresidente del Parlamento Europeo y catedrático Jean Monnet— en el que hace mención expresa de la presencia en la obra de ciertos componentes morales e intelectuales propios de la generación de la Transición democrática en España y encarnados por el propio autor. En este sentido, en el «relato —citando textualmente a Enrique Barón— hay un componente autobiográfico destacable, que refleja la visión de nuestro futuro que compartíamos los que vivimos la pasión regeneracionista con que hicimos la transición hacia la democracia en España y conseguimos su integración en Europa».

La obra, en la mayor parte de las ocasiones de modo explícito, en otras de forma implícita, es un fiel reflejo de las preocupaciones intelectuales y morales del autor, cuya vocación académica hacia la construcción europea ya había quedado impresa en trabajos precedentes (*Historia y economía de la Unión Europea*, 1999) y multitud de estudios sobre el modelo económico de la Unión Europea, acompañada de una incesante labor pedagógica y divulgativa en las aulas y foros universitarios. Y en este sentido,

su reciente aportación atesora muchas de las preocupaciones que han capitalizado el interés y las agendas de investigación de la historiografía sobre la construcción europea. Así, el protagonismo de la dimensión histórica de la idea de Europa y el lugar que la noción de Europa ha ocupado en el pensamiento europeo, que fue una de los primeros lugares comunes de la historiografía desde la década de 1950, son un referente fundamental para la comprensión de las raíces sobre las que se pondrían los cimientos de la construcción europea tras la II Guerra Mundial, a las que se atiende en los primeros capítulos. Esta aproximación primigenia y fundamental transcurriría en paralelo al abordaje historiográfico de la construcción europea desde las diferentes perspectivas nacionales. Ambos embriones se imbricarían en los capítulos dedicados a España y la construcción europea, tanto desde el prisma de la idea de Europa y las relaciones España-Europa en el pensamiento español como desde el tortuoso camino de España hasta su adhesión y su trayectoria posterior. En el trasfondo discurre uno de los debates de mayor calado en la historiografía española reciente al hilo del excepcionalismo y la normalidad de la historia de España respecto a Europa y la clausura, en palabras de Emilio Lamo de Espinosa, del ciclo regeneracionista y el ideal europeizador como hoja de ruta de modernidad, tan presente en la generación de políticos e intelectuales de la transición española.

El decurso del proceso de construcción se teje desde su desarrollo institucional, en cuyo núcleo duro se inserta la integración económica en razón de la metodología funcionalista preeminente desde la génesis de las Comunidades y en el salto desde el Acta Única hasta la Unión Europea. Un desarrollo institucional, como experiencia supranacional, en cuya agenda figuraban anhelos y proyectos de una dimensión que desbordaba lo meramente económico y que, insertos en los diferentes proyectos político-intelectuales sobre Europa —desde las posiciones intergubernamentales y federalistas

hasta enfoques más recientes derivados de la propia realidad social como las redes políticas o la gobernabilidad a varios niveles—, acompañarían a los debates y el desarrollo institucional de la Unión Europea.

La reflexión que plantea el autor en el capítulo 8 acerca de lo conseguido por la Unión y lo «mucho que resta por hacer» entreteje la nuclearidad de lo económico y la creciente convergencia de la dimensión política de la Unión, tanto en lo concerniente en la Unión Económica y Monetaria como el desarrollo de los pilares intergubernamentales de Maastricht —la Política Exterior y de Seguridad Común y la cooperación en los asuntos internos—. Pero, asimismo, la reflexión sobre el frustrado proyecto de Constitución Europea y su reencauzamiento bajo el manto del Tratado de la Unión Europea en el Tratado de Lisboa, alerta acerca de los espacios sin roturar en la Unión, en particular la construcción de la ciudadanía europea y, en suma, de la identidad de los europeos. A este respecto, las reflexiones que apunta el autor no serían ajenas a las preocupaciones mostradas por una de las grandes lagunas en la construcción europea, el componente emocional del sentimiento identitario en torno a Europa y su cohabitación con las identidades nacionales. Hace unos años Luis Arroyo en un artículo titulado «Europa necesita un relato» (*El País*, 7 de noviembre de 2008) advertía, muy atinadamente, que una de las causas de la lentitud del proceso de construcción europea era, precisamente, la «falta de un relato compartido por los europeos». Europa «tiene una larguísima historia común, pero los europeos no lo saben, porque en su memoria están frescos los enfrentamientos internos». Hasta la II Guerra Mundial la historia de Europa era la de los Estados-nación y la de los nacionalismos. Al comenzar el proceso de construcción europea, los padres de Europa optaron por el único camino posible, un proyecto asentado más en «lo instrumental que en lo expresivo; más racional que emocional; más logístico que mítico; más práctico que afectivo». Los padres de Europa

fueron «audaces y realistas». La construcción de Europa como una comunidad requiere un mito fundacional y símbolos compartidos, y esta laguna figura en la agenda política y académica desde la década de 1980 en el marco de la *relance* de la construcción que conduciría a la senda de Maastricht. En aquel contexto emergerían proyectos transnacionales auspiciados por las propias instituciones comunitarias, como el *Groupe de liason des Historiens auprès des Communautés* y la indagación académica en torno a la identidad, la construcción de la ciudadanía europea, el cosmos de las imágenes y percepciones entre los europeos, como reflejo mismo de las prioridades en la teoría social y la historiografía en la estela del giro culturalista.

Las reflexiones de la obra del profesor Donato Fernández, planteadas desde una óptica transnacional, bien deben invitarnos a revisar las coordenadas epistemológicas desde las que solemos analizar los acontecimientos y procesos históricos, entre ellos el de la propia construcción europea. En este sentido, y a modo de epílogo, nos parece ineludible afrontar el reto que Ulrich Beck —profesor de Sociología de la Universidad de Múnich— plantea para poner en su justa dimensión cualquier aproximación analítica al «milagro europeo». Resulta especialmente llamativo, advertía desde las páginas de *El País* el 27 de marzo de 2005, el «fracaso de la sociología frente a Europa». Una disciplina que había adquirido su instrumental desde las postrimerías del siglo XIX y en los albores del siglo XX a partir de las sociedades nacionales. Desde esta coartada epistemológica cualquier aproximación al análisis de la realidad europea resulta desalentador. El concepto de sociedad «es el punto de cristalización del nacionalismo metodológico de la sociología». Según este «barremo conceptual derivado del Estado nacional» se revelaría deficitaria cualquier aproximación a las realidades de la europeización: «no hay *demos*, ni pueblo, ni Estado, ni democracia, ni opinión pública». Es, por tanto, necesario repensar la europeización no sólo en un sentido ver-

tical —el modo en que trasciende las sociedades nacionales la realidad institucional de la Unión Europea— sino también en un sentido horizontal —la europeización horizontal—, que atiende al modo en que los procesos de europeización perforan y permeabilizan los contenedores nacionales.

La deuda contraída con el profesor Donato Fernández Navarrete se agiganta a la luz de estas consideraciones, pues se trata de una obra necesaria para seguir avanzando en el conocimiento crítico de una experiencia social determinante en la vida de los europeos, comprometida y personal a tenor de la proyección de una actitud intelectual y moral europeísta, y plenamente inserta en un contexto complejo, plagado de incertidumbres, en el que tan necesarias son visiones y análisis reposados y fundamentados en una amplia perspectiva temporal, esencial para la reflexión sobre el proceso de construcción europea.

José Luis Neila Hernández

AUTORES

HISTORIA DEL PRESENTE Nº 18 2011/2

Andrea Guiso (andrea.guiso@uniroma1.it)

Andrea Guiso es investigador de Historia Contemporánea en el Departamento de Comunicación e Investigación Social (CORIS) de La Sapienza (Roma). Enseña Historia Política Internacional e Historia de la Administración Pública. Ha publicado, entre otras obras, *La colomba e la spada. «Lotta per la pace» e antiamericanismo nella politica del Partito comunista italiano (1949-1954)*, 2006; *La «città del Duce». Stato, poteri locali ed élites a Forlì durante il fascismo*, 2010; «Moro e Berlinguer. Crisi dei partiti e crisi del comunismo nell'Italia degli anni Settanta», en AA.VV., *Aldo Moro nell'Italia contemporanea*, 2011.

Philippe Buton (philippebuton@hotmail.com)

Philippe Buton es profesor de Historia Contemporánea en la Université de Reims (Francia). Sus investigaciones se centran en la historia del Partido Comunista Francés y de Francia durante la II Guerra Mundial. Entre sus libros figuran *Le Communisme: une utopie en sursis?* (París, Larousse, 2001) y *La Joie douloureuse, La libération de la France* (Bruselas, Complexe, 2004).

Emanuele Treglia (e.treglia@libero.it)

Emanuele Treglia es doctor en Historia Política Contemporánea por la LUISS (Roma) y, en 2010, ha ganado el Premio de Investigadores Noveles «Javier Tusell». Sus líneas de investigación se centran en la historia del antifranquismo y del pensamiento libertario. Ha publicado, entre otras obras, *Proprietà e anarchia in Proudhon* (2007); «Alla ricerca della rivoluzione dalle fabbriche. La politica sindacale della ORT tra franchismo e transizione», en *Spagna Contemporanea* (38/2010); «La elección de la vía nacional. La Primavera de Praga y la evolución política del PCE», en *Historia del Presente* (16/2010). En 2012, con Editorial Eneida, publicará *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*.

Marc Lazar (mlazar@luiss.it)

Marc Lazar es profesor de Historia y Sociología Política en Sciences Po (París), donde es director del Departamento de Historia, y en la LUISS Guido Carli (Roma), donde es también presidente de la School of Government. Sus investigaciones se centran en las izquierdas europeas y en la política italiana post-1945. Ha escrito numerosos libros sobre estos temas. Su última obra, coordinada con Marie-Anne Matard Bonucci, es *L'Italie des années de plomb. Le terrorisme entre histoire et mémoire* (París, Autrement, 2010).

Pablo Rubio Azpiola (prubio_22@hotmail.com)

Profesor del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile y candidato a Doctor en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y de la Universidad Autónoma de Madrid. Su principal línea de investigación es la política chilena en el siglo XX, sobre la cual ha publicado una serie de artículos, algunos de los cuales son, «Las derechas en el frente popular chileno: Una aproximación a algunas coyunturas críticas, 1932-1948», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Volumen 14. Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2010; «Régimen autoritario y derecha civil: El caso de Chile, 1973-1983», Documento de Trabajo n.º 29, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Alcalá de Henares, España, agosto de 2011 y «Jaime Guzmán y la Unión Demócrata Independiente durante la transición chilena. Una revisión de su aporte intelectual en los años ochenta», Marcelo Mella (Editor), *Extraños en la noche, intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena*, RIL Editores, Santiago, 2011. Su tesis doctoral se titula «La derecha y el régimen militar: El caso de los partidos políticos, 1983-1990».

Manuela Aroca Mohedano (maroca@cec.ugt.org)

Es investigadora de la Fundación Francisco Largo Caballero y profesora colaboradora de la UNED. Ha investigado sobre el papel del Ejército español durante la Segunda República y la Guerra Civil, con publicaciones como *General Juan Hernández Saravia: el ayudante militar de Azaña*, Madrid, Oberón 2006; el estudio introductorio al libro BAYO, Alberto, *Mi desembarco en Mallorca*, Palma de Mallorca, Miquel Font, 2010; o la dirección del catálogo de la exposición del mismo nombre, de la que también es comisaria, *Ministerio de la Guerra (1931-1939): tiempos de paz, tiempos de Guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.

En los últimos años, la línea de investigación principal se ha centrado en el estudio del sindicalismo socialista español con publicaciones como ALTED, Alicia, AROCA, Manuela y COLLADO, Juan Carlos (dirs.), *El sindicalismo socialista español. Aproximación oral a la historia de UGT (1931-1975)*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, 2010; *Internacionalismo en la historia reciente de UGT (1971-1986): del tardofranquismo a la estabilización de la democracia*, Madrid, Cinca-Fundación Francisco Largo Caballero, 2011; y diversos artículos relacionados con la temática en revistas como *Alcores, Espacio, Tiempo y Forma*, o publicaciones colectivas. Actualmente, es la investigadora principal del proyecto de I + D, del Ministerio de Ciencia e Innovación, «La reconstrucción del sindicalismo socialista (1970-1994)».

António Simões do Paço (antonio_paco2003@yahoo.co.uk)

António Simões do Paço nació en Lisboa en 1957. De enero 1978 a septiembre 1987 fue obrero metalúrgico (tornero mecánico) en una fábrica cerca de Lisboa. En julio de 1985 completó su licenciatura en Historia por la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa. Posteriormente fue asistente de editor en una editorial (1987-1989). A partir de entonces fue periodista, traductor, editor y autor de libros de historia. En 2007-2008, fue el coordinador, editor y coautor de *Os Anos de Salazar* (Los años de Salazar), una serie de 30 volúmenes que estudian Portugal bajo la dictadura del Estado Novo, entre 1926 y 1974. Ha publicado recientemente *Francisco Louçã. Biografía* (2009), *Salazar, o Ditador Encoberto* (2010) y *Entrevista com a República* (2010). En la actualidad trabaja en su doctorado en Historia con una tesis sobre «El Reino Unido y el proceso de adhesión de España y Portugal a la Comunidad Económica Europea».

Jordi Guixé I Coromines (joguixe@gencat.net)

Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad de Paris III, Sorbonne-Nouvelle y por la Universidad de Barcelona. Master en Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas, Universidad Paris I, Pathéon-Sorbonne. Historiador y jefe de proyectos del Memorial Democrático. Investigador sobre la represión contra el exilio republicano, ha publicado diversos artículos sobre la historia del Exilio y la Guerra Civil, así como sobre la memoria y las políticas de memoria en Cataluña y España (*Segle XX, l'Avenç, Revista de Catalunya, Revue Relations Internationales* –Paris–, etc.). Ha obtenido el Primer Premio España en sus Exilios –Ed. Luarna– en el año 2011, con su tesis doctoral: *Diplomacia y Represión: la persecución hispano francesa del Exilio republicano*. Monografías: *L'Europa de Franco* (Abadia de Montserrat, 2002) y *la República Perseguida* (Universidad de Valencia 2011).

Luisa Marco Sola (luisamsola@hotmail.com)

Autora de *Sangre de Cruzada. El catolicismo oscense frente a la Guerra Civil (1936-1939)* (Instituto de Estudios Altoagoneses, Zaragoza, 2009) y *La Guerra de los Abuelos* (Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2004). Ha publicado diversos artículos en revistas españolas y extranjeras, entre ellos «El factor cristiano. Católicos y sacerdotes antifranquistas en los medios republicanos» aparecido en *El Argonauta Español. Revue bilingue franco-espagnole*. (num. 7- 2010). Recientemente, ha participado como ponente en el Workshop Internacional «Got will es» *Die katholische Kirche und die Legitimation von Gewalt im Spanischen Bürgerkrieg* celebrado en la Universidad de Münster en septiembre de 2011. En estos momentos ultima los preparativos para la defensa de su tesis en la Universidad de Zaragoza como Doctorado Europeo, titulada «*El Evangelio Rojo. Sacerdotes antifranquistas durante la Guerra Civil Española (1936-1939). Pensamiento, actividad propagandística y contestación a la «Cruzada»* y dirigida por el Dr. Julián Casanova.

RESÚMENES y ABSTRACTS

LA VÍA ITALIANA AL EUROCOMUNISMO. UNA REFLEXIÓN SOBRE PCI Y CULTURA DE GOBIERNO

Uno de los aspectos más importantes de la política del Partido Comunista Italiano (PCI) en los años setenta fue el reajuste de su relación con Europa. De todos modos, este proceso estuvo marcado por ambivalencia y situaciones no resueltas. La Europa del PCI se basó en una lectura marcadamente antiestadounidense y anti-capitalista de las transformaciones experimentadas –desde los primeros setenta– por la economía mundial y las relaciones transatlánticas. Su objetivo era establecer una radical «ideología de reemplazo» que sustituyera el tradicional anclaje cultural a las políticas de la Unión Soviética, en franco declive. Además, esta lectura de Europa evidenciaba la ajenidad del PCI de las cuestiones relacionadas con la redefinición de las reglas del juego económico y político de Europa en el escenario abierto por el colapso del sistema de Bretton Woods. En esta situación se desarrolló una estrategia «autárquica» de expansión de la influencia social y política del PCI a través del aumento del gasto público y la eliminación del «vínculo externo» del país con una comunidad supranacional comprometida en la construcción de una nueva vía común que fuera capaz de hacer frente a la globalización y a la crisis de los lazos tradicionales entre Europa y EE. UU.

Palabras clave: **Eurocomunismo, PCI, compromiso histórico, Berlinguer.**

THE ITALIAN ROAD TO EUROCOMMUNISM. A REFLECTION ON PCI AND CULTURE OF GOVERNMENT

One of the most important aspects of the policy of the Communist Italian Party in the Seventies was the realignment of the relationship with Europe. Anyway this process was marked by ambivalence and situations unresolved. Pci's Europe solicited a key reading markedly anti-American and anti-capitalist of the transformations that –since the early 1970s– invested the global economy and transatlantic relations. It was aimed to set up a radical «ideology of replacement» of declining cultural anchorage to the Soviet Union politics. Furthermore it was meant to be the assumption of the extraneousness of the Pci from issues related to the redefinition of economic and political rules of the Europe in the scenario in force as of the collapse of the Bretton Woods system. Such situation would finally be seen as a fully «autarchical» strategy of expansion of social and political influence of the Pci through increase of public expenditure and removal of «external link», considering that the country was integrated into a supranational community engaged in building a new common pathway studded by globalization and crisis of traditional ties between Europe and United States.

Key words: **Eurocommunism, Italian Communist Party, Historic Compromise, Berlinguer.**

EL PARTIDO COMUNISTA FRANCÉS FRENTE AL EUROCOMUNISMO: UN PARTIDO EN LA ENCRUCIJADA

Durante los años setenta la «tentación eurocomunista» atrajo el Partido Comunista Francés. El autor examina esta fase de la historia del PCF, enfocando su análisis sobre todo en la cuestión clave representada por la relación con la Unión Soviética. El partido francés en un primer momento adoptó una actitud ambigua, que el autor define como «distancia en la proximidad», y después empezó una verdadera marcha hacia la heterodoxia. Sin embargo, a pesar de todas sus críticas, el PCF no rompió con Moscú y, entre 1978 y 1979, abandonó la frágil barcaza eurocomunista para convertirse nuevamente en una nave de la flota imperial soviética.

Palabras clave: **Eurocomunismo, PCF, PCUS, disidentes soviéticos.**

THE FRENCH COMMUNIST PARTY AT THE TIME OF EUROCOMMUNISM: A PARTY AT THE CROSSROADS

Behind the ambiguities, an important issue resides in the concept of Eurocommunism: the FCP distancing itself from the Soviet Union. By using the recordings from the sessions of the FCP Central Committee, this article divides the period in two. From 1973 to 1975, the leaders of the FCP hoped that some symbolic and limited initiatives could improve the image of the Party without displeasing the Soviet power. Also, particularly owing to their communist political culture, the French leaders did not want a clash with the Soviet Union. The formers were always thinking that the reality of Soviet life steadily improved, in terms of living standards and even in terms of freedom. From 1976 onwards, however, the critics of the USSR increased and became stronger, and in 1977 the breakdown between the two parties seemed to be a real possibility.

Keywords: *Eurocommunism, French Communist Party, Communist Party of Soviet Union, soviet dissidents.*

UN PARTIDO EN BUSCA DE IDENTIDAD. LA DIFÍCIL TRAYECTORIA DEL EUROCOMUNISMO ESPAÑOL (1975-1982)

A pesar de las ambigüedades, en el concepto de eurocomunismo reside una cuestión importante: el PCF toma distancia de la Unión Soviética. Mediante la utilización de las grabaciones de las sesiones del Comité Central del PCF, este artículo divide el período eurocomunista en dos partes. Desde 1973 hasta 1975, los dirigentes del PCF esperaron que unas iniciativas limitadas y simbólicas podían mejorar la imagen del partido sin contrariar el poder soviético. Los líderes franceses, debido a su cultura política comunista, no querían una ruptura con la Unión Soviética. Antes, ellos habían siempre creído que la realidad de la vida soviética había mejorado de manera constante, en términos del nivel de vida e incluso en términos de libertad. A partir de 1976, sin embargo, los críticos de la URSS aumentaron y se hicieron más fuertes, y en 1977 la ruptura entre las dos partes parecía ser una posibilidad real.

Palabras clave: *Eurocomunismo, PCE, Transición, Antifranquismo.*

A PARTY IN SEARCH OF IDENTITY. THE DIFFICULT PATH OF THE SPANISH EUROCOMMUNISM (1975-1982)

This article analyzes the eurocommunist project developed by the Spanish Communist Party (PCE) during the seventies. The PCE's leadership attempted to develop a new model of communism compatible with the values of pluralism and freedom, but it faced with many difficulties. During the decades of secrecy and exile within the PCE had taken shape heterogeneous ideological and organizational models that were based on different and antagonistic political cultures. The failure to achieve a synthesis, that was became evident after the legalization and even more after the closure of the stage of *consensus*, determined the decline of the spanish eurocommunism.

Keywords: *Eurocommunism, PCE, Transition, Antifrancoism.*

LA LEALTAD AL LÍDER. EL PLEBISCITO DE 1988 Y LA DERECHA EN LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA CHILENA

El proceso de transición a la democracia en Chile se caracteriza por su gradualidad y por el acomodo de los actores políticos a la coyuntura, marcado por el triunfo de la tesis de «democracia pactada». Esto, sin embargo, no invalida la diversidad de los campos partidarios, como por ejemplo en el caso de la derecha política. El presente artículo aborda el comportamiento de las principales organizaciones partidarias de la derecha chilena, Renovación Nacional (RN) y la Unión Demócrata Independiente (UDI). El trabajo aborda sus diversidades y estrategias, en un marco político de profundos cambios institucionales, decisivos para comprender el período posterior a 1990.

Palabras clave: *Transición-derecha-democracia-partidos políticos-Chile-historia reciente.*

LA LEALTAD AL LÍDER. EL PLEBISCITO DE 1988 AND IT DERECHA EN LA CHILEAN DEMOCRATIC TRANSITIONS

The process of transition to democracy in Chile is characterized by gradualism and accommodation of the political actors to the situation, marked by the triumph of the thesis of «pacted democracy». This, however, does not invalidate the diversity of fields such as supporters of the political right. This article discusses the behavior of party organizations of the Chilean right in this case the Renovación Nacional (RN) and the Unión Demócrata Independiente (UDI). The work deals with their differences and strategies, in a political framework for institutional changes, critical for understanding the period after 1990.

Keywords: **Transition-right-democracy-political parties-Chile-recent history.**

TOPOS ROJOS: UN RETRATO DE LOS COMUNISTAS PORTUGUESES EN LA LUCHA CONTRA EL ESTADO NOVO A TRAVÉS DE SUS MEMORIAS

El objetivo de este trabajo es contribuir a establecer una caracterización de los comunistas y otros militantes que lucharon contra el régimen del Estado Novo portugués y la dictadura militar que inmediatamente lo precedió (1926-1974), que han durado lo suficiente para ocupar y marcar la mayor parte de sus vidas. ¿Quiénes eran, cómo se hicieron militantes, en qué se convirtieron? Las memorias analizadas son en su mayoría de personas que, al menos por un tiempo, militaron en el Partido Comunista Portugués (PCP) (veintiuna), y como contrapunto, además de las que fueron alejadas o se alejaron de este partido y luego escribieron sus memorias posteriormente a este hecho (Cândida Ventura, Edmundo Pedro, Francisco Ferreira, Francisco Martins Rodrigues, Silva Marques, Mário Soares, Raimundo Narciso, Rui Perdigão, Zita Seabra), de otros personajes –libertarios, socialistas o simplemente opositores al régimen– que nunca (o sólo esporádicamente, como César Oliveira) fueron miembros del partido.

Palabras Clave: **Memorias, comunistas, educación, trabajo, clandestinidad, sectarismo**

RED MOLES: A PORTRAIT OF THE PORTUGUESE COMMUNISTS IN THE STRUGGLE AGAINST THE NEW STATE THROUGH THEIR MEMORIES

This paper draws on the memories of communists, libertarians, socialists or simple opponents to the regime of Military Dictatorship and the Portuguese Estado Novo (1926-1974), to help establish a characterization of these people, and particularly the communists – who were they, how did they become militants, what did they become?

From the elements that could be used for this analysis, we've chosen –according to a hierarchy of priorities and to limit the size of the study– the role of education in political activism, work, clandestinity, repression and the evidence of what we call 'the dark side of an elite group of brave people': the extreme sectarianism of the Communists in relation to their comrades who leave or are separated from the party and those who claim to belong to the same social and political field (the working classes and their organizations), which seemed to contrast with a 'constructive' attitude towards other sectors of the opposition to Salazar and with the attitudes of elements with other political affiliations.

Keywords: **Memories, communists, education, work, clandestinity, sectarianism**

LA UNIÓN SINDICAL OBRERA (USO): DEL NACIMIENTO DEL NUEVO MOVIMIENTO OBRERO DURANTE EL FRANQUISMO A LA BÚSQUEDA DE ESPACIOS SINDICALES EN LA TRANSICIÓN

En las últimas fases del franquismo coexistían en el espacio sindical socialista español dos formaciones diferentes: la histórica Unión General de Trabajadores y la Unión Sindical Obrera. Con la llegada de la democracia, diversos factores convirtieron a la UGT en el sindicato mayoritario en la órbita socialista, lo que llevó

a una parte de USO a asumir un proceso de fusión con UGT, considerado como escisión por los militantes que continuaron con el proyecto de USO. El artículo indaga en el papel de USO en el espacio socialista desde su nacimiento como sindicato autónomo –sin vinculación con partidos políticos– y de tendencia cristiana, hasta los años de la Transición española, en los que la dual respuesta estratégica propició la ruptura de 1977.

Palabras clave: **Fusión USO-UGT, Unión Sindical Obrera (USO), Unión General de Trabajadores (UGT), Sindicalismo socialista, Sindicalismo cristiano, Tardofranquismo, Transición.**

UNIÓN SINDICAL OBRERA (USO): FROM THE BEGINNING OF THE NEW WORKERS MOVEMENT DURING FRANCO REGIME TO THE SEARCH OF WORKER UNIONS PLACE WITHIN THE TRANSITION

In the late stages of Franco's regime two different organizations shared the Spanish socialist labor union field: the historic Unión General de Trabajadores (Workers General union) and Unión Sindical Obrera (Labor Union). With the democracy's arrival, several reasons provided UGT with the biggest representation within the socialist scene, which led a faction of USO to end up merging with UGT. This was seen as a split by the members who remained in USO. The paper analyzes USO's role within the socialist field since its origins as an independent labor union –with no links to any politic party–, of Christian inspiration, to the time of Spanish transition, in which the double approach led to the split in 1977.

Keywords: **USO-UGT merge, Labor Union, Workers General Union, Socialist unionism, Christian unionism, Late years of Franco regime, Transition.**

EL REGRESO FORZADO Y LA PERSECUCIÓN CONTRA LOS EXILIADOS EN FRANCIA

En este artículo se analiza la represión de Estado, policial y oficiosa del régimen franquista contra los exiliados republicanos en Francia que tuvo lugar durante tres guerras (la Guerra Civil española, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría). Las estrategias y pactos diplomáticos marcaron unas políticas policiales oscuras que afectaron a la vida de miles de refugiados. La represión fue política y este trabajo analiza la continuidad represiva derivada de una guerra civil hasta las operaciones de «caza de brujas» contra los comunistas españoles en Francia en 1950. La investigación se basa sobre fuentes documentales originales –fuentes primarias– de los archivos de Francia y España –ministeriales, policiales y militares–. La persecución y represión de exiliados republicanos vivió todo tipo de casuísticas y afectó desde los altos cargos hasta los más humildes deportados y exterminados. En todo este proceso los Estados español y francés fueron juez y parte y las diferentes expectativas diplomáticas y geoestratégicas marcaron el mundo del exilio.

Palabras Clave: **Exilio, represión, franquismo, diplomacia, colaboración policial, repatriaciones, extradiciones, Guerra Fría, Guerra Civil, Segunda Guerra Mundial.**

FORCED RETURN PERSECUTION AND EXILE IN FRANCE

This article comes from a research project that analyses the State, police and unofficial repression of exiles of the Second Spanish Republic in France. This continuous repression from the Civil War to the «witch hunt» operation in France in 1950 (during three wars: the Spanish Civil War, the Second World War and the Cold War). The persecution and repression of republican exiles affected everyone from senior officials to the most humble exiles who were deported and exterminated. The Spanish and French States played their part in the entire process and the different diplomatic and geostrategic expectations. The work with the primary sources enables us to see that these repressive policies insight into the Franco's Regime's hard, fanatical and obsessed «extraterritorial repression» of the republican exile.

Keywords: **Exile, represión, Franco, diplomacy, collaboration police, repatriation, extradiciones, Cold War, Civil War, World War II**

LA OFICINA DE PROPAGANDA CATÓLICA DE PARÍS. PROPAGANDA CRISTIANA ANTIFASCISTA PARA LA II REPÚBLICA DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939)

En el transcurso de la Guerra Civil española (1936-1939) ambos bandos en lucha pusieron en marcha sus maquinarias propagandísticas para atraerse el favor de la opinión pública internacional. Trataban de este modo de atraerse aliados que les facilitaran apoyo bélico y logístico en los frentes.

Entre las múltiples estrategias que puso en marcha el gobierno de la II República para lograr el soporte de las potencias aliadas, una fue la de presentarse como un régimen religiosamente tolerante. Pretendía así contrarrestar las noticias sobre los ataques anticlericales en su territorio. Establecía para ello una Oficina de Propaganda Católica en París, dirigida por el sacerdote José Manuel Gallegos Rocafull, que estudiamos aquí.

Palabras clave: ***Propaganda, Religión, Guerra Civil, José Manuel Gallegos Rocafull, Ángel Ossorio y Gallardo, Juan Vicens de la Llave, sacerdotes antifranquistas.***

THE OFFICE FOR CATHOLIC PROPAGANDA OF PARIS. CHRISTIAN ANTI-FASCIST PROPAGANDA FOR THE SECOND SPANISH REPUBLIC DURING THE SPANISH CIVIL WAR (1936-1939)

During the course of the Spanish Civil War (1936-1939) both sides launched their propaganda machinery to garner the favor of international public opinion. They tried to attract allies to bolster military and logistical support on the fronts. Among the multiple strategies launched by the Government of the second Spanish Republic to achieve the support of the allied countries, one of them was to present themselves as a religiously tolerant regime. To counter the news of anti-clerical attacks on its territory, they established an Office for Catholic Propaganda in Paris, led by the priest José Manuel Gallegos Rocafull, which we study here.

Keywords: ***Propaganda, Spanish Civil War, José Manuel Gallegos Rocafull, Ángel Ossorio y Gallardo, Juan Vicens de la Llave, Antifranquists priests.***

LISTA DE EVALUADORES 2009

Gonzalo Álvarez Chillida (U. Complutense)	Ludger Mees (U. del País Vasco)
José Álvarez Junco (U. Complutense)	Carme Molinero (U.A.B.)
Celso Almunia Fernández (U. de Valladolid)	Feliciano Montero (U. de Alcalá, Madrid)
Birgit Aschmann (U. de Kiel, RFA)	Francisco Morente Valero (U.A.B.)
Grzegorz Bak (U. Complutense)	Florentino Portero (UNED)
Ángela Cenarro (U. de Zaragoza)	Manuel Redero (U. de Salamanca)
Francisco Cobo Romero (U. de Granada)	Alberto Reig Tapia (U. Rovira i Virgili)
Rafael Cruz (U. Complutense)	Javier Rodríguez González (U. de León)
Andrés de Blas (UNED)	José Luís Rodríguez Jiménez (Universidad Rey Juan Carlos, Madrid)
Pilar Domínguez Prats (U. de Las Palmas)	Carmen Rosa García (U. de Almería)
Ángel Duarte Montserrat (U. de Girona)	Ismael Saz (Universidad de Valencia)
Ángeles Egido (UNED) 2	Agustín Sánchez Andrés (U. de Michoacán, Morelia, México)
Jacobo García Álvarez (U. Carlos III de Madrid)	Glicerio Sánchez Recio (U. de Alicante)
Hugo García (U. Complutense)	Isidro Sepúlveda (UNED)
Ramón García Piñeiro (Profesor de Enseñanza Secundaria, Asturias (U. de Oviedo))	Nicolás Sesma Ladrín (Fundación Giner de los Ríos-Institución Libre de Enseñanza)
Julio Gil Pecharromán (UNED)	Pere Ysàs (U.A.B.)
Jesús de Juana (U. de Vigo)	Rubén Vega (U. de Oviedo)
Encarna Lemus (U. de Huelva)	Francisco Veiga (U.A.B.)
José M. ^a Marín Arce (UNED)	
José Luís Martín Ramos (U.A.B.)	

SUSCRIPCIONES

Editorial Eneida y la Asociación de Historiadores del Presente coeditan la revista semestral *Historia del Presente*. Los precios de suscripción (cuota de la Asociación), incluido IVA, son:

Suscripción anual individual en España: 35 euros

Suscripción anual en el extranjero: 45 euros

Número suelto: 15 euros

La correspondencia relativa a la Asociación de Historiadores del Presente debe dirigirse a:

UNED, Historia Contemporánea/CIHDE

Senda del Rey 7 * 28040 Madrid

www.historiadelpresente.blogspot.com

historiadelpresente@yahoo.es

cihde.uned@gmail.com

NORMAS DE REDACCIÓN

Los textos enviados a *Historia del Presente* serán originales e inéditos, y deberán atenerse a las siguientes normas de redacción. Corresponderá al equipo editorial decidir sobre su publicación, en un plazo máximo de seis meses, a la vista de los informes expedidos por dos evaluadores externos y del interés del artículo. Se enviarán por correo electrónico a la dirección historiadelpresente@yahoo.es o por correo postal a la Asociación Historiadores del Presente, UNED, C/ Senda del Rey, 7, 28040 Madrid, España.

Los textos irán acompañados del nombre, dirección, teléfono, correo electrónico y centro donde desarrolle su actividad el autor; así como de un breve currículum, de seis palabras-clave y de un resumen (*abstract*) de unas diez líneas (máximo cien palabras), en lengua española e inglesa. Estarán escritos o traducidos al castellano, y todos los resúmenes serán introducidos en la página de la revista en internet.

Deberá constar la sección a la que van destinados y, en su caso, ajustarse a las normas previstas para cada una de ellas: «Expediente» (dossier monográfico), «Teoría» (reflexiones teóricas y metodológicas), «El pasado del presente» (cuestiones de actualidad), «Historiografía» (reseñas historiográficas), «Crónica» (información sobre congresos, conferencias, etc.) y «Lectura» (recensiones de libros).

Los artículos ocuparán un máximo de 20 páginas DIN-A4 a doble espacio, en letra Times New Roman, tamaño 12 puntos para el cuerpo de texto y 10 para las notas (8.000 palabras o 50.000 caracteres con espacios, notas, cuadros e índices incluidos). La primera línea de cada párrafo iniciará con una sangría de un centímetro. Para las recensiones de la sección «Lectura» se aconseja una extensión de 2 páginas (5.000 caracteres) y en ningún caso superarán las 3 páginas (máximo 8.000 caracteres).

Las palabras caracterizadas por algún motivo dentro del texto irán con comillas altas dobles (« »), en *cursiva* las escritas en otro idioma, los títulos de libros, periódicos, revistas, películas, congresos o los nombres de empresas comerciales (*Renfe*). Los guiones de texto serán medios (– –), reservándose los cortos sólo para las fechas o palabras compuestas (1936-1939), sin utilizar en ningún caso los largos o bajos.

Las citas textuales dentro del texto irán con comillas altas («»). Sólo cuando superen las tres líneas irán en cuerpo distinto del texto, en letra tamaño 10, donde las citas internas se harán con comillas altas simples (‘ ’), las omisiones o las explicaciones externas entre corchetes con tres puntos [...] o texto [sic]. Los cuadros y gráficos deben presentarse numerados y en buenas condiciones de reproducción en blanco/negro.

Se ruega no incluir espacios previos o sucesivos suplementarios en ningún caso; no abusar de las numeraciones en los distintos apartados dentro del texto; poner los números volados o índices de remisión (¹) después de los signos de puntuación, así como seguir estrictamente las siguientes indicaciones para los notas a pie de página (sólo en las secciones «Teoría» e «Historiografía» es posible el sistema americano):

- APELLIDOS, Nombre entero del autor, *Título de la obra*, Lugar de impresión, Editorial, año, página/s de referencia (p./pp.); APELLIDOS, Nombre entero del autor, «Título del artículo», *Título de la revista*, número (mes/año), páginas del artículo (pp.) / *Título del periódico* (fecha: I-IV-2001);
- APELLIDOS, Nombre entero del autor, «Título del artículo», en APELLIDOS y Nombre del autor/es (comp./ed./coord./y otros), *Título de la obra*, Lugar de impresión, Editorial, año, páginas del artículo (pp.);
- APELLIDOS, Nombre entero del autor (si existe), *Título del documento* (si existe), fecha; Archivo o Centro de investigación, Fondo o nombre de la colección, caja o localización, expediente.

Las remisiones sucesivas a obras ya citadas se harán con los APELLIDOS, Nombre completo del autor, ob. cit. (en redonda), p./pp., cuando se trate de la única obra del autor; o *Título abreviado...*, cit., p./pp. si hay más obras del mismo autor citadas en el artículo. Para las referencias consecutivas, *ib.*, p.–, o bien, *Ibidem* (en cursiva).

